



**Departamento de Estudios Clásicos**

# **Análisis de la recepción y la traducción de *Almas muertas* de N.V. Gógol al español**

presentada por Alfredo Hermosillo López

Para obtener el título de

**Doctor en**

**Literatura Comparada y Estudios Literarios**

por la Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Dirigida por

Dr. D. Roberto Vicente Monforte Dupret

Vitoria-Gasteiz, 2015



# **TOMO II**



## PREFACIO

La presente traducción, directa del ruso, ha sido realizada a partir de la edición anotada del reputado especialista gogoliano Vladímir Vorapáev, publicada en Moscú (2008) por la editorial Drofa. El texto original fue, a su vez, contrastado con los textos de Azbuka Clasica (2008 y 2009) editorial que, por ser garantía de calidad y cuidado en la edición, se ha ganado a pulso un consolidado prestigio entre los lectores rusos. Revisé también publicaciones más antiguas en ruso y distintas versiones de esta obra en castellano, prestando especial atención a las traducciones de Slaby (1926) y Vidal (1996).

Cabe destacar que Gógol es, quizá, el autor ruso que más pierde en traducción, pues es difícil apreciar su lenguaje en otro idioma. El efecto de extrañeza que provoca en ruso es casi imposible de “pasar” al castellano. Es posible, sin embargo, traducir su estilo de excéntrica invención (orquestadora de múltiples voces y diálogos) si el traductor centra su atención en el uso específico que hace Gógol del lenguaje. Por ello, esta traducción pretende respetar los principales rasgos estilísticos de Gógol: su peculiar sintaxis, la sucesión vertiginosa de analogías, alegorías e hipérbolos líricas o humorísticas, la alternancia de tonos y voces sin transición alguna, las reiteraciones, la inserción de canciones, versos y proverbios como referencias a la tradición cultural de la época y, sobre todo, el uso de un lenguaje coloquial y vulgar, su ironía, sus calambures y sus juegos de palabras.

Nikolái Gógol no es un estilista en la acepción acústico-decorativa de la palabra. Es decir, no fue un escritor ocupado en el dominio de “tecniquerías” (la palabra es de Unamuno) o en domeñar episodios de puntuación y de sintaxis en busca de la página perfecta. Por el contrario, la estructura de sus textos, incluso en sus mejores obras, es desigual, está plagada de impropiedades gramaticales (buscadas o involuntarias), detalles innecesarios, retruécanos, párrafos que no aciertan con el final, repeticiones, falta de proporción, etcétera. Así pues, la concepción artística de Gógol resultó extremadamente original para su época:

... [*Almas muertas*] parece estar formada por páginas como cualesquiera otras páginas, sólo que, de algún modo, las palabras parecen colocadas de una manera especial. ¿Cómo están colocadas? Tal es el secreto que sólo Gógol conoce. Para él eran las palabras como cierta clase de espíritus inmortales; de algún modo, cada palabrita supo decir lo que tenía que

decir y hacer lo que tenía que hacer. Y una vez dentro del cerebro del lector, no hay manera de sacarla ni aun con pinzas de acero.<sup>1</sup>

Así, Gógol estableció un lenguaje completamente nuevo, de un contenido, naturalidad y humorismo sin precedentes en la prosa rusa; tanto que sigue sorprendiendo, por su simplicidad, fuerza y precisión, a los lectores rusos de nuestro siglo. ¿Cómo lograr el mismo efecto en los lectores hispanos? La pregunta es, quizá, imposible de responder. Por mi parte, sólo puedo decir que procuré seguir el texto original con la mayor lealtad, buscando transmitir la riqueza y vivacidad de su lenguaje, repleto de pequeños absurdos y disparatadas excentricidades que no eludí traducir. Con todo, debo confesar que, en muchas ocasiones, es imposible lograr el mismo efecto de manera directa en traducción, por lo que he tenido que recurrir a numerosas notas explicativas para que el lector hispanohablante pueda actualizar los significados del texto ruso.

---

<sup>1</sup> Вересаев, В. (1934). *Как работал Гоголь*. Москва: Гослитиздат, p.76.

# ALMAS MUERTAS

## POEMA

### Capítulo I

Por la puerta cochera de una posada, en la ciudad provinciana de N, entró un pequeño carruaje de buen aspecto, con suspensión de ballestas, una de esas carretelas en las que suelen viajar los solterones: coroneles retirados, subcapitanes, terratenientes que poseen un centenar de almas,<sup>2</sup> en fin, todos aquellos que son conocidos como señores de medio pelo. En el carruaje iba un señor que sin ser guapo no tenía mala presencia, no era gordo aunque tampoco delgado, no era ni joven ni viejo. Su llegada a la ciudad no levantó revuelo, incluso pasó inadvertida, sólo dos *muzhiks*<sup>3</sup> rusos, en la puerta de una taberna frente a la posada, hicieron algunas observaciones que, por lo demás, se referían al vehículo y no a su ocupante.

—¡Mira! —dijo uno de ellos—, ¡Mira qué rueda!, ¿Crees que llegaría a Moscú, si se diera el caso? ¿Eh?

—Sí—contestó el otro.

— ¿Y hasta Kazán? Para mí que no.

—No, hasta Kazán no llega —confirmó el segundo y con eso dieron por terminada la conversación.

Ya en las proximidades de la posada el carruaje se cruzó con un joven; vestía un pantalón blanco de fustán insólitamente ajustado y corto y, con pretensiones de ir a la moda, un frac bajo el cual asomaba una pechera blanca sujeta con un alfiler de bronce de

---

<sup>2</sup> En esta época, la palabra «alma» designaba también al siervo por el que se pagaba en el censo.

<sup>3</sup> *Muzhik*, literalmente, hombre, hombrecillo. En la época, esta palabra se utilizaba como sinónimo de siervo. He decidido no conservar la grafía *mujik*, consagrada por la tradición novelística, porque se trata de un calco del francés. En busca de una transcripción fonética coherente y unificada, he elegido el sistema de transliteración de ruso al español propuesto por la catedrática de Filología Eslava María Sánchez Puig.

Tula<sup>4</sup> en forma de pistola. El joven se volvió, contempló el carruaje, se ajustó la gorra que estuvo a punto de llevarse el viento, y siguió su camino.

Cuando el vehículo entró en el patio de la posada, el señor fue recibido por un criado inquieto y vivaracho que, servilleta en mano, acudió presuroso. No se estaba quieto ni un minuto, se movía tanto y tan rápido que apenas se le veía la cara. Era larguirucho y, para colmo, iba enfundado en una levita de bocací que le llegaba casi hasta las orejas. Sacudió su melena y subió ágilmente por la escalinata de madera, para mostrarle al señor el aposento que la Providencia le había concedido. El aposento era vulgar, como la posada, nada raro: así suelen ser las posadas de provincia, donde por dos rublos, los viajeros disfrutaban de una «confortable» habitación infestada de cucarachas que, gordas como ciruelas, se asoman por los rincones. Como de costumbre, una puerta atrancada con una cómoda da a la habitación vecina, cuyo ocupante, hombre callado y tranquilo pero extraordinariamente curioso, está muy interesado en conocer todo lo que hace el viajero. La fachada de la posada se correspondía con su interior: era muy largo, de dos plantas. La inferior no había sido revocada, seguía mostrando sus ladrillos color rojo oscuro, ya un tanto opacos de por sí y ensombrecidos aún más por los bruscos cambios del tiempo; la superior estaba pintada del típico amarillo de siempre. Abajo había unos tenderetes donde se vendían correas, cuerdas y rosquillas; en el de la esquina, o mejor dicho, en la ventana del tenderete de la esquina, estaba instalado un vendedor de aguamiel con la cara tan roja como su samovar de cobre. A la distancia podría creerse que había dos samovares en la ventana, de no ser porque uno de ellos llevaba una barba tan negra como la brea.

Mientras el recién llegado pasaba revista a su habitación, le trajeron su equipaje: una maleta de cuero blanco algo desgastada, prueba de que no viajaba por primera vez; la subieron el cochero Selifán, hombrecillo vestido con un abrigo corto, y el criado Petrushka, mozo de unos treinta años cuya nariz y labios muy gruesos le daban un aspecto algo rudo, que llevaba una levita muy ancha y roída, al parecer regalo de su señor. Tras la maleta trajeron un cofrecillo de caoba con incrustaciones de abedul de Carelia, unas hormas para botas y, envuelto en papel azul, un pollo frito. Cuando todo estuvo en su sitio, el cochero Selifán se dirigió a la cuadra para holgazanear con los caballos, y el criado Petrushka se acomodó en la pequeña antesala, un cuartucho muy oscuro a donde ya había

---

<sup>4</sup> Ciudad de Rusia central, famosa por la fabricación de armas, joyas y samovares.



llevado, impregnados de su peculiar olor, su capote y el saco en que cargaba diversos objetos de aseo. Ahí colocó, pegada a la pared, una estrecha cama de tres patas, la cubrió con algo parecido a un colchón, duro y aplastado como un pan duro, quizá tan grasiento como el *blin*<sup>5</sup> que había logrado obtener del dueño de la fonda.

En tanto los criados disponían y ordenaban las cosas, el señor se dirigió al salón principal. Cualquier viajero sabe muy bien cómo son estos salones: paredes pintadas al aceite, oscurecidas en la parte superior por el humo de las pipas y desgastadas en la parte inferior por el roce de las espaldas visitantes, sobre todo, por las de los mercaderes, que en los días de venta acuden en grupos de seis y siete a tomar su habitual taza de té. El techo ahumado, al igual que la araña de numerosos vidrios que saltan y bambolean cada vez que el mozo corre por el gastado linóleo, llevando hábilmente la bandeja en la que se apiñan tantas tazas de té como aves en la orilla del mar. Los cuadros al óleo cubriendo todas las paredes... En pocas palabras, igual que cualquier posada, a no ser por uno de los cuadros que representa a una ninfa con los pechos tan grandes como jamás habrá visto el lector. Semejante capricho de la naturaleza<sup>6</sup> puede observarse también en distintos cuadros sobre temas históricos que se ignora de dónde, en qué época y por quién fueron traídos a Rusia; es posible, incluso, que nuestros próceres, amantes de las artes, los hayan adquirido en Italia por consejo de sus guías de viaje.<sup>7</sup> El señor se quitó la gorra y se despojó de una multicolor bufanda de lana, de las que las mujeres tejen y ofrecen a sus maridos con sabias recomendaciones acerca del modo de ponérselas (a los solteros, sabe Dios quién se las hace, pues nunca he llevado ese tipo de bufandas). Una vez desenvuelto de la bufanda, mandó el señor que sirvieran la comida. Mientras le servían los típicos platos de las posadas: sopa de coles con una empanada que lleva esperando varias semanas al viajero, sesos con guisantes, salchichas con col, pollo asado, pepinillos en salmuera y el clásico pastel de hojaldre siempre a punto para ser servido. Mientras le servían todo esto, recalentado o sencillamente frío, interrogaba al criado o mozo sobre toda clase de detalles, ¿quién había sido el dueño de la posada y quién lo era ahora?, ¿proporcionaba buenos ingresos?, ¿era muy canalla el patrón? A esta última pregunta el mozo contestó, como es costumbre: «Oh, señor, es un granuja». Y es que, al igual que en la civilizada Europa, en la

---

<sup>5</sup> Una oblea fina de cereales.

<sup>6</sup> ...«capricho de la naturaleza», esta frase define la apariencia de la ciudad y sus alrededores, así como la vida de sus habitantes: todo está grotescamente desproporcionado.

<sup>7</sup> Gógol se mofa de la clase pudiente rusa que, a su entender, admiraba de un modo acrítico todo lo que venía del extranjero.

civilizada Rusia abundan ahora personas honorables que no pueden comer en la posada sin hablar con el criado; a veces, incluso, han de gastarle alguna broma.<sup>8</sup> Por lo demás, las preguntas del forastero no eran siempre vanas. Quiso saber con extraordinaria precisión quién era el gobernador de la ciudad, quién el presidente de la Cámara, quién el fiscal; en pocas palabras, no se olvidó de ningún funcionario importante. Con mayor exactitud todavía, y con visible interés, preguntó por los principales terratenientes: cuántas almas poseían, cómo era su carácter, a qué distancia vivían y si frecuentaban la ciudad. Preguntó detenidamente por el estado de aquella región: si habían padecido alguna enfermedad en la provincia, fiebres epidémicas, calenturas malignas, viruelas y demás; preguntó con tanto detalle y exactitud que se advertía algo más que simple curiosidad. Los modales del señor tenían cierta solemnidad y se sonaba con gran estrépito. No se sabe cómo lo hacía, pero su nariz sonaba como una trompeta. Esta cualidad, que parece tan insignificante, le granjeó la estimación del criado de la posada, de modo que, cuando oía tal ruido, se sacudía la melena, se erguía con gran respeto e, inclinando la cabeza, preguntaba:

—¿Qué se le ofrece?

Después de la comida el señor tomó café y se recostó en el diván, colocándose como respaldo uno de esos cojines que, en las posadas rusas, en lugar de suave lana parecen estar rellenos de ladrillos y piedras, o algo por el estilo. Empezó a bostezar y ordenó que lo condujeran a su habitación, donde durmió un par de horas. Una vez descansado escribió en un trozo de papel, a petición del mozo de la posada, su título, nombre y apellido, a fin de ponerlo en conocimiento de quien corresponde, es decir, de la policía. Mientras bajaba las escaleras el mozo deletreó en el papel lo siguiente: «Consejero colegiado<sup>9</sup> Pável Ivánovich Chíchikov, terrateniente, viaja por motivos privados», seguía deletreando la nota cuando Pável Ivánovich Chíchikov salió a dar una vuelta a la ciudad que al parecer le agradó, pues no era peor que otras ciudades de provincia: el intenso amarillo de las casas de piedra resaltaba sobre el oscuro gris de las de madera, las casas eran de una planta, de dos y de una y media, todas con su inevitable *mezzanine*, muy hermosa, según los arquitectos provincianos. En ciertos sitios, las casas parecían perdidas entre una calle ancha como un

---

<sup>8</sup> Rusia es uno de los temas subyacentes de esta novela. Aquí Gógol, haciendo eco de una inquietud común en la época, ironiza sobre la imitación rusa de lo extranjero.

<sup>9</sup> Sexto grado (sobre catorce) de la jerarquía civil de Rusia, correspondiente al grado de coronel, según la lista de rangos publicada en 1722, aún activa en la época de Gógol. Daba derecho al título de nobleza hereditaria. Ver la Tabla de Rangos en Apéndice.

campo e interminables empalizadas; en otros, visiblemente más animados, se apretaban unas contra otras. Se veían algunos anuncios, casi borrados por la lluvia, de rosquillas, botas o pantalones azules y el nombre de cierto sastre de Arsovia; por ahí se veía una tienda de gorras con la inscripción «Vasili Fiódorov, extranjero»<sup>10</sup>, por allá se veía el dibujo de un billar con dos jugadores vestidos de frac, como los que llevan en nuestros teatros los invitados que aparecen en escena en el último acto. Los jugadores apuntaban con los hombros ligeramente echados hacia atrás y las piernas torcidas, como si acabasen de ejecutar un *entrechat* en el aire. Arriba un cuadro decía: «He aquí el establecimiento». En algunos lugares había en plena calle tenderetes con nueces, jabón y unos alfajores que parecían jabón. En una fonda figuraba el dibujo de un rechoncho pescado clavado con un tenedor. Se veían, sobre todo, águilas bicéfalas<sup>11</sup> ennegrecidas, ornamento hoy día reemplazado por la lacónica inscripción: «Taberna». En todas partes el pavimento era bastante malo. Nuestro paseante echó también un vistazo al jardín público formado por unos raquíticos arbolillos que habían prendido mal, sostenidos por tres varas en forma de triángulo hermosamente coloreadas de verde al aceite. Por lo demás, aunque los arbolillos no eran más altos que una caña, se había dicho en los periódicos: «Nuestra ciudad se ha embellecido, gracias al esfuerzo de las autoridades, con un jardín de frondosos árboles, que dan sombra y frescor en los días calurosos» y que «resultaba conmovedor ver a los ciudadanos felices y con los ojos anegados en lágrimas, en señal de agradecimiento al señor alcalde». Tras preguntar a un guardia por el camino más corto para ir, de ser necesario, a la catedral, a las oficinas públicas y a casa del gobernador, se encaminó al río que atravesaba la ciudad, arrancó un cartel de un poste para leerlo con calma en la posada, y miró detenidamente a una dama de agradable presencia que iba por la acera de madera, seguida por un jovencito vestido con uniforme militar y un envoltorio en la mano. Una vez más se fijó en todo, quizás para recordar la disposición del lugar; después volvió a su alojamiento y subió a su habitación, apoyándose ligeramente, al subir las escaleras, en el criado de la fonda. Tomó el té, se sentó a la mesa, mandó que le trajeran una vela, sacó del bolsillo el cartel, lo acercó a la luz y se puso a leerlo, guiñando ligeramente el ojo derecho.

---

<sup>10</sup> Se trata de una ironía sobre Rusia y lo extranjero, pues el nombre Vasili Fiódorov es inconfundiblemente ruso.

<sup>11</sup> El escudo imperial (Águila Bicéfala) indicaba un estanco oficial de aguardiente, pues el vodka era vendido y distribuido por el Estado. A partir de 1827 se permitió el libre comercio de alcohol.

En realidad, no decía nada interesante, se representaba un drama de Kotzebue<sup>12</sup> en el que Don Popliovin hacía el papel de Roll y la señorita Ziáblova el de Cora, los demás actores eran aún menos notables; no obstante, leyó todo el reparto, llegó hasta el precio de la entrada e incluso notó que provenía de la imprenta oficial; después lo volvió y examinó el reverso, pero, al no encontrar nada, se frotó los ojos, lo enrolló cuidadosamente y lo colocó en su cofrecito, donde acostumbraba a guardar cuanto caía en sus manos. Terminó su jornada, al parecer, con una ración de fiambre y una botella de vodka. Y luego durmió a pierna suelta, como suele decirse en algunos lugares del vasto imperio ruso.

Al día siguiente, el forastero se dedicó a visitar a toda la gente importante. Presentó sus respetos al gobernador que como Chíchikov, no era ni gordo ni flaco. El gobernador llevaba al cuello la cruz de Santa Anna y se decía que incluso había sido propuesto para la Estrella.<sup>13</sup> Por lo demás, era un hombre bonachón y a veces hasta le daba por bordar en tul.<sup>14</sup> Chíchikov visitó después al vicegobernador, al fiscal, al presidente de la cámara, al jefe de la policía, al arrendatario de los servicios públicos, al director de las fábricas del Estado... en fin, es una lástima que resulte difícil recordar a toda la gente importante; pero bastará con decir que el forastero desplegó una extraordinaria actividad en visitas: presentó sus respetos incluso al inspector de sanidad y al arquitecto municipal, y aun permaneció largo rato en el carruaje, pensando en otra visita, pero no había más funcionarios importantes en la ciudad. En su conversación con estos importantes señores supo adular muy hábilmente a cada uno de ellos. Al gobernador le dio a entender que entrar en su provincia era entrar en el paraíso, que los caminos eran suaves como el terciopelo, y que los gobiernos que nombran a sabios mandatarios eran dignos de elogio. Al jefe de policía le dijo algo muy halagador respecto a los guardias; en su conversación con el

---

<sup>12</sup> August von Kotzebue (1761-1819), escritor alemán, autor de piezas sentimentales y melodramáticas. Aquí se hace referencia a la obra *Los españoles en el Perú o la muerte de Roll* (sobre la conquista española). La mención de este dramaturgo no es neutral, pues en la conciencia de los lectores y espectadores cultos de 1820-1830, Kotzebue se relacionaba con el mal gusto. Pushkin convencía a A. Bestuzhev en 1825: «... escribe con total libertad tus diálogos, de lo contrario se convertirán en una obra de Kotzebue». Пушкин, А. (1959). *Антология*, Том VI. Москва: ВК. p. 217. Gógol, por su parte, en una carta a M. Pogodin (1840), escribe: «Tú querías quitar de golpe la profundidad de mis sentimientos, alma y corazón, y asignarme un lugar incluso más bajo que el de las personas comunes... En el conocimiento del corazón humano, de Shakespeare caíste a Kotzebue». Гоголь, Н. (1952) *Собрание художественных произведений в пяти томах*. Том пятый: СССР, Издательство Академии Наук, p. 312.

<sup>13</sup> Se refiere a la condecoración de Santa Anna, considerada secundaria en la jerarquía oficial. La Estrella, por su parte, era una condecoración de primer orden, destinada para altos funcionarios de gran mérito.

<sup>14</sup> Las actividades ahora consideradas «femeninas», como el bordado, eran muy comunes entre los hombres pertenecientes a la nobleza rusa de principios del siglo XIX.

vicegobernador y el presidente de la cámara, que no habían pasado de consejeros de Estado, los trató un par de veces, como por error, de «Vuestra Excelencia»<sup>15</sup>, cosa que les agradó muchísimo. Gracias a sus buenas artes, Chíchikov fue muy bien acogido por todos: el gobernador lo invitó a una velada familiar que daba aquel mismo día; los demás funcionarios, por su parte, lo invitaron a comer, a jugar una partida de *Boston*, a tomar el té... El forastero parecía un tipo muy discreto, pues cuando se veía forzado a hablar de sí mismo se limitaba a soltar con evidente modestia una parrafada de lugares comunes y expresiones librescas. Dijo, por ejemplo, que un insignificante gusano como él no merecía ser atendido, sostuvo que por defender la verdad había sufrido mucho en el ejercicio de su cargo, que se había ganado muchos enemigos, los cuales llegaron incluso a intentar contra su vida; que actualmente buscaba un retiro sosegado y que, al pasar por aquella ciudad, consideró un deber ineludible presentar sus respetos a sus funcionarios más importantes. Esto es todo lo que se supo sobre el nuevo personaje, el cual no desaprovechó la ocasión de presentarse en la velada del gobernador. Los preparativos para la velada le llevaron más de dos horas, pues el recién llegado puso en su arreglo un esmero pocas veces visto. Tras una corta siesta mandó que le trajeran agua para lavarse y se enjabonó durante largo rato ambas mejillas, que mantenía tersas empujándolas desde dentro con la lengua. Luego cogió una toalla del hombro del criado y, empezando por detrás de las orejas, se frotó su regordete rostro, no sin antes lanzarle al lacayo dos resoplidos en plena cara. Después, ante el espejo, se puso la pechera, se arrancó dos pelitos que le salían de la nariz, y se enfundó enseguida un frac de color rojo con motitas. Con tal atuendo se hizo llevar en su carruaje por las anchas e interminables calles, apenas alumbradas por la escasa luz que salía de una que otra ventana. Eso sí, la casa del gobernador estaba iluminada como para un gran baile: calesas con faroles, dos gendarmes ante la puerta, gritos de cocheros en lontananza... nada faltaba en la fiesta. Al entrar en la sala, Chíchikov tuvo que entornar los ojos deslumbrado por el resplandor de las bujías, las lámparas y los vestidos de las damas. La luz lo inundaba todo. Los fraques negros aparecían y desaparecían, pasaban raudos, solos y en grupos, acá y acullá, revoloteaban de un lado a otro como moscas sobre un resplandeciente pilón de azúcar en el caluroso mes de julio cuando la vieja ama de llaves parte el terrón en

---

<sup>15</sup> La jerarquía de rangos suponía la jerarquía del trato social. A las personas de 1° y 2° rango se les llamaba «su excelencia», a los del 3° y 4° «excelencia», y a los burócratas de 5° «su señoría». El vicegobernador y el presidente de cámara eran solamente «señorías». Con su trato, Chíchikov supo halagar con maestría a los dos funcionarios.

centelleantes trocitos ante la ventana, mientras los curiosos niños la contemplan apiñados y siguen los movimientos de las ásperas manos que levantan el mazo; en tanto, los aéreos escuadrones de moscas, empujados por la ligera brisa, entran volando descaradamente y, aprovechándose de la miopía de la vieja y del sol que la deslumbra, se lanzan sobre los apetitosos terrones, ya sea en nutridos grupos o cada una por su cuenta. Saciadas, gracias a los apetitosos manjares que les ofrece a cada paso el pródigo verano, no han entrado para comer, sino para lucirse, para que las vean recorrer de arriba a abajo el montículo de azúcar, frotarse las patas, rascarse debajo de las alas y encima de la cabeza y estirarse... por fin salen volando por la ventana, pero enseguida regresan para contraatacar formando nuevos escuadrones molestos. Apenas había tenido tiempo Chíchikov de mirar a su alrededor, cuando el gobernador lo cogió del brazo para presentarle a su mujer. También esta vez el recién llegado se comportó a la altura, pues supo decir un cumplido muy propio para un hombre de mediana edad y de un rango ni demasiado elevado ni demasiado bajo.<sup>16</sup> Cuando las parejas formadas para el baile empujaron al resto hacia la pared, el forastero, con los brazos cruzados en la espalda, las observó detenidamente un par de minutos. Es justo decir que muchas damas iban bien vestidas y a la moda, pero también que otras llevaban lo que buenamente se podía encontrar en una ciudad de provincias. Los hombres, como en todas partes, se dividían en dos grupos, los delgados y los gordos. Los primeros no perdían ocasión de galantear a las damas; eso sí, hay que reconocer que algunos de ellos apenas se distinguían de los presumidos peterburgueses, como ellos, llevaban patillas peinadas con arte, lucían los mismos rostros muy bien afeitados, se sentaban junto a las damas con la misma indolencia, hablaban en francés y las hacían reír, igual que en San Petersburgo. Los del otro grupo, o sea los gordos, o los que como Chíchikov no eran ni gordos ni flacos, se mantenían lejos de las damas, a quienes apenas miraban de reojo. Lo cierto es que estaban más interesados en espiar a los criados para saber si por fin habían puesto la mesa de tapete verde para el *whist*. Las caras de estos señores eran regordetas y mofletudas, algunas incluso tenían verrugas o marcas de viruela; sus cabezas no lucían tufos ni rizos a lo «que me lleve el diablo», como dicen los franceses, sino que llevaban el cabello recortado o muy liso. Tenían las facciones redondeadas y firmes. El grupo de los gordos estaba formado por los funcionarios más respetables de la ciudad. ¡Ay! En este

---

<sup>16</sup> En un mundo obsesionado por las apariencias, el tema del lugar que debe ocupar cada quien se vuelve fundamental. Chíchikov se mueve a sus anchas en este mundo: habla, piensa y se comporta como «debe ser», está donde «debe estar». Es, en fin, un hombre que sabe mostrarse correcto, prudente y razonable.

mundo, los gordos saben arreglar sus asuntos mejor que los flacos, quienes sólo sirven para trabajar como secretarios particulares o para figurar en la plantilla revoloteando de aquí para allá, su vida carece de solidez, su existencia es inconsistente y precaria. Los gordos, por el contrario, no ocupan nunca puestos inestables, si encuentran dónde instalarse ya no se moverán de allí, por mucho que cruja y se doble el lugar bajo su peso. No les atrae el lujo. Su frac no es de tan buen corte como el de los flacos, pero su cofrecito está repleto de monedas. Al flaco, a los tres años no le queda ni un solo siervo sin empeñar. En cambio, al gordo le van apareciendo poco a poco una casa por aquí, otra casa por allá, una más comprada a nombre de su mujer... y sin darse cuenta, es dueño de una aldea que no tarda en contar con todos los servicios. Finalmente, después de servir a Dios y al Zar, el gordo solicita el retiro, se traslada al campo, se convierte en un amable y hospitalario terrateniente ruso, y se dedica a disfrutar de sus riquezas... mientras puede, pues sus flacos herederos, fieles a la costumbre rusa, no tardarán en despilfarrar todos los bienes paternos. Debemos confesar que al contemplar a los reunidos, los razonamientos de Chíchikov eran casi idénticos a los que hemos expresado. Así que decidió incorporarse al grupo de los gordos, en donde vio a casi todos sus conocidos: el fiscal, un hombre muy formal y callado a pesar de sus negrísimas y espesas cejas y de que guiñaba ligeramente el ojo izquierdo, como diciendo: «vamos a otra habitación, hermano, tengo algo que decirte»; el jefe de correos, bajito pero dicharachero y filósofo; y el presidente de la cámara, hombre reflexivo y curioso. Todos saludaron a Chíchikov como a un viejo colega, a lo que él contestó con una inclinación no desprovista de gracia. Le presentaron a dos terratenientes: Manílov, hombre muy atento y cortés, y Sobakévich, un lerdo que al acercarse a saludar a Chíchikov le dio un pisotón y exclamó: «Disculpe». No tardaron en repartir las cartas para jugar al *whist*; Chíchikov las aceptó con una amable reverencia. Se sentaron en torno al tapete verde y no lo dejaron hasta la hora de la cena. De inmediato, como ocurre cuando se emprende un trabajo interesante, cesó toda conversación. Cabe destacar que el jefe de correos, a pesar de ser un parlanchín, en cuanto tuvo las cartas en su poder adoptó una expresión pensativa, se mordió el labio superior y no volvió a abrir la boca; sólo al echar alguna carta, por ejemplo si aparecía una dama, daba un fuerte golpe en la mesa diciendo:

— ¡Ahí va la vieja del pope!

Y si se trataba de un rey:

— ¡Ahí va el *muzhik* de Tambov!

El presidente de la cámara agregaba:

—¡Me lo llevo de los bigotes! ¡Me lo llevo de los bigotes!<sup>17</sup>

A veces, al echar una carta se le escapaban expresiones como ésta:

—¡Sea lo que sea! ¡Si no hay otra cosa, echaremos picas! ¡Ea, lo que sea sonará!, ¡a falta de otra cosa, aquí van los corazones!

—¡Ay, corazoncito, corazoncito engusanado!,<sup>18</sup> piquitos.

O bien:

—¡Piquito! ¡Piquito! ¡Pica! Pikentia, pikendras, pichuras, pichurischuk.<sup>19</sup>

O simplemente:

—¡Pic!

Eran los nombres con los que habían rebautizado a los palos de la baraja. Terminada la partida, sobrevino, según costumbre, una viva discusión. El señor recién llegado también participó en ella, pero con tanto arte que todos pudieron advertir que discutía de un modo muy agradable. No decía nunca: «Usted salió» sino «Usted se dignó salir»; «Tuve el honor de matar su dos» y así por el estilo. Para ganarse a sus rivales les ofrecía su tabaquera de plata con incrustaciones de esmalte, en cuyo fondo se veían dos violetas para perfumar el rapé. El forastero quiso saberlo todo sobre Manílov y Sobakévich, los dos terratenientes que ya conocemos. Se informó acerca de ellos llamando aparte al presidente y al jefe de correos. Así pues, Chíchikov iba a lo suyo, pues no tardó en preguntar por el número de almas que poseía cada uno y el estado en se encontraban sus haciendas. Sólo después preguntó por sus nombres y patronímicos. Chíchikov cautivó enseguida a sus nuevos amigos. A juzgar por la dulzura de sus ojos, que entornaba cada vez que se reía,

---

<sup>17</sup> No es una frase típica de los jugadores de naipes, pues se trata de una expresión propia de este círculo de amigos. Con frases como ésta, Gógol resalta la excentricidad y ridiculez de los personajes.

<sup>18</sup> Gógol juega con la palabra черви (cherví, los “corazones” de la baraja francesa) que suena igual que el plural de черв (cherv, gusano, черви—cherví—: gusanos). Así pues, Червоточина significa literalmente carcinoma. Puede traducirse también como “corazón comido de gusanos”.

<sup>19</sup> De «pikentia», (terminación jocosa de algo que se parece al latín pero que evidentemente está muy lejos de serlo, pues es una expresión construida sin ningún rigor morfológico y sintáctico) pasa a «pikendras» (terminación falsamente griega) y a «pichuras» (leve matiz de clasificación ornitológica) y termina con el absurdo diminutivo «pichurischuk». En palabras de Nabókov: «La absoluta vulgaridad y el automatismo de estos apodos grotescos, en su mayoría inventados por Gógol, le atraían como recurso notable para desvelar la mentalidad de sus usuarios». Nabokov, V. *Curso de literatura rusa*. (1997). Barcelona: Ediciones grupo Z. p. 75.



Manílov estaba entusiasmado. No tardó en estrechar la mano de Chíchikov —reteniéndola entre las suyas— y en rogar encarecidamente que le hiciera el honor de acudir a su hacienda, la cual distaba, según sus palabras, sólo quince verstas<sup>20</sup> de la ciudad. Chíchikov respondió, con una gentil inclinación y estrechando efusivamente su mano, que no sólo estaba dispuesto a aceptar con mucho gusto, sino que lo consideraba un deber sagrado. Sobakévich, por su parte, sólo atinó a decir: «Lo mismo le pido», dando un taconazo con sus botas, tan gigantescas, que difícilmente encontrarían otro pie a su medida, sobre todo en nuestros tiempos, cuando en nuestra Rus<sup>21</sup> empiezan a escasear los *bogatires*.<sup>22</sup>

Al día siguiente, Chíchikov comió y pasó la velada en casa del jefe de policía. A eso de las tres de la tarde, cuando terminaron de comer, se pusieron a jugar al *whist* y no pararon hasta las dos de la mañana. Allí conoció a Nozdriov, un desvergonzado terrateniente treintañero que empezó a tutear a Chíchikov, sin que éste, por lo demás, hubiera dado motivo. Nozdriov también tuteaba amistosamente al comisario y al fiscal, sin embargo, en cuanto aumentaron las apuestas, empezaron a vigilar con mucho celo toda carta que pasaba por manos de Nozdriov. Al día siguiente, Chíchikov pasó la tarde en casa del presidente de la Cámara, quien, a pesar de que entre sus invitados se encontraban dos damas, los recibió en bata (para colmo, no muy limpia). Después estuvo en una velada con el vicegobernador, en un banquete que ofrecía el arrendatario de aguardiente, en una comida (que resultó tan copiosa como un banquete) con el fiscal, y en el aperitivo (que resultó tan copioso como una comida) que ofreció el alcalde al salir de misa. En fin, que el forastero no paraba, sólo iba a la posada para dormir. El recién llegado era un hombre de mundo, sabía comportarse como es debido y conversaba agradablemente sobre cualquier tema: sabía mantener conversación sobre la cría de caballos y hacer observaciones pertinentes acerca de las características de un buen perro; tampoco carecía de recursos cuando se hablaba de un documento incoado por la Cámara, ¡al contrario! sus opiniones

---

<sup>20</sup> Antigua medida itineraria rusa, equivalente a 1607 metros.

<sup>21</sup> Gógol utiliza frecuentemente el antiguo nombre de Rusia, por considerarlo más poético. El territorio que consiguió unificar Oleg bajo su égida se llamó la Rus de Kíev. No se conoce con exactitud la etimología del nombre Rus, pero existen varias propuestas sobre su procedencia: 1. Del islandés antiguo que significa “Guerreros Remeros”. Los fineses aún hoy en día llaman a los suecos *ruotsi*; los estonios a los suecos *rootsi*. 2. De una zona costera sueca llamada Roslagen, que antes era Rodslagen. 3. De una raíz eslava que significa claro o rubio, por lo que Rus sería tierra clara, luminosa. 4. De la palabra Ros, un río de la zona afluente del Dniéper que hubiera dado su nombre a la población que vivió a lo largo de su curso. 5. De una tribu germana así llamada que habitaba cerca de Kíev. 6. Nombre escandinavo de los habitantes de una ciudad que se encontraba en las cercanías del lago Ilmen. Algunos especialistas creen que se trata de la actual Nóvgorod y otros creen que se trata de la ciudad de Staraia Russa.

<sup>22</sup> *Bogatir*, héroe de las antiguas canciones populares épicas rusas; encarnación del valor y de la fuerza.

demostraban que no desconocía los tejemanejes de los tribunales; tampoco era manco si se trataba del billar y, si había que hablar de virtudes, sabía hacerlo, con lágrimas en los ojos, si convenía; sabía cómo preparar ponche y conocía a fondo la rutina de los funcionarios y vistas de aduana, tanto, que se diría que había ocupado esos cargos. Pero lo más notable es que sabía revestir todo de dignidad. No hablaba demasiado fuerte ni demasiado bajo, sino siempre en el tono justo. En fin, era una persona respetable en todos los sentidos. Los funcionarios estaban encantados con la llegada de este nuevo personaje. El gobernador opinó que se trataba de un hombre muy honrado; el fiscal dijo que era muy sensato; el coronel que era un hombre muy culto; el presidente de la Cámara, que respetable y competente; el comisario lo encontró respetable y cortés y a su esposa le pareció un hombre encantador. Incluso Sobakévich (que casi nunca emitía juicios favorables), al regresar bastante tarde de la ciudad, dijo al acostarse junto a su flacucha esposa: «Corazón, he pasado la velada en casa del gobernador, he comido en la casa del jefe de policía, he conocido al consejero de estado Pável Ivánovich Chíchikov: ¡un hombre muy agradable!». Por toda respuesta, su mujer espetó: «¡Hum!» y lo empujó con el pie.

Esta opinión, tan lisonjera para el forastero, se extendió por la ciudad y se mantuvo hasta el momento en que una extraña peculiaridad de nuestro héroe lo hizo aparecer embrollado en un asunto —o lance, como se dice en provincia—, que pronto conocerá el lector... y que dejó estupefactos a casi todos los habitantes de la ciudad.

## Capítulo II

El recién llegado llevaba algo más de una semana asistiendo a comilonas y veladas, pasando el tiempo, como se dice, de modo muy agradable. Finalmente, tal y como había prometido, decidió salir de la ciudad y visitar a los terratenientes Manílov y Sobakévich. Quizás lo movía una razón muy propia, muy peculiar... de la que el lector se enterará a su debido tiempo, siempre y cuando tenga la paciencia de leer el presente relato, muy largo, que se irá extendiendo y ampliando hasta que se acerque el fin, que corona toda obra. Chíchikov le ordenó a Selifán que enganchara los caballos —al carruaje que ya conocemos— a primera hora de la mañana; a Petrushka le pidió que se quedara en la posada para cuidar de la habitación y la maleta. No estará de más que el lector conozca a estos dos siervos de nuestro héroe. Reconozco desde luego que son personajes de pacotilla, de segunda o tercera categoría, y sé muy bien que la marcha de los acontecimientos y la estructura del poema no dependen de ellos, pues únicamente aparecen en contadas ocasiones; sin embargo, al autor le gusta ser muy exacto en todo y en este sentido, a pesar de ser ruso, quiere ser tan meticuloso como un alemán. Por lo demás, nos llevará poco tiempo, ya que no hará falta agregar gran cosa a lo que el lector sabe ya, que Petrushka vestía una levita marrón un tanto holgada, que había pertenecido a su señor, y que tenía, como casi todos los hombres de su condición, los labios y la nariz muy gruesos. Añadiremos únicamente que era más bien callado que hablador, que incluso poseía una notable tendencia a cultivarse... perdón, mejor dicho a leer libros, pues lo cierto es que no le importaba lo más mínimo lo que dijeran: le daba exactamente lo mismo que se tratase de las aventuras de un héroe enamorado, que de un simple abecedario o de un libro de oraciones: lo leía todo con la misma atención. No hubiera rechazado un manual de química, pues lo que le fascinaba era el hecho mismo de leer, el modo en que las letras se combinaban unas con otras y siempre acababan formando alguna palabra que —a veces— ni el mismo diablo entendía. Petrushka solía entregarse a la lectura en posición horizontal, echado sobre el camastro y el jergón que, por este motivo, había quedado tan tieso y aplastado como un *blin* seco. Además de la pasión por la lectura, tenía otras dos costumbres, que constituían sus otros dos rasgos característicos: dormir sin desvestirse, así tal cual, con su levita; y propagar un olor muy peculiar —como de tugurio lleno de gente y mal ventilado—, de modo que bastaba con poner en cualquier sitio su camastro, aunque fuese un cuarto deshabitado hasta entonces, y trasladar ahí su capote y sus cosas para que

pareciera que en aquel cuarto vivía gente desde hacía diez años. Todas las mañanas, al despertarse, Chíchikov —que era muy quisquilloso— olfateaba con su sensible nariz, hacía muecas y meneaba la cabeza diciendo a Petrushka:

—¡Apesta! A ver si te das un baño.

Petrushka no contestaba y de inmediato fingía ocuparse de algo: cepillaba el frac del señor, colgado en la percha, o recogía cualquier cosa. No se sabe lo que pensaba en aquellas ocasiones; quizá decía para sus adentros: «¿Y tú quién te crees que eres? ¡A dale y dale con lo mismo!». Sabe Dios qué pensaba Petrushka, es difícil saber qué piensa un siervo cuando su amo lo sermonea. Así pues, esto es lo que por el momento cabe decir de Petrushka. El cochero Selifán era un hombre completamente distinto... pero dejémoslo ahí, ya que el autor se avergüenza de distraer a los lectores con gente de tan baja condición, pues sabe muy bien que no les interesa conocerlos. El ruso es así, quiere acercarse a quien ocupa por lo menos un rango más alto en la escala social: antes prefiere el distante saludo de un conde o un príncipe que una entrañable amistad con alguien de su misma clase. El autor siente temor incluso por su héroe, que es un simple consejero colegiado. Quizá los consejeros de provincia quieran conocerlo, pero los que han alcanzado el rango de general, ¡Dios lo sabe!, le dirigirán una de esas miradas despectivas que lanzan los hombres importantes a todo lo que está por debajo de ellos. O lo que es aún peor, tal vez pasen de largo mostrando una fatal indiferencia para el autor. En fin, por triste que pueda ser tanto lo uno como lo otro, tenemos que volver a nuestro héroe. Así pues, tras dar las instrucciones necesarias la noche anterior, Chíchikov se despertó muy temprano, se lavó, se friccionó de pies a cabeza con una esponja mojada, cosa que hacía únicamente los domingos —y aquel día resultó ser domingo—, se afeitó de tal modo que sus mejillas quedaron tan tersas y brillantes como un atlas esférico, se puso su frac color rojo con motitas y su capote de piel de oso, bajó las escaleras sostenido, ya de un lado, ya de otro, por el criado de la posada, subió a su carruaje, que cruzó con gran estruendo el portón de la posada, y salió a la calle. Un pope que se cruzó con él se descubrió, y unos cuantos chicuelos harapientos extendieron la mano, diciendo:

—Señor, ¡una limosna para este pobre huérfano!

El cochero notó que uno de ellos intentaba trepar a la parte trasera del coche y lo fustigó con un latigazo. Pronto rodó el coche dando tumbos por las calles. No sin placer, Chíchikov divisó a lo lejos la barrera a rayas, señal inequívoca de que el empedrado, como

todo suplicio, también tenía fin. En efecto, tras algunos tropezones molestos para su cabeza, se sintió transportado sobre tierra blanda. En cuanto desapareció la ciudad, pudieron admirar la monótona decoración del campo ruso: pinares, abetos maltrechos, troncos calcinados, maleza y otros ornamentos por el estilo. Pasaron por aldeas cuyas casas parecían montones de leña vieja, alineadas a cordel y cubiertas por deslucidos tejados de madera tallada; los *muzhiks*, enfundados en sus consabidos abrigos, bostezaban; algunas viejas de rostro abotagado, con el vestido prendido bajo los senos, se asomaban por las ventanas superiores, mientras que, en las inferiores, se veía algún ternero o asomaba el ciego hocico de un cerdo. En fin, el paisaje de siempre. Habían dejado atrás quince verstas cuando Chíchikov recordó que, según palabras de Manílov, por allí debía encontrarse el pueblo, pero el poste de la versta dieciséis pasó sin que se viera pueblo alguno. Les habría costado encontrarlo de no ser por dos *muzhiks* con quienes se cruzaron en el camino. A la pregunta de si estaba lejos Zamanílovka, los *muzhiks* se descubrieron; uno de ellos —de aspecto más desenvuelto y barba puntiaguda— contestó con una pregunta:

—¿Querrás decir Manílovka, no Zamanílovka?

—¡Eso! Manílovka.

—¡Manílovka! Sigue una versta más y ahí está, a la derecha.

—¿A la derecha? —preguntó el cochero.

—A la derecha —dijo el *muzhik*. Ahí encontrarás el camino a Manílovka, no Zamanílovka; se llama así, tal cual, Manílovka, Zamanílovka no existe. Al subir verás una casa de piedra de dos pisos; es la casa señorial, es decir, la casa de los señores. Ésa es Manílovka, no Zamanílovka, por aquí no hay ninguna Zamanílovka.

Continuaron su camino en busca de Manílovka. Dos verstas más adelante, encontraron el camino que torcía a la derecha, pero recorrieron dos, tres e incluso cuatro verstas sin que se divisara la casa de piedra de dos pisos. Chíchikov recordó entonces que cuando un amigo te invita a su hacienda y asegura que está a quince verstas, significa que tendrás que recorrer treinta. En realidad, Manílovka resultaba poco atrayente. La casa de los señores se emplazaba, solitaria, en un altozano, expuesta a los cuatro vientos. En la ladera, cubierta de césped recortado, se alineaban, al estilo inglés, dos o tres matojos de lilas y acacias amarillas; aquí y allá cinco o seis abedules levantaban su raquíptico ramaje; al pie de dos de ellos, se veía un pabellón de cúpula chata y verde, con columnas formadas

por troncos pintados de azul, en el cual se leía «Templo de meditación en soledad». Un poco más abajo había un estanque cubierto de hierbas, adorno que, por lo demás, suele encontrarse en los jardines ingleses de los propietarios rusos. Al pie del altozano, e incluso en la misma ladera, negreaban a lo largo y a lo ancho toscas izbás<sup>23</sup> que parecían un único y larguísimo tronco de color gris, pues entre ellas no crecía ni arbolillo ni forraje alguno. Por motivos que desconocemos, nuestro héroe enseguida se puso a contarlas y calculó que eran más de doscientas. Animaban el paisaje dos viejas que, con las sayas recogidas pintorescamente, avanzaban por el estanque con el agua hasta las rodillas, arrastrando los dos palos de una red desgarrada en la que se habían enredado dos cangrejos y brillaba un gobio; las mujeres, al parecer, habían reñido y seguían discutiendo por algo. Un poco más lejos se veía la sombra azulada de un desvaído pinar. Incluso el tiempo se había puesto a tono con el paisaje, pues el día no era ni claro ni nublado, sino de ese peculiar color azul grisáceo que se ve únicamente en los viejos uniformes de los soldados de guarnición, tropa por lo demás pacífica, si bien algo bebida los domingos. Un gallo, anunciador del tiempo, completaba el cuadro. Aunque su cabeza había sido picoteada hasta los sesos por sus rivales en galantería, no dejaba de cacarear a viva voz y palmotear sus alas, deshilachadas como arpillera vieja. Al acercarse, Chíchikov alcanzó a distinguir una figura. Era el terrateniente Manílov quien, de pie ante la puerta de la casa y vestido con una levita de paño verde, se hacía sombra cubriéndose con la mano, tratando de reconocer el vehículo que llegaba. El carruaje estaba cada vez más y más cerca... y la sonrisa de Manílov cada vez se hacía más y más amplia.

—¡Pável Ivánovich! —exclamó, cuando Chíchikov bajó del carruaje—. ¡Por fin se acuerda de nosotros!

Los amigos se besaron efusivamente. Manílov condujo al huésped a su habitación. Aunque tardaron poco tiempo en recorrer el vestíbulo, la antesala y el comedor, intentaremos aprovechar para decir algo acerca del anfitrión. El autor debe confesar que esto resulta muy difícil. Es mucho más sencillo representar a un hombre de carácter, a un gran personaje; basta con poner los colores a grandes pinceladas sobre el lienzo: negros y ardientes ojos, espesas cejas, frente surcada por arrugas; capa negra o roja como el fuego sobre el hombro, y ya está el retrato. Pero estos otros señores, que tanto abundan en el

---

<sup>23</sup> Vivienda rural de madera, propia de algunos países septentrionales del antiguo continente, y especialmente de Rusia (DRAE).

mundo y que a primera vista son muy parecidos entre sí (aunque vistos con detenimiento en ellos se advierten numerosas particularidades), estos señores son casi imposibles de retratar. Para resaltar algún rasgo que los distinga, es preciso tocar todos los resortes de la atención y aguzar la mirada.

Únicamente Dios podría decir cómo era Manílov. Hay personas de este tipo, que no son ni una cosa ni otra, ni carne ni pescado, según dice el proverbio. Acaso habría que incluir a Manílov en este grupo. A primera vista parecía un hombre distinguido. Era rubio, de ojos azules, sonrisa zalamera y agradable rostro. Sus facciones no carecían de encanto, aunque podría decirse que en tal encanto se había puesto demasiado almíbar. Cada palabra, cada gesto suyo, buscaba atraer la atención y simpatía de sus interlocutores. «¡Qué hombre más fascinante!», se decía la gente al entablar conversación con él; pero un momento después no decía ya nada, y a los tres minutos, muerta de aburrimiento, escapaba murmurando: «¡Qué diablo de individuo!». No esperes de él una palabra viva o altanera, como la que a cualquiera se le escapa al hablar de su tema favorito. Cada cual tiene su manía: a uno le entusiasman los galgos; otro es amante de la música y cree sentirla como nadie; el tercero es un maestro en el arte culinario; al cuarto le agradaría desempeñar un papel por lo menos una pulgada por encima del que le ha tocado; el quinto, de ambiciones más limitadas, sueña con pavonearse en compañía de un subcapitán, luciéndose ante sus amigos, sus conocidos e incluso con los desconocidos; el sexto posee una mano deseosa de marcarse un as o un dos de rombos; la mano del séptimo se ve tentada a poner orden, tratando de emular a un jefe de postas o a un cochero. En fin, cada cual tiene su manía; pero Manílov no tenía ninguna. En casa hablaba muy poco y se pasaba todo el día meditando y pensando sabe Dios en qué. No puede decirse que se ocupase de la hacienda, pues no había recorrido nunca sus tierras: las cosas marchaban como por sí solas. Cuando el administrador le decía: «Sería bueno, Señor, hacer esto y aquello», él contestaba: «Sí, no estaría mal», y lanzaba una bocanada con su pipa, a la que se había acostumbrado cuando servía en el ejército, donde lo consideraron el más modesto, delicado y culto de los oficiales. «Sí, en efecto, no estaría nada mal», repetía. Cuando se le acercaba un *muzhik* que le decía rascándose el cogote: «Señor, deme permiso para ir a ganarme un jornal con que pagar el tributo», Manílov contestaba, sin dejar de fumar: «¡ve!»; y ni siquiera se le ocurría que el *muzhik* pedía el permiso para emborracharse. Cuando miraba desde la escalinata el patio y el estanque, comentaba lo bien que estaría abrir, desde la casa, un paso subterráneo que los uniera, o construir sobre el estanque un puente de piedra con tenderetes

a los lados, donde los mercaderes pudieran vender las naderías que los campesinos suelen comprar. Entonces sus ojos se dulcificaban y su cara adquiría una expresión de extremada complacencia. Por lo demás, esos proyectos no pasaban de ser meras palabras. En su despacho tenía siempre un libro, con una señal en la página catorce, que estaba leyendo hacía ya dos años. En la casa siempre faltaba algo. Por ejemplo: los muebles del salón estaban tapizados con una finísima tela de seda (¡seguramente muy cara!) pero no había alcanzado para todos, de modo que cubrieron dos sillones con una tosca arpillera. El dueño de casa llevaba años diciendo a las visitas: «No se sienten en éstos, todavía no están terminados». Había otra habitación vacía, a pesar de que en los primeros días del matrimonio había dicho a su mujer: «Querida, hay que disponer las cosas para que mañana mismo pongan aquí algunos muebles, aunque sea provisionalmente».

Al caer la noche, los criados traían un fino candelabro de bronce oscuro, con una elegante pantalla de nácar y tallado con figuras de las tres Gracias de la Antigüedad y, junto a éste, un candelabro de cobre, cojo, torcido hacia un lado y pringado de sebo. Pero ni los amos ni la servidumbre parecían darle importancia a estos detalles. Su esposa era... en fin, no hay más que decir: eran el uno para el otro. Después de ocho años de vida matrimonial seguían ofreciéndose un trozo de manzana, un caramelo, una almendrita, con voz empalagosa:

—Alma mía, abre la boquita, que te meto esta cosita.

La boquita se abría, naturalmente, con mucha gracia. En los cumpleaños se preparaban siempre alguna «sorpresa», por ejemplo, un estuche para mondadientes bordado con abalorios. A menudo se sentaban juntos en el sofá y, de pronto, el uno dejaba su pipa y la otra su labor (si es que la tenía a mano en aquel momento) y se daban un beso tan lánguido e interminable que mientras se besaban había tiempo de sobra para fumarse un cigarrillo. En fin, eran felices. Desde luego, además de los besos prolongados y las sorpresas, en una casa hay muchas ocupaciones; cabría preguntarse, por ejemplo: ¿Por qué cocinaban tan a lo tonto y sin sentido? ¿Por qué estaba vacía la despensa? ¿Por qué robaba el ama de llaves? ¿Por qué los criados eran sucios y borrachos? ¿Por qué la servidumbre dormía descaradamente la mitad del día y el resto del tiempo descansaba? Pero éstas son



cuestiones mezquinas y Manílova<sup>24</sup> había recibido una esmerada educación. La mejor educación, como es sabido, se recibe en los internados. Y en los internados, como es sabido, hay tres asignaturas que constituyen la base de toda virtud: el francés, indispensable para una feliz vida familiar; el piano, para que el esposo disfrute de algunos momentos de esparcimiento; y, por último, la administración del hogar, que consiste en saber hacer monederos de punto y otros regalitos. Por lo demás, los métodos varían y se superan, especialmente en nuestros tiempos, según el sentido común y las capacidades de las directoras del internado. En unos, el piano es lo primero, después el francés y luego la administración del hogar; en otros, la administración doméstica, esto es, aprender a hacer cositas de punto, ocupa el primer lugar, después viene el francés y finalmente el piano. Los métodos varían. No estaría de más observar que la señora de Manílov... pero, lo confieso, temo hablar de las damas y, además, ya es hora de que vuelva a nuestros héroes, que hemos dejado ante la puerta del salón, en lucha cortés por quién cederá el paso al otro.

—Tenga la bondad, no se tome tantas molestias por mí; pasaré después de usted —decía Chíchikov.

—No, Pável Ivánovich, de ninguna manera, usted es mi invitado —decía Manílov, señalando la puerta.

—No se moleste, por favor, no se moleste. Pase, por favor —decía Chíchikov.

—No, perdóneme, no consentiré pasar delante de un invitado tan distinguido.

—¿Distinguido?... Por favor, pase.

—No, no, le ruego que pase usted.

— Pero ¿por qué?

—¡Porque sí! —exclamó Manílov con una encantadora sonrisa. Finalmente, los dos amigos pasaron a la vez, de costado, chocando el uno contra el otro.

—Permítame que le presente a mi esposa —dijo Manílov—. Alma mía, ¡Pável Ivánovich!

Chíchikov se halló en presencia de una dama sentada en el diván, a quien las reverencias que se hacía con Manílov en la puerta le habían impedido divisar. Tenía un

---

<sup>24</sup> En Rusia, las mujeres adoptan el apellido del esposo cambiándolo a su forma femenina. La mujer de Manílov es Manílova, así como la mujer de Karénin es Karénina.

aspecto agradable, pues vestía con gracia una bata de seda clara que le sentaba muy bien. Su fina y pequeña mano dejó apresuradamente algo en la mesa y después apretó un pañuelo de batista con las puntas bordadas. Cuando se levantó, Chíchikov, no sin placer, se acercó a besarle la mano. La señora de Manílov dijo, arrastrando un poco las palabras, que su llegada les proporcionaba gran alegría y que no pasaba un día sin que su esposo lo recordara.

—Sí —prosiguió Manílov—, ella no cesaba de preguntarme: «¿Por qué no viene tu amigo?», «Espera, alma mía, que ya vendrá». Y ahora nos ha honrado por fin con su visita. Nos ha proporcionado usted un gran placer... un día de mayo... una fiesta para el corazón...

Chíchikov, al ver que la cosa llegaba hasta el corazón, se turbó un poco y repuso, con modestia, que su nombre no era célebre y que ni siquiera poseía un rango elevado.

—Usted lo tiene todo —interrumpió Manílov—, usted lo tiene todo y más que todo.

—¿Qué le ha parecido nuestra ciudad? —preguntó la señora de Manílov— ¿Se lo ha pasado bien?

—Una ciudad excelente, preciosa —contestó Chíchikov—. Me lo he pasado muy bien. La gente es muy sociable.

—¿Y nuestro gobernador? —continuó la señora de Manílov.

—¿No es verdad que es un hombre muy respetable y amabilísimo? —agregó Manílov.

—Muy cierto —dijo Chíchikov—, es un hombre muy respetable. ¡Y cómo cumple con sus obligaciones! Ojalá hubiera muchos como él.

—Con qué acierto, ¿sabe usted?, recibe a las visitas, ¡qué delicadeza pone en todo lo que hace! —agregó Manílov, sonriendo y entornando los ojos, como un gato al que acarician suavemente detrás de las orejas.

—Es un hombre encantador y sumamente agradable —prosiguió Chíchikov—. ¡Y qué hábil! Nunca me lo hubiera imaginado. ¡Lo bien que borda cositas para la casa! Me mostró una de sus labores, un monedero: pocas damas lo bordarían con tanta habilidad.

—¿Y el vicegobernador? ¿No es verdad que es muy amable? —dijo Manílov, entornando los ojos.

—Muy digna persona, ¡dignísima! —respondió Chíchikov.

—Pero, dígame, ¿qué le ha parecido el jefe de policía? Es un hombre muy agradable, ¿no es cierto?

—Extraordinariamente agradable. ¡Y qué inteligente, qué cultivado! El presidente de la Cámara, el fiscal y yo, estuvimos en su casa, jugando al *whist* hasta las tantas. Muy digna persona, dignísima.

—¿Y qué opinión tiene de su esposa? —añadió Manílova—, ¿una mujer amabilísima, no es verdad?

—¡Oh! Es una de las mujeres más dignas que conozco —respondió Chíchikov.

No se olvidaron del presidente del Tribunal ni del jefe de correos, y así fueron mencionando a casi todos los funcionarios de la ciudad, quienes resultaron ser todos personas dignísimas.

—¿Viven en el campo? —preguntó Chíchikov por fin, cuando le tocó su turno.

—Casi siempre —contestó Manílov—. Sin embargo, a veces vamos a la ciudad para tratar a gente cultivada. Viviendo siempre aquí, ¿sabe usted?, uno se vuelve un poco salvaje.

—Es verdad, es verdad —dijo Chíchikov.

—Desde luego —continuó Manílov—, otra cosa sería si tuviéramos buenos vecinos, si, por ejemplo, hubiera alguien con quien hablar de cuestiones agradables o dedicarse a una ciencia capaz de conmover el alma, como se dice, ¡de elevarla! (y aquí quiso expresar algo más, pero, advirtiendo que se había embrollado un poco, alzó un brazo al cielo, y continuó), entonces, naturalmente, el campo y el recogimiento serían muy agradables. Pero no hay absolutamente nadie... Sólo de vez en cuando puede uno leer «El hijo de la patria».<sup>25</sup>

---

<sup>25</sup> Revista histórica, política y literaria (1812-1852). En el primer decenio de su existencia fue muy popular, ocupaba uno de los primeros lugares entre las ediciones rusas con tiradas de 1200 ejemplares semanales. En él escribían Pushkin, Viázemski, Griboiédov, Turguénev, Riléiev y Glinka. Tras la rebelión de los decembristas (1825), y bajo la dirección de Bulgarin, se convirtió en una publicación oficialista y de tendencia reaccionaria.

Chíchikov estuvo completamente de acuerdo y añadió que no había nada más agradable que vivir en soledad, deleitarse en la contemplación de la naturaleza y leer un libro de vez en cuando...

—Pero ¿sabe usted? —agregó Manílov—. Todo eso, sin un amigo con quien compartirlo...

—¡Oh! ¡Eso es cierto!, ¡absolutamente cierto! —interrumpió Chíchikov—. Sin un amigo ¿de qué sirven todos los tesoros del mundo? «La amistad vale más que el dinero», dijo un sabio.

—¿Sabe usted, Pável Ivánovich? —dijo Manílov con una expresión tan empalagosa como la mixtura que un ingenioso médico endulza sin piedad, pensando en dar una alegría al enfermo—, con los amigos siente uno algo así como un placer espiritual... por ejemplo ahora, cuando la ocasión me ha deparado la dicha, puedo decir única, de hablar con usted y disfrutar de su agradable conversación...

—¡Por favor! ¿Qué puede tener de agradable mi conversación?... No soy más que una persona insignificante —respondió Chíchikov.

—¡Oh, Pável Ivánovich! Permítame ser franco. Daría con gusto la mitad de mis bienes a cambio de una parte de las cualidades que usted posee.

—Al contrario, soy yo quien, por mi parte, consideraría un grandísimo...

No se sabe hasta dónde habría llegado tal manifestación de sentimientos de no haber aparecido un criado para anunciar que la comida estaba lista.

—Tenga la bondad —dijo Manílov—. Perdone que nuestra comida no sea como la que suele ofrecerse en los palacios de la capital. Tenemos, a la usanza rusa, simplemente sopa de col. Pero se la ofrecemos de todo corazón. Tenga la bondad de pasar.

No había modo de ponerse de acuerdo en quién debía pasar primero, pues ambos se empeñaron de nuevo en cederse el paso; tras unos momentos de indecisión, Chíchikov se aventuró a entrar de costado. En el comedor los esperaban dos niños —hijos de Manílov— que tenían suficiente edad para sentarse a la mesa con los mayores, aunque todavía en sillas altas. A su lado estaba el preceptor, quien saludó inclinándose cortésmente y esbozando una sonrisa. La anfitriona tomó asiento junto a la sobera. Al huésped lo

sentaron entre la anfitriona y el anfitrión. Entre tanto, un criado anudaba una servilleta al cuello de los pequeños, para evitar que se manchasen.

—¡Qué niños tan adorables! —dijo Chíchikov—. ¿Cuántos años tienen?

—El mayor ocho, y el pequeño cumplió ayer los seis —respondió la señora de Manílov.

—¡Themístoclus! —gritó Manílov, dirigiéndose al mayor, quien trataba de sacar la barbilla de la servilleta que le habían anudado.

Al escuchar este nombre medio griego que Manílov (¡sabe Dios por qué!) hacía terminar en «us», Chíchikov arqueó ligeramente las cejas, pero de inmediato procuró volver a su expresión habitual.

—Themístoclus, dime, ¿cuál es la capital de Francia?

Ante esta pregunta, el preceptor se puso muy tenso, arqueó la espalda y miró fijamente a Themístoclus, comiéndoselo con los ojos, pero respiró aliviado y asintió con un movimiento de cabeza cuando el pequeño respondió:

—París.

—¿Y la principal ciudad de Rusia? —volvió a preguntar Manílov.

El preceptor concentró de nuevo toda su atención en Themístoclus.

—San Petersburgo.

—¿Y la segunda?

—Moscú.

—¡Qué listo! —comentó Chíchikov— ...no me lo puedo creer... prosiguió, volviéndose asombrado hacia los padres —¡Hay que ver qué informado está para su edad! El chico tiene mucho futuro.

—¡Oh! y eso que todavía no lo conoce bien —dijo Manílov—. Es extraordinariamente perspicaz. El pequeño Alcides no es tan avisado, pero a éste le brillan los ojos en cuanto ve cualquier gusarapo o bicharraco; corre a por él, lo sigue, lo examina. Pienso destinarlo a la diplomacia. Themístoclus, ¿quieres ser embajador?

—Sí —contestó Themístoclus, sin dejar de masticar el pan y meneando la cabeza de izquierda a derecha.

En ese momento, el criado —que estaba de pie, a sus espaldas— limpió las narices del futuro embajador; hizo muy bien, pues, de otro modo, habría caído en la sopa una gota enorme de repugnante consistencia. Empezaron a conversar sobre los placeres de una vida tranquila. De cuando en cuando, la anfitriona interrumpía con observaciones sobre el teatro de la ciudad y de los actores. El preceptor estaba muy atento a lo que se decía. En cuanto advertía que los anfitriones estaban a punto de reír, abría la boca y reía de muy buena gana. Quizá era su manera de agradecer los buenos tratos que recibía en esa casa. Por lo demás, es justo decir que en una ocasión se puso serio y dio, con autoridad, un golpe en la mesa, mirando severamente a los niños. Lo hizo muy a tiempo, pues Themístoclus había mordido la oreja de Alcides y éste, entre pucheros, estaba a punto de ponerse a chillar. Pero el chiquillo comprendió que su berrinche podría privarle de algún plato, así que se recompuso y, con los ojos llenos de lágrimas, empezó a roer un hueso de cordero que le dejó las mejillas relucientes de grasa.

La anfitriona se dirigía a menudo a Chíchikov, diciéndole:

—No come usted nada. Se ha servido muy poco.

A lo que Chíchikov siempre respondía:

—Muchísimas gracias, estoy satisfecho. Una conversación agradable vale más que cualquier manjar.

Se levantaron de la mesa. Manílov estaba emocionado, contentísimo. Cogiendo del hombro a su huésped, le pidió que lo acompañara al salón. Caminaron unos pasos. De pronto, Chíchikov —con aire de misterio—, anunció que tenía algo muy importante que decirle.

—En tal caso, permítame, vayamos a mi despacho —dijo Manílov, y lo condujo a un pequeño cuarto cuya ventana daba a un bosque azulado—. Éste es mi rinconcito —añadió.

—Acogedora estancia —dijo Chíchikov, recorriéndola con la mirada.

En efecto, aquella habitación tenía su encanto: paredes pintadas de un tono azul-grisáceo; cuatro sillas, un sillón y una mesa, sobre la que estaba el libro del que ya hemos hablado —marcado con una señal en la página catorce—, unos cuantos folios y, sobre todo, tabaco, mucho tabaco, de todo tipo, en paquetes, en tabaquera o simplemente amontonado en la mesa. En los alféizares de las ventanas había montoncitos de ceniza

dispuestos en hermosas hileras. Seguramente, en sus ratos de ocio, Manílov se entretenía con esta actividad.

—Permítame rogarle que se acomode en este sillón —dijo Manílov—. Aquí estará mejor.

—Permítame, me sentaré en una silla.

—Permítame que no se lo permita —dijo Manílov con una sonrisa—. Este sillón lo tengo reservado para los huéspedes: éste es su lugar.

Chíchikov se sentó.

—Permítame que le ofrezca una pipa.

—No gracias, no fumo —contestó Chíchikov afectuosamente y como si lo lamentara.

—¿Por qué? —preguntó Manílov, también afectuosamente y como si lo lamentara.

—Tengo miedo de acostumbrarme a la pipa: dicen que adelgaza.

—Permítame advertirle que se trata de un prejuicio. Creo que, incluso, fumar en pipa es mucho más saludable que tomar rapé. En nuestro regimiento había un teniente, hombre excelentísimo y cultísimo, que no se quitaba la pipa de la boca, ni en la mesa ni, con perdón sea dicho, en ningún otro sitio. Ahora pasa de los cuarenta y, gracias a Dios, disfruta de una salud inmejorable.

Chíchikov observó que, efectivamente, hay cosas inexplicables, incluso para una inteligencia preclara.

—Pero permítame que le pregunte —dijo con una voz en la que se advertía un tono extraño, o casi extraño, y acto seguido, quién sabe por qué, miró hacia atrás—. ¿Hace cuánto que remitió su última lista de empadronamiento?<sup>26</sup>

—Hace mucho, creo. Mejor dicho, no lo recuerdo —contestó Manílov, y también, quién sabe por qué, miró hacia atrás.

—¿Se le han muerto muchos campesinos desde entonces?

—¿Sabe usted? No tengo ni idea. Tendríamos que preguntarle al administrador. ¡Eh, muchacho! Llama al administrador; hoy trabaja.

---

<sup>26</sup> La lista de los siervos empadronados, por los que se pagaba en el censo.

Se presentó un hombre, de unos cuarenta años, bien afeitado y vestido con una levita, que resultó ser el administrador. Al parecer, llevaba una vida muy tranquila, pues sus rechonchas mejillas, el tinte amarillento de su piel y sus ojillos enrojecidos revelaban una franca relación con el colchón de plumas y los edredones. Se notaba enseguida que había hecho su carrera como todos los administradores de fincas rurales. Primero fue, simplemente, un chico que sabía leer y escribir; luego se casó con la típica *Agashka-amadellaves* favorita de los señores, convirtiéndose así en amo de llaves y después en administrador. Conseguido el puesto procedió, se comprende, como todo administrador: se hizo amigo de los campesinos más ricos de la aldea, y aumentó las cargas<sup>27</sup> de los más pobres. Por supuesto, todos los días se despertaba tarde y no hacía otra cosa más que beber té.

—Escucha, querido, ¿cuántos campesinos se nos han muerto desde el último censo?

—¿Cuántos? Muchos —respondió el administrador y después hipó, cubriéndose ligeramente con la mano, a modo de escudo.

—Sí, me lo imagino. Eso mismo pensaba yo —dijo Manílov—. ¡Han muerto muchos, así es! —y volviéndose hacia Chíchikov agregó—: Exacto, muchísimos.

—¿Cuántos, por ejemplo? —preguntó Chíchikov.

—Sí, eso, ¿cuántos? —repitió Manílov.

—¿Cómo saberlo? No puedo decir cuántos han muerto. Nadie los ha contado.

—Justamente —dijo Manílov, volviéndose hacia Chíchikov—. Es lo que yo suponía. La mortalidad ha sido muy alta. No se sabe cuántos han muerto.

—Cuéntalos, por favor —dijo Chíchikov— y haz una lista detallada, con los nombres de todos.

—Sí, con los nombres de todos —repitió Manílov.

El administrador dijo: «¡Entendido!» y se marchó.

—¿Y para qué la necesita? —preguntó Manílov cuando el administrador se retiró.

---

<sup>27</sup> Cada familia de campesinos (formada por dos adultos, un hombre y una mujer) tenía que pagar tributo en dinero o especie al terrateniente.



Esta pregunta, al parecer, confundió al invitado, pues se puso tenso y enrojeció. Se advertía que Chíchikov quería explicar algo, pero no encontraba las palabras adecuadas para hacerlo. No era para menos, pues cuando por fin se decidió a hablar, contó unas cosas muy raras.

—¿Desea saber la razón? Me gustaría comprar algunos campesinos... que —dijo Chíchikov, embrollándose y sin acabar la frase.

—Permítame que le pregunte —continuó Manílov—, ¿cómo los quiere comprar, con tierra o para llevar?, quiero decir... ¿sin tierra?

—No, no se trata precisamente de campesinos —explicó Chíchikov—. Quiero comprarle los muertos...

—¿Cómo? Perdona... soy un poco duro de oído; me pareció haber escuchado una palabra rarísima.

—Me propongo —dijo Chíchikov— adquirir muertos que, en el padrón, figuren todavía como vivos.

Manílov se quedó boquiabierto, dejando caer el largo chibucú con la pipa en su extremo; así se quedó, aturdido, durante algunos minutos. Los amigos, que habían conversado sobre las bondades de una vida fraterna, se quedaron inmóviles, con la mirada fija, como esos retratos que en la antigüedad colocaban frente a frente a ambos lados del espejo. Por fin, Manílov recogió la pipa con su chibucú y lo miró de hito en hito, ¿había alguna sonrisilla de conejo en sus labios?, ¿bromeaba?; pero el rostro de Chíchikov le pareció incluso más pomposo que nunca. Luego pensó, ¿se le habrá ido la chaveta?, y, despavorido, lo miró atónito; pero en los ojos del huésped no corría el fuego salvaje que corre en la mirada de un loco, no se advertía nada extraño; por más que Manílov se devanó los sesos pensando en cómo comportarse, en qué hacer, no se le ocurrió otra cosa que lanzar una fina bocanada de humo que se le había quedado en la garganta.

—Así pues, desearía saber si puede cederme, entregarme o lo que usted prefiera, las almas de los que en realidad han muerto, pero que legalmente se consideran como vivos.

Desconcertado, Manílov le siguió mirando fijamente.

—Me parece que encuentra usted alguna dificultad... —observó Chíchikov.

—¿Yo?... No, no es eso —dijo Manílov—. Es que no llego a comprender... perdone... desde luego, yo no recibí una formación tan brillante como la suya. Usted es un hombre instruido, eso se nota en cada una de sus acciones. En cambio yo, no sé expresarme... acaso... en lo que acaba de decir... se oculta algún sentido que no percibo... ¿No será que ha empleado esas palabras por una cuestión de estilo, por ejemplo, para resaltar la belleza de la frase?

—No —respondió Chíchikov—. Me refiero a las cosas tal como son: a las almas que efectivamente han muerto.

Manílov se turbó por completo. Se daba cuenta de que no podía quedarse callado, pero ¿qué hacer?, ¿qué preguntar? ¡El diablo lo sabía! Acabó soltando otra bocanada, aunque esta vez por la nariz y no por la boca.

—Si no tiene nada que oponer procedamos, con la ayuda de Dios, a la redacción del título de compra —dijo Chíchikov.

—¿Cómo! ¿Un título de compra de almas muertas?

—¿Ah, no! —repuso Chíchikov—. ¡Eso sí que no! Aparecerán tal y como figuran en el Registro, como almas vivas. Ha de perdonarme, pero acostumbro a respetar la ley, aunque esto me haya costado algunos sinsabores en el ejercicio de mi cargo. Para mí, el deber es algo sagrado, la ley es la ley y, ante la ley, enmudezco.

Las últimas palabras agradaron a Manílov, aunque, a decir verdad, seguía sin entender bien el asunto. Como no sabía qué decir, buscó inspiración en su chibucú, chupándolo con tanta fuerza que acabó por sonar como un fagot. Pero no obtuvo respuesta alguna: la pipa no hacía más que roncar.

—Quizá tenga usted alguna duda...

—¿Oh, por favor, de ningún modo! No he dicho eso, no tengo ningún... reparo crítico respecto a usted. Pero permítame, ¿no será este asunto, no será este negocio algo contrario a las leyes y al futuro de Rusia? (Al decir esto Manílov meneó la cabeza, apretó los labios y dirigió a Chíchikov una elocuente mirada, dando a su rostro una expresión tan profunda como no se haya visto en ningún otro, con la excepción, tal vez, de la de un sagaz ministro a punto de resolver un asunto muy embrollado). Chíchikov respondió, con sencillez, que aquella empresa no era contraria a las leyes cívicas o al futuro de Rusia. Agregó que, incluso, las arcas del Imperio resultarían beneficiadas, pues cobrarían derechos de registro.

—¿A usted le parece?...

—Me parece que es correcto.

—En ese caso: no tengo nada que objetar —dijo Manílov, tranquilizándose.

—Ahora sólo nos queda acordar el precio.

—¿El precio? —repitió Manílov—. ¿Acaso cree usted que aceptaré dinero por unas almas que, en cierto modo, ya no existen? Ya que le ha entrado a usted, por así decirlo, ese fantástico deseo, se las entrego desinteresadamente y me hago cargo de los gastos de registro.

Para evitar reproches, el historiador de estos sucesos no quiere dejar de contar el placer que estas palabras produjeron en el invitado, quien, a pesar de ser un hombre sensato, estuvo a punto de ponerse a brincar como una cabra, cosa que, como se sabe, únicamente se hace en los momentos de mayor alegría. Al reprimir el salto, se removió con tanta fuerza en el sillón que rasgó la tela de lana que cubría el asiento. El anfitrión lo miró un tanto sorprendido. Desbordado de gratitud, Chíchikov volcó sobre Manílov tal profusión de elogios que éste se turbó, enrojeció, negó con la cabeza y, por último, manifestó que aquello no tenía ninguna importancia; que él (eso sí) hubiera querido demostrarle su amistad de otro modo, y no con esas almas muertas que, en cierto sentido, carecían de valor.

—No es verdad —dijo Chíchikov estrechando su mano y exhalando un profundo suspiro. Parecía dispuesto a confidencias, pues, al parecer conmovido, pronunció las siguientes palabras: —¡Si supiera el servicio que presta con esta supuesta bagatela a un hombre sin familia y sin hogar! Sí, en efecto, ¿qué no habré sufrido yo? Como una barquita entre olas enfurecidas... ¿qué de amarguras, qué de persecuciones no he soportado?, ¿y todo por qué? Por ser fiel a la verdad, por mantener la conciencia tranquila, por haber tendido la mano a la indefensa viuda y al desgraciado huérfano... (aquí enjugó con el pañuelo una lágrima que corría por su mejilla).

Manílov estaba profundamente emocionado. Ambos amigos se quedaron un buen rato con las manos estrechadas y mirándose en silencio, con lágrimas en los ojos. Manílov no quería —de ningún modo— soltar la mano de nuestro héroe; la apretaba con tanto ardor que éste no sabía cómo retirarla. Por fin, liberándola poco a poco, dijo que no estaría mal

formalizar cuanto antes la escritura, y que sería de desear que el propio Manílov acudiera a la ciudad. Después, tomó su sombrero, como para despedirse.

—¿Cómo?, ¿ya se quiere ir? —preguntó casi espantado Manílov.

En ese momento entró en el despacho Manílova.

—Lízanka<sup>28</sup> —dijo Manílov con aire un tanto compungido—, ¡Pável Ivánovich nos deja!

—Porque hemos aburrido a Pável Ivánovich —respondió Manílova.

—¡Señora! Aquí —dijo Chíchikov—, aquí, mire dónde (se llevó la mano al corazón), ¡sí, aquí quedará el entrañable recuerdo del tiempo que hemos pasado juntos! Créame, para mí no habría mayor felicidad que vivir con ustedes, si no es posible en la misma casa, por lo menos en las cercanías.

—¿Sabe usted, Pável Ivánovich? —dijo Manílov, encantado con la idea—. Sería magnífico vivir bajo el mismo techo; filosofar juntos a la sombra de un olmo, ¡profundizar!

—¡Oh! ¡Sería el Paraíso! —exclamó Chíchikov, suspirando—. ¡Adiós, señora! —prosiguió, besando la manita de Manílova—. ¡Adiós, mi respetable amigo! ¡No olvide mi petición!

—¡Oh, no la olvidaré, puede estar seguro! —respondió Manílov—. Nos veremos en un par de días.

Pasaron al comedor.

—¡Adiós mis queridos pequeñines! —dijo Chíchikov al ver a Alcides y Themístoclus jugando con un húsar de madera desnarigado y sin brazo—. Adiós mis chiquitines. Disculpadme, no traje un regalito para vosotros porque, lo confieso, no sabía que existieran; pero cuando vuelva os traeré algo. Traeré un sable para ti. ¿Quieres un sable?

—Sí —respondió Themístoclus.

—Y a ti un tambor; ¿verdad que quieres un tambor? —prosiguió, inclinándose hacia Alcides.

---

<sup>28</sup> Diminutivo familiar de Yelizabeta.

—Ta-bó —respondió Alcides, balbuceando y mirando al suelo.

—Bien, te traeré un tambor, un tambor magnífico que haga: plan, plan, rataplán... plan, plan, rataplán... ¡Adiós, queridito! ¡Adiós!

Le dio un beso en la cabeza y se volvió hacia Manílov y su esposa, dirigiéndoles aquella risilla con que suele darse a entender la inocencia de los deseos infantiles.

—¡De verdad, quédese, Pável Ivánovich! —dijo Manílov cuando todos habían salido a la escalinata—. Mire usted qué nubarrones.

—Nubecillas apenas —replicó Chíchikov.

—¿Conoce el camino a casa de Sobakévich?

—Se lo quería preguntar.

—Permítame, enseguida se lo digo a su cochero. (Manílov, con gran amabilidad, le indicó el camino al cochero; incluso una vez llegó a tratarlo de «usted»<sup>29</sup>).

El cochero, enterado de que hacía falta dejar los dos primeros caminos que encontrarán para tomar el tercero, dijo: «¡Daremos con él, Excelencia!»; y Chíchikov se marchó entre reverencias de los señores, quienes, de puntillas, estuvieron mucho tiempo agitando sus pañuelos. Manílov se quedó de pie en la escalinata, siguiendo con su mirada el carruaje que se alejaba. Y allí siguió, fumando su pipa, hasta que lo hubo perdido completamente de vista. Después entró en la casa, se sentó en una silla y se puso a meditar, contento por haber proporcionado a su amigo una pequeña satisfacción. Pensó en las delicias de la amistad, en lo bueno que sería vivir con un amigo a la orilla de algún río. Después, sus pensamientos alzaron libre vuelo: empezó a construir un puente sobre este río, luego una casa enorme con un mirador —tan elevado que desde allí podría divisarse Moscú— para tomar el té al aire libre, charlando sobre algún tema agradable. Imaginó que él y Chíchikov llegaban en hermosos carruajes a una reunión en la que seducían a todos con la exquisitez de su trato, y que el Zar, enterado de tal amistad, los ascendía a generales... En fin, fantaseaba de tal modo que ni él mismo se entendía. El extraño ruego de Chíchikov interrumpió bruscamente su ensoñación. Por más vueltas que le diera, no le

---

<sup>29</sup> Gógol se mofa de la extrema cortesía de Manílov. Su ridículo afán por resultar agradable lo lleva a dirigirse con demasiado respeto a un inferior. Una conducta impensable en la época, tan obsesionada con los rangos y las jerarquías.

entraba en la cabeza aquella idea. No lograba entender el asunto. Y así permaneció, sentado y fumando su pipa, hasta la hora de cenar.

### Capítulo III

Mientras tanto Chíchikov —con excelente disposición de ánimo— iba en su carruaje, que desde hacía ya bastante tiempo circulaba por el camino real. En el capítulo anterior hemos visto cuál era el objeto principal de todos sus afanes; no es nada extraño, por lo tanto, que pronto se entregara a éste en cuerpo y alma. Las conjeturas, cálculos y consideraciones reflejadas en su rostro eran por lo visto muy agradables, pues a cada momento imprimían la marca de un mohín de satisfacción. Enfrascado en sus pensamientos, no prestaba la menor atención al cochero, el cual, contento por la amable acogida de la gente de Manílov, hacía unas observaciones muy atinadas al caballo atigrado, que tiraba del lado derecho. Era un caballo muy astuto que sólo fingía tirar del carruaje, mientras que el bayo y el alazán de la izquierda —que se llamaba Asesor, porque lo habían comprado a un asesor—, lo hacían con todas sus fuerzas, tirando con tanto afán que sus ojos resplandecían de satisfacción.

—¡Tramposo! ¡Tramposo! ¡Yo soy más listo que tú! —gritaba Selifán, incorporándose y fustigando al perezoso—. ¡Cumple con tu obligación, alemán sinvergüenza! El bayo es un caballo responsable, de buena gana le daré doble ración de pienso, porque es un caballo digno, y el Asesor también es un buen caballo... ¡Eh, eh!, ¿por qué sacudes las orejas? ¡Tonto, escucha cuando te hablan, grosero! No te voy a enseñar nada malo. ¡Eh!, ¿a dónde vas?

Y le sacudió otro latigazo diciendo:

—¡Ea, bárbaro! ¡Eres un maldito Bonaparte!<sup>30</sup>

Luego, dirigiéndose a todos, gritó:

—¡Ea, queridos! —y les arreó un latigazo; no para castigarlos, sino para mostrar que estaba satisfecho de ellos.

Después de proporcionarles este goce, volvió de nuevo contra el atigrado:

—¿Crees que me puedes engañar? ¡Pues no, no puedes! Si quieres que te respeten, pórtate como es debido. Ya ves, en la casa que acabamos de visitar hemos encontrado

---

<sup>30</sup> Una ofensa común en la época, pues, para el imaginario colectivo ruso contemporáneo a Gógol, Napoleón Bonaparte era una amenaza.

buena gente. De buena gana habla uno con buenas personas, porque con una buena persona da gusto tomar el té o un bocado; es gente que todo mundo respeta. Ahí tienes a nuestro señor, todos lo respetan porque él, ¡oye bien! Ha servido al Estado, ¿te enteras?, es asesor colegiado.

Razonando así, el pensamiento de Selifán se adentró en abstractas consideraciones. Si Chíchikov hubiera prestado oído se habría enterado de muchos detalles que le atañían personalmente; pero fue preciso un violento trueno para sacarlo de sus meditaciones y hacerle mirar a su alrededor: el cielo estaba completamente nublado y el polvoriento camino salpicado por la lluvia. Retumbó otro trueno —más fuerte y más cercano— y, de pronto, empezó a llover a cántaros. La lluvia azotó primero el lado izquierdo del carruaje; luego azotó el otro y después, cambiando de dirección, empezó a caer verticalmente, tamborileando sobre el techo del vehículo; fue entonces cuando las salpicaduras alcanzaron el rostro de Chíchikov, obligándolo a cerrar las cortinillas de cuero, provistas de dos aberturas circulares para contemplar el paisaje. Chíchikov ordenó a Selifán que se diera prisa. Éste, interrumpido en pleno soliloquio, entendió que, en efecto, había que apurarse: sacó del pescante un paño gris (que estaba hecho una porquería), se lo echó sobre los hombros, empuñó las riendas y arreó a los tres caballos, que apenas se movían, pues el instructivo discurso los había sumido en un agradable sopor. Lo malo es que Selifán no recordaba si eran dos o tres los caminos que habían pasado. Trató de hacer memoria. De pronto decidió que habían dejado atrás muchos cruces y, como todo buen ruso que en un momento decisivo resuelve la situación sin pensar demasiado, tomó el primer camino a la derecha, gritando.<sup>31</sup>

—¡Ea, queridos!

Y se lanzó al galope, sin pensar a dónde conducía aquel camino. De cualquier forma parecía que había tormenta para un buen rato. El polvo del camino pronto se convirtió en barro, de modo que cada vez era más difícil para los caballos tirar del carruaje. Chíchikov estaba preocupado, pues no veía aparecer por ningún lado la aldea de Sobakévich. Según sus cálculos, ya tenían que haber llegado. Inquieto, trataba de inspeccionar aquel lugar, pero estaba tan oscuro que no veía más allá de sus narices.

---

<sup>31</sup> A lo largo de toda la novela encontramos alusiones como ésta para indicar la peculiaridad del carácter ruso, marcado por el impulso y la intuición.



—¡Selifán! —gritó por fin, asomándose al pescante.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó Selifán.

— ¿Se ve por fin el pueblo?

—¡No, señor, no se ve por ninguna parte!

Selifán, restallando su látigo, entonó una canción que resultó ser una letanía interminable que incluía todos los gritos —alentadores y exhortativos— con que se honra a los caballos de uno a otro confín de Rusia. En su cantinela, Selifán dejó escapar una retahíla incoherente de adjetivos soltados sin ton ni son, tal como se le venían a la cabeza (llegó al exceso de llamar secretarios a los caballos). El carruaje empezó a dar bandazos, zarandeando inmisericordemente a Chíchikov, quien supuso que habían salido del camino y rodaban a campo traviesa. Selifán también se había dado cuenta. Pero no dijo nada.

—¿Eh, granuja, por dónde me llevas? —dijo Chíchikov.

—¡No se ve ni el látigo, todo está muy oscuro!

Dicho esto, viró de tal modo el carruaje que Chíchikov tuvo que agarrarse con ambas manos. Se dio cuenta de que Selifán iba bebido.

—¡Coge las riendas, animal, que vas a volcar! —le gritó.

—No, señor, ¡cómo voy a volcar! —dijo Selifán—. Eso no está bien, yo lo sé; le juro que no volcaré.

Dicho esto, empezó a virar ligeramente; y viró y viró... hasta dejar el carruaje completamente volcado. Chíchikov fue a dar de bruces en el lodo. Selifán pudo detener los caballos, aunque, a decir verdad, de cualquier modo se habrían detenido, pues estaban exhaustos. Este imprevisto dejó pasmado al criado, quien se bajó del pescante y se plantó ante el carruaje con los brazos en jarras, mientras el señor se revolvía en el barro tratando de salir de un modo u otro. Selifán, tras meditar unos segundos, exclamó:

—¡Pues sí que ha volcado!

—¡Estás más borracho que una uva! —dijo Chíchikov.

—No señor, ¡cómo podría! Sé que no está bien emborracharse. Estuve hablando con un amigo... uno puede hablar con gente de bien, ¿qué tiene de malo?; tomamos un bocado y nada más, no le hago daño a nadie tomando un bocado con gente de bien.

—¿Qué dije la última vez que te emborrachaste? ¡eh!, ¿ya se te olvidó? —dijo Chíchikov.

—No, vuestra Señoría,<sup>32</sup> ¿cómo podría olvidarlo? Conozco mis obligaciones. Ya sé que está mal emborracharse. Pero estuve hablando con gente de bien porque...

—¡Cuando te azote sabrás cómo hablar con gente de bien!

—Como disponga vuestra merced —respondió Selifán, mostrándose conforme en todo— Si han de azotarme, que me azoten. No tengo nada en contra. Si he dado motivo ¿por qué no han de azotarme? Para eso está la voluntad del señor. Es necesario dar azotes, pues de otro modo el *muzhik* se desmanda, hay que poner orden. ¿Por qué no van a azotarme, cuando hay motivos?

Ante semejante razonamiento el señor no supo qué decir. En ese instante, como si el propio destino hubiera decidido apiadarse de ellos, se escuchó a lo lejos un ladrido. Chíchikov se alegró y ordenó que fustigara a los caballos. Es bien sabido que el carretero ruso tiene más intuición que vista: cerrando los ojos, se lanza con todas sus fuerzas al galope y llega siempre a algún sitio. Selifán, aunque no veía ni sus pasos, encarriló a los caballos directamente al pueblo, y sólo se detuvo cuando ya no se podía seguir, pues las varas del carruaje chocaron contra una empalizada. A través de la espesa cortina de lluvia, Chíchikov creyó distinguir un tejado. Mandó a Selifán en busca de la entrada; seguramente, con tal oscuridad habría tardado mucho en encontrarla pero, por fortuna, en nuestra *Rus* hay siempre bravos canes ejerciendo el oficio de portero. Los perros armaron tal escándalo que Chíchikov tuvo que taparse los oídos. En una ventanita brilló la luz y su vago resplandor llegó hasta la empalizada, señalando a nuestros viajeros el camino hacia la entrada. Selifán llamó y poco después se abrió una puerta por la que asomó una figura cubierta con un tosco abrigo de paño. El señor y el criado escucharon una ronca voz de vieja.<sup>33</sup>

—¿Quién llama? ¿Por qué tanto alboroto?

---

<sup>32</sup> No es una forma convencional de dirigirse al amo. Aquí, la expresión de respeto es desproporcionada y, por lo tanto, irónica.

<sup>33</sup> *Baba*, en el original ruso. Es una forma despectiva de nombrar a una mujer considerada vulgar.

—Viajeros, *mátushka*,<sup>34</sup> déjanos pasar la noche —exclamó Chíchikov.

—Cómo no, piernasrápidas —dijo la vieja—, ¡a buena hora llegan! Esto no es una posada: es el hogar de una señora terrateniente.

—Pues ya ves, *mátushka*, nos equivocamos de camino. Con este tiempo no vamos a pasar la noche en la estepa.

—Sí, está muy oscuro, hace mal tiempo —interrumpió Selifán.

—¡Calla, estúpido! —dijo Chíchikov.

—¿Y quién es usted, pues? —preguntó la vieja.

—Un noble, *mátushka*.

La palabra «noble», según parece, hizo reflexionar a la vieja.

—Espere, se lo diré a la señora —dijo, y a los dos minutos volvió, linterna en mano.

Se abrió el portón. Surgió la luz en otra ventana. El carruaje entró en el patio y se detuvo ante una casita que apenas se distinguía en la oscuridad, pues tan sólo una mitad estaba iluminada por la luz que salía de las ventanas; también se veía ante la casa un charco en el que se reflejaba de lleno la luz. La lluvia azotaba con estruendo el tejado de madera y caía en ruidoso chorro dentro de un barril colocado al efecto en la esquina. Mientras tanto, los canes ladraban en todas las modulaciones posibles: uno, con la cabeza levantada, aullaba tan prolongadamente y con tanto afán como si por ello tuviera que recibir sabe Dios qué paga; otro ladraba a toda prisa, como un sacristán de coro; entre los dos repicaba, cual campanilla de correos, un infatigable soprano, probablemente un cachorrito; todo esto, al fin, quedaba cubierto por un bajo, tal vez un perrazo viejo y robusto, porque roncaba como ronca el contrabajo cuando el concierto está en pleno apogeo y los tenores se levantan de puntillas para emitir una nota muy alta, y todos levantan la vista al cielo, como para elevarse a las alturas, pero el contrabajo, hundiendo la barbilla sin afeitar en la corbata, arquea las piernas y se inclina casi hasta el suelo, desde donde lanza su nota que hace temblar y tintinear los cristales. Bastaba con uno de aquellos ladridos perrunos, ejecutado por tales músicos, para suponer que el pueblucho era de cierta importancia; pero nuestro empapado y aterido héroe no pensaba en otra cosa más que en

---

<sup>34</sup> Diminutivo de *mat*, que significa madre en ruso. Literalmente, *madrecita*. Se emplea como tratamiento respetuoso y expresa sumisión (aquí es una expresión irónica).

la cama. Sin esperar a que el carruaje se detuviera por completo, Chíchikov, tambaleándose y a punto de caer, saltó a la entrada. Apareció allí una mujer muy parecida a la anterior, aunque un poco más joven. Lo acompañó a la habitación. Chíchikov echó un vistazo: la habitación estaba empapelada con un viejo papel a rayas, había varios cuadros de pájaros y, entre las ventanas, pendían antiguos espejos con marcos oscuros en forma de hojas entrelazadas (detrás de cada espejo se veía una carta o una vieja baraja o una media). Había también un reloj de pared con flores pintadas en la esfera... y Chíchikov no pudo distinguir nada más. Sentía que se le pegaban los ojos, como si se los hubieran untado con miel. Un minuto después llegó la señora, mujer de cierta edad, que llevaba un gorro de dormir puesto de cualquier modo y una franela enredada al cuello. Se trataba de una de esas modestas terratenientes que, con la cabeza ladeada, se quejan de la mala cosecha y de las pérdidas mientras van acumulando dinerillo poco a poco, en coloridos saquitos que guardan en los cajones de sus armarios. En un saquito ponen las monedas de rublo, en otro, las de cincuenta kopeks,<sup>35</sup> y en el tercero las de veinticinco, aunque parezca que en el armario no hay más que ropa blanca, camisones, ovillos de hilo y una bata deshecha que se convertirá en un nuevo atuendo si el viejo vestido se quema cuando prepara galletas o empanadas de carne y cebolla para las fiestas o cuando se desgasta por el uso. Pero al vestido no le pasa nada (la viejecilla es cuidadosa) y la bata está destinada a permanecer durante largo tiempo deshecha y a convertirse en herencia, junto con otros trapos, de una sobrina nieta.

Chíchikov se disculpó por las molestias que causaba con su imprevista llegada.

—No se preocupe, no se preocupe —dijo la señora—. ¡Con qué tiempo lo ha mandado Dios! ¡Cuánto barullo y qué vendaval!... Después de tal viaje sería bueno ofrecerle algo de comer, pero a estas horas no se puede preparar nada.

Las palabras de la señora fueron interrumpidas por un extraño silbido que asustó al huésped; sonaba como si hubiera serpientes por toda la habitación; pero, al mirar hacia arriba, se tranquilizó, pues se dio cuenta de que al reloj de pared le había dado por sonar. Al silbido siguió un ronquido y, por fin, poniendo en juego todas sus fuerzas, el reloj dio las dos, con un ruido parecido al de dos bastonazos descargados sobre una olla rota. Después de esto el péndulo volvió a su tranquilo oscilamiento de derecha a izquierda.

---

<sup>35</sup> Centésima parte de la unidad monetaria rusa, que es el rublo.

Chíchikov dio las gracias a la señora, manifestando que no necesitaba nada, que no se preocupara por él, y que sólo pedía una cama. Únicamente tuvo la curiosidad de saber a qué lugar había llegado y si quedaba lejos o no de la hacienda de Sobakévich, a lo que la vieja respondió que no había oído nunca ese nombre y que no había ningún señor con ese nombre.

—¿Conoce por lo menos a Manílov?

—¿Manílov? ¿Quién es ése?

—Un terrateniente, *mátushka*.

—No, nunca lo he oído mentar; ese nombre tampoco existe.

—¿Ah no? ¿Y quiénes existen, si puede saberse?

—Bobrov, Svinin, Kanapatiev, Jarpákin, Triépakin, Pleshákov.<sup>36</sup>

—¿Son gente rica?

—No, *bátiushka*,<sup>37</sup> no son muy ricos. Alguno tendrá veinte almas, otro treinta; pero ninguno tiene más de cien.

Chíchikov se dio cuenta de que se encontraba realmente en un pueblucho.

—¿Por lo menos queda cerca la ciudad?

—A unas sesenta verstas. Cómo me apena no ofrecerle nada de comer. ¿No desearía tomarse un té, *bátiushka*?

—Se lo agradezco, *mátushka*, pero no necesito nada, excepto la cama.

—Tiene razón, después de un viaje así, necesitará descansar. Mire, recuéstese aquí, *bátiushka*, en este diván. Eh, Fetinia, trae un colchón, almohadas y sábanas. Qué tiempo nos ha mandado Dios. ¡Qué truenos! Toda la noche he tenido una vela encendida ante el icono. ¡Ay!, mi *bátiushka*, si estás como un cerdo, tienes toda la espalda y el costado llenos de lodo, ¿dónde te has ensuciado así?

---

<sup>36</sup> Estos apellidos no son neutrales, pues los nombres son ridículos, vulgares o cómicos. Bobrov, derivado de бобр (*bobr*): castor. Svinin de сви́ня (*sviniá*): cerdo. Kanapatiev de Канапати (*konopati*): pecoso. Triépakin, forma sustantiva del verbo Трепать (*trepát*): zarandear. Pleshákov de плешь (*plésh*): calva.

<sup>37</sup> Diminutivo de *batia*, que significa padre en ruso. Literalmente: padrecito. Se emplea como tratamiento respetuoso y expresa (generalmente) sumisión.

—Y gracias a Dios que sólo ha sido eso, he de agradecer no haberme roto las costillas.

—¡Santo Dios!, ¿quiere que le froten la espalda?

—Gracias, gracias. No se preocupe, sólo ordene a su criada que seque y limpie mi traje.

—¡Ya lo oyes, Fetinia! —dijo la dueña de la casa, dirigiéndose a la mujer que antes había salido con una vela y ahora traía un colchón que aporreaba por ambos lados, cubriendo de plumas toda la habitación—. Toma el abrigo y la ropa interior del señor y ponlo todo a secar al fuego, como hacíamos con la del difunto amo, después restriégalo y sacúdelo bien.

—¡Sí, señora! —dijo Fetinia, extendiendo una sábana sobre el colchón y poniendo las almohadas.

—Bueno, ya tienes lista la cama —dijo la señora—. Adiós, *bátiushka*, te deseo buena noche. ¿No necesitas alguna otra cosa? ¿*Bátiushka*, no tendrás por costumbre que te rasquen los talones a la hora dormir? Mi difunto no podía dormir si no se los rascaban.

Pero el huésped también renunció a que le rascaran los talones. En cuanto la señora salió, Chíchikov empezó a desvestirse, dando a Fetinia cuanto se quitaba de encima. Fetinia, deseándole también buena noche, se llevó la empapada indumentaria. Al quedarse solo, contempló no sin placer su cama, que llegaba casi hasta el techo (Fetinia, como se ve, era toda una maestra en el arte de mullir colchones). Chíchikov se subió a una silla para poder trepar a la cama; cuando por fin lo consiguió, el colchón se hundió hasta el suelo, esparciendo plumas por todos los rincones de la habitación. El huésped apagó la vela, se cubrió con la manta y, hecho un ovillo, se durmió enseguida. Se despertó al mediodía. El sol, que entraba por la ventana, le daba directamente a los ojos. Las moscas,<sup>38</sup> que la noche anterior dormían plácidamente en las paredes y en el techo, se le echaron encima: una se le posó en el labio y otra en la oreja; la tercera se empeñó en acomodarse en un ojo y, al cometer la imprudencia de pararse cerca de una ventana de la nariz, fue aspirada cuando Chíchikov, todavía medio dormido, respiró. La mosca le provocó un fuerte estornudo que le hizo despertar. Chíchikov se levantó, echó un vistazo a la habitación y se dio cuenta de

---

<sup>38</sup> En un contexto en el que «zumban» terratenientes y funcionarios, no parece casualidad que Gógol deslice una que otra mosca —como símbolo de suciedad y parasitismo— entre sus personajes.

que no todos los cuadros eran de pájaros, pues entre éstos colgaba un retrato de Kutúzov<sup>39</sup> y otro, pintado al óleo, de cierto anciano que vestía un uniforme de vueltas rojas de los tiempos de Pável Petróvich.<sup>40</sup> El reloj lanzó un nuevo silbido y dio las diez. A la puerta se asomó un rostro de mujer que se retiró de inmediato, pues Chíchikov (que deseaba dormir cómodo) estaba completamente desnudo. El rostro le resultó conocido; intentó hacer memoria: ¿quién será? Y, por fin, recordó que era la dueña de la casa.<sup>41</sup> Se puso la camisa. A un lado de la cama encontró su traje, ya seco y limpio. Se vistió, se acercó a un espejo y volvió a estornudar, con tal estruendo que un pavo, que se acercaba en aquel momento a la ventana, situada casi a ras del suelo, le contestó con un súbito y apresurado parloteo en su extraño lenguaje, quizá dijo «¡Qué se mejore!», a lo que Chíchikov respondió llamándolo «estúpido». Luego se aproximó a la ventana y se puso a contemplar el panorama que se le ofrecía; la ventana daba a una especie de gallinero, es decir, a un patio repleto de aves de corral y toda clase de animales domésticos. Los pavos y las gallinas eran numerosos; entre éstos, se paseaba un gallo agitando la cresta y con la cabeza ladeada, como si escuchara algo atentamente. Allí mismo se hallaba también una cerda con sus crías. Mientras hurgaba en un montón de basura, la cerda se zampó un pollo, pero no se dio cuenta o no le importó en lo absoluto, pues siguió tragando cortezas de sandía como si tal cosa. El patio o gallinero estaba cercado por una valla de madera tras la cual se extendían huertos en los que se cultivaban coles, cebollas, patatas, remolachas y otras verduras. Por aquí y acullá, había también algún manzano y otros árboles frutales cubiertos con redes para protegerlos de las urracas y los gorriones, que volaban de un lado a otro en grandes bandadas, formando auténticas nubes oblicuas. Con este mismo afán defensivo se habían montado algunos espantapájaros sobre altas estacas y con los brazos abiertos en cruz. Uno de ellos llevaba una cofia de la dueña de la casa. Tras los huertos se veían las izbás de los campesinos, las cuales, aunque diseminadas aquí y allá, en distintas direcciones sin formar ni una calle recta, mostraban, en opinión de Chíchikov, que sus habitantes vivían con cierto desahogo, pues todas estaban bien conservadas: las tablas viejas de los tejados habían sido sustituidas por otras nuevas, ninguna puerta estaba fuera de sus goznes y los cobertizos guardaban un coche de repuesto casi nuevo —algunos hasta dos—. «Pues no es pequeño el

---

<sup>39</sup> Mijaíl Ilariónovich Goleníshchev-Kutúzov (1745-1813). General ruso, artífice de la derrota de Napoleón en Rusia.

<sup>40</sup> Se refiere al zar Pablo I (1754-1801), coronado en 1796.

<sup>41</sup> Gógol parece insinuar cierto erotismo reprimido en Koróbochka: ya ésta había propuesto a Chíchikov frotarle la espalda y rascarle los talones, como a su difunto marido.

pueblucho», pensó, y se propuso trabar conversación con la propietaria, por si podía serle de provecho. Echó un vistazo por la rendija de la puerta y, al verla sentada tomando el té, se le acercó con semblante cariñoso y risueño.

—Buenos días, *bátiushka*, ¿cómo ha pasado la noche? —preguntó el ama, incorporándose ligeramente de su asiento.

Iba mejor ataviada que la noche anterior, con un vestido oscuro y ya sin el gorro de dormir, pero todavía llevaba algo enredado al cuello.

—Bien, bien —dijo Chíchikov, sentándose en el sillón—. ¿Y usted, *mátushka*?

—Mal, *bátiushka*.

—¿Por qué?

—No pude dormir. Me duelen los riñones y la pierna; mire, justo aquí, ¡ay, cómo me duele justo aquí, arriba del huesito de la rodilla!, ¡siento que se me rompe!

—Se le pasará, *mátushka*, se le pasará. No le haga mucho caso.

—Dios quiera. Me he dado friegas con grasa de cerdo y aceite de trementina. ¿Qué quiere para acompañar el té? Tengo vodka de frutas.

—Bien, *mátushka*, lo tomamos con frutas.

El lector habrá notado que Chíchikov (a pesar de su aire afable) hablaba con más libertad que en casa de Manílov. Es preciso decir que, si bien los extranjeros nos superan en algunas cosas, los hemos dejado muy atrás en lo que se refiere al trato con la gente. No hay modo de enumerar todos los matices y sutilezas de nuestro trato. El francés o el alemán tardarían más de un siglo en percibir y comprender nuestras particularidades y diferencias. Los extranjeros emplean el mismo lenguaje y tono de voz para hablar con un millonario o con un pequeño comerciante de tabaco, aunque, en el fondo, se saben inferiores al primero. Entre nosotros no es así; pues en la vieja *Rus* hay algunos hombres tan listos que, con un propietario de doscientas almas hablan de un modo completamente distinto al adoptado con uno de trescientas; con el que tiene trescientas, no hablan del mismo modo que con el que posee quinientas; con el de quinientas no hablan, tampoco, del mismo modo que con el de ochocientas; en pocas palabras: aunque se llegara al millón, seguiríamos encontrando distintos matices. Supongamos, por ejemplo, que existe una cancillería, no aquí, sino *en un lugar muy lejano*, y que esa cancillería, supongamos, tiene



su jefe. Les pido que lo contemplen cuando se encuentra entre sus subordinados... ¡de puro miedo te quedas sin habla! Orgullo, nobleza, ¿qué no expresa su rostro? Podríamos tomar el pincel y hacerle un retrato: ¡es Prometeo!, ¡igual que Prometeo! Mirada de águila, andar pausado, majestuoso. Pues bien, esa misma águila, en cuanto sale de su oficina y se acerca al despacho del jefe, con papeles bajo el brazo, camina con pasito de perdiz y pierde todo su poderío. En una reunión o en una velada, si todos son de categoría inferior, Prometeo sigue siendo Prometeo, pero si son un poquito más elevados que él, experimenta una metamorfosis que ni el propio Ovidio sería capaz de imaginar: ¡se convierte en mosca o en algo todavía más insignificante, en un granito de arena! «Pero si éste no es Iván Petróvich —piensas al mirarlo—. Iván Petróvich es más alto, y éste es bajito y delgaducho. Aquel habla alto, con voz de bajo profundo y no se ríe nunca; y a éste ni el diablo lo entiende: pía como un pajarito y no deja de reírse». Pero te acercas, lo miras: en efecto, ¡es Iván Petróvich! «¡Vaya!», te dices... En fin, volvamos a nuestros personajes. Como ya habíamos visto, Chíchikov decidió no andarse con ceremonias, tomó, pues, la taza de té, echó vodka de frutas y dijo:

—Bonito pueblo, *mátushka*, ¿cuántas almas tiene?

—Habrá unas ochenta, *bátiushka* —dijo la vieja—. Por desgracia, son malos tiempos, el año pasado tuvimos mala cosecha. ¡Dios nos libre de otra igual!

—Sin embargo, los *muzhiks* se ven robustos y las *izbás* sólidas. Pero, permítame preguntarle su nombre. Estaba distraído... como llegué de noche...

—Soy Koróbochka, la viuda de un secretario colegiado.<sup>42</sup>

—Muchas gracias. ¿Y su nombre y patronímico?<sup>43</sup>

—Nastasia Petrovna.

—¿Nastasia Petrovna? Bonito nombre: Nastasia Petrovna. Una tía materna mía se llama Nastasia Petrovna.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó la propietaria—. Eres<sup>44</sup> asesor, ¿a qué sí?

---

<sup>42</sup> Funcionario civil de 10º rango, correspondiente al grado militar de capitán ayudante.

<sup>43</sup> Nombre derivado del perteneciente al padre. Koróbochka es Petrovna por ser hija de Piotr (Pedro). Chíchikov es Ivánovich por ser hijo de Iván. Es importante destacar que, en Rusia, el patronímico adopta distintas formas en femenino y masculino. El patronímico de una mujer hija de Iván es Ivánovna. Por otra parte, Nastasia es un hipocorístico de Anastasia.

—Pues no, *mátushka*, no soy asesor —respondió Chíchikov sonriendo—, estoy de viaje por unos asuntos particulares.

—¡Ah, eres comerciante! Lástima que les haya vendido la miel a unos mercaderes. ¡Se la dejé tan barata! Mira lo que son las cosas, *bátiushka*, porque seguro que tú me la hubieras comprado.

—Pues no, *mátushka*, no se la hubiera comprado.

—¿Pues qué compra? ¿Cáñamo? Aunque ahora me queda muy poco, no más de medio pud.<sup>45</sup>

—No, madrecita, compro otro tipo de producto; dígame, ¿se le han muerto campesinos?

—¡Ay, *bátiushka*, dieciocho! —dijo la vieja, suspirando—. Se me murieron los mejores, la gente trabajadora. Después han nacido otros, es cierto, ¿pero qué gano? Nada, son pura morralla. Y vino el asesor diciendo que hay que pagar por cada alma. La gente muere, y hay que pagar por ella como si estuviera viva. La semana pasada se me chamuscó el herrero, ¡ay tan buen herrero que era!, y también era buen cerrajero.

—¿Hubo un incendio, *mátushka*?

—¡Dios nos libre!, eso habría sido peor; no, *bátiushka*, se chamuscó él solito. Bebió demasiado y se le quemó algo por dentro. Le salió una llamita azul, se consumió todito, se consumió y quedó negro como el carbón, ¡y era un herrero tan hábil! Ahora no tengo quien hierre los caballos.

—¡Es la voluntad de Dios, *mátushka*! —dijo Chíchikov, suspirando; nada se puede objetar a la sabiduría divina... ¿me los cede, Nastasia Petrovna?

—¿A quienes, *bátiushka*?

—A los que murieron.

—¿Y cómo se los voy a ceder?

—Pues cediéndolos. No es difícil. O si lo prefiere, véndamelos. Le pagaré por ellos.

---

<sup>44</sup> En el original, Koróbochka emplea indistintamente el tuteo y el trato de «usted». Tal vez, con este recurso, Gógol intenta recalcar la estupidez de la terrateniente.

<sup>45</sup> Antigua medida rusa de peso, equivalente a 16,3 kilos.

—¿Cómo? No entiendo. ¿Quieres desenterrarlos?

Chíchikov notó que la vieja estaba desconcertada y que era necesario explicarle el asunto. En pocas palabras, le aclaró que la cesión o compra sería sólo sobre el papel y que las almas quedarían registradas como vivas.

—¿Y para qué los necesitas? —preguntó la vieja, con cara de espanto.

—Eso es asunto mío.

—¡Pero si están muertos!

—¿Y quién dice que estén vivos? Precisamente por eso le perjudican a usted, porque están muertos; ya me ha dicho antes que había tenido que pagar por ellos; pues bien, yo la libraré de gastos y preocupaciones, ¿entiende?, además, le daré quince rublos. ¿Le queda claro?

—La verdad, no sé —pronunció el ama, pausadamente—. Nunca he vendido muertos.

—¡Claro! Sería un milagro que los hubiera vendido. ¿O cree que puede sacarles algún provecho?

—No, no lo creo. ¿Qué provecho?, ¡no se les puede sacar ningún provecho! Lo que me preocupa es que estén muertos.

«¡Cabeza dura, la vieja!» —pensó Chíchikov.

—Escuche, *mátushka*, piénselo bien, se está arruinando, usted paga por ellos como si estuvieran vivos.

—¡Ay, *bátiushka*, qué me cuentas! —interrumpió la terrateniente. Hace apenas tres semanas pagué ciento cincuenta rublos; además, tuve que untarle la mano al asesor.

—¡Ya ve, *mátushka*! No tendrá que untar al asesor, porque yo pagaré por ellos; yo, y no usted, ¿me entiende? Me haré cargo de todos los impuestos. Incluso el acta de venta correrá de mi cuenta. ¿Lo comprende?

La vieja se quedó pensativa. Veía que el asunto parecía ventajoso, pero se trataba de algo demasiado nuevo e inaudito; tenía miedo de que aquel comerciante, llegado de sabe Dios dónde, ¡y además de noche!, quisiera engañarla.

—Entonces qué, *mátushka*, ¿cerramos el trato? —dijo Chíchikov.

—*Bátiushka*, nunca he vendido difuntos. He traspasado vivos, eso sí; hace tres años vendí al arcipreste dos mozas a cien rublos cada una; quedó muy agradecido, pues resultaron muy buenas trabajadoras: ¿sabes?, ¡incluso bordan servilletas!

—Pero no hablamos de vivos. ¡Queden con Dios! Le pregunto por los muertos.

—La verdad, temo salir perdiendo por no conocer el asunto; *bátiushka*, puede que me engañes! Puede que éstos valgan más...

—Oiga, *mátushka*... ¡hay que ver con lo que sale! ¿Qué pueden valer? Fíjese bien: son ceniza, ¿me entiende?, pura ceniza. Tome cualquier cosa, la más inútil, por ejemplo, un simple trapo, ¿ve? Un simple trapo tiene cierto valor, por lo menos puede usarse para fabricar papel, pero éstos no sirven para nada. Dígame ¿para qué sirven?

—Pues sí, la verdad, no sirven para nada. Lo único que me detiene es que estén muertos.

«¡Ah, cabezahueca! —pensó Chíchikov, que ya empezaba a perder la paciencia— ¡A ver quién se pone de acuerdo con ella! ¡Lo hace a uno sudar la maldita vieja!» (Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor que, en efecto, le cubría la frente). Por lo demás, Chíchikov no tenía motivos para enojarse; algunas veces la gente respetable, incluso algún miembro del gobierno, se comporta igual que una Koróbochka. Cuando se les mete algo en la cabeza no hay modo de hacerles cambiar de opinión; ya puede uno proponer argumentos tan claros como la luz del día y no servirá de nada, rebotarán en sus cabezotas como pelotas de goma contra la pared. Una vez secado el sudor, Chíchikov decidió intentar llevar el asunto a buen puerto por otros derroteros.

—Usted, *mátushka* —dijo—, o no quiere entender mis palabras o habla por hablar, por decir cualquier cosa... Yo le doy dinero, quince rublos en papel moneda. ¿Entiende? Es dinero, y eso no se encuentra en la calle. A ver, confiese, ¿a cuánto vendió la miel?

—A doce rublos el pud.

—Mentir es pecado, *mátushka*, no la vendió a doce.

—¡Por Dios que sí!

—Bueno, aunque así sea, era miel. Le costó trabajo reunirla: un año entero de acá para allá, fumigando los panales, alimentando las abejas bajo el sótano en invierno; en cambio, las almas muertas ya no son cosa de este mundo. Aquí usted no ha hecho nada,

han abandonado este mundo por la voluntad de Dios y perjudicando a su ama. En el caso de la miel, cobró por su trabajo doce rublos; en este asunto cobrará quince. Sin mover un dedo; además no se los doy en plata, sino en dinero contante y sonante.

Después de tan sólidos argumentos, Chíchikov estaba casi seguro de que la vieja acabaría por ceder.

—La verdad —contestó la propietaria—, tengo poca experiencia en estos asuntos. Será mejor que espere a que pasen otros comerciantes, para comparar precios.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza, *mátushka!*, ¡una verdadera vergüenza!, ¿se da cuenta de lo que dice? ¡Piénselo! ¿Quién se las va a comprar? ¿Qué pueden hacer con ellas?

—Puede que sirvan para algo en una hacienda... —objetó la vieja, y, sin terminar la frase, abrió la boca y lo miró espantada. Esperando su reacción.

—¡Muertos en una hacienda! ¡Lo que hay que oír!, ¿para qué, dígame?, ¿para espantar los gorriones?

—¡Por la cruz de Cristo, qué cosas tan horribles dices! —dijo la vieja, persignándose.<sup>46</sup>

—¿Para qué otra cosa pueden servirle? Y además, los huesos y las tumbas se quedan con usted; la cesión se hará sólo sobre papel. ¿Entonces qué?, ¿cómo lo ve?, ¿qué me dice? ¡Responda, por lo menos!

La vieja volvió a quedarse pensativa.

—¿En qué piensa, Nastasia Petrovna?

—La verdad, no me decido, no sé qué hacer. Mejor le vendo cáñamo.

—¡Qué cáñamo ni qué cáñamo! ¡Discúlpeme, le pido una cosa completamente distinta y me sale con su cáñamo! Ya se lo compraré en otra ocasión. ¿Entonces qué, Nastasia Petrovna?

—¡Ay Dios! ¡Es un producto tan raro, tan poco común!

---

<sup>46</sup> Merezhkovski destaca que la mezcla entre cosas de este mundo y las «del otro» resulta cómica, pero que en esta comicidad reside lo terrible: «El terror de Koróbochka nos hace reír; pero es tal vez lo contrario: nuestra risa es espantosa, aun cuando no nos demos cuenta de ello». Merejkovski, D. *Gógol y el diablo* (1945). Buenos Aires: Poseidón. p. 61.

Aquí Chíchikov, perdiendo por completo la paciencia, arrojó la silla contra el suelo, con todas sus fuerzas, y mandó al diablo a la vieja. La mención del diablo aterrorizó a la propietaria.

—¡No lo mientes! Dios nos ampare. Desde hace tres días sueño toda la noche con el maldito —exclamó, palideciendo—, se me ocurrió echar las cartas después de mis oraciones y, por lo que se ve, Dios me ha castigado. Era repugnante; tenía los cuernos más largos que un toro.

—Me sorprende que no se le aparezcan por docenas. Yo obraba por caridad cristiana, porque la veo a usted, una pobre viuda que sufre necesidades... pero, por mí, ¡húndase y reviente con toda su aldea!

—¡Ay, que barbaridades sueltas! —dijo la vieja, mirándolo aterrada.

—¡Es que no sabe uno cómo hablarle! La verdad usted está, sin ánimo de ofender, como el perro del hortelano: ni come ni deja comer. Quería comprarle otros productos de su hacienda, porque me encargo de las compras oficiales del Estado...

Soltó esta mentira como de pasada y sin calcular sus efectos, pero tuvo un inesperado éxito. La alusión a las compras oficiales impresionó a Nastasia Petrovna o, por lo menos, así lo parece, pues pronunció con voz casi suplicante:

—¿Por qué te pones así? De haber sabido que eras tan gruñón, no te hubiera llevado la contraria.

—¡Enojarme yo! ¿por qué? El asunto me importa un bledo ¿por qué me voy a enojar?

—¡Pues, ya está, estoy dispuesta a cedértelas por quince rublos! Pero, mira, *bátiushka*: si hay que comprar harina de centeno o de alforfón, o trigo o ganado, acuérdese de mí.

—No la olvidaré, *mátushka* —dijo, mientras se secaba con la mano los chorros de sudor que le corrían por el rostro.

Chíchikov le preguntó si tenía en la ciudad algún conocido o persona de confianza que pudiera firmar en su nombre la escritura y todo lo que fuera necesario.

—Sí, el Arcipreste, el padre Kiril, su hijo trabaja en la Cámara —dijo Koróbochka.

Chíchikov le pidió que le escribiera una carta de autorización y, para evitarle molestias, la redactó él mismo.

«Sería bueno —pensó Koróbochka— que me comprara harina y ganado. Tengo que ganármelo: queda un poco de la masa que preparamos ayer, iré a decirle a Fetinia que prepare unos *bliní*; puede prepararle también una empanada de huevo, le quedan muy buenas y se preparan rápidamente». El ama salió con el propósito de llevar a cabo la idea de la empanada y, es de suponer, completar la mesa con otras elaboraciones de repostería y cocina casera; mientras tanto, Chíchikov se dirigió a su habitación en busca de los papeles que necesitaba. La habitación ya estaba recogida; los majestuosos colchones de plumas habían sido retirados y delante del diván había una mesa puesta con un servicio de té. Chíchikov colocó encima el cofre y descansó un poco; se sentía bañado en sudor: toda su ropa, de la camisa a los calcetines, estaba empapada. «Me dejó rendido la maldita vieja», dijo, ya un poco más descansado, y abrió el cofrecito. El autor está seguro de que hay lectores tan curiosos que desean incluso conocer el interior del cofrecito. Permítanme, ¡por qué no darles ese gusto! En el centro, la jabonera; tras ella, seis o siete estrechos compartimientos para las navajas de afeitar; luego, dos casillas para la salvadera y el tintero, con un espacio ahuecado entre ellos para las plumas, el lacre y otros objetos afilados; después, toda clase de compartimientos, con tapas y sin ellas, para los objetos un poco más pequeños, como tarjetas de visita, esquelas mortuorias y otros papeles que guardaba como recuerdo. El cajón superior, con todos sus compartimientos, se podía sacar, debajo de éste había un espacio ocupado por varios pliegos de papel; seguía luego un cajoncito secreto para el dinero, que se abría disimuladamente por un lado del estuche. Su dueño lo abría y cerraba siempre con tanta prisa que no se sabía cuánto dinero había. Chíchikov puso enseguida manos a la obra: afiló una pluma y empezó a escribir. En ese momento entró el ama.

—Bonita caja —dijo, sentándose a su lado—. La compraste en Moscú, ¿verdad?

—Sí, en Moscú —respondió Chíchikov, sin dejar de escribir.

—Ya me lo imaginaba; allá todo lo hacen bien. Hace tres años mi hermana trajo de allí una botitas de invierno para los niños, y son tan buenas que todavía las llevan. ¡Oh, cuánto papel sellado tienes aquí! —prosiguió, echando un vistazo al cofre (en efecto, había bastante papel sellado)—. ¡Regálame una hoja! Casi no tengo, ¿y si tuviera que presentar una instancia al juzgado?, no tengo donde escribirla —Chíchikov le explicó que

aquel papel era de otra clase, que servía para actas de venta y no para instancias. De cualquier modo, para contentarla, le regaló una hoja de a rublo. Una vez escrita la carta, se la dio a firmar y le pidió la lista de *muzhiks* muertos. Resultó que la propietaria no llevaba registros ni listas, pero conocía de memoria a casi todos. Enseguida se puso a dictar. Los nombres de algunos campesinos asombraron a Chíchikov, sobre todo los apodos, de modo que cada vez que los escuchaba hacía una pausa y después los escribía. Lo impresionó especialmente un tal Piotr Savéliev *Desprecia-tinas*, y hasta soltó sin querer: «¡qué largo!». Uno llevaba unido al nombre un *Caca de vaca* y otro resultó que se llamaba sencillamente Iván *el Rueda*. Al terminar de escribir, Chíchikov pudo aspirar un agradable olorcillo de algo que se freía en mantequilla.

—Le ruego que me acepte un bocado —dijo la dueña.

Chíchikov se giró. Sobre la mesa habían servido ya setas, empanadas, bartolillos, buñuelos, *blinís* y pasteles con toda clase de rellenos: rellenos de cebollita, rellenos de semilla de amapola, rellenos de requesón, rellenos de nata y de todo cuanto pueda imaginarse.

—¡Sírvese empanadas de huevo! —dijo la dueña.

Chíchikov cogió una empanada y, tras zamparse de un bocado más de la mitad, la elogió. A decir verdad, era sabrosa de por sí, pero, después de tanto alegato con la vieja, lo parecía aún más.

—¿Y los *blinís*? —preguntó la vieja.

Por toda respuesta, Chíchikov cogió tres *blinís* a la vez, los untó en mantequilla derretida y se los llevó a la boca. Después se limpió los labios y los dedos con una servilleta. Repetido esto tres veces, pidió al ama que ordenara enganchar su carruaje. Nastasia Petrovna enseguida envió a Fetinia, no sin antes pedirle que le trajera más *blinís* calientes.

—Están muy sabrosos —dijo Chíchikov, arramblando con lo que acababan de traer.

—Sí, nos salen buenos —dijo la señora—, pero ya sabe, la desgracia es que la harina, con esta cosecha tan mala... ¡eh, *bátiushka!*, ¿a dónde va con tanta prisa? —exclamó al ver que Chíchikov cogía su gorra—. El carruaje todavía no está engancharado.

—Ya lo engancharán, *mátushka*, ya lo engancharán. Estará listo en un minuto.



—Como quiera; pero no olvide su promesa.

—No la olvidaré, *mátushka*, no la olvidaré —dijo Chíchikov, saliendo al zaguán.

—¿No compra tocino? —preguntó la dueña, siguiéndolo.

—¿Por qué no?, pero en otra ocasión.

—Por Navidades tendré tocino.

—Compraremos, *mátushka*, compraremos de todo. También tocino.

—A lo mejor le hace falta plumón. Tendré para la Cuaresma de Adviento.

—Bien, bien —dijo Chíchikov.

—¿Ves, mi *bátiushka*?, todavía no está preparado el carruaje —dijo el ama cuando salieron a la puerta.

—Pronto estará listo, *mátushka*. Sólo dígame cómo llegar al camino real.

—¿Y cómo lo puedo hacer? —dijo Koróbochka—. Es un embrollo, hay que dar muchas vueltas. Mejor será que te mande una muchacha para que te acompañe. ¿Tienes lugar para ella en el pescante?

—Sí, *mátushka*, cómo no.

—Entonces te mando a la muchacha; sabe muy bien el camino, ¡pero mira! No te me la robes,<sup>47</sup> unos comerciantes ya se llevaron una.

Chíchikov le prometió que no se la llevaría. Koróbochka, ya más tranquila, pasó revista al patio; primero clavó la mirada en el ama de llaves, que traía de la despensa una alcuza de madera con miel. Después se fijó en un *muzhik* que apareció en el portón y, poco a poco, se fue adentrando en su vida doméstica. Pero, ¿para qué dedicar tanto tiempo a Koróbochka? Koróbochka, Manílova, vida doméstica, vida frívola... ¡pasemos de largo! No es esto lo que quería decir, sino otra cosa: que la alegría puede convertirse en tristeza en un abrir y cerrar de ojos si la contemplamos demasiado tiempo y, entonces, sólo Dios sabe qué puede pasarnos por la mente. Empiezas incluso a pensar: ¿Es cierto que Koróbochka ocupa un lugar tan bajo en la infinita escala de la perfección humana? ¿Es tan grande el abismo que la separa de su hermana, inalcanzable tras los muros de su

---

<sup>47</sup> En el original, Gógol hace hablar incorrectamente a Koróbochka.

aristocrática mansión con sus perfumadas escalinatas de hierro forjado, con resplandecientes cobres, caoba y lujosas alfombras, que bosteza con un libro a medio leer a la espera de algún listillo con quien compartir agudezas y expresar pensamientos memorizados, pensamientos que, según las leyes de la moda, ocupan a la ciudad entera durante una semana; pensamientos que nada tienen que ver con los asuntos de la casa, enredados y desordenados, sino que tratan del cambio político que se está preparando en Francia<sup>48</sup> de la dirección que ha tomado el catolicismo moderno?<sup>49</sup> ¡Pasemos de largo!, ¡pasemos de largo!, ¿para qué hablar de estas cosas? Pero, ¿por qué, entonces, cuando más despreocupados y felices estamos, surge de súbito un inesperado destello: la sonrisa aún no se ha borrado por completo del rostro y uno es otro entre las mismas personas y es otra la luz que nos ilumina...

—¡El carruaje! ¡Ahí está el carruaje!<sup>50</sup> —exclamó Chíchikov al ver que, por fin, se lo llevaban—. ¿Qué tanto remoloneabas, imbécil? Por lo visto no se te ha pasado todavía la borrachera de ayer.

Selifán no respondió.

—¡Adiós, *mátushka*! ¡Ah! ¿Pero dónde está su muchacha?

—¡Eh, Pelagueia! —gritó la terrateniente a una niña de unos once años parada cerca de la entrada; llevaba un vestido teñido en casa y tenía los pies descalzos, tan llenos de barro, que de lejos podían confundirse con botas—. Muéstrale el camino al señor.

Selifán ayudó a la niña a subir al pescante. La chiquilla apoyó un pie en el estribo y lo ensució de barro; trepó, se acomodó junto al cochero, subió el otro pie... y dejó otra buena mancha. Llegó el turno de Chíchikov quien, al apoyar el pie en el estribo, ladeó el carruaje hacia el costado derecho, pues el señor pesaba lo suyo. Finalmente logró acomodarse y dijo:

---

<sup>48</sup> Durante los primeros años de los 30 del siglo XIX, hubo varios eventos políticos importantes en Francia: la revolución de 1830, llamada también "Revolución de julio" o "Las tres gloriosas" por haberse desarrollado en 3 días en el mes de julio; el complot de la duquesa Berískaia y los intentos de atentado contra el rey Luis Felipe. La aristocracia rusa siguió con suma atención estos sucesos.

<sup>49</sup> Durante la primera mitad del siglo XIX hubo en Rusia un gran interés por el catolicismo, provocado, en parte, por la propaganda de los jesuitas (oficialmente prohibida en 1820). Los ortodoxos convertidos al catolicismo se veían obligados a abandonar Rusia. Así lo hicieron, entre otros, la duquesa Volkónskaya y el poeta y científico V. Pecherin.

<sup>50</sup> El narrador cambia constantemente de niveles y registros. Aquí, la brusca interrupción de un arrebató lírico con alto contenido emocional, desemboca en lo humorístico. Este permanente roce de escrituras agiliza el *tempo* del relato.

—¡Ah! Ahora sí, ¡adiós *mátushka*!

Los corceles arrancaron.

Selifán estuvo malhumorado durante todo el camino y, al mismo tiempo, muy atento a su deber, como hacía siempre que se sentía culpable o se emborrachaba. Los caballos iban asombrosamente limpios; una de las colleras, hasta entonces tan rota que dejaba asomar la estopa por los desgarrones del cuero, incluso había sido remendada con mucho arte. No hacía restallar el látigo ni dirigía ningún instructivo discurso a los caballos, aunque al atigrado, por supuesto, le habría gustado escuchar algún sermón, pues cuando así ocurría las riendas quedaban algo perezosas en manos del parlanchín cochero, y el látigo se paseaba por los lomos únicamente por guardar las formas. Pero en esta ocasión los fúnebres labios de Selifán dejaban escapar solamente algunas monótonas expresiones: «¡Anda, cuervo! ¡Bosteza! ¡Atrévete a bostezar y ya verás lo que es bueno!». Incluso el bayo y Asesor iban descontentos por no oír los habituales «queridos» o «respetables». Al atigrado lo curtió a golpes en sus partes más llenas y anchas. «¡Hay que ver cómo se ha puesto! —pensaba, agitando las orejas—. ¡Vaya que sabe dónde pegar! No azota directamente en el lomo, sino que escoge lo más blando: te sacude las orejas o te alcanza las ijadas».

—¿A la derecha? —preguntó secamente Selifán, apuntando con el látigo un camino renegrido que se destacaba entre el verde chillón de la fresca pradera.

—No, no, yo le digo, pues —respondió la muchacha.

—¿Por dónde? —insistió Selifán cuando estuvieron más cerca.

—Por *ai*, —contestó la muchacha, señalando con la mano.

—¡Eh! —dijo Selifán—, ¡ésta es la derecha! ¿No sabes dónde está la derecha?

Aunque el día era excelente, la tierra estaba hecha un barrizal. Las ruedas del carruaje pronto quedaron cubiertas de barro, haciendo mucho más pesado el paso del vehículo. Por si fuera poco, el suelo era arcilloso y extraordinariamente pegadizo. De modo que no pudieron salir de los caminos vecinales antes del mediodía. Sin la muchacha habría sido muy difícil hacerlo, pues los caminos, como cangrejos recién salidos de un saco, se dispersaban por todas direcciones.

Selifán habría tenido que dar muchos rodeos, pero esta vez no por su culpa. De pronto la niña señaló una ennegrecida y lejana construcción, y dijo:

—¡Ése es el camino real!

—¿Y eso? —preguntó Selifán.

—Es la taberna —contestó la muchacha.

—Bueno, ya podemos seguir solos, vete a casa.

Se detuvo y la ayudó a bajar, diciendo entre dientes: «Anda tú, *patanegra*».

Chíchikov le dio un *grosh*<sup>51</sup> y la chiquilla echó a andar a casita, contenta por haber viajado en el pescante.

---

<sup>51</sup> Moneda de cobre con valor de medio kopek (antes de la reforma de 1838 valía 2 kopeks).

## Capítulo IV

Cuando llegaron al mesón, Chíchikov mandó detener el carruaje por dos razones; por una parte, para dar descanso a los caballos, por otra, porque quería comer algo y recuperar fuerzas. El autor ha de confesar que envidia sobremanera el apetito y el estómago de estos tipos. No el de los encopetados de San Petersburgo y Moscú, que viven pensando en lo que cenarán al día siguiente (y en el menú de pasado mañana) y no comen un bocado sin tragarse antes una píldora. Esos señoritingos que devoran ostras y arañas de mar y luego se curan en Kárlsbad<sup>52</sup> o en el Cáucaso, nunca han despertado su envidia; pero los señores de medio pelo, que en una parada exigen jamón, en otra lechoncito y en la tercera una tajada de sollo o un embutido de salchicha con cebolla, y luego se sientan a la mesa como si tal cosa, a la hora que sea, para embucharse un consomé de esturión (que burbujea y rezonga entre sus dientes) con alacha y gónadas, acompañado de bollitos o grasientas empanadas de siluro, éstos sí que despiertan su envidia, porque da gusto verlos comer. Más de un encopetado sacrificaría sin vacilar la mitad de sus siervos y de sus haciendas, hipotecadas y sin hipotecar, con mejoras al estilo extranjero y al ruso, a cambio de un estómago como el de estos señores. Desafortunadamente, ni el dinero ni la hacienda —con mejoras o sin ellas— pueden comprar el estómago de un señor de medio pelo.

El mesón, parecido a una típica izbá rusa, aunque un poco más grande de lo común, acogió a Chíchikov bajo su estrecho cobertizo, sostenido por columnitas torcidas, semejantes a viejos candelabros de iglesia. Alrededor de las ventanas y bajo el tejado, las cornisas de madera nueva ofrecían vivo contraste con las paredes renegridas. Jarrones de flores daban su nota de color a los postigos. Chíchikov subió por una estrecha escalera, llegó a un amplio zaguán y se topó con una puerta —que se abría rechinando— y con una vieja gorda que llevaba un vistoso abrigo de percal.

—¡Por aquí, haga el favor! —dijo la vieja.

En la habitación fueron apareciendo los viejos conocidos de los modestos mesones de paso: el samovar descascarillado; el típico aparador de rinconera, repleto de tazas y teteras; los huevos de porcelana dorada colgados de cintitas azules y rojas delante de los iconos; la

---

<sup>52</sup> Actualmente, Karlovy Vary. Ciudad-balneario de aguas minerales situada en Bohemia, la región occidental de la República Checa. Gógol se curó en estas aguas en 1845.

gata y su reciente cría; el espejo que nos refleja con cuatro ojos y cara de corteza seca; y finalmente, a ambos lados de los iconos, ramos de claveles e hierbas aromáticas (tan secos que, al olerlos, provocan un estornudo).

—¿Tendrá lechoncito? —preguntó Chíchikov.

—Sí.

—¿Con rábano y crema?

—Sí.

—¡Pues tráigamelo!

La vieja fue a por las cosas. Llevó un plato y una servilleta tan almidonada que se había quedado tiesa, como una cáscara reseca. Además, dejó un cuchillo con mango de hueso amarillento y de hoja fina, como la de un cortaplumas, y un tenedor de dos puntas. Por último, trajo un salero que no había modo de mantener en pie sobre la mesa.

Como de costumbre, pronto nuestro héroe trabó conversación. Preguntó a la vieja si la posada era suya o tenía algún patrón; si daba suficientes beneficios; si vivía con sus hijos... ¿el hijo mayor era soltero o casado?, ¿qué tal era la esposa?, ¿qué dote recibió?, ¿el suegro estaba contento?, ¿le gustaron los regalos de boda? En fin, lo preguntó todo, sin pasar nada por alto. No hace falta decir que mostró curiosidad por saber qué propietarios vivían en los alrededores, y supo que los había de todo tipo: Blojin, Pochitáev, Milnoi,<sup>53</sup>el coronel Cheprakov, Sobakévich...

—¡Ah! ¿Conoces a Sobakévich? —preguntó.

Se enteró de que la vieja no sólo conocía a Sobakévich sino también a Manílov. Supo que Manílov era más considerado que Sobakévich, pues enseguida ordenaba que le sirvieran de todo: pollo, ternera, hígado de cordero (si es que había)... y lo mejor es que apenas probaba un poco de cada cosa. Sobakévich, en cambio, ordenaba un solo plato, se lo comía entero y quería incluso repetir por el mismo precio.

Chíchikov, sin dejar de conversar con la vieja, seguía comiendo. Estaba a punto de zamparse el último trozo de lechoncito cuando el traquetear de un carruaje llamó su atención; se asomó a la ventana y vio que se detenía una carretela ligera tirada por tres

---

<sup>53</sup> Nombres cómicos y ridículos: Blojin derivado de блоха (*blojá*): pulga. Pochitáev de Почитать (*pochitat*): respetar. Milnoi de мыло (*mylo*): jabón.

buenos caballos. De la carretela se apearon dos hombres: uno era alto y rubio, y el otro moreno y un poco más bajo. El primero llevaba una guerrera corta, de color azul oscuro, y el segundo un simple caftán a rayas. Vio, también, que a lo lejos se arrastraba, tirado por cuatro jamelgos engalanados con arneses de cuerda y colleras hechas jirones, un cochecillo destartado y vacío. El rubio se dirigió de inmediato a la escalera; el moreno, mientras tanto, se quedó buscando algo en el carruaje y se entretuvo hablando con el criado y haciéndole señas al coche que los seguía. Aquella voz le sonó conocida a Chíchikov. Mientras los observaba, el rubio tuvo tiempo de llegar a la puerta, abrirla, y asomar su afilado (o, como se dice: «consumido») rostro, en el que se destacaban unos bigotillos pelirrojos. A juzgar por su curtida faz, aquel hombre conocía muy bien el humo, si no el de la pólvora, por lo menos el del tabaco. Saludó a Chíchikov con una inclinación de cabeza, que nuestro héroe correspondió enseguida. Sin duda, habrían entablado conversación larga y tendida, pues, una vez roto el hielo, estuvieron de acuerdo en que la lluvia, al limpiar el polvo del camino, había hecho más fresco y agradable el viaje. Pero, en ese momento, el moreno entró en la sala, tiró su gorra sobre la mesa y ahuecó con gesto gallardo su negra y espesa cabellera. Era de mediana estatura, buena presencia, mejillas regordetas y coloradas, dientes blancos como nieve y patillas negras como brea. Su rostro lozano, de un tinte entre azucena y rosa, rebozaba de salud.

—¡Vaya, vaya, vaya! —gritó de pronto, abriendo los brazos al ver a Chíchikov—. ¿Qué te trae por aquí?

Chíchikov reconoció a Nozdriov, aquel terrateniente que se había atrevido a tutearlo en casa del fiscal, sin que, por lo demás, nuestro héroe le hubiese dado motivo para tales confianzas.

—¿A dónde fuiste? —preguntó Nozdriov, que continuó sin esperar respuesta—. Vengo de la feria, hermano. Felicítame: ¡me desplumaron! Aunque no lo creas, nunca me habían desplumado así. ¡Mira qué caballos traigo, son alquilados! ¡Mira, asómate a la ventana! (Y empujó la cabeza de Chíchikov, con tanta fuerza, que poco faltó para que se golpeará contra el marco). ¡Fíjate qué porquería de caballos! Los malditos apenas me arrastraban. He tenido que pasarme al coche de ése (señaló a su colega). ¡Ah! ¿Todavía no se han presentado? ¡Mi cuñado Mizhúev! Toda la mañana hemos hablado de ti. «Ya verás —le decía— seguro que nos topamos con Chíchikov». Hermano, ¡si supieras de qué manera me desplumaron! Créeme, no me birlaron sólo cuatro trotones, me quitaron todo.

Aquí me tienes, sin cadena y sin reloj... —Chíchikov vio que, en efecto, Nozdriov no llevaba cadena ni reloj. Incluso le pareció que una de sus patillas era más corta y menos poblada que la otra.

—Si hubiera tenido veinte rublos en el bolsillo —continuó Nozdriov— tan sólo veinte rublos, hubiera recuperado todo. ¡Palabra!, y ahora tendría más de treinta mil en la cartera. ¡Te lo juro!

—Allá decías lo mismo —replicó el rubio— te di cincuenta rublos... y los volviste a perder.

—¡No los hubiera perdido! ¡Por Dios que no los hubiera perdido! De no haber cometido aquella tontería, de verdad que no los hubiera perdido. Si tras duplicar la apuesta no hubiera cargado el maldito siete, me habría llevado toda la banca.

—Pero no te la llevaste —recordó el rubio.

—No me la llevé porque cargué el siete a destiempo. ¿Crees que aquel Mayor juega mejor que yo?

—Pues no sé, pero te ganó.

—¡Valiente gracia! —dijo Nozdriov— así cualquiera gana. ¡No!, que intente doblar, entonces veré qué clase de jugador es, ¡entonces lo veré! ¡En cambio, hermano Chíchikov, qué juerga nos corrimos los primeros días! De veras, la feria estuvo divertidísima. Los mismos comerciantes reconocían que nunca había estado tan concurrida. Todo lo que había traído de mis tierras lo vendí a precio inmejorable. ¡Ah, hermanito, qué juerga! Nada más de acordarme... ¡me lleva el diablo!, quiero decir, lástima que no estuvieras. Figúrate que a tres verstas de la ciudad había un regimiento de dragones. ¡Creerás que todos los oficiales, ah, cuántos eran, unos cuarenta!, ¡todos estaban en la ciudad!... ¡Cómo bebimos, hermanito!... Besukóvich el Capitán de caballería, un hombre encantador que ¡tenía unos bigotes enormes!, llama tintorro al vino de Burdeos: «¡Trae tintorro, hermano!» decía el muy pillo. El Teniente Jarróvich... (¡Ay, hermano, qué hombre tan amable!) es un parrandero hecho y derecho. Siempre andábamos juntos. ¡Y qué vino nos dio Ponomariov! Nunca tomes nada de su tienda, pues el muy desgraciado es un estafador, mezcla el vino con cualquier porquería, sándalo, corcho quemado, ¡y hasta saúco echa, el desgraciado! Pero, cuando saca de su cuartito trasero una botellita que él llama «especial», entonces, hermano, ¡te elevas al Empíreo! Bebimos un champán que estaba... mmm, ¡para chuparse



los dedos! Comparado con aquel champán, el que se bebe en casa del gobernador es puro *kvas*!<sup>54</sup> ¡Sí, puro *kvas*! Figúrate que no era un Clicquot cualquiera, sino un Clicquot-matradura,<sup>55</sup> que significa doble Clicquot. Y además nos sirvió de una botella francesa que se llama Bombón. ¿Que a qué huele? A rosas, hermano, a rosas. ¡Ah, qué juerga!... Al día siguiente llegó a la ciudad no sé qué príncipe y mandó a por champán; ¡no quedaba una botella en toda la ciudad!, pues los oficiales acabaron con ellas. ¿Crearás que en una comida me bebí diecisiete botellas de champán?

—¿Qué dices! No te bebes diecisiete botellas —replicó el rubio.

—Te juro que sí —respondió Nozdriov.

—Dirás lo que quieras, pero estoy seguro de que no te bebes ni diez.

—¿Apuestas a que sí?

—¿Por qué he de apostar?

—¡Anda! Apuesta la escopeta que compraste en la ciudad.

—No quiero.

—Apuesta pues, ¡haz la prueba!

—Pues no quiero probar.

—Claro, te quedarías sin escopeta, así como te quedaste sin gorra. ¡Ah, Chíchikov, cómo lamenté que no estuvieras! Sé que no te habrías separado del teniente Jarróvich, ¡se habrían hecho tan amigos! No es como el fiscal y todas esas urracas provincianas de nuestra ciudad, que tiemblan por cada kopek que gastan. Ése, hermanito, juega al monte, a la blanca y a todo lo que se te ocurra. ¡Eh, Chíchikov, qué te costaba haber ido! A decir verdad: eres un puerco. Dame un beso, alma mía, ¡te quiero a morir! Mira, Mizhúev, es cosa del destino: ¿Qué era él para mí?, ¿qué era yo para él? ¡Nada!, ¡unos completos desconocidos! Pero resulta que llegó, sabe Dios de dónde, y coincidimos en este sitio...

---

<sup>54</sup> Bebida fermentada, de pocos grados, que se elabora con harina de centeno o un poco de pan negro.

<sup>55</sup> Gógol se mofa, una vez más, de la acrítica admiración rusa por todo lo extranjero. Clicquot es una prestigiosa marca de champaña fundada en 1772: pero el Clicquot-matradura no existe ni ha existido nunca. O el vendedor inventa para sus ingenuos clientes un nombre absurdo —pues *matradura* es el nombre de una antigua danza— o se trata de una invención de Nozdriov, quien, como puede verse, es un mentiroso compulsivo

¡Cuántas carretas había, hermano, todo *en gros!*<sup>56</sup> Giré la ruleta: gané dos tarros de pomada, una taza de porcelana y una guitarra; luego hice girar la rueda otra vez... y lo perdí todo; ¡encima tuve que pagar seis rublos! ¡Ah, si conocieras al rabo verde de Jarróvich! Fuimos a casi todos los bailes. Había una fulana toda emperifollada con lazos, tlazos y relazos,<sup>57</sup> ¡el diablo sabe qué no llevaba puesto!... Pensé: «¡me lleva el diablo, vaya pinta!» Pero Jarróvich, el muy bestia, se le sentó a un lado y empezó a soltarle cumplidos en francés... ¿Crearás? No desdeñaba ni a las campesinas. Llama a eso: «comerse unas fresitas». ¡Ah! Había un pescado estupendo: lomo de esturión ahumado. Me traje uno; lo bueno es que se me ocurrió comprarlo antes de que me desplumaran. ¿A dónde vas?

—A casa de un conocido —respondió Chíchikov.

—¡Manda todo al diablo y vente a mi casa!

—No puedo, tengo un asunto.

—¡Bah! ¡Un asunto! ¡Invéntate algo mejor, Ungüentos Ivánovich Pelmazo!

—Es verdad, tengo un asunto.

—¡Apuesto a que mientes! A ver, ¿con quién vas?

—Con Sobakévich.

Al oír este nombre, Nozdriov soltó una formidable carcajada, como la que sólo puede soltar un lozano mozo que se parte de risa desarticulando las quijadas, enseñando dientes y muelas, blancos como terrones de azúcar; y el vecino, que se encuentra en la tercera habitación, a dos puertas, se despierta de un salto, abre los ojos como platos y exclama: «¿qué le pasa a este tipo?».

—¿Qué tiene de divertido? —preguntó Chíchikov, molesto por aquella risotada.

Pero Nozdriov, carcajeándose, sólo atinaba a decir:

—¡Ay, no sigas, que me parto de risa!

—Pues no le veo la gracia. Prometí ir a verlo —dijo Chíchikov.

---

<sup>56</sup> En francés, en el original.

<sup>57</sup> En el original ruso, Nozdriov se vale de una deformación rítmica para hacer hincapié en lo absurdo de la vestimenta. Hemos querido conservar este juego estilístico en la traducción. Tlazos no significa nada, es sólo una modificación de la palabra lazos.

—Te arrepentirás si vas a casa de ese roñoso. Te conozco, piensas encontrar ahí una partida de banca y una buena botella de Bombón. Pero te equivocas de cabo a rabo. Hazme caso, hermano: ¡mándalo al diablo y vente conmigo! ¡Verás qué esturión ahumado tengo en casa! El bestia de Ponomariov me dijo, haciendo una reverencia: «Se lo he reservado a usted, no encontrará otro igual en toda la feria». Y sin embargo, ya sabes, es un marrullero. Se lo dije a los ojos: «Usted y nuestro contratista son unos granujas». Y se reía el muy bestia, mientras se acariciaba la barba. Jarróvich y yo almorzábamos todos los días en su tienda. ¡Ah!, hermano, se me olvidaba: por mucho que insistas, no te lo doy ni por diez mil, de una vez te lo digo. ¡Eh, Porfiri! —gritó, acercándose a la ventana y dirigiéndose a su criado, que llevaba un cuchillo y una loncha de esturión que había pillado cuando rebuscaba algo en la calesa—. ¡Eh, Porfiri!, ¡trae el cachorro! ¡Ya verás qué cachorro! —prosiguió dirigiéndose a Chíchikov—, es robado, su amo no quería deshacerse de él por nada del mundo. Le ofrecí la yegua parda ¿te acuerdas? Aquella que le cambié a Jvostiriov... (Chíchikov, por lo demás, jamás había visto la yegua parda ni a Jvostiriov).

—¡Señor!, ¿quiere comer algo? —preguntó en ese momento la vieja, cuando se acercaba.

—No queremos nada. ¡Ay, hermano, qué juerga! Bueno, tráeme una copita de vodka, ¿de cuál tienes?

—De anís —respondió la vieja.

—Pues trae de anís —dijo Nozdriov.

—¡Otra copita para mí! —dijo el rubio.

—¡En el teatro había una actriz que cantaba como un canario! Jarróvich, que estaba sentado a mi lado, dijo: «¡Ay hermano! Con qué gusto me comería ahora mismo una fresita». Habría unas cincuenta carpas. Fenardi<sup>58</sup> estuvo cuatro horas seguidas dando vueltas como un molino (tomó la copita de manos de la vieja, quien le hizo una reverencia). ¡Eh, tráelo acá! —gritó al ver a Porfiri, que entraba con el cachorro.

Porfiri llevaba, al igual que su amo, una especie de caftán forrado de algodón, aunque un poco grasiento.

—Ponlo aquí, en el suelo.

---

<sup>58</sup> Acróbata y mago muy popular en Rusia durante el siglo XIX.

Porfiri puso al cachorro en el suelo, el cual, tras estirarse, se puso a olfatear a ras de tierra.

—¡Mira qué cachorro! —dijo Nozdriov, alzándolo por la piel del cuello. El cachorrito se quejó con un aullido bastante lastimero.

—Por lo que veo, no has hecho lo que te dije —exclamó Nozdriov volviéndose hacia Porfiri y examinando la barriga del cachorrito—. No piensas cepillarlo, ¿verdad?

—Ya lo cepillé.

—¿Y por qué tiene pulgas?

—Sabe Dios, se le habrán trepado en el carruaje.

—Mientes, mientes, ni se te ha ocurrido cepillarlo; ¡imbécil, si hasta le pegaste tus pulgas! Mira, Chíchikov, mira qué orejas, ¡anda, tócaselas!

—No hace falta; ya lo veo, ¡es de buena raza! —respondió Chíchikov.

—Pero tócalas. ¡Tócale las orejas!

Chíchikov, para complacerlo, le tocó las orejas y sentenció:

—Será un buen perro.

—Y la nariz, ¿ves lo fría que está? Tócasela.

Para no ofenderlo, Chíchikov le tocó la nariz y dijo:

—Buen olfato.

—Un auténtico pachón —continuó Nozdriov—. Confieso que se me había metido entre ceja y ceja comprarme un pachón. Porfiri, ¡llévatelo!

El criado cogió al cachorro por debajo del vientre y lo llevó al carruaje.

—Oye, Chíchikov, tienes que ir a mi casa; queda a cinco verstas de aquí, llegamos en un santiamén; después, si te da la gana, puedes ir con Sobakévich.

«¿Por qué no? —Pensó Chíchikov—. Pasaré a casa de Nozdriov. Ha perdido jugando a las cartas y, por lo que se ve, es capaz de cualquier cosa. Tal vez le pueda sacar algo de balde».

—Bueno, vamos —dijo—. Pero no se te ocurra entretenerme; mi tiempo es oro.

—¡Bravo, querido! Ven, que te doy un beso (Nozdriov y Chíchikov se besaron).  
¡Qué bien, iremos los tres juntos!

—¡De ninguna manera! Yo me quedo; déjame ir, por favor —suplicó el rubio—. Tengo que ir a casa.

—¡Tonterías! ¡No te dejo!

—Déjame ir, que mi esposa se enoja. Vete en el coche del señor.

—¡No, no, no! ¡Ni lo pienses!

El rubio era una de esas personas en cuyo carácter se nota a primera vista cierta terquedad. En cuanto abres la boca están listos para discutir; parece que no aceptarán nada que esté en desacuerdo con sus ideas, que nunca llamarán inteligente al tonto y que, sobre todo, jamás bailarán al son que les toquen; pero luego resulta que su carácter es blando, que aceptan aquello que negaban, que al tonto lo llaman inteligente y acaban bailando alegremente al son que les tocan; en fin, que empiezan con la de cal y terminan con la de arena.

—¡Tonterías! Dijo Nozdriov en respuesta a una explicación de su cuñado, a quien encasquetó un gorro en la cabeza. El rubio empezó a seguirlos dócilmente.

—Señor... no ha pagado usted el vodka —dijo la vieja.

—No se preocupe, *mátushka*. ¡Eh, cuñadito, haz el favor de pagar. No tengo ni un kopek en el bolsillo.

—¿Cuánto te debo? —preguntó el cuñadito.

—Poca cosa, *bátiushka*, en total... 20 kopeks —respondió la vieja.

—Miente. Dale la mitad, con eso tiene suficiente.

—Es poco, señor —replicó la vieja, pero cogió el dinero dando muestras de agradecimiento y hasta corrió a abrirles la puerta. En realidad, no salía perdiendo, pues había pedido cuatro veces más de lo que costaba el vodka.<sup>59</sup>

Los viajeros se pusieron en camino. La carretela de Chíchikov iba muy cerca del carruaje de Nozdriov y su cuñado, de modo que los tres pudieron conversar sin dificultad

---

<sup>59</sup> Todos los personajes de *Almas muertas* —incluso los más insignificantes— son unos bribones.

durante todo el trayecto. Tras ellos seguía (retrasándose cada vez más, pues los jamelgos apenas podían consigo mismos) el pequeño carricoche que llevaba a Porfiri y el cachorro.

Como la conversación que sostenían los viajeros no resulta muy interesante para el lector, mejor diré alguna cosa acerca del propio Nozdriov, a quien, tal vez, le corresponda desempeñar un papel que no será el más insignificante de nuestro poema.

Nozdriov, es cierto, les resultará conocido, pues abundan los tipos como él. Son muchachos avisados, amigos de todo el mundo... aunque eso no los salva de recibir a menudo buenas palizas. Los juzgas leales, osados, amigables; te tutean enseguida, parece que serán tus amigos toda la vida... pero esa misma tarde, al brindar por su amistad, acabas riñendo con ellos. Son habladores, juerguistas, impetuosos, en una palabra, gente que llama la atención. Nozdriov, a sus treinta y cinco años, era exactamente igual que a los dieciocho y a los veinte: un calavera. El matrimonio no lo había cambiado en absoluto; aunque, a decir verdad, su mujer pronto se marchó al otro mundo, dejándole dos chiquillos que maldita falta le hacían. A los niños, sin embargo, los cuidaba una linda nana, pues Nozdriov no pasaba más de un día en casa. Su sensible nariz distinguía una fiesta, una velada o un baile a una docena de verstas; acudía enseguida y... en un abrir y cerrar de ojos ya estaba discutiendo y armando jaleo ante la mesa del *whist*, pues a estos tipos les apasiona el juego. Como vimos en el primer capítulo, no era muy honesto cuando jugaba a los naipes, pues siempre se sacaba algún truquito de la manga; de modo que el asunto acababa siempre más o menos igual: o lo sacudían a puntapiés o le acomodaban sus vistosas y bien pobladas patillas, de suerte que a veces regresaba a casa con una sola; bastante trasquilada, por cierto. Pero sus rollizas y lozanas mejillas poseían tanta vitalidad que las patillas pronto volvían a crecerle, ¡y hasta quedaban mejor que antes! Lo más extraño, lo que sólo puede pasar en nuestra *Rus*, es que enseguida, como si no hubiera pasado nada, volvía a reunirse con los amigos que le habían zumbado. Y todos tan campantes.

En cierto sentido, Nozdriov era un hombre histórico. Toda reunión en la que estuviera presente terminaba con alguna historia. Siempre sucedía algo, o los gendarmes lo echaban de la sala torciéndole el brazo o sus propios amigos tenían que sacarlo a empujones. No siempre llegaba el asunto a tales extremos, pero invariablemente le pasaba alguna cosa singular; se achispaba en el bufé y no paraba de reír, o mentía con tanto descaro que hasta le daba vergüenza. Mentía sin ninguna necesidad, de buenas a primeras

te soltaba que había tenido un caballo azul o rosa, por ejemplo; en fin, salía con tantos disparates que la gente se apartaba murmurando: «Ya has empezado a desbarrar». Algunos tienen la manía de fastidiar al prójimo, a veces sin motivo. Un señor de alto rango, de noble aspecto y condecoraciones en el pecho, te saluda amigablemente y conversa contigo —en un tono muy reflexivo— sobre temas profundos; pero, al minuto siguiente, ante tus propios ojos y sin que sepas cómo ni por qué, te insulta en público. ¡Lleva una estrella en el pecho y sostiene conversaciones profundas, pero te jode como un chupatintas cualquiera! Te quedas pasmado, te encoges de hombros, y no sabes qué hacer ni qué decir. Nozdriov tenía esa manía. Si intimabas con él, no tardaba en hacerte una trastada: propagaba los embustes más absurdos o deshacía una boda, un trato comercial... ¡pero seguía considerándose tu amigo!, si te veía por casualidad, reclamaba amistosamente: «¡Qué canalla eres, nunca vienes a casa!». Por así decirlo, Nozdriov era un hombre polifacético, o sea, era bueno para todo. Cabía esperar cualquier cosa de él; te proponía dar la vuelta al mundo, iniciar un negocio o cambiar lo que fuese por cualquier cosa. Para él todo era objeto de trueque, una escopeta, un perro, un caballo; mas no lo hacía por obtener ganancia, pues no era un hombre calculador. En realidad, emprendía negocio tras negocio únicamente impulsado por su irrefrenable carácter. Si de casualidad daba con algún inocentón y ganaba en el juego, compraba cuanto había en los tenderetes: colleras, velas aromáticas, pañuelos para la nana, un potro, pasas, una jabonera de plata, tela de Holanda, harina, tabaco, pistolas, arenques, cuadros, un afilador, pucheros, botas, vajillas de porcelana... en fin, hasta donde alcanzara el dinero. Por lo demás, rara vez llegaban estos objetos a casa, pues el mismo día se lo llevaba todo un jugador más afortunado; a veces, incluso, tenía que añadir su propia pipa, la boquilla, y la bolsa para el tabaco; más de una vez se vio obligado a dejar su carretela (caballos y cochero incluidos) y a penar —con su levita corta o su caftán— en busca de un conocido que lo llevara en su carruaje. ¡Así era Nozdriov! Quizá dirán que la gente como Nozdriov están pasados de moda, que ya no existen. ¡Ay! Serán injustos quienes hablen así. Pues los Nozdriov no abandonarán pronto este mundo. Quedan muchos entre nosotros; pero, como han cambiado de vestimenta, los atolondrados no los reconocen.

Entretanto, los tres carruajes llegaron a casa de Nozdriov, donde no se había preparado nada para recibirlos. Subidos a un caballete, en pleno centro del comedor, dos *muzhiks* blanqueaban las paredes canturreando una interminable canción. El suelo estaba salpicado de cal y yeso. Nozdriov mandó inmediatamente de paseo a los dos pintamonas,

con su caballete, y pasó a la habitación vecina a dar órdenes. Los invitados le oyeron pedir la comida al cocinero. Chíchikov, que ya empezaba a sentir apetito, vio que no se sentarían a la mesa antes de las cinco. Cuando volvió, Nozdriov condujo a los huéspedes a conocer sus posesiones; en poco más de dos horas lo recorrieron todo. Vieron primero la caballeriza, donde había dos yeguas —una pinta, de color gris, y otra parda— y un potro bayo, de lastimoso aspecto, por el cual Nozdriov juró haber pagado diez mil rublos.

—No pagaste esa cantidad —objetó el cuñado—. No vale ni mil.

—Por Dios que pagué diez mil —insistió Nozdriov.

—Puedes jurar cuanto quieras —replicó el cuñado.

—¿Quieres apostar? —preguntó Nozdriov, exaltado.

El cuñado no quiso apostar.

Luego les mostró establos vacíos en los que —según Nozdriov— alguna vez hubo magníficos caballos. En la caballeriza había un carnero, ya que según una antigua creencia, es imprescindible tener uno de estos animales entre los caballos. El carnero, al parecer, estaba muy a gusto, pues andaba bajo los vientres como por su propia casa. Después, Nozdriov los llevó a ver un lobezno que tenía atado con una cuerda.

—¡Miren qué lobezno! —dijo—, lo alimento con carne cruda. ¡Quiero que sea una verdadera fiera!

Después vieron un estanque en el cual, según Nozdriov, había peces tan grandes que dos hombres apenas podían con uno. Cosa que, desde luego, puso en duda su pariente.

—Chíchikov, te voy a enseñar —dijo Nozdriov— una magnífica pareja de perros, ¡ya verás qué muslos tienen! ¡Y qué te cuento de sus hocicos! ¡Son como agujas!

Los condujo hacia una curiosa casita rodeada por un gran patio completamente cercado. En el recinto vieron perros de todas clases, colores y pelajes, había perros de pelo corto, trasquilados, peludos, negros, negros con manchas blancas, blancos con manchas amarillas, rojizos moteados con orejas negras, con orejas grises... Tenían los nombres más diversos; y había, entre otros, todos los modos del imperativo: *Dispara, Ladra, Revolotea, Fuego, Pica, Currutaquea, Acosa, Golondrina, Premio, Madrina*. Nozdriov parecía entre ellos un padre con su prole. Todos, agitando sus colas —que los aficionados a los perros llaman reglones— volaron al encuentro de sus visitantes. Unos diez perros pusieron sus



patas sobre los hombros de Nozdriov. *Ladra*, de pie sobre sus patas traseras, se mostró muy amistoso con Chíchikov; le dio, incluso, un lengüetazo en plena boca; nuestro héroe, quisquilloso como es, escupió. Contemplaron la magnífica pareja de perros y Chíchikov pudo comprobar que, en efecto, tenían muslos de piedra. Luego fueron a ver una perra de Crimea que estaba ya ciega; en palabras de Nozdriov, el animal pronto estiraría la pata, pero había sido un buen perro. Chíchikov la observó. La perra, en efecto, estaba completamente ciega. Más tarde, visitaron un molino desvencijado y mellado que no tenía donde afirmar la muela; esa muela que, según la magnífica expresión del *muzhik* ruso, «revolotea» sobre el palahierro.

—¡Pronto llegaremos a la herrería! —aseguró Nozdriov.

Pronto, en efecto, divisaron la herrería.

—En este campo —dijo Nozdriov señalando con el dedo—, hay tantas liebres que no se ve la tierra: hace poco atrapé una con mis propias manos.

—¡Qué dices, nunca has atrapado una liebre con las manos! —objetó el cuñado.

—¡La atrapé, te juro que la atrapé! —replicó Nozdriov—. ¡Vamos! —prosiguió dirigiéndose a Chíchikov—, te llevaré a ver los límites de mis tierras.

Nozdriov condujo a sus invitados a través de un campo muy desigual; primero se abrieron paso entre barbechos y surcos; después, entre terrenos pantanosos; al principio avanzaban pasito a pasito, poniendo mucho cuidado; pero, al ver que no servía de nada, acabaron por seguir adelante sin preocuparse por el lodo. Tras recorrer un buen trecho, llegaron a un postecito y una estrecha zanja. Chíchikov, claro está, terminó agotadísimo.

—¡Éste es el límite de mis tierras! —dijo Nozdriov—. Todo lo que ves de este lado es mío; el otro lado también; ese bosque que azulea y lo que hay detrás. Todo es mío.

—¿Desde cuándo es tuyo el bosque? —preguntó el cuñado—. ¿Lo compraste ayer?

—Lo compré hace poco —respondió Nozdriov.

—¿Cuándo?

—Anteayer; por cierto muy caro, ¡me lleva el diablo!

—¡Pero si estabas en la feria!

—¡Ay, alma de cántaro! ¿Acaso no se puede estar en la feria y comprar un terreno? Yo estaba en la feria, ¿y qué?, pues mi administrador las compró.

—¡Anda!, ¡pues claro! ¡El administrador! —dijo el cuñado, pero no creyó ni una palabra.

Los invitados regresaron a la casa por un camino igual de fangoso. Nozdriov los pasó a su despacho, en el cual, por cierto, no se veía ni rastro de libros o documentos, es decir, no había nada de lo que suele haber en los despachos; únicamente colgaban de la pared algunos sables y dos escopetas —de trescientos y ochocientos rublos—. El cuñado, tras examinarlas, se limitó a mover la cabeza. Nozdriov les mostró unos puñales turcos (en uno de ellos, por error, se había grabado: «Maestro Savieli Sibiriakov»)<sup>60</sup> y un organillo que no tardó en hacer tocar. La música no era desagradable pero al parecer, algo se le había roto por dentro al organillo, pues una mazurca acabó en la canción «Mambrú se fue a la guerra» y después se convirtió inesperadamente en un conocido vals. Hacía mucho que Nozdriov no giraba el manubrio, pero una flauta del organillo era tan persistente que no había modo de hacerla callar. Y así siguió, con su música de viento, durante un largo rato. Luego aparecieron pipas de todo tipo, de madera, de arcilla, de espuma marina, culotadas y sin culotar, un chibucú con boquilla de ámbar, que había ganado hace poco, y una bolsita para tabaco. Según Nozdriov, era un regalo de cierta condesa que lo amó con locura en una estación de postas, según Nozdriov, la tabaquera había sido bordada con sus propias manitas, que eran de lo más *siuperfliú*,<sup>61</sup> palabra que, sin duda, significaba el colmo de la perfección. Cerca de las cinco, tras un aperitivo de esturión ahumado, se dispusieron a comer. Al parecer, en esa casa no se le daba importancia a la comida, pues algunos guisos estaban quemados y otros medio crudos. Seguramente el cocinero se dejaba llevar por la inspiración del momento y echaba lo que tenía a mano: pimienta, col, leche, jamón, guisantes... todo iba a la cazuela, ¿creen que se preocupaba por el sabor?

—¡Bah!, ¿a quién le importa? —se decía—, con tal de que salga algo caliente que echarse a la boca. ¡Ya tendrá algún sabor!

En cambio, Nozdriov se lució con los vinos: aún no traían la sopa y ya había ofrecido a los invitados un gran vaso de Oporto y otro de *Haut Sauterne*, porque, como se sabe, en

---

<sup>60</sup> Se trata de una ironía, pues el nombre es inconfundiblemente ruso.

<sup>61</sup> Con intención irónica, Gógol deforma fonéticamente la palabra francesa y altera su significado. En el original, está escrita en alfabeto cirílico.

las capitales de provincia no suele haber simple *Sauternes*<sup>62</sup>. Luego, Nozdriov mandó traer una botella de Madera «como no la ha bebido jamás Mariscal alguno». El *Madera*, en efecto, incluso quemaba en la boca, pues los mercaderes, conociendo los gustos de los terratenientes aficionados al buen *Madeira*, lo aderezaban sin piedad con vodka, confiados en que el estómago ruso lo resiste todo.<sup>63</sup> Luego ordenó que trajeran no sé qué botella muy especial, un «*burguiñón-champañón*», decía, con el aroma de los dos vinos. Llenaba con mucha insistencia ambos vasos, a derecha e izquierda, al cuñado y a Chíchikov; sin embargo, al echar una mirada de soslayo, Chíchikov notó que el propio Nozdriov se servía poco. Decidió, por lo tanto, ser cuidadoso: en cuanto Nozdriov se distraía en la conversación o le servía al cuñado, Chíchikov vaciaba su vaso en el plato. Al poco tiempo pusieron sobre la mesa un licor de serbal que «sabía a crema de ciruela», aunque, para sorpresa de los invitados, pegaba como vodka barato, como un vulgar matarratas. Bebieron después un bálsamo cuyo nombre, al parecer, era difícil de recordar, pues el anfitrión lo llamaba cada vez de un modo distinto. Terminada la cena y vaciadas las botellas, los comensales no parecían, sin embargo, decididos a abandonar la mesa. Chíchikov no quería abordar su negocio delante del cuñado. A fin de cuentas, era un extraño, y el asunto exigía intimidad. Por lo demás, el cuñado ya no hubiera podido ser peligroso, pues se había emborrachado a conciencia y estaba como clavado a la silla, balanceando la cabeza. Al darse cuenta de que no estaba en condiciones, pidió que lo dejaran ir a casa, pero lo hizo con una voz tan blanda y pastosa que, según la expresión rusa, «parecía pedir permiso para mover la lengua».

—¡No te dejo! —exclamó Nozdriov.

—¿Por qué te portas así?, de verdad, tengo que irme —dijo el cuñado.

—¡Tonterías! Vamos a montar una partidita.

—Ármala tú solo, hermano, yo no puedo. Mi mujer lo tomará a mal, tengo que contarle cómo estuvo la feria. De veras, tengo que darle ese gusto. ¡Déjame ir!

—¡Ay, ay, mi mujer, mi mujer! ¡Mándala al...! ¡Los amigos son más importantes!

---

<sup>62</sup> Sauternes es una marca de vino francés, pero el Haute Sauterne es un nombre inventado para impresionar a los clientes. Otra ironía de Gógol.

<sup>63</sup> Gógol se mofa de los gustos de la sociedad rusa, que veneraba las marcas extranjeras por sí mismas, sin tomar en cuenta la calidad de los productos.

—No, hermano, mi mujer es muy buena, muy fiel... ¡si vieras cuánto me ayuda!, ¡de acordarme, se me saltan la lágrimas!, ¡déjame ir! Palabra que me voy.

—Deja que se vaya, ¿para qué lo queremos? —susurró Chíchikov a Nozdriov.

—¡Tienes razón! —asintió Nozdriov—. ¡Es un calzonazos! ¡Vete al diablo, anda, vete de mandilón con tu mujer, *fetiuk*!<sup>64</sup>

—Hermano, no me digas *fetiuk* —replicó—. Le debo la vida. De veras, es tan buena, tan dulce, tan cariñosa... ¡dan ganas de llorar! Preguntará qué he visto en la feria, debo contárselo todo... es tan buena.

—Anda, lárgate a contarle tus bobadas. Toma tu gorra.

—Hermano, no digas eso, me ofendes. ¡Es tan buena!

—¡Pues lárgate con ella!, ¡anda!

—Sí, hermano, me voy, perdona que no pueda quedarme, lo siento en el alma, pero no puedo.

El cuñado siguió repitiendo, durante mucho tiempo, sus disculpas, sin advertir que ya estaba en el carruaje, que había dejado muy atrás la escalinata y que frente a él había únicamente campos desiertos. Es de suponerse que su esposa no conocería muchos detalles de la feria.

—¡Qué guiñapo! —decía Nozdriov, de pie ante la ventana y mirando el carruaje que se alejaba—. ¡Mira cómo ha arrancado! Aquel caballito no está nada mal, hace mucho que le eché el ojo. Pero con ese alfeñique no hay modo de hacer un trato. ¡Es un *fetiuk*, un auténtico *fetiuk*!

Pasaron a otra habitación. Porfiri encendió las velas; y apareció Nozdriov con unas cartas en la mano.

—Entonces qué, hermano, —dijo Nozdriov, barajando las cartas, con tanta fuerza, que el envoltorio se rajó y cayó al suelo. ¡Para empezar, pongo una banca de trescientos rublos!

Pero Chíchikov hizo oídos sordos y dijo, como quien se acuerda de pronto:

---

<sup>64</sup> Palabra ofensiva para los hombres, proviene de la letra Θ considerada poco decente (Nota del autor)

—¡Ah! Antes de que se me olvide: tengo algo que pedirte.

—¿Qué?

—Dame tu palabra de que lo harás.

—¿Qué cosa?

—Dame tu palabra, pues.

—Te la doy.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—El asunto es el siguiente, se te han muerto campesinos que todavía figuran en el registro, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué?

—Pásamelos, ponlos a mi nombre.

—¿Para qué los quieres?

—Los necesito.

—¿Para qué?

—Eso es asunto mío.

—Bueno, dime la verdad; seguro que algo tramas. Confiesa, ¿de qué se trata?

—¿Qué voy a tramar con esas almas que no valen un pepino?

—Entonces, ¿para qué las quieres?

—¡Ah, qué entrometido! ¡Quieres meter la nariz en todo!

—¿Y por qué no me lo dices?

—¿Qué ganas con saberlo? Es un capricho mío, nada más.

—Pues mira, ¡si no me lo dices, no lo haré!

—¿Ves? Eso que haces no es honrado de tu parte, ya habías dado tu palabra, y ahora te echas para atrás.

—Como quieras, pero mientras no me digas para qué las quieres, no lo haré.

«¿Qué le puedo decir?», pensaba Chíchikov. Tras pensárselo un minuto, declaró que las necesitaba para adquirir más peso en la sociedad, pues no poseía grandes propiedades y, mientras no las tuviera, deseaba poseer por lo menos unas cuantas almas.

—¡Mientes! —vociferó Nozdriov, sin dejarlo terminar—. ¡Mientes, hermano!

Chíchikov se dio cuenta de que su ocurrencia no había sido muy atinada; a decir verdad, el argumento era bastante flojo.

—Bueno, te lo diré con franqueza —dijo, rectificando—, pero, por favor, no se lo digas a nadie. He pensado en casarme; debes saber que los padres de la novia son muy ambiciosos. El asunto es así, lo creas o no. Quieren que el novio posea por lo menos trescientas almas, y como a mí me faltan casi ciento cincuenta...

—¡Mientes, mientes! —gritó otra vez Nozdriov.

—Pues esta vez no he mentado ni así —dijo Chíchikov, señalándose la punta del dedo meñique.

—¡Me juego la cabeza a que mientes!

—¡Esto ya ofende! ¿Por quién me tomas? Según tú, siempre miento.

—¡Sé que eres un granuja! Permíteme que te lo diga amistosamente: si fuera tu jefe, te mandaría colgar del primer árbol que viera.

Chíchikov se sintió injuriado por esta observación. Le desagradaba cualquier palabra grosera o indecorosa.<sup>65</sup> Ni siquiera permitía que se le hablase con familiaridad, a no ser que se tratase de una persona de alto rango, por supuesto. Ahora estaba realmente ofendido.

—¡Por Dios que te colgaría! Te lo digo a la cara; sin ofensa, como a un amigo.

—Todo tiene su límite —dijo Chíchikov muy dignamente—. Si quieres lucirte con esos discursos vete a un cuartel. Si no quieres ceder tus almas, véndemelas —dijo de sopetón tras una breve pausa.

—¡Que te las venda! Pero si te conozco, canalla, no ofrecerías mucho.

---

<sup>65</sup> La referencia al decoro es recurrente en Gógol. Todos los personajes que pululan en la novela serán más o menos respetables y decorosos, todos harán ademanes corteses, pero adularán, engañarán, lisonjearán o humillarán a los demás.

—¡Lo que hay que oír! ¿Acaso crees que valen su peso en oro?

—¿Ya ves? Te conozco muy bien.

—¿De dónde te viene ahora lo tacaño? Deberías dármelas sin tantos rodeos.

—No soy ningún roñoso, lo sabes. Te las regalo si me compras el garañón.

—¡Por favor! ¿Para qué lo quiero? —dijo Chíchikov, asombrado por aquella propuesta.

—Pagué por él diez mil rublos. Te lo dejo en cuatro.

—¿Para qué demonios quiero un garañón? No tengo yeguada.

—No has entendido bien: ahora me das tres mil y después pagas lo que falta.

—Deja en paz al garañón, te digo que no lo necesito.

—Bueno, cómprame la yegua parda.

—Tampoco me hace falta.

—Dame dos mil por la yegua y el caballo pinto.

—¡No quiero caballos! ¡Te digo que no me hacen falta!

—¡Si no te hacen falta, pues los vendes y ya está! En cualquier feria te darán el triple.

—Pues véndelos tú. Ya tienes una ganancia segura.

—Ya lo sé, pero quiero que te ganes algo.

Chíchikov agradeció las buenas intenciones y rechazó sin rodeos el caballo pinto y la yegua parda.

—Entonces cómprame algún perro. Tengo una pareja magnífica, mira, ¡se me pone la piel de gallina! Son lanudos, bigotudos, de pelaje grueso y erizado... su pecho es tan ancho como un barril; sus patas, ¡ay hermano, qué patas!... ¡de tan peludas no tocan el suelo!

—¡Perros!, ¿para qué? No soy cazador.

—Me gustaría que tuvieras alguno de mis perros. Pero, bueno, si no los quieres, cómprame el organillo, es magnífico; me salió en mil quinientos rublos, ¡palabra! Te lo dejo en novecientos.

—¿Para qué? Ni que fuera alemán para andar tocando el organillo y pidiendo dinero.

—¡Pero no es de esos!, no es como el de los alemanes. Es de caoba, míralo bien. ¡Te lo mostraré otra vez! (Nozdriov lo cogió del brazo para llevarlo a la habitación donde estaba el organillo; Chíchikov, tratando de oponer resistencia, pataleó con todas sus fuerzas y gritó a viva voz que ya lo había visto; pero, a pesar de su protesta, tuvo que oír una vez más que Mambrú se había ido a la guerra). Mira, ya veo que no quieres comprar, hagamos lo siguiente: te doy el organillo y todas mis almas muertas a cambio de tu carruaje y trescientos rublos.

—¡Lo que me faltaba! ¿Y en qué me regreso?

—Te doy otro carruaje. Vamos al cobertizo para enseñártelo. Le hace falta una manita de pintura, pero es un coche estupendo.

«¡Se le ha metido el diablo!», se dijo Chíchikov, decidido a librarse de coches, organillos y perros, aunque tuvieran patas peludas y poderoso pecho.

—Trato hecho. Te doy el coche, el organillo y las almas muertas.

—He dicho que no —explicó Chíchikov.

— ¿Por qué?

—Porque no, simplemente no quiero. Eso es todo.

—¡Lo sabía! Contigo es imposible cerrar un trato. ¡Vaya que eres raro!... Te haces pasar por amigo, pero eres un hipócrita.

—¿Crees que soy tonto? Juzga por ti mismo: ¿qué imbécil adquiere cosas inútiles?

—No le des más vueltas. Eres un miserable; acéptalo. Ahora te conozco mejor. ¿Qué te parece si hacemos una apuestita? Me juego los muertos y el organillo.

—No quiero jugar con fuego —dijo Chíchikov, mirando con el rabillo del ojo los naipes que Nozdriov llevaba en las manos. Le parecieron sospechosos, pues los dibujos del dorso eran bastante extraños.

—¡Qué fuego ni qué fuego! —exclamó Nozdriov—. La cosa es muy simple: con suerte, puedes ganarle al mismísimo diablo. ¡Mira qué suerte traigo aquí! ¡Qué suerte! —decía, barajando las cartas para tentarlo—. ¡Mira cómo pica la suertecita! ¡Mira cómo pica! ¡Aquí está el maldito nueve que me arruinó! Presentí que me traicionaría; pero cerré los ojos y me dije: «¡Al diablo con todo, anda, maldito, traicióname!».



Porfiri trajo una botella. Pero Chíchikov se negó rotundamente a jugar y a beber.

—¿Por qué no quieres jugar? —dijo Nozdriov.

—Porque no tengo ganas. No soy aficionado al juego.

—¿Por qué no te gusta?

Chíchikov, encogiéndose de hombros, dijo:

—Porque no.

—¡Eres un guiñapo!

—Pues ya ves, así me hizo Dios.

—¡Un *fetiuk*, eso es lo que eres; un tipo sin dignidad ni decoro, un pelele al que no se le puede tratar como amigo, que no es capaz de hablar con franqueza, un auténtico Sobakévich, un canalla como él!

—¿Por qué me insultas? ¿Soy culpable de que no me guste jugar? Si te tiembla la mano por unos cuantos kopeks, véndeme las almas, y no se diga más.

—¡Un diablo pelón es lo que te voy a dar! Te las habría regalado, pero ahora, palabra que no te las doy ni aunque me ofrezcas todo el oro del mundo. ¡No te las doy! ¡Roñoso! ¡Fisgón de mierda! Desde ahora no quiero ningún trato contigo. Porfiri, dile al mozo de la cuadra que no dé avena a sus caballos; que coman paja.

Chíchikov no esperaba este desenlace.

—Ojalá no me hubiera topado contigo —dijo Nozdriov.

A pesar de aquella desavenencia, invitado y anfitrión cenaron juntos, aunque esta vez no hubo sobre la mesa ningún vino de nombre ostentoso. Apareció sólo una botella de no sé qué vino de Chipre, bastante agrio, por cierto. Después de la cena, Nozdriov lo condujo a la habitación contigua y le dijo:

—¡Aquí tienes la cama! No quiero darte ni las buenas noches.

Y se marchó.

Chíchikov estaba de un humor endiablado. Se reprochó por haber perdido el tiempo en casa de Nozdriov hablando de su negocio; había sido tan imprudente como un crío, como un imbécil. Estaba visto que estos asuntos no se le podían confiar a Nozdriov, un

hombre calamidad que podía mentir, exagerar y propagar el diablo sabe qué cosas; de ahí podían resultar habladerías... ¡Dios! Había hecho mal, había hecho mal... «Soy un imbécil» se repitió.

No logró conciliar el sueño, pues se pasó toda la noche batallando con los revoltosos bichos que infestaban la cama. Chíchikov, rascándose las punzantes ronchas y dando vueltas en el lecho, vociferaba: «¡iros al diablo, malditas, y llevaos a Nozdriov con vosotras!». Se despertó muy temprano. Se calzó una bata y un par de botas, atravesó el patio, llegó a la caballeriza y ordenó a Selifán que enganchara inmediatamente el carruaje. Al regresar, se encontró con Nozdriov en el patio. El terrateniente sostenía una pipa entre los dientes y también iba en bata.

Nozdriov lo saludó amistosamente y preguntó cómo había pasado la noche.

—Más o menos —respondió con sequedad Chíchikov.

—Pues yo, hermano —dijo Nozdriov—, soñé tantas porquerías que hasta me da asco contarlas. Ayer, me quedé con mal sabor de boca, ¡agh! como si me hubiera acampado dentro un batallón entero. Figúrate, soñé que me daban una paliza ¡sí, sí! ¿Y te imaginas quién? Seguro que no: nada menos que Tarróvich y el capitán Besukóvich.

«Ojalá te la hubieran puesto» —pensó Chíchikov.

—¡Ay, cómo dolía, por Dios! Me desperté y, ¡me lleva el diablo! En efecto, algo me picaba; creo que unas malditas pulgas. Bueno, ahora vístete; vuelvo enseguida. Voy a echarle una bronquilla al canalla del administrador.

Después de arreglarse, Chíchikov salió al comedor, donde ya estaba puesta una mesa con el servicio de té y una botella de ron. En la habitación quedaban restos de la comida y la cena. Al parecer, no se les había ocurrido pasar por allí la escoba, pues había migas de pan regadas por todo el suelo. Había, también, restos de ceniza esparcidos sobre el mantel. El anfitrión iba vestido con un simple batín que dejaba al descubierto su peludo pecho; en una mano, llevaba el chibucú; en la otra, una taza de té que bebía a sorbos. Con tal pinta, Nozdriov habría servido de modelo a uno de esos pintores que desdeñan retratar señores relamidos o con el pelo cortado en forma de cepillo —como los que suelen verse en los anuncios de las peluquerías—, por considerarlos demasiado encopetados.

—Bueno, ¿qué decidiste? —dijo Nozdriov tras un corto silencio—. ¿Nos jugamos tus almas?

—Hermano, ya te dije que no juego; si quieres te las compro.

—No quiero venderlas, eso no es de amigos. No quiero sacar provecho de este endemoniado negocio. Apostarlas ya es otra cosa ¡Echemos por lo menos una partida!

—He dicho que no.

—¿Las intercambiamos?

—No quiero.

—Está bien; juguemos a las damas; si me ganas son tuyas. Tengo muchas almas que se deben borrar del registro. ¡Eh, Porfiri! Trae el tablero.

—No te esfuerces; no jugaré.

—Pero si aquí no tienen nada que ver la suerte ni los trucos: gana el que sabe jugar. Y te advierto que no soy buen jugador, tendrás que darme ventaja.

«¡Jugamos a las damas! ¿Por qué no? Se me da bien este juego y en esto es difícil hacer trampa» —se dijo Chíchikov.

—Está bien, juguemos a las damas.

—¡Las almas contra cien rublos!

—¿Por qué? Con cincuenta basta y sobra.

—¿Qué son cincuenta rublos? Añadamos algún cachorrillo o un sello de oro.

—Como quieras.

—¿Qué ventaja me das? —preguntó Nozdriov.

—¿Y esa ocurrencia? Claro que ninguna.

—Por lo menos déjame hacer dos jugadas a la vez.

—¡Que no! Yo tampoco sé jugar.

—¡Ya sabemos lo mal que juega usted! —dijo Nozdriov moviendo una ficha.

—¡Hace mucho que no veía un tablero! —dijo Chíchikov moviendo también su ficha.

—¡Ya sabemos lo mal que juega usted! —repitió Nozdriov moviendo otra ficha.

—¡Hace mucho que no veía un tablero! —repitió Chíchikov moviendo otra vez su ficha.

—¡Ya sabemos lo mal que juega usted! —dijo Nozdriov moviendo una ficha... y haciendo avanzar otra con la manga de su bata.

—Hace mucho que no veía un ... ¡eh, eh! ¿Qué es eso, hermano? ¡Ponla donde estaba! —dijo Chíchikov.

—¿Qué cosa?

—La ficha —explicó Chíchikov.

En ese momento, nuestro héroe vio, ante sus propias narices, otra ficha que se abría camino para llegar a dama; ¿de dónde había salido? Únicamente Dios lo sabe.

—¡Es imposible jugar contigo! —dijo Chíchikov, poniéndose de pie—. ¡No puedes mover tres fichas a la vez!

—Ha sido sin querer. Se me movió una sin darme cuenta. Mira, la devuelvo a su sitio.

—¿Y la otra, de dónde ha salido?

—¿Otra?, ¿cuál?

—¡Ésta, la que va para dama!

—¿Cómo? ¿No te acuerdas?

—Hermano, llevo la cuenta de todas las jugadas; me acuerdo muy bien de todo; la acabas de poner. ¡No estaba allí!

—¿Cómo que no estaba? —replicó Nozdriov, enrojeciendo—. ¡Por lo que veo, hermano, eres un embustero!

—No hermano, parece que el embustero eres tú; pero un embustero fracasado.

—¿Por quién me tomas? —reclamó Nozdriov—, ¿crees que hago trampa?

—No te tomo por nadie, pero no volveré a jugar contigo.

—¡Eso sí que no! No puedes negarte —dijo Nozdriov—. ¡El juego ya está empezado!

—Estoy en mi derecho, lo dejo porque tú no juegas como debe ser.

—¡Mientes!, bien sabes que mientes.

—¡No, hermano, el mentiroso eres tú!

—No he hecho trampa, así que no puedes dejar el juego, ¡tienes que terminar la partida!

—No puedes obligarme —dijo Chíchikov fríamente—. Y removió las fichas.

Nozdriov, furioso, se plantó frente a Chíchikov, haciéndole retroceder dos pasos.

—¡Pues te obligaré a jugar! No importa que hayas revuelto las fichas, recuerdo todas las jugadas. Volveremos a ponerlas donde estaban.

—No, hermano, se acabó. Contigo no se puede.

—¿Por qué no quieres jugar?

—Tú mismo lo ves, es imposible jugar contigo.

—Dímelo a la cara, ¿te niegas a jugar? —preguntó Nozdriov, acercándose cada vez más.

—¡No voy a jugar! —dijo Chíchikov, cubriéndose el rostro con las manos, por si las dudas, pues la discusión se había acalorado.

Esta precaución fue muy oportuna, pues Nozdriov levantó el brazo... y poco faltó para que las encantadoras y rechonchas mejillas de nuestro héroe se cubrieran de imborrable deshonra; por fortuna, Chíchikov, sujetando con fuerza las amenazadoras manos de Nozdriov, pudo esquivar el golpe.

—¡Porfiri, Pavlushka! —gritó Nozdriov, rabioso, tratando de soltarse.

Ante tales gritos, Chíchikov decidió soltar a su anfitrión, pues quería evitarle a los criados tan cautivadora escena; se dio cuenta, además, de que era inútil sujetar a Nozdriov. En ese momento entraron Porfiri y Pavlushka, un fornido muchacho con el que no habría sido ventajoso tener un encuentro.

—Entonces, ¿no quieres terminar la partida? —dijo Nozdriov—. ¡Contesta!

—No va a ser posible —dijo Chíchikov, echando un vistazo por la ventana. Vio que su coche ya estaba preparado. Selifán, al parecer, sólo esperaba una señal para acercar el vehículo. Pero no había manera de escapar: dos fornidos y vigorosos imbéciles custodiaban la puerta.

—Entonces, ¿no quieres terminar la partida? — repitió Nozdriov, con el rostro encendido como una brasa.

—Si hubieras jugado como debe ser...

—¡Así que no quieres jugar, canalla!, ¡claro, como viste que ibas perdiendo! ¡Azótenlo! —gritó fuera de sí, dirigiéndose a Porfiri y a Pavlushka y empuñando su chibucú de cerezo.

Chíchikov se puso pálido como un lienzo. Quiso decir algo, pero los labios se le movían sin emitir sonido alguno.

—¡Azótenlo! —ordenó Nozdriov, acalorado y sudoroso, dando un paso adelante y esgrimiendo su chibucú como quien asalta una fortaleza infranqueable—. ¡Azótenlo! —vociferó, como el exaltado teniente que, en el asalto definitivo, arenga a su tropa: «¡Adelante, muchachos!»; es tanto su furor bélico que se ha dado la orden de apaciguarlo, torciéndole un brazo, en el ataque decisivo. Pero el teniente ya se ha entregado a la lucha, la cabeza le va a mil: se le aparece en visiones el general Suvorov<sup>66</sup> y se lanza al combate queriendo emular sus hazañas: «¡Adelante, muchachos!», ordena, sin advertir que puede malograr el plan de ataque, que mil fusiles le amenazan desde las inexpugnables almenas, altas como nubes, de la fortaleza, que su impotente pelotón saldrá volando por los aires como polvo esparcido por el viento, y que quizá silba en el aire la bala mortífera que ahogará para siempre sus gritos. Pero, si Nozdriov era la viva imagen del exaltado teniente en el asalto definitivo, la fortaleza que atacaba de ningún modo parecía inexpugnable. Por el contrario, estaba muerta de miedo. Los fornidos siervos le habían arrebatado la silla con que pensaba defenderse; con los ojos cerrados, más muerto que vivo, Chíchikov se disponía a confirmar la dureza del chibucú anfitrión. Sólo Dios sabe qué habría sido de él. Pero el destino tuvo a bien salvar los costados, la espalda y todas las dignas partes de nuestro héroe. Inesperadamente, como bajando de las nubes, oyeron el tintineo de una campanilla y el traquetear de un coche que se acercaba; oyeron, incluso, los excitados resoplidos de unos caballos que acababan de detenerse. Instintivamente, todos miraron por la ventana: cierto señor, que llevaba bigote y una levita de corte militar, salía del coche.

---

<sup>66</sup> Militar ruso que se distinguió por su peculiar coraje en las guerras contra los prusianos, turcos y polacos (1756-1794). Los rusos han honrado largamente su memoria, considerándolo su «gran Capitán», porque compendia las virtudes del soldado ruso: austeridad, obstinación, heroísmo y furor bélico.

Tras preguntar algo en el patio, entró en el salón y vio a Chíchikov —que aún no se había repuesto del susto— en la posición más lamentable en que se haya visto mortal alguno.

—¿Quién es el señor Nozdriov? —preguntó el desconocido, mirando con cierto asombro a Nozdriov, que estaba de pie, chibuquí en mano, y a Chíchikov, que acababa de recobrase de tan desfavorable situación.

—Antes, permítame saber ¿con quién tengo el honor? —preguntó Nozdriov, acercándose al recién llegado.

—Soy el capitán de la policía rural.

—¿Y qué se le ofrece?

—He venido a comunicarle que, en lo que se resuelve su caso, queda usted a disposición del tribunal.

—¡Qué estupidez!, ¿de qué caso me habla? —preguntó Nozdriov.

—Está acusado de haber ofendido a una persona en la figura del propietario Maxímov, a quien usted, encontrándose en estado de ebriedad, deshonró, propinándole cuatro hostias con una vara.

—¡Miente! ¡No conozco a ningún Maxímov!

—Estimado ciudadano, permítame recordarle que soy un oficial. ¡Puede hablar así con sus criados, pero no conmigo!

Sin esperar la respuesta de Nozdriov, Chíchikov se apresuró a tomar su gorra, se deslizó por detrás del capitán rural hasta alcanzar la puerta, subió a su coche, y ordenó a Selifán que arreara los caballos con toda el alma.

## Capítulo V

Nuestro héroe, al parecer, estaba verdaderamente asustado. La carretela corría a toda velocidad, las tierras de Nozdriov habían desaparecido ya entre el campo y las colinas... pero Chíchikov, intranquilo, no dejaba de mirar hacia atrás. Se creía perseguido, respiraba con dificultad, el corazón le saltaba como una codorniz enjaulada. «¡Qué mal rato me ha hecho pasar ese granuja!» —se dijo, y después soltó mil maldiciones y blasfemias. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era ruso y, además, estaba indignado. Por otra parte, lo que había pasado en casa de Nozdriov no era como para tomárselo a broma.

«De no haber llegado el capitán —se iba diciendo—, hubiese tenido que despedirme de la luz del día. Habría desaparecido sin dejar más rastro que una burbuja de jabón en la superficie del agua; sin legar a mis futuros hijos ni patrimonio ni buen nombre». Nuestro héroe se preocupaba mucho de su descendencia.

«¡Qué tipo más ruin! —pensaba por su parte Selifán—. Nunca había visto a un señor así: ¡De buena gana le escupiría en la cara! Se puede dejar sin comer a una persona, pero a un caballo hay que alimentarlo; al caballo, como se sabe, le gusta la avena... es su alimento... lo que es la comida para nosotros, es para el caballo la avena, es su alimento».

Tampoco los caballos, al parecer, tenían buena opinión de Nozdriov, el bayo, Asesor, e incluso el atigrado, iban de muy mal humor. Es cierto que la avena de este último era siempre la peor, y que Selifán no se la echaba nunca al dornajo sin antes decirle: «¡toma, granuja!». Pero, al fin y al cabo, se le daba avena, así que masticaba con satisfacción; a menudo —sobre todo en ausencia de Selifán— metía su largo hocico en el dornajo de sus compañeros. Esta vez, sin embargo, les habían dado heno... Todos estaban disgustados. Pero los descontentos no tardaron en ver interrumpidas sus cavilaciones, pues se les vino encima un coche arrastrado por seis caballos: los gritos de unas damas que iban en el coche, acompañados de las injurias de su conductor, resonaron sobre sus oídos. Todos — señor, cochero y bestias— volvieron en sí bruscamente.

—¡Bruto! ¿Estás sordo? Te he gritado tres veces: tuerce a la derecha, tuerce a la derecha, tuerce a la derecha. ¡Imbécil! ¿Estás borracho?

Selifán se dio cuenta de su imprudencia, pero como el ruso nunca acepta que se ha equivocado, replicó enseguida:



-¿Y tú, estás ciego?, ¿te dejaste los ojos en la taberna? Para colmo, vas volando; ¡hombre, si eres más corto de vista que un topo, no deberías ir tan rápido!

Tras soltar esta monserga, Selifán comprendió que sería prudente recular el coche, pero no podía destrabarlo pues los tiros habían quedado enredados. El atigrado olfateaba con curiosidad a los caballos recién llegados; se veía contento a pesar de que sus nuevos amigos le aplastaban las ijadas. Mientras tanto, las dos ocupantes del carruaje miraban con espanto la escena. Una de ellas era vieja; la otra, jovencita, de unos dieciséis años, de dorados cabellos, hábil y graciosamente peinados en su cabecita. El hermoso óvalo de su cara se redondeaba cual huevecito fresco y, como éste, poseía una blancura transparente; esa blancura que se ve en el huevo recién puesto que el ama de llaves examina a contraluz, dejando pasar, a través de él, los rayos del resplandeciente sol. Sus delicadas orejitas también se transparentaban, coloreándose con la cálida luz que los atravesaba. Del susto, la jovencita se había quedado boquiabierta, y un par de lágrimas pugnaban por brotar de sus delicados ojitos... pero todo resultaba encantador en aquella chiquilla; nuestro héroe se quedó fascinado, mirándola abstraído, sin prestar atención al jaleo que se había armado entre caballos y cocheros.

—¡Échate atrás, qué esperas, bruto! —gritaba el otro cochero.

Selifán tiró de las riendas, el otro cochero hizo lo mismo; los caballos retrocedieron un poco, pero luego se volvieron a enredar, pisando los tiros. Al parecer, el atigrado se sentía bien con sus nuevas amistades, pues no había modo de hacerlo salir del andel donde el imprevisible destino lo había metido; puesto el belfo sobre el cuello de uno de sus nuevos amigos, parecía cuchichearle algo al oído; probablemente una tontería, pues al forastero, que sacudía nerviosamente las orejas, no se le veía contento.

El tumulto atrajo a los campesinos de una aldea afortunadamente vecina. Semejantes espectáculos son una bendición para nuestros *muzhiks*. Corren a ellos como el alemán se precipita a los periódicos o al club. En el pueblo no quedaron más que las viejas y los pequeñuelos, pues todos los aldeanos se apiñaron enseguida en torno a los carruajes. Aflojaron las riendas, le sonaron unos cuantos sopapos al atigrado para hacerlo retroceder... finalmente, pudieron desenganchar y separar las bestias. Sin embargo, ya sea por despecho (habían sido separados de sus nuevos camaradas) o por simple terquedad, los caballos de las viajeras, a pesar de los latigazos que les arreaba el cochero, no se movían de

su sitio. Los *muzhiks* no dejaban de dar consejos; cada uno tenía el suyo, y hablaban todos a la vez:

—Eh, Andriushka, coge del hocico al de la derecha. Y tú, Mitiái, monta el del tronco ¡Vamos, sube tío Mitiái!

El tío Mitiái —un largo y desmadejado monigote de barba rojiza— saltó sobre el caballo del tronco y se montó, quedando convertido en algo así como un campanario de aldea o, mejor dicho, en una de esas pértigas con que sacan agua de los pozos. El cochero azotó a los caballos, pero fue inútil. Tampoco sirvieron para nada los esfuerzos de Mitiái.

—¡Espera, espera! —gritaron los *muzhiks*—. ¡Pásate a éste, tío Mitiái, al caballo de refuerzo, y que el tío Miniái monte el del tronco!

Sin hacerse del rogar, el tío Miniái —un coloso de barba de ébano, panzudo como un gigantesco samovar donde hierve hidromiel para todo un mercado— montó de buena gana el caballo del tronco, el cual, bajo su peso, estuvo a punto de doblarse hasta el suelo.

-¡Ái va, ái va, ora sí! —gritaban los *muzhiks*—. ¡Dale, dale! ¡Arréale un latigazo al que patalea como un *koramora*!<sup>67</sup>

Pero, al ver que la cosa no marchaba —y que de nada servían los azotes— el tío Mitiái y el tío Miniái montaron en el caballo de varas y Andriushka montó en el del refuerzo. Al fin, el cochero, impaciente, echó al tío Mitiái y al tío Miniái. Hizo bien, pues los caballos sudaban como si hubiesen corrido todo un relevo sin parar. Tras dejarlos descansar un momento, los caballos se separaron por sí mismos. Durante este jaleo, Chíchikov contempló detenidamente a la desconocida. Intentó varias veces entablar conversación con ella, pero no tuvo suerte. Las damas se alejaron; la hermosa cabecita de delicadas facciones, acompañada de su fino talle, se desvaneció como una visión. Sólo quedaron la carretera, Selifán, Chíchikov, el coche, los tres caballos conocidos ya por el lector y la vasta desnudez de los campos. Por doquier, en esta miserable vida, tanto en la áspera y roñosa clase baja como en las esferas superiores, petrificadas en un mundo de disimulo y hastío, todo hombre tiene (por lo menos una vez en la vida) un encuentro que le despierta sentimientos ignorados hasta entonces. Entre las penas con que nuestra vida está

---

<sup>67</sup> Koromora: mosquito grande, largo y fofo; a veces entra en las habitaciones y se posa solitario en la pared. Deja que se le acerquen tranquilamente y le agarren de una pata, en respuesta a lo cual se limita a erizarse y «revolverse», según expresión popular. (Nota del autor).

tejida, luce siempre un chispazo de alegría. Así, a veces, una brillante carroza de arneses dorados, fogosos corceles y cristales tintineantes atraviesa al galope una miserable aldehuela perdida. Los aldeanos, que no conocían hasta entonces más que su humilde carreta, permanecen de pie, boquiabiertos y sombrero en mano, sin advertir que el maravilloso carruaje se ha perdido de vista. Del mismo modo, completamente inesperado, apareció y desapareció la rubita de nuestro relato. Si, en vez de Chíchikov, la hubiera visto un jovenzuelo de veinte años —un estudiante, un húsar o simplemente un mozo que da sus primeros pasos por el mundo— ¡Dios!, ¡qué no le habría despertado aquella jovencita! El muchachillo se habría quedado paralizado, con la mirada perdida, embelesado, olvidado de sí mismo, de su servicio, del mundo y de todo cuanto en él existe.

Pero nuestro héroe tiene ya su edad y es, además, un hombre prudente. Debemos reconocer que también se quedó fascinado con la muchachita, pero sus cavilaciones siguieron un rumbo más práctico, más positivo y realista: «¡Deliciosa criatura!» —se dijo abriendo la tabaquera y tomando rapé—, pero, ¿qué la hace encantadora? Su mayor encanto está en que, por lo visto, acaba de salir de algún internado o instituto; en ella, como suele decirse, todavía no hay nada femenino, es decir, nada de lo que las vuelve insoportables. Es como una criaturita, en ella todo es simple, dice lo que se le ocurre, se ríe cuando le da la gana. Se puede hacer de ella lo que uno quiera. Puede llegar a ser una maravilla o convertirse en una nulidad. ¡Y esto es lo que será, una nulidad, sin duda, en cuanto la cojan por su cuenta las mamaítas y las títas! En un año le llenarán la cabeza de tanta «feminidad» que no la reconocerá ni su propio padre. Se irá volviendo orgullosa y remilgada, empezará a comportarse como le indiquen los demás, se devanará los sesos pensando en cómo, cuánto y con quién ha de hablar, cómo y a quién ha de mirar; al fin, temerá constantemente hablar más de lo debido, se atolondrará, se embrollará, terminará mintiendo toda su vida, ¡acabará convertida en el diablo sabe qué cosa!

Tras algunos minutos en silencio, añadió:

«Sería interesante saber algo de su familia. ¿Quién será su padre? ¿Un rico y respetable terrateniente o un razonable funcionario que ha forjado su capital trabajando muy duro? Porque si a esta muchacha, supongamos, le dieran un dote de doscientos mil rublitos, sería un bocado exquisito. Esta pequeña, acompañada de su buena dote, es, como suele decirse, la alegría de un hombre de bien». Los doscientos mil rublos formaron en su imaginación un cuadro tan halagüeño que se reprochó no haber preguntado al cochero,

durante la trifulca, el nombre de las viajeras. Pronto, sin embargo, se divisó la propiedad de Sobakévich, y el pensamiento de Chíchikov, alejado de aquella fantasía, volvió a sus preocupaciones habituales.

La aldea le pareció suficientemente grande. Dos bosques, uno de abedules, otro de pinos, flanqueaban como dos alas, una clara y otra oscura, una casa de madera con buhardilla, tejado rojo y paredes de color gris oscuro, es decir, gris sucio. Era un edificio como los que se construyen en nuestra Rusia para los campamentos militares y los colonos alemanes. Se adivinaba que el arquitecto, pedante formalista y esclavo de la simetría, había tenido que luchar contra los gustos del propietario, quien sólo pretendía que la casa fuese confortable y no le importaba condenar todas las ventanas de un lado para reemplazarlas por un estrecho tragaluz que daba —es de suponerse— a una oscura despensa. A pesar de su empeño, el frontón de la fachada no quedó en el centro, pues el testarudo propietario ordenó suprimir una columna lateral; así, en vez de cuatro columnas, como se había proyectado originalmente, quedaron sólo tres. Una sólida valla de madera, formada por barrotes desmesuradamente gruesos, rodeaba el patio. El dueño parecía apreciar la solidez por encima de todo, pues las cuadras, los cobertizos y la cocina se habían construido con vigas macizas que desafiaban los siglos. También las izbás de los *muzhiks* estaban formidablemente emplazadas: sus muros eran de tosca madera sin alisar, sin adornos tallados ni otras florituras, pero todo estaba edificado sólidamente y como era debido. Incluso el brocal del pozo había sido tallado en tronco de roble, madera que suele emplearse para construir barcos y molinos. En una palabra, todo lo que divisaba Chíchikov era pesado, firme y macizo. Al acercarse a la entrada, nuestro héroe entrevió dos cabezas que asomaban, casi simultáneamente, por una ventana; la primera, que llevaba una cofia, resultó ser una vieja de cara estrecha y alargada como un pepino; la otra, un hombre con la cara tan ancha y redonda como una calabaza de Moldavia (las llamadas *gorlianki*);<sup>68</sup> una de esas calabazas con las que se hacen ligeras balalaikas de dos cuerdas en Rusia, orgullo y alegría de los rompecorazones de pueblo, del descarado petimetre que guiña el ojo y piropea a las muchachas de blanca tez y blanco pecho, reunidas para escuchar a su guitarrista de suave punteo. Tras echar un vistazo, se retiraron al instante. Un criado, vestido con una chaquetilla gris de cuello azul celeste, introdujo a Chíchikov al zaguán,

---

<sup>68</sup> Calabaza en forma de botella.

donde lo esperaba ya el terrateniente, quien lo acogió con un lacónico: «Haga usted el favor» y lo condujo al interior de la casa.

Al mirar de reojo a Sobakévich, Chíchikov tuvo la impresión de que parecía un oso de tamaño mediano. Aquel hombre llevaba, por lo demás, pantalón largo y una levita oscura, muy holgada, de color osuno, y caminaba dando grandes zancadas, bamboleándose y pisando a quien se cruzara en su camino. Su faz era de color rojo vivo, con tonos de moneda de cobre. En el mundo existen rostros que la naturaleza, dejando a un lado limas, punzones y otros instrumentos de precisión, no se ha esforzado en modelar. Da un hachazo ¡zas!... y ya está la nariz. Da otro golpe ¡zas!... y están hechos los labios; con un taladro perfora dos cavidades a manera de ojos y así, sin retocar, lo lanza al mundo diciéndole: «¡Vive!». Sobakévich tenía uno de estos rostros de apariencia tosca y maciza. Casi siempre iba con la cabeza inclinada y jamás movía el cuello, de modo que, a causa de esta rigidez, rara vez miraba a los ojos, pues generalmente clavaba su vista en la esquina de la estufa o en la puerta. Cuando se dirigían al comedor, Chíchikov lo miró otra vez de reojo: ¡Un oso, un verdadero oso! Para colmo, ¡se llamaba Mijaíl Semiónovich!<sup>69</sup> Conociendo las maneras de su anfitrión —su tendencia a pisar los pies del prójimo— el visitante tomaba sus precauciones y siempre dejaba pasar primero a Sobakévich. El dueño de la casa, al parecer, se daba cuenta de su torpeza, pues preguntó:

—¿Lo he importunado?

Chíchikov le dio las gracias y aseguró que aún no había sufrido ninguna molestia.

Cuando entraron en la sala, Sobakévich señaló un sillón y repitió:

—Haga usted el favor.

Chíchikov tomó asiento y echó un vistazo a los cuadros que estaban colgados en las paredes de la habitación. Representaban hombres valientes, caudillos griegos pintados a tamaño natural: Miaulis, Kanaris y Maurocordato,<sup>70</sup> que llevaba pantalones y guerrera de color rojo y unas gafas sujetas a la nariz. Todos tenían unas pantorrillas tan gruesas, unos mostachos tan enormes, que al verlos uno sentía escalofríos. Entre estos colosos figuraba,

---

<sup>69</sup> En Rusia, a los osos se les da el nombre de *Misha* o *Mishka*, diminutivo familiar de Mijaíl.

<sup>70</sup> Héroes griegos que se distinguieron en la lucha por la independencia de su país (1821-1828).

no se sabe por qué, Bagración,<sup>71</sup> delgaducho, delicado, con minúsculos cañones y banderas a sus pies. Después venía de nuevo un héroe griego, mejor dicho, una heroína: Bobolina,<sup>72</sup> con una pierna más gorda que la otra; por cierto, mucho más gruesa que el torso de los galancetes que pululan por los salones de hoy en día. El dueño de la casa, hombre sano y robusto, había querido, al parecer, adornar su salón con gente tan robusta y sana como él. Al lado de la heroína Bobolina, desde una jaula colgada cerca de la ventana, se asomaba un mirlo moteado que también se parecía mucho a Sobakévich.

Anfitrión y visitante llevaban apenas dos minutos de silencio, cuando la puerta del salón se abrió para dar paso a la señora de la casa, una dama altísima que llevaba una cofia de confección casera. Entró con paso grave y la cabeza erguida como una palmera.

—¡Mi Feodulia Ivánovna! —dijo Sobakévich.

Cuando Chíchikov se acercó a besarle la mano, Feodulia Ivánovna alargó tanto su brazo que estuvo a punto de meterle los dedos en la nariz. De este modo, el huésped se enteró de que aquellas manos se lavaban con salmuera de pepinillos.

—¡Alma mía! —prosiguió Sobakévich—, te presento a Pável Ivánovich Chíchikov. Tuve el placer de conocerlo en casa del gobernador.

Feodulia Ivánovna, con un movimiento semejante al de una actriz de carpa representando el papel de reina, lo invitó a sentarse, diciendo, al igual que su marido: «Haga usted el favor». Luego se sentó en el sofá, se envolvió en su pañoleta de lana y no volvió a mover ni las cejas. Chíchikov echó otro vistazo a Bobelina, el mirlo enjaulado, las gruesas pantorrillas y el interminable mostacho de Kanaris. Transcurrieron unos cinco minutos en silencio. Sólo se oía al mirlo picotear el trigo esparcido por el fondo de su jaula. Por tercera ocasión, Chíchikov examinó el salón. Todo cuanto veía era tan sólido, tosco y desproporcionado como el dueño de la casa. En un rincón de la sala había un escritorio de nogal, panzudo y de patas retorcidas: ¡Un oso, parecía un auténtico oso! La mesa, las sillas, los sillones... Todo, todo era pesado y robusto, todo parecía exclamar: «¡Yo también soy Sobakévich!, ¡yo también me parezco a Sobakévich!».

---

<sup>71</sup> Piotr Ivánovich Bagración (1765-1812), general ruso que se distinguió a las órdenes de Suvórov y en las guerras napoleónicas. Falleció a consecuencia de las heridas que sufrió en la batalla de Borodinó.

<sup>72</sup> Guerrillera griega, heroína de la guerra de independencia contra los turcos. Su singular apariencia fue muy popular en el imaginario colectivo ruso de la época.

—Hablamos de usted en casa de Iván Grigórevich, el presidente del Tribunal —dijo Chíchikov, al ver que nadie se decidía a iniciar la conversación—. Lo pasamos muy bien.

—No me fue posible asistir —dijo Sobakévich.

—¡Es una excelente persona! ¿No le parece?

—¿Quién? —preguntó Sobakévich, con los ojos fijos en la estufa.

—El presidente.

—¡Eso le habrá parecido a usted! Aunque masón, es un soberano imbécil.

Chíchikov se quedó perplejo al oír una afirmación tan, por así decirlo, concluyente, pero se repuso enseguida y continuó:

—Bueno, todo mundo tiene sus defectos. Pero no me negará que el gobernador es un hombre excepcional.

—¡El gobernador!, ¿un hombre excepcional?

—Sí, ¿no le parece?

—Es un cuatrero.

—¡Cómo! ¿El gobernador? —exclamó Chíchikov, incapaz de comprender por qué se metía a tan alto funcionario en el saco de los cuatreros—. Confieso que jamás se me hubiera ocurrido pensarlo —prosiguió—, pero, permítame hacer una observación, debo decir que sus actos no se parecen, de ningún modo, a los de esa gentuza. ¡El gobernador es un hombre de trato exquisito!

Para fortalecer su argumento, Chíchikov recordó que bordaba monederos y su rostro tenía una expresión muy afable.

—¡Pero si tiene cara de cuatrero!, ¿no lo ha notado? —replicó Sobakévich—. Dele un cuchillo y déjelo solo en el camino real: ya verá cómo degüella al primero que se le ponga enfrente. ¡Es capaz de matar por un kopek! El vicegobernador y él son tal para cual: Gog y Magog.

«Por lo que se ve, el gobernador no le cae muy bien —pensó Chíchikov—. Le hablaré del jefe de policía. Creo que son amigos.»

—En realidad, debo confesar que me llevo mejor con el jefe de policía. Es un hombre franco, abierto, en fin, una buena persona.

—¡Es un granuja! —declaró Sobakévich sin miramientos—. ¡Un hipócrita capaz de traicionarte por la mañana y comer contigo al mediodía como si nada hubiera pasado! Todos son unos granujas: un granuja cabalga sobre otro granuja y un tercer granuja los arrea. En toda la provincia hay sólo un hombre decente: el fiscal... y a decir verdad, también es un cerdo.

Tras escuchar biografías tan elocuentes, Chíchikov creyó oportuno dejar en paz a los demás funcionarios, pues Sobakévich no hablaba bien de nadie.

—¿Te parece bien que comamos ya, almita? —preguntó Sobakévich a su mujer.

Después dijo a su huésped: «Haga usted el favor», y lo condujo hacia el corredor, donde los esperaba una mesa con entremeses. Como se acostumbra en toda la santa patria rusa, tanto en aldeas como en grandes ciudades, huésped y anfitrión tomaron unas copitas de vodka y toda clase de aperitivos, salados y sin salar, para despertar el apetito. Luego, precedidos por la dueña de la casa, que caminaba contoneándose como una oca, se dirigieron al comedor, donde ya estaba puesta la mesa con cuatro cubiertos. El cuarto lugar lo ocupó una figura femenina difícil de describir... No sabría decirles si era dama, señorita, parienta, ama de llaves o, simplemente, alguien que habitaba en la casa. Tendría unos treinta años e iba sin cofia, envuelta en una pañoleta de vivos colores. Hay personas que no existen en el mundo como una cosa en sí, sino apenas como manchas o motitas sobre las cosas. No se mueven de su sitio, no giran jamás la cabeza, pueden confundirse con un mueble; podría pensarse que aquellos labios nunca han dicho “esta boca es mía”. Pero hay que verlas en acción, cuando están en la despensa o en su cuarto, entonces, ¡ay, Dios mío!

—¡Almita, la sopa de coles está riquísima! —dijo Sobakévich sirviéndose un enorme trozo de *ñaña*, manjar que acompaña a las sopas rusas y que consiste en tripa de carnero rellena de alforfón, sesos y pata de ternera—. Una ñaña como ésta —continuó dirigiéndose a Chíchikov— no la encuentra usted en la ciudad. ¡Allí, Dios sabe qué le darán!

—Sin embargo, en casa del gobernador no se come mal.

—¿Sabe con qué guisan? Si lo supiera, no probaría ni un bocado.

—No sé con qué guisan, no puedo juzgar al respecto. Pero eso sí, las chuletas de cerdo eran excelentes. También me sirvieron un pescado al vapor que estaba buenísimo.



—Eso lo dirá usted. Pero yo sé muy bien lo que compran en el mercado. El canalla de su cocinero, que aprendió con un francés, compra un gato, lo despelleja, y lo sirve como si fuera liebre.

—¡Agh! ¡Qué cosas dices! —exclamó la señora de Sobakévich.

—Es la verdad, almita. Si así cocinan, ¿qué puedo hacer yo? No tengo la culpa de que sean unos cerdos. Toda la porquería, dicho sea con perdón, todos los desechos que nuestra Akulka arroja a la basura, se lo echan ellos a la sopa. ¡Sí, sí, a la sopa! ¡Directamente del cubo a la olla!

—¡Siempre hablas de eso en la mesa! —protestó la mujer de Sobakévich.

—Qué quieres, almita, no es mi culpa. ¡Si yo hiciera esas cosas! Pero yo, te lo digo bien claro, nunca comeré esas porquerías. Por nada del mundo me echaría una rana a la boca, aunque me la rebozaran con azúcar. Tampoco ostras: ¡sé muy bien a qué se parecen! Tome usted cordero —prosiguió dirigiéndose a Chíchikov—. Es costilla de cordero con gachas de alforfón, y no el fricasé ése que preparan en las casas de los señoritingos con las sobras del mercado, con carne que lleva por lo menos cuatro días pudriéndose en algún tenderete. Son cosas que han inventado los doctores alemanes y franceses. Si por mí fuera los colgaría a todos. Han inventado la dieta, ¡curan haciendo pasar hambre! ¡Esos alfeñiques alemanes se figuran que a los estómagos rusos se les puede tratar de la misma manera! ¡Puros cuentos, invenciones tuyas! Todo eso es... (Sobakévich meneó la cabeza enfurecido) es... se llenan la boca hablando de progreso, ¡progreso por aquí, progreso por allá! ¡Humo!, ¡puro humo! Emplearía otra palabra, pero sería impropia en la mesa. En casa no somos así. ¡En mi casa, cuando se come cerdo, venga todo el cerdo a la mesa, si hay carnero, todo el carnero, si ganso, todo el ganso! Prefiero comer únicamente dos platos, pero bien servidos, como lo pide el cuerpo.

Sobakévich confirmó el dicho con el hecho: volcó en el plato medio carnero y se lo comió todo, royendo y chupando hasta el último huesito.

«Se ve —pensó Chíchikov— que este bribón es de los que saben hincar el diente».

—Aquí no somos como Pliushkin, que tiene ochocientas almas y come peor que mis pastores —dijo Sobakévich limpiándose con una servilleta.

—¿Quién es Pliushkin? —preguntó Chíchikov.

—Un granuja, un roñoso que vive como presidiario y mata de hambre a su gente.

—¿De verdad?, ¿se le mueren muchos? —preguntó Chíchikov con vivo interés.

—Como moscas.

—¡Ah, como moscas!... Permítame que le pregunte, ¿vive muy lejos de aquí?

—A cinco verstas.

—¡A cinco verstas! —exclamó Chíchikov, emocionadísimo—. ¿Qué dirección hay que tomar?

—¡Más vale ignorar el camino que lleva a la guarida de ese perro! —aconsejó Sobakévich—. Sería menos vergonzoso ir a un lupanar.

—No tengo intención de visitarlo. Pregunto por simple curiosidad.

Después del cordero les trajeron unas «empanadillas» de requesón más grandes que un plato, y un pavo, del tamaño de una ternera, atiborrado con todo tipo de manjares: hígado, huevo, arroz y quién sabe cuántas cosas más que caían de peso en el estómago. Al levantarse de la mesa, Chíchikov sintió que había engordado por lo menos un pud. Pasaron al salón, donde ya les habían preparado unas copitas de mermelada que no parecían ser ni de pera ni de ciruela ni de ningún tipo de baya, aunque, por lo demás, no tiene importancia, pues ni huésped ni anfitrión las probaron. La señora salió en busca de más confituras. Aprovechando su ausencia, Chíchikov se dirigió a Sobakévich, quien, tras el copioso almuerzo, no hacía más que carraspear sonidos inarticulados, santiguándose y cubriéndose la boca con la mano.

—Quisiera tratar un asunto con usted —dijo Chíchikov.

—Aquí tienen más confitura —dijo la señora, regresando con un plato—. ¡Es de nabo con miel!

—La tomaremos después —contestó Sobakévich—. Retírate a tu habitación. Pável Ivánovich y yo nos quitaremos los fraques para reposar la comida.

La mujer quiso mandar a por colchones y almohadas, pero Sobakévich dijo:

—No hace falta, descansaremos en los sillones.

Y la señora se retiró. Sobakévich, con la cabeza ligeramente inclinada, prestó oído. Chíchikov dio muchos rodeos: habló del Imperio ruso, exaltó su inmensa extensión —que

sobrepasa con mucho a la antigua monarquía romana— y del justo asombro que despierta en los extranjeros... (Sobakévich escuchaba con la cabeza inclinada)... Añadió que, según las leyes de este Imperio, cuya gloria no tiene igual, los siervos inscritos en el Registro, llegado al término su paso por esta vida, siguen figurando al lado de los vivos hasta el nuevo censo. Ello, claro está, con el fin de no recargar las oficinas públicas con un sinnúmero de informes inútiles, y de no aumentar la complejidad del mecanismo estatal, ya de por sí complicado... (Sobakévich, con la cabeza inclinada, seguía escuchando)... Sin embargo esta medida, aunque justa, resulta onerosa para algunos terratenientes, pues les obliga a pagar por los muertos como si estuvieran vivos. Así pues, movido por la estimación que le profesaba, estaría dispuesto a tomar sobre sí parte de esta pesada carga. Acerca del asunto principal, Chíchikov fue cauteloso, puso mucho cuidado en no llamar a aquellos siervos almas muertas, sino *inexistentes*.

Sobakévich, con la cabeza inclinada, seguía escuchando, sin reflejar la menor expresión; su cuerpo, impasible, parecía desprovisto de alma. En todo caso, de tener alguna, no se hallaba ahí, sino *en un lugar muy lejano*, como la de Koshéi,<sup>73</sup> encerrada en un caparazón tan sólido que cuanto se removía en el fondo, fuese lo que fuese, no conmovía la superficie.

—¿Entonces, qué me dice? —preguntó Chíchikov, esperando, no sin ansiedad, la respuesta.

—¿A usted le hacen falta almas muertas? —preguntó Sobakévich con toda naturalidad, como si hablara de pan.

—Sí, es decir, mejor dicho: *inexistentes* —precisó Chíchikov, creyendo conveniente suavizar la expresión.

—Le encontraré algunas, no se preocupe.

—Seguramente querrá deshacerse de ellas, ¿no es cierto?

---

<sup>73</sup> Alusión a un cuento popular: «Koshéi, el esqueleto inmortal», personaje demoníaco de apariencia esquelética y celoso guardián de tesoros que siempre acaban por serle robados. Según la tradición, su alma está separada del cuerpo y se encuentra escondida en una aguja, que está dentro de un huevo en el interior de un pato, que a su vez se halla dentro de una liebre que está resguardada dentro de un arcón de hierro, enterrado debajo de un árbol verde, en la mítica isla de Buyán. A veces, dependiendo de la versión, se trata de un arcón de cristal u oro en lugar de hierro. Mientras su alma se encuentre fuera de peligro, Koshéi es inmortal.

—Estoy dispuesto a venderlas —contestó Sobakévich, y suponiendo, al parecer, que el comprador buscaba sacar provecho de la operación, levantó la cabeza.

«¡Me lleva el diablo! ¡Ya me las está vendiendo!» —pensó Chíchikov, y agregó en voz alta:

—¿A cuánto me las daría? Aunque... francamente, tratándose de este artículo... resulta extraño hablar de precios...

—Le daré precio de amigo: cien rublos por cabeza.

—¡Cien rublos! —gritó Chíchikov, mirando fijamente a su interlocutor.

¿Había oído mal?, ¿la torpe lengua de Sobakévich se había enredado, soltando una palabra por otra?

—¿Le parece caro? —preguntó Sobakévich, y después de una pausa añadió: ¿cuánto ofrece?

—¿Cuánto ofrezco? Me parece que no me ha entendido bien. No olvidemos de qué artículo hablamos. A decir verdad, no puedo ofrecerle más de ochenta kopeks por alma.

—¡Qué dice! ¡Ochenta kopeks!

—A mi juicio, es lo que valen.

—Sabe muy bien que no estoy vendiendo zapatillas.

—Sabe muy bien que no está vendiendo siervos.

—¿Piensa que algún imbécil le venderá un alma empadronada por ochenta kopeks?

—Permítame, ¿por qué las llama usted «almas empadronadas»? Estamos hablando de almas muertas hace mucho tiempo. No queda ya ni el eco de sus voces. En fin, para no alargar la discusión, le ofrezco un rublo y medio. Ya me dirá si le conviene: no puedo ofrecer más.

—¡No le da vergüenza regatear de ese modo! ¡Diga de una vez su último precio!

—No puedo, Mijaíl Semiónovich, no puedo... crea en mi palabra ¡cuando no se puede... no se puede, y ya está! —remató Chíchikov, añadiendo, no obstante, cincuenta kopeks a su oferta.

—¿Por qué se comporta como un tacaño? —dijo Sobakévich—. ¡No es caro, créame! Un granuja lo engañará y en vez de almas le venderá cualquier porquería; en cambio, las mías son material de primera; hay de donde elegir, si alguno carece de oficio, le aseguro que por lo menos será un *muzhik* vigoroso y sin vicios. Le pongo de ejemplo al carrero Mijéiev, que me hacía coches con suspensión de ballestas. ¡Unos coches muy sólidos, no como los que hacen en Moscú, que apenas aguantan una hora de camino! Además, él mismo los barnizaba y tapizaba.

Chíchikov abrió la boca para hacer notar que Mijéiev ya había desaparecido de este mundo; pero Sobakévich se había dejado llevar, como se dice, por la fuerza del verbo,<sup>74</sup> y hablaba acaloradamente, con un don de palabra que quién sabe de dónde le había venido.

—¿Y Estepán Tapón, el carpintero? Apuesto la cabeza a que no encuentra otro *muzhik* como él. ¡Qué fuerza la suya! De haber servido en la Guardia, ¡Dios sabe hasta dónde habría llegado! ¡Medía más de seis varas!

Chíchikov quiso advertir que Tapón ya no pertenecía a este mundo. Pero, por lo visto, Sobakévich se había descorchado: ante tal chorro de elocuencia no había más remedio que callar y escuchar: ¡Y Milushkin, el ladrillero! Podía construir una chimenea en cualquier casa. O Máxim Teliátnikov, el zapatero, que metía la lezna y, de un tirón, te hacía un par de botas, ¡y qué botas!, además, no empinaba el codo. ¿Y qué me dice de Ereméi Sorokopliojin? Él solo valía lo que todos los demás juntos. Lo dejaba comerciar en Moscú y cada año me mandaba quinientos rublos de tributo.<sup>75</sup> ¡Ya ve de qué gente se trata! Éstos no son como los que puede venderle un Pliushkin.

—Permítame —dijo finalmente Chíchikov asombrado ante tamaña parrafada—. ¿A santo de qué viene enumerar todas sus cualidades? Están muertos, no puedo sacarles ningún provecho. Como dice el refrán «El muerto al pozo...».

—Es verdad, están muertos —reconoció Sobakévich, como si acabara de darse cuenta de este detalle—. De cualquier modo, dígame, ¿le parecen mejores los que figuran como vivos?, ¿qué clase de hombres son? Moscas, son moscas y no hombres.

---

<sup>74</sup> La invención de Sobakévich es absolutamente inmotivada. El burdo terrateniente no pretende engañar a Chíchikov, simplemente, se deja llevar por la vena lírica oculta tras su voluminosa apariencia.

<sup>75</sup> Mediante el pago de un tributo, algunos terratenientes permitían a sus siervos ejercer un oficio en la ciudad.

—Pero esa gente vive, mientras que los otros existen sólo en su imaginación. Son un sueño.

—¡Un sueño, dice! Le diré cómo era Mijéiev, ¡ya verá usted si es un sueño! No encontrará otro igual: un gigante que no cabía por esta puerta. ¡No, qué va a ser un sueño! Tenía los hombros más anchos que un caballo. ¡A ver de dónde saca usted un sueño como ése!

Pronunció las últimas palabras mirando los cuadros de Bagration y Kolokotronis,<sup>76</sup> como suele ocurrir cuando quien habla no se dirige —Dios sabe por qué razón— a su interlocutor sino a un tercero, aunque se trate de un desconocido. No es de extrañar, pues éste no responderá, ni opinará, ni le dará la razón; por eso lo mira fijamente, como si lo instara a servir de intermediario. El desconocido, un tanto turbado al principio, no sabe qué hacer: ¿debe opinar sobre aquel asunto que ni le va ni le viene, o fingir que presta atención, para guardar las apariencias, y luego retirarse a toda prisa?

—No puedo pagar más de dos rublos —dijo Chíchikov.

—Está bien, no podrá decir que pido demasiado; le haré un favor: se las dejo en setenta y cinco rublos por cabeza, en billetes, se entiende. Por hacer amistad con usted.

«¿Me toma quizá por imbécil?» se preguntó Chíchikov, y añadió en voz alta:

—Francamente, no entiendo nada ¿Estamos ensayando alguna obra? ¿Una comedia acaso? No hallo otra explicación... Usted es una persona inteligente, cultivada. ¿De qué estamos hablando?, de una insignificancia, de un artículo que no vale nada, ¡nada! , ¿qué puede valer?, ¿a quién le hace falta?

—Alguna falta le harán ¿no?, ya que quiere comprarlas.

Chíchikov se mordió los labios y no supo qué contestar. Empezó a hablar de no sé qué circunstancias familiares; pero Sobakévich lo paró en seco:

—Eso es cosa suya. Usted necesita almas, yo se las vendo, y ya está. Si no compra se arrepentirá, se lo aseguro.

—Dos rublitos —dijo Chíchikov.

---

<sup>76</sup> Kolokotronis: otro héroe de la lucha de los griegos contra el dominio turco.

—¡Y dale! ¡Erre que erre y sigue usted en sus trece!, como dice el refrán. Se ha emperrado con el dos y de ahí no se mueve. Ande, póngase serio y ofrezca un precio razonable.

«Mal rayo lo parta —dijo para sí Chíchikov— ¡añadiré medio rublo para que se relama el muy perro!».

—Está bien, pondré medio rublo más.

—Bien. Haré mi última oferta: cincuenta rublos. En realidad, salgo perdiendo, ¡en ningún lado encontrará gente tan buena y barata!

«¡Qué rata!», volvió a decirse Chíchikov, por lo bajo, y luego exclamó en voz alta, con tono despechado:

—¡Bah!... Cualquiera diría que se trata de un asunto serio. En otro lugar las tendría gratis, pues las cederían de mil amores con tal de librarse cuanto antes de esa carga. ¿Qué imbécil querrá conservarlas para pagar los impuestos?

—Sabe muy bien que esta clase de adquisiciones, se lo digo en confianza y amistosamente, no siempre son lícitas. Si llega a saberse algo de este asunto... es decir, si alguien se va de la lengua, el individuo en cuestión, el comprador, ya no inspiraría confianza para futuros contratos o negocios.

«¡Anda, con lo que ha salido el maldito!», pensó Chíchikov, y replicó al instante, con la mayor sangre fría:

—Como quiera, no compro por necesidad sino por mero capricho. Dos rublos y medio; si no le parece, ¡adiós!

«¡Éste es duro de pelar!», pensó Sobakévich.

—Vale, vale, ¡lléveselas por treinta rublos!

—Ya veo que no le interesa vender, ¡adiós!

—¡Espere, espere! —dijo Sobakévich cogiéndolo del brazo y dándole un pisotón. Nuestro héroe, que se había olvidado de tomar precauciones, pegó un chillido y se puso a saltar con un solo pie—. ¡Usted perdone! Parece que lo he lastimado. Siéntese aquí. ¡Haga el favor! —pidió Sobakévich y (con la gracia de un oso amaestrado que sabe dar volteretas y hacer diversos números cuando le ordenan: «Misha, muestra cómo toman las viejas un

baño de vapor» o le preguntan «Misha, ¿cómo hacen los pilluelos para robar guisantes?») sentó a Chíchikov en un sillón.

—Estoy perdiendo el tiempo y, a decir verdad, tengo prisa —dijo Chíchikov.

—Espere un minuto, que le daré una alegría.

Sobakévich se sentó muy cerca de él y murmuró al oído, como en secreto:

—Se las dejo a veinticinco.

—No, no, no. Ya le he dicho que no añadiré ni un kopek.

Sobakévich calló. Chíchikov también calló. Durante dos largos minutos los dos callaron. Bagración, el de aguileña nariz, contemplaba aquella puja.

—¿Cuál es su última oferta? —preguntó por fin Sobakévich.

—Dos rublos y medio.

—¡Para usted un alma vale lo mismo que un pepino! Deme por lo menos tres rublos.

—No puedo.

—Con usted no hay modo. ¡Venga! Salgo perdiendo, pero este perro carácter que tengo me obliga a complacer al prójimo. Habrá que formalizar el acta de compra, supongo.

—Desde luego.

—¿Lo ve? Y encima tendré que ir a la ciudad.

Terminado así el negocio, acordaron encontrarse al día siguiente, en la ciudad, para formalizar el documento. Chíchikov pidió la relación nominal de los campesinos. Sobakévich aceptó con gusto, se instaló ante su escritorio y escribió, de su puño y letra, una lista muy detallada de los nombres, méritos y cualidades de sus siervos.

Mientras tanto, Chíchikov, que no tenía nada mejor que hacer, se dedicó a contemplar la mole humana que era Sobakévich. Al ver aquellas piernas, semejantes a postes de hierro fundido, y aquella espalda, ancha como la rechoncha grupa de un caballo percherón, Chíchikov no pudo menos que exclamar para sí mismo: «¡Dios se ha lucido contigo!». Como se dice, estás mal cortado pero bien cosido. ¿Naciste así, hecho un oso, o te ha transformado en bestia la vida en este rincón perdido, el trabajo en el campo, el trato con los toscos *muzhiks*?, ¿ha sido la convivencia con ellos lo que te ha convertido en un *agarrado*? No, me parece que de cualquier modo serías el mismo, aunque te hubieras



educado en San Petersburgo y no en este agujero. La diferencia es que en lugar de zamparte medio cordero con gachas de alforfón y empanadas del tamaño de un plato, comerías chuletas con trufas. Ahora tienes bajo tu cuidado a los *muzhiks*: te llevas bien con ellos y, desde luego, los tratas bien, porque son tuyos y no te quieres perjudicar a ti mismo. Si te hubieras educado en la capital, tendrías bajo tus órdenes a funcionarios y, considerando que no son de tu propiedad, los tratarías a punta de látigo, y te dedicarías a saquear el erario público. ¡El que es tacaño ya nace con el puño cerrado! Ni se te ocurra aflojarle los dedos, pues será peor. Si uno de estos individuos adquiere cierto barniz de instrucción y llega a ocupar un cargo más o menos importante, verán cómo se da tono ante los verdaderos especialistas. Tarde o temprano acabará diciendo, sin duda: «Les mostraré lo que valgo», y se sacará de la manga una orden muy sabia que le hará la vida imposible a más de uno. ¡Ay, si todos fueran *agarrados*!...

—Aquí tiene la lista —dijo Sobakévich, volviéndose.

—¿Ya la tiene? ¡Démela, tenga la bondad!

Le echó un vistazo y quedó maravillado del esmero y la exactitud con que había sido escrita: no sólo se indicaba detalladamente oficio, nombre, edad y situación familiar, sino que al margen había observaciones acerca de la conducta y la tendencia a mantenerse sobrio de cada uno de ellos. En fin, que daba gusto mirarla.

—Sólo falta que me dé un pequeño anticipo —dijo Sobakévich.

—¿Para qué? Ya lo cobrará todo en la ciudad.

—Es la costumbre. Bien lo sabe.

—No sé qué darle, no suelo llevar dinero. ¡Ah!, mire, en el bolsillo tenía diez rublos.

—¡Diez rublos! ¡Deme por lo menos cincuenta!

Chíchikov estuvo a punto de asegurar que no los tenía, pero Sobakévich afirmó con tanto aplomo lo contrario, que no le quedo otra opción. Sacó un billete y dijo:

—Vale, tenga quince rublos más. En total, suman veinticinco. Pero haga el favor de entregarme un recibo.

—¡Un recibo!, ¿para qué?

—Por cualquier cosa, sabe usted, es mejor firmar un recibo... en un descuido... todo puede pasar.

—Vale, ¡deme el dinero!

—¿El dinero? Lo tengo en la mano, vea. En cuanto firme el recibo, se lo entrego con mucho gusto.

—Pero hombre, ¿quién extiende un recibo antes de contar el dinero?

Chíchikov soltó los billetes para entregarlos a Sobakévich, quien, después de acercarse a la mesa y cubrirlos con la mano izquierda, escribió con la derecha, en un trozo de papel, que declaraba haber recibido veinticinco rublos a cuenta de unas almas. Tras firmar el recibo, examinó los billetes uno por uno.

—Este es muy viejo —dijo, revisando un billete a trasluz—. Está un poco roto, pero bueno... no vamos a perder la amistad por una pequeñez.

«Agarrado, ¡y encima bestia!» pensó Chíchikov.

—¿Quiere mujeres?

—No, gracias.

—Se las dejo baratas, por ser a usted: a rublito la pieza.

—No me hacen falta.

—Pues ni hablar. Si no le hacen falta, ¡qué le vamos a hacer! Sobre gustos no hay disgustos, como dice el refrán.

—Le ruego que el asunto quede entre nosotros —dijo Chíchikov al despedirse.

—No necesita decirlo, ¿por qué meter a un tercero? Lo que se sucede entre dos buenos amigos queda en secreto. ¡Adiós! Gracias por su visita. No se olvide de nosotros, en cuanto pueda, venga a comer a nuestra casa. ¿Quién sabe? A lo mejor se nos presenta la posibilidad de hacer otro negocio.

«¡Ya verás qué pronto vuelvo!», se decía Chíchikov. «¡Ese tacaño del diablo me ha sacado dos rublos y medio por alma!», se lamentaba al instalarse en su coche. Estaba muy enfadado por la conducta de Sobakévich. A fin de cuentas, eran conocidos, se habían visto en casa del gobernador y en la del jefe de policía, ¡y lo había tratado como a un extraño, cobrándole dinero por algo que no valía un céntimo! Cuando el coche salía del patio,

nuestro héroe volvió la cabeza y vio que Sobakévich seguía de pie en la puerta de la entrada, mirando, al parecer, el camino que seguía su huésped.

—¡Sigue allí, el muy granuja! —dijo entre dientes, y enseguida ordenó a Selifán que pasara por detrás de las izbás, de modo que no pudieran verlos desde la casa señorial. Quería visitar a Pliushkin —cuyos siervos, según Sobakévich, morían como moscas—, pero no deseaba que Sobakévich se enterase. Cuando la calesa llegó al final de la aldea, Chíchikov llamó al primer *muzhik* que halló al paso. El campesino, como infatigable hormiga, cargaba a duras penas un tronco muy grueso que se había encontrado por el camino.

—¡Eh, tú, barbón! ¿Cómo llego a la casa de Pliushkin sin pasar frente a la de tu señor?

Al parecer, la pregunta metió en un aprieto al *muzhik*.

—¿Qué?, ¿no lo sabes?

—No, señor, no lo sé.

—¡Vaya!, ¡y eso que ya peinas canas! ¿No conoces al avaro Pliushkin, el que mata de hambre a su gente?

—¡Ah! ¡El remendado...! —gritó el *muzhik*, añadiendo un sustantivo muy elocuente que, por decoro, pues no está bien visto en sociedad, omitiremos. Sin embargo, puede adivinarse que había sido empleado con gran precisión, pues Chíchikov, mucho tiempo después de haber perdido de vista al *muzhik*, seguía riéndose.

—¡Cómo se expresa el pueblo ruso!, cuando pone un apodo te deja marcado de por vida; heredas el mote a toda tu descendencia, lo arrastras contigo a la oficina y a la jubilación, a San Petersburgo y hasta el mismísimo fin del mundo. Por mucho que trates de ennoblecirlo, por más que contrates a chupatintas para que te busquen un origen de antiguo linaje... quedas marcado, y no hay nada qué hacer, el mote, como cuervo obstinado, graznará con fuerza y revelará la existencia del pájaro. La palabra bien dicha, cuando da en el blanco, perdura tanto como la escrita. ¡Y vaya que suele dar en el blanco todo cuanto sale de la Rusia profunda, donde no hay alemanes, estonios, ni finlandeses, y todo es genuino, auténtico cacumen ruso vivo y chispeante! Allí, el ruso no anda a la caza de vocablos ni los empolla como gallina clueca, sino que los endilga de golpe y porrazo; cuando te los estampan, hay que llevarlos siempre encima, como cédula de identidad. No

hará falta entonces describir la forma de tu nariz o tus labios: ¡De un solo trazo quedas dibujado de pies a cabeza!

¡Cuán incontable es el número de iglesias y monasterios, con cúpulas, rombos y cruces, diseminados por la santa y piadosa Rusia! No menos incontable es el número de naciones, generaciones y pueblos que se apiñan, centellean y se agitan por la faz de la Tierra. Todo pueblo posee sus propias facultades creativas, su peculiaridad, vigor y otros dones de Dios; cada nación se distingue por su propio verbo, con el cual, al designar un objeto, cualquiera que sea, da expresión a su propio carácter. En la palabra del británico palpitará el conocimiento del corazón humano y la sabiduría de la vida; con breve elegancia brillará y se disipará la efímera palabra del francés; el alemán inventará una expresión difícil e ingeniosa, que no está al alcance de todos. Pero no hay palabra de vuelo tan alto, tan grácil, tan salida de las entretelas del corazón, no hay palabra que hierva y palpite como una palabra rusa que da en el blanco.

## Capítulo VI

Antaño, en mi juventud, en mi desaparecida infancia, me regocijaba al llegar por primera vez a un lugar desconocido; lo mismo daba que fuese una aldehuela, pueblo, ciudad comarcal, finca o arrabal: mis ojos de niño hallaban por doquier dónde satisfacer su curiosidad. Me cautivaba todo edificio, todo objeto que ofreciera alguna particularidad. Mi viva y despierta atención registraba cuanto veía: una vulgar construcción de piedra que destacaba, solitaria, entre las humildes casuchas de los mercaderes; una cúpula esférica, de palastro, que coronaba un nuevo templo, todo él blanquísimo; un mercado o un cateto lugareño que se pavoneaba por la ciudad. A veces, sacando la nariz desde el carromato que me conducía, me fijaba en el corte, nuevo para mí, de una levita, o simplemente divisaba, al pasar ante una tienda, todo cuanto en ella había, por ejemplo, tarros desperdigados de caramelo reseco (traído de Moscú) entre cajones de madera donde se guardaban clavos, pasas, jabón, y amarillento azufre. Observaba al oficial de infantería —llegado sabe Dios de qué lejana provincia— que se moría de tedio en aquella ciudad comarcal; y también al mercader que, enfundado en su caftán siberiano, pasaba en su ligero cochecillo. Yo me trasladaba mentalmente a sus desventuradas vidas. Cuando me cruzaba con un funcionario, trataba de imaginar a dónde iba: ¿a una velada?, ¿a casa de algún compadre?, ¿o se dirigía a su hogar con la intención de sentarse a la mesa, esperando el anochecer, tras el consabido reposo de media horita en el salón, para cenar en compañía de su madre, su mujer, su cuñada y, en fin, de toda su familia? ¿De qué hablan mientras la criada engalanada con un collar de monedas, o el mocito con su burda chaquetilla, tras haber servido la sopa, traen una bujía de sebo en el antiguo candelabro de la casa? Al llegar a la aldea de algún terrateniente miraba, lleno de curiosidad, el alto y estrecho campanario de madera o la vieja, ancha y oscura iglesia, también de madera. Desde lejos, a través del ramaje, vislumbraba el rojo tejado y las blancas chimeneas de la casa señorial, que parecían empeñadas en cautivar mi atención... y esperaba impacientemente a que se abrieran, a ambos lados del camino, los jardines que la rodeaban, para que se mostrara por entero el edificio que, en aquel entonces, ¡ay!, no me parecía vulgar. Al ver el estado de su propiedad, procuraba adivinar cómo era el terrateniente: si era flaco o gordo, si tenía hijos o, acaso, seis hijas juguetonas, de ojos negros y cantarina risa juvenil; ¿la más hermosa de ellas, como siempre, sería la más pequeña? ¿El terrateniente sería abierto y jovial o taciturno como el declinar de septiembre?, ¿sería un pazguato?, ¿viviría pendiente del

calendario<sup>77</sup> y aburriría a los jóvenes hablándoles de trigo y centeno? Ahora me acerco con indiferencia a las aldeas desconocidas y miro con desgano su vulgar aspecto. Ya no me parecen acogedoras, ya no me alegran, pues mi mirada ha perdido fuego. Lo que hace años habría hecho aflorar en mi rostro una viva expresión, lo que me provocaba risa y locuacidad, resbala ahora sin atraerme: mis labios permanecen mudos. ¡Oh juventud mía! ¡Oh mi perdida lozanía!<sup>78</sup>

Mientras Chíchikov se reía para sus adentros del remoquete que los campesinos habían endilgado a Pliushkin, entró sin darse cuenta en un gran pueblo, con numerosas izbás y calles. Pronto, sin embargo, se lo hizo notar el brusco traquetear del coche al irrumpir en la calzada de troncos; pavimentación que, por cierto, hace echar de menos los toscos empedrados de la ciudad. Los troncos se hundían y se elevaban como teclas de piano, de modo que el viajero desprevenido se ganaba un chichón en la nuca o un morado en la frente; podía ocurrir, también, que se mordiera dolorosamente la puntita de la lengua. Todas las construcciones que observó Chíchikov estaban hechas una completa ruina: el paso del tiempo había ennegrecido y carcomido las izbás; algunos techos parecían cueros agujerados; otros conservaban únicamente el remate y el costillar de las vigas. Parecía que los propios dueños habían arrancado las tablas por suponer, con razón, que las izbás no protegen en tiempo de lluvia, y que, a fin de cuentas, en los soleados días de primavera y verano no hay por qué temer el agua. Por otra parte, ¿por qué apoltronarse en casa, existiendo, como existía, tanto espacio en la taberna, en el camino real o, para acabar pronto, donde uno quisiera?

Las ventanas de las izbás no tenían cristales, algunas estaban cubiertas con remiendos y trapos. Las cornisas balaustradas que en Rusia —sabe Dios por qué— suelen realzar el hastial de algunas izbás, estaban deformes y oscurecidas; eran, en realidad, ruinas que nada tenían de pintorescas. Por detrás de las izbás se extendían, formando hileras, enormes montones de trigo que, a juzgar por su aspecto, llevaban allí mucho tiempo. Su color recordaba el de los ladrillos viejos y mal cocidos. En lo alto de estos montones crecían

---

<sup>77</sup> Se refiere al calendario-directorio de rangos que se editaba anualmente con las firmas de los principales funcionarios del imperio ruso.

<sup>78</sup> Se introduce una voz narrativa sin precedente en obras anteriores, una inflexión grandilocuente y carente de sarcasmo identificable con el estilo de las cartas personales de Gógol. En los capítulos siguientes, la voz del autor se apartará claramente de la narrativa para referirse a los temas que considera fundamentales: el destino de Rusia y su propia tarea como escritor. Podemos decir, por lo tanto, que en este fragmento aparece un nuevo personaje: Nikolái Gógol.

unos hierbajos; por los costados, algunos arbustos incluso habían echado raíces. Por lo visto, aquella cosecha pertenecía al terrateniente. A derecha e izquierda, siguiendo las sinuosidades del camino, por encima de los montones de trigo y de las techumbres ruinosas, se destacaban frente a frente las dos iglesias del pueblo: una de ellas era de madera y estaba abandonada; la otra era de piedra y tenía las paredes amarillentas, sucias y desquebrajadas. La casa señorial comenzó a hacerse visible por partes: tuvieron que pasar un larga hilera de izbás que daba paso a un huerto de coles, a modo de solar, cercado por una empalizada baja y desgajada, para poder verla por completo. La extraña mansión, larga como un día sin pan, tenía el aspecto de un viejo inválido. En algunas partes era de un piso, en otras de dos. Sobre el oscuro tejado, incapaz de proteger la vejez del edificio, se alzaban dos terrazas, una frente a otra, ambas ya torcidas y sin la pintura que en otro tiempo las había cubierto. Las paredes estaban desconchadas y lucían varias grietas, pues, al parecer, habían sufrido mucho a causa de las lluvias, los vientos y los bruscos cambios de tiempo en el otoño. Sólo dos ventanas estaban abiertas; las demás tenían cerrados los postigos o estaban cegadas con tablas. Estas dos, por lo demás, eran tuertas, ya que les habían fijado un trozo de papel azul, del que se utiliza para envolver azúcar.

Un espacioso jardín abandonado, que se extendía por detrás de la casa, rebasando el pueblo y perdiéndose en el campo, parecía ser lo único vivo y pintoresco de aquel vasto pueblucho. Las copas mezcladas de los árboles crecían a su antojo y cerraban el horizonte con nubes verdes, de irregulares y temblorosas cúpulas. El colosal tronco de un abedul blanco se erguía, como una centelleante columna de mármol, por encima de la verde espesura. Un sombrero, un pajarraco negro, se destacaba entre aquella blancura de nieve: era su puntiaguda copa, desgajada por la tempestad o por el rayo. El lúpulo, que cubría las matas de saúco, de serbal y avellano silvestre, se había extendido por todo el soto, tomando por asalto el tronchado abedul y cubriéndolo hasta la mitad. Llegado a medio tronco, caía y se enredaba en las copas de otros árboles o se quedaba suspendido en el aire, enroscando sus ligeros garfios, suavemente mecidos por el aire. Por algunos lugares se abrían, como fauces, verdes frondas inundadas de sol, dejando entrever su oscura profundidad. En aquella negra hondura apenas se divisaba una que otra cosa: un estrecho sendero serpenteante, un balaustrada derruida, un pabellón casi completamente derruido, el viejo tronco de un sauce ahuecado, raquíuticos arbolillos o, mejor dicho, una maraña de ramas y hojas resecas que brotaba detrás del sauce, tragada por aquella espantosa vegetación; finalmente, se veía la tierna rama de un arce que extendía sus hojas hacia los

lados, como sostenida por dos verdes patas. Un rayo de sol se deslizaba (Dios sabe cómo) sobre una de ellas, transformándola de súbito en un objeto transparente e ígneo, maravillosamente radiante entre aquellas tinieblas. A un lado, en el límite del jardín, algunos crecidos álamos mecían enormes nidos de cuervos en sus temblorosas cúspides. Algunos dejaban colgar sus ramas de hojas pequeñas y reseca, medio desgajadas del tronco. En fin, todo era perfecto, como no suele suceder ni en la naturaleza ni en el arte cuando actúan cada uno por su cuenta. Un cuadro tan sublime exige los combinados esfuerzos de ambos: es preciso que la obra humana sea remachada por la naturaleza quien, con su cuchilla definitiva, aligera las pesadas masas, elimina la tosca simetría y recobra la sabia desnudez del plano, infundiendo calor a las frías creaciones de la medida y el cálculo.

Viró el carruaje un par de veces más, y nuestro héroe se encontró finalmente ante la casa, que de cerca le pareció aún más lúgubre. El moho recubría el portón y la carcomida madera de la valla. Un gran número de construcciones, viviendas para los criados, cobertizos y graneros, inservibles ya de puro viejos, llenaban el patio; cerca de éstas se veían, a derecha e izquierda, puertas que daban a otros patios. Todo revelaba que en otro tiempo la vida había sido allí pujante, mas ahora todo parecía sombrío. No se veía nada que animase aquel cuadro: no se abría ninguna puerta, no aparecía nadie; ningún trabajo, ninguna señal de ajetreo por los quehaceres domésticos. Sólo la puerta cochera estaba abierta de par en par, y ello únicamente para dar paso a un *muzhik* que entraba en un coche de carga, como a propósito para dar apariencia de vida a aquel reino de la muerte. En otro momento, incluso esa puerta habría estado cerrada, pues del anillo de hierro colgaba un gigantesco candado. Junto a una de estas construcciones, Chíchikov no tardó en divisar una extraña figura que discutía con el *muzhik* del coche. Estuvo mucho tiempo tratando de distinguir a qué sexo pertenecía, pues llevaba un atuendo vagamente parecido a una bata de mujer, y un gorro de campesina, pero su voz le pareció algo ronca para ser femenina. «¡Ah, es una mujer!», se decía, pero al instante añadía: «¡no, no, no, seguro que es un hombre!». «¡Por supuesto que se trata de una mujer!», dijo por fin, tras examinarla detenidamente. La figura, por su parte, también lo miraba con mucha atención. Al parecer, la llegada de un visitante le parecía cosa de otro mundo, pues no lo escrutaba sólo a él, sino también a Selifán y los caballos, de cabo a rabo. Por el manojito de llaves que llevaba colgado al cinto, y por las palabrotas con que reñía al *muzhik*, Chíchikov dedujo que aquella figura era el ama de llaves:



—Dígame, *mátushka* —dijo apeándose del vehículo—. ¿El señor...?

—No está en casa —interrumpió el ama de llaves, sin esperar a que terminara la frase; luego, tras una pausa, añadió: ¿qué se le ofrece?

—Tengo un asunto que tratar con él.

—¡Entre! —dijo, volviéndole la espalda. Su bata, manchada de harina, tenía un gran desgarrón en los bajos.

Chíchikov entró en un zaguán oscuro y espacioso donde el aire despedía un vaho frío, como de sótano. De allí pasó a una habitación igualmente oscura, apenas iluminada por la claridad que se colaba por una hendidura en lo bajo de la puerta. Cuando ésta se abrió, Chíchikov se encontró por fin en una estancia con luz y quedó sorprendido por el desorden que allí reinaba. Parecía que la casa estaba en un proceso de limpieza general y que, de momento, habían amontonado todos los muebles. Encima de una mesa había una silla rota; junto a ésta, un reloj de pared con el péndulo parado, donde una araña había tejido su tela. Allí mismo, en un rincón, había un armario con plata antigua, garrafitas y porcelana china. Sobre el escritorio, cuyas incrustaciones de nácar estaban despegadas en algunos sitios, formando amarillas rendijas rellenas de cola, se amontonaban una infinidad de objetos dispares: un montón de papeletas, escritas con letra menuda, bajo un pisapapeles de mármol verdoso coronado por un huevo; un viejo volumen encuadernado en piel, con los cantos rojos; un resecó limón no más grande que una avellana; el brazo de un sillón; una copita, cubierta con una carta, que contenía cierto líquido en el que nadaban tres moscas; un trocito de lacre; un trapo recogido quién sabe dónde; dos plumas manchadas de tinta, secas como un tísico, y un amarillento mondadientes, que su dueño había usado, quizá, antes de que los franceses entraran en Moscú.<sup>79</sup>

Colgaban de las paredes, muy juntos y sin orden ni concierto, varios cuadros, un largo grabado amarillento que representaba una batalla en la que se veían enormes tambores, vociferantes soldados con tricornio, caballos hundiéndose en el agua; estaba enmarcado, sin cristal, en madera de caoba adornada con estrechas grecas de bronce y rosetas, también de bronce, en las esquinas. Al lado, ocupando media pared, había un enorme y renegrido bodegón pintado al óleo; ya saben: flores, frutas, un tajo de sandía, una

---

<sup>79</sup> La novela se desarrolla (en su tiempo interno) entre 1830 y 1832. La entrada de los franceses en Moscú fue en 1812.

cabeza de jabalí y un ganso con la cabeza colgando, lo de siempre. En medio del techo colgaba una lámpara enfundada en un percutido saco de lona, tan lleno de polvo que parecía un capullo de seda envolviendo a su gusano. En un rincón se amontonaban objetos que nadie esperaba encontrar sobre una mesa. Era difícil determinar lo que había en aquel montón, pues estaba cubierto por tal cantidad de polvo que las manos de quien lo tocaba quedaban enfundadas en oscuros guantes. Se alcanzaban a distinguir, de entre aquel cúmulo de porquería, los restos de una pala y la suela de un zapato viejo. De no ser porque un viejo gorro de dormir, que yacía sobre una mesa, delataba la presencia de un ser humano, podría jurarse que aquel sitio estaba completamente deshabitado.

Mientras escudriñaba todos aquellos peregrinos enseres, se abrió una puerta lateral y entró el ama de llaves que se había encontrado en el patio. Chíchikov pudo darse cuenta que era más bien un «amo» que un «ama», pues un ama de llaves no se afeita la barba, y éste, sin duda, lo hacía, aunque muy de vez en cuando, ya que su barbilla y la parte baja de sus mejillas parecían una bruza de alambre para limpiar caballerizas. Chíchikov, con expresión interrogante, esperaba impacientemente las palabras del amo de llaves. Éste, por su parte, esperaba que Chíchikov rompiera el silencio. Finalmente, incómodo por aquella anómala situación, nuestro héroe se decidió a preguntar:

—¿Dónde está el señor?

—Aquí.

—¿Dónde? —insistió Chíchikov.

-¡Jo! ¿Está ciego, *bátiushka*? —respondió el «amo de llaves»—. Soy yo, ¿no se da cuenta?

Al oír esto, Chíchikov dio involuntariamente un paso atrás y lo miró con fijeza. Había visto en su vida todo tipo de gente, incluso personas que, tal vez, ni el lector ni yo veremos nunca; pero jamás se había topado con semejante individuo. Su rostro no tenía nada de particular, era idéntico al de muchos viejos enclenques, salvo que la barbilla era tan prominente que debía cubrirla con un pañuelo para no escupirse encima. Los ojillos aún no se le habían apagado y se movían inquietos, debajo de las altas e hirsutas cejas, como los ratoncitos cuando asoman sus afilados morros desde oscuras madrigueras, aguzando el oído, moviendo el bigote y olfateando recelosos el aire, para asegurarse de que no estén al acecho el gato o algún chiquillo travieso.

Mucho más notable resultaba su indumentaria: no había esfuerzo ni medio alguno que permitiera descubrir de qué había sido hecha su bata. Las mangas y la parte superior de los delanteros estaban tan mugrientos y relucientes que parecían de cuero; por la parte de atrás, no le colgaban dos sino cuatro deshilachados faldones; llevaba al cuello un objeto indefinible: ¿una media?, ¿una liga?, ¿una faja? Quién sabe, pero seguramente no era una corbata. En fin, si Chíchikov lo hubiera visto a la puerta de alguna iglesia, sin duda le habría dado una monedita de cobre, pues nuestro héroe, dicho sea en su honor, era compasivo, y siempre daba limosna a los pobres. Sin embargo, ante él no se hallaba un mendigo sino un terrateniente, un propietario dueño y señor de mil almas. Sus graneros reventaban de trigo, de centeno, de harina; su cobertizo, su despensa y sus tendales estaban abarrotados de telas, paños, pieles de carnero —curtidas y sin curtir—, pescado ahumado y todo tipo de legumbres y de caza. Si alguien echase una ojeada a su patio, repleto de objetos de toda clase y jamás usados, creería encontrarse en Moscú, en el mercado de los medidores, al que todos los días acuden, para hacer la compra, despabiladas suegras, consuegras y cocineras; y en el que se amontonan montañas de madera labrada, torneada, pulida y trenzada, barriles, barracas, barreños, tinajas, jarras panzudas, cestos y cestas para manojos de hilo, estopa y otros desechos, cajas de abedul trenzado, de tilo, de pobo y, en fin, tantos otros utensilios destinados al uso de pobres y ricos de toda nuestra *Rus*. ¿Para qué necesitaba Pliushkin tal cúmulo de semejantes artículos? Ni en dos vidas podría usarlos, aun teniendo dos haciendas como la suya. Pero a Pliushkin no le bastaba. Todos los días recorría las calles de su aldea escudriñando los rincones, incluso por debajo de las pasarelas y los travesaños, para coger cuanto caía en sus manos: una suela vieja, un trapo, un clavo, un cascote de barro cocido, todo iba a parar al montón que Chíchikov había visto en la estancia. «Ya ha salido de pesca el pescador», decían los *muzhiks* cuando lo veían partir en busca de su botín. En efecto, si Pliushkin pasaba por una calle no había necesidad de barrerla; si, por ejemplo, algún oficial cruzaba el lugar y perdía una espuela, iba a parar al consabido montón; si una distraída mujer olvidaba el cubo junto al pozo, Pliushkin arramblaba con el cubo. Debo reconocer que, si algún *muzhik* lo pillaba con las manos en la masa, el terrateniente no discutía y entregaba el cuerpo del delito. Pero si éste ya había ido a parar al montón, no había nada que hacer, toda discusión resultaba inútil, pues Pliushkin juraba que era suyo, que lo había comprado en tal ocasión a fulano de tal, o que lo había heredado de su abuelo. En su habitación recogía todo cuanto veía tirado: un trocico de lacre, un pedazo de papel, una plumita, y lo colocaba en el escritorio o sobre el alféizar

de la ventana.<sup>80</sup> ¡Y pensar que en otro tiempo había sido, tan sólo, un terrateniente muy ahorrador! Había sido buen esposo y buen padre de familia. Los vecinos iban a su casa a comer, a escucharlo y a aprender de él; daba consejos sobre cómo llevar la hacienda y ahorrar con tino. En su propiedad, todo se realizaba con presteza y orden, funcionaban los molinos y los batanes, trabajaban las fábricas de paño, los talleres de los carpinteros y los telares. A todas partes llegaba la mirada vigilante del amo, quien, cual laboriosa araña inspeccionando su tela, circulaba atareado por toda la extensión de sus dominios. Los rasgos de su rostro no revelaban a un hombre capaz de grandes sentimientos, pero sus ojos eran inteligentes y sus palabras las de un hombre de mundo; «da gusto escucharlo», decían las visitas. La dueña de la casa, bonachona y parlanchina, tenía fama de hospitalaria. Dos lindas jovencitas rubias, frescas como una rosa, acompañadas del hermanito menor, un avispado chiquillo que besaba a todo mundo, gustase o no, acogían a los invitados. Las ventanas estaban siempre abiertas. El entresuelo estaba ocupado por el preceptor francés, un hombre bien afeitado y gran tirador. Siempre llegaba con alguna pieza cobrada para el almuerzo, un urogallo, un pato o huevos de gorrión que se preparaba él mismo, pues nadie más se atrevía a comérselos. También residía en el entresuelo su compatriota, la institutriz de las doncellas. El dueño se sentaba a la mesa vestido con una levita, algo usada, pero decente, sin zurcidos ni coderas remendadas. Por desgracia, murió la señora de la casa, de modo que las llaves y, con ellas, las pequeñas preocupaciones domésticas, pasaron a manos de Pliushkin, agriando su carácter. Como todos los viudos, se hizo desconfiado y mezquino. No se fiaba de la hija mayor, Alexandra Stepánovna, y con razón, pues la doncella pronto se fugó con un subcapitán de caballería —sabe Dios de qué regimiento— y se casó en una miserable iglesia de pueblo. ¡Sabía muy bien Alexandra Stepánovna que su padre detestaba a los militares, pues por un extraño recelo los consideraba a todos jugadores y manirroto! El padre la maldijo, pero no se molestó en perseguirla. La casa quedó aún más sola. Conforme su erizada cabellera encanecía, el amo se iba haciendo cada vez más avaro. Despidió al preceptor francés porque, según Pliushkin, había llegado el momento de buscarle una buena colocación al hijo; despidió a la *madame* por considerarla sospechosa de complicidad en la fuga de Alexandra Stepánovna. Envió a su hijo a la capital de distrito para que se buscara la vida en el

---

<sup>80</sup> «El remendado» es una de las imágenes más pasmosas de la mezquindad: una persona horrible, avaricia en estado puro. Sus *izbás* son viejas y no tienen vidrios en las ventanas, en los graneros se pudre el grano. Todo es polvo y tristeza, un cuadro lastimoso de absoluta destrucción.

servicio público; pero, ¡qué desgracia!, el besucón prefirió alistarse como soldado y, una vez admitido, escribió a su padre pidiéndole dinero para comprarse equipamiento militar. ¡No faltaba más! Por supuesto, en lugar del dinero recibió un buen soplamocos, como dicen en el pueblo. Para colmo de males, murió la otra hija y el viejo quedó como único dueño y guardián de todas sus riquezas. La vida solitaria alimentó copiosamente su avaricia, la cual, como es sabido, tiene hambre de lobo: cuanto más devora menos se sacia. Los sentimientos humanos, poco profundos de por sí, se le iban disminuyendo a cada momento; cada día se derrumbaba algo de aquella ruina ambulante. Por aquel entonces, como a propósito para confirmar su teoría, su hijo perdió una suma considerable en el juego. Pliushkin lo maldijo de todo corazón y no volvió a interesarse por su existencia. De año en año se iban cegando todas las ventanas de la casa. Al fin, no quedaron abiertas más que dos, las cuales, como sabe el lector, estaban medio cubiertas con un pegote de papel. Con los años fue perdiendo de vista lo principal de su hacienda, y empezó a consagrar su mezquina atención a los papeles y plumitas que recogía. Cada vez se hacía más intratable con los compradores, quienes, cansados de tanto regateo, dejaron de ir, alegando que Pliushkin no era una persona sino un diablo. El heno y el trigo se le pudrían, las fajinas y los almiares se le convertían en estiércol que ya sólo era bueno como abono para los campos de coles. En los sótanos, la harina se le convertía en piedra y había que partirla a hachazos. Daba miedo acercarse a los paños y los lienzos, pues al tocarlos se hacían polvo. Olvidado de sus riquezas, sólo recordaba en qué lugar del armario tenía una garrafa marcada, para que nadie bebiera a escondidas, con los restos de algún licor, o el sitio donde guardaba una plumita o un trocito de lacre. Mientras tanto, la hacienda producía lo mismo que antes, los campesinos pagaban el mismo tributo, las campesinas entregaban la misma cantidad de nueces, la tejedora el mismo número de lienzos. Todo se apilaba en los depósitos, se pudría y se convertía en guiñapo. El mismo Pliushkin se convirtió finalmente en un guiñapo humano. Alexandra Stepánovna lo visitó un par de veces, por si podía sacarle alguna cosa. Al parecer, la vida de campaña con el subcapitán no era tan atractiva como parecía antes de la boda. Pliushkin supo perdonarla, e incluso permitió que el nietecito jugara con un botón que había sobre la mesa, pero no se desprendió de un céntimo. Alexandra Stepánovna no tardó en volver a presentarse, llevando esta vez dos criaturitas, un *kulich* para tomar con el té y una bata nueva, pues la que llevaba Pliushkin daba vergüenza ajena. El viejo acarició a sus dos nietos, se montó a uno en cada rodilla, jugó al caballito con ellos, aceptó la bata y el pan de pascua... pero no aflojó los cordones

de su bolsa para sacar ni un kopek. Alexandra Stepánovna se fue tal como llegó: con las manos vacías. ¡Éste era el terrateniente que Chíchikov tenía delante! Semejante fenómeno, hay que reconocerlo, es raro en nuestra *Rus*, tan dada a la expansión. En Rusia lo frecuente es encontrar, en cualquier lugar de nuestro vasto territorio, terratenientes que derrochan a manos llenas y queman, como suele decirse, su vela por ambos cabos. El viajero que cruza por primera vez las propiedades de alguno de estos pródigos se detiene sorprendido ante su mansión. ¿Qué poderoso príncipe ha tenido el capricho de construir su palacio entre oscuros hidalguillos? Innumerables chimeneas, terrazas y veletas coronan un hermoso edificio de piedra blanca, flanqueado por una multitud de pabellones y toda clase de viviendas para los invitados. ¿Qué puede faltar? Hay teatros, música, bailes; el jardín, adornado con luces y farolillos, resplandece toda la noche. Media provincia, luciendo sus mejores galas, se pasea bajo los árboles sin ver lo siniestro de aquella iluminación que, destiñendo por aquí y por allá alguna rama, la proyecta teatralmente fuera de los matorrales, quitándole su verdor natural. En lo alto, el cielo parece amenazante, oscuro y tenebroso; las cimas de los árboles agitan sus ramas y se sumergen en las tinieblas, protestando por aquel falso brillo que ilumina sus raíces.

Pliushkin llevaba ya varios minutos sin pronunciar palabra; Chíchikov, desconcertado por el aspecto de la mansión y de su dueño, no sabía qué decir. Tardó mucho en hallar las palabras adecuadas para exponer el motivo de su visita. Hubiera querido decirle que el renombre de su virtud le había impulsado a rendirle personalmente tributo, pero se dio cuenta de que aquello no se lo tragaba nadie. Una última ojeada a la habitación lo convenció de que la palabra «virtud» podía ser ventajosamente reemplazada por las de «economía y orden». Se rehizo enseguida y declaró que, habiendo oído ensalzar su espíritu de economía y su notable habilidad para la administración de sus bienes, había creído oportuno presentarle sus respetos. Pudo, sin duda, encontrar mejor pretexto, pero de momento no se le ocurría otra cosa. Pliushkin respondió balbuciendo algo entre labios, pues carecía de dientes; no se sabe a ciencia cierta lo que murmuró, pero es muy probable que haya dicho: «¡Vete al diablo con tus respetos!» o algo por el estilo. Pero, como la hospitalidad está bien vista en nuestra *Rus*, y ni siquiera un roñoso puede darse el lujo de infringir sus leyes, añadió de modo un poco más inteligible:

—¡Tenga la bondad de sentarse! Hace mucho que no recibo visitas; he de confesarle que no les veo utilidad. ¡Qué perra les ha dado por visitarse unos a otros, abandonando los

quehaceres de la hacienda... para colmo, hay que dar de comer a los caballos de los visitantes! Yo hace mucho que comí, mi cocina es pequeña, de techo bajo, en fin... es pésima. El horno está hecho una ruina... se ha derrumbado por completo, si lo enciendo, puedo provocar un incendio.

«¡Con que ésas tenemos!», se dijo Chíchikov, «menos mal que en casa de Sobakévich me alcancé a embuchar un bollo de requesón y un trozo de cordero.»

—¡Lo peor es que no tengo ni un puñado de heno para sus caballos! —continuó Pliushkin—. Es que apenas tengo unas tierritas y los *muzhiks* son unos vagos que sólo piensan en la taberna... si me descuido, no tardaré en pedir limosna por las calles.

—Sin embargo —manifestó discretamente Chíchikov—, me han dicho que poseo más de mil almas.

—¿Quién se lo ha dicho? ¡Puede escupirle en la cara a quien haya dicho eso! Algún bribón habrá querido tomarle el pelo. ¡Mil almas dice! ¡Póngase a contarlas y verá lo que queda de ellas! ¡De tres años para acá, las malditas calenturas me han escabechado un montón de *muzhiks*.

—¡Sí! ¿Le escabecharon muchos? —exclamó Chíchikov en tono de conmiseración.

—Muchísimos.

—¿Cuántos?, si no es indiscreción.

—Unas ochenta almas.

—¡No!

—¿Por qué voy a mentirle?

—Permítame otra pregunta, estas almas, supongo, las cuenta usted desde el último censo ¿verdad?

—Ya quisiera, *bátiushka* —respondió Pliushkin—. Desde entonces habrán muerto unas ciento veinte.

—¡Ciento veinte! ¿De verdad? —exclamó Chíchikov, emocionado.

—Ya soy viejo para mentir, *bátiushka*. ¡Voy para los setenta!

Al parecer, aquella exclamación de júbilo había ofendido a Pliushkin. Chíchikov se dio cuenta de que no era conveniente mostrar alegría por la desgracia ajena. De modo que, acto seguido, suspiró y expresó sus condolencias.

—¿Qué hago con sus condolencias?, ¿echármelas al bolsillo? —preguntó el viejo—. Cerca de aquí vive un capitán que el diablo sabe de dónde ha salido. Dice que es pariente mío, me llama «tío» y me besa la mano. Cuando empieza a compadecerme pega tales gritos que he de taparme los oídos. Se ve que le entra con gusto al aguardiente, pues tiene la nariz y el hocico encarnados. Estoy seguro de que despilfarró lo suyo con otros oficiales o se dejó engatusar por alguna actriz, ¡y viene a compadecerse de mí!

Chíchikov trató de explicar que sus condolencias no se parecían a las del capitán y se propuso demostrarlo con hechos y no con palabras vanas. Sin demorar más el asunto, le dijo enseguida que se comprometía a pagar el impuesto de todos los campesinos fallecidos en tan desdichadas circunstancias. Aquella proposición dejó perplejo a Pliushkin, quien, con los ojos desorbitados, se quedó mirando a nuestro héroe; después de un buen rato, preguntó:

—Pero usted, *bátiushka*, ¿acaso ha servido en el ejército?

—Nunca —respondió con malicia Chíchikov—. Soy funcionario civil.

—¿Civil? —repitió Pliushkin, moviendo los labios como si masticase algo—. Pero, ¿se da cuenta de lo que dice? ¡Sale perdiendo!

—Con tal de complacerlo, estoy dispuesto al sacrificio.

—¡Ay, *bátiushka*!, ¡ay, bienhechor mío! —exclamó Pliushkin sin advertir, debido a su júbilo, que por la nariz le escurría tabaco, espeso como poso de café, de un modo nada pintoresco; tampoco advirtió que los faldones de la bata se habían abierto, dejando a la vista una vestimenta no muy decorosa—. ¡Ha traído un consuelo a este viejo! ¡Ay, Dios mío!, ¡ay, santos del cielo!...

Pliushkin no pudo decir más; pero en un instante, el júbilo que repentinamente animó su rostro de palo se desvaneció con la misma prontitud, como si no hubiera existido nunca, y su faz recobró un aire de preocupación. Se enjugó el rostro con un pañuelo; después, lo hizo ovillo y comenzó a frotarse el labio superior.



—Permítame un par de preguntas, sin ánimo de ofender: ¿se compromete a pagar cada año? ¿a quién le pagará, a mí o al fisco?

—Hagamos lo siguiente, si le parece, redactamos un acta de compra como si estuvieran vivos y usted me los vendiera.

—Eso es, un acta de compra... —dijo Pliushkin pensativo y moviendo otra vez los labios como si masticase algo—. Pero un acta de compra es mucho gasto, ¡esos funcionarios son unos sinvergüenzas! Antes se contentaban con cincuenta kopeks y un saco de harina, pero ahora hay que mandarles un carro entero de grano y añadir un billetito de diez rublos, ¡sólo piensan en sacar tajada! Y los sacerdotes no dicen ni pío. Tendrían que dedicarles algún sermón; ya ve que, por mucho que se diga lo contrario, nadie puede contra la palabra de Dios.

«¡Tú sí que podrías!», se dijo Chíchikov, y enseguida manifestó en voz alta que, por consideración hacia él, estaba dispuesto a correr con los gastos de registro.

Al oír esto, Pliushkin llegó a la conclusión de que su huésped era un perfecto imbécil, «¡Éste qué va a ser funcionario civil! Sin duda era el típico oficial que se lo pasaba persiguiendo actrices», pensó. Con todo, no pudo disimular su alegría y deseó toda clase de venturas a Chíchikov y su descendencia, aunque, en realidad, no había preguntado si tenía hijos. Se acercó a la ventana, dio unos golpes en el cristal y gritó:

—¡Ey, Proshka!

Un minuto después, se oyó que alguien entraba presuroso en la antecámara y se quedaba allí lidiando, a juzgar por el estruendoso taconeo, con unos zapatos que no estaban dispuestos a ajustarse. Al fin, la puerta se abrió dando paso a un chico, que resultó ser Proshka, calzado con unas botas tan grandes que a cada paso debía sujetarlas para que no salieran volando. Enseguida diremos por qué usaba Proshka aquellas enormes botas. Todos los criados de Pliushkin disponían únicamente de un par de botas, siempre depositadas en la antecámara. Todo aquel que era llamado a los aposentos del señor cruzaba el patio descalzo, y en la antecámara se calzaba las botas para entrar. Al salir, las dejaba de nuevo en su sitio y se iba otra vez sin más suela que la de sus propios pies. Si, durante las primeras heladas de otoño, echas un vistazo al patio de Pliushkin, verás a la servidumbre haciendo unas piruetas que difícilmente igualaría el más ágil bailarín de nuestros teatros.

—¡Mire qué hocico tiene! —dijo Pliushkin, señalando a Proshka—. Es más zopenco que un tronco, pero que no se te ocurra dejar algo por ahí, pues te lo vuela en un abrir y cerrar de ojos, ¿a qué has venido, imbécil?, ¿a qué?

Pliushkin y Proshka se quedaron callados un instante.

—Prepara el samovar, ¿oyes? Toma la llave y dásela a Mavra para que abra la despensa. Allí encontrará un pedazo del bollo que trajo Alexandra Stepánovna en las pascuas, ¡dile que lo sirva con el té!... ¡ey!, ¿a dónde vas, bruto?, ¡el diablo te ha picado el culo o qué?... Primero escucha lo que te digo: quizá esté un poco mohoso por encima, dile que lo raspe con un cuchillo... ¡y que no tire las migas!, dile que se las dé a las gallinas. ¡Ey! Cuidadito con meter la nariz en la despensa, que te llevas unos buenos varazos. Con lo que te gusta comer... ¡anda, entra!, ¡inténtalo y verás! Te estaré vigilando desde aquí.

—No puede uno fiarse de ellos —le dijo a Chíchikov cuando Proshka y sus botas se hubieron retirado.

Pero enseguida empezó a desconfiar también de su huésped. Tanta generosidad le parecía sospechosa. Pensó: «¡Qué diablos!, quizá no sea más que un fanfarrón, uno de esos manirroto que mienten para hacer conversación y tomar el té, ¡y luego se largan tan campantes» y decidió ser prudente. Para ponerlo a prueba, dijo que sería conveniente formalizar el acta de compra lo antes posible; no hay que confiarse, pues uno no sabe cuándo estirará la pata.

Chíchikov se mostró dispuesto a formalizar el acta en ese mismo instante; sólo exigió una lista de los campesinos. Pliushkin se tranquilizó. Pareció acordarse de algo, tomó las llaves, se acercó al armario, abrió una puertecita, rebuscó durante un buen rato entre los vasos y las tazas y dijo por fin:

—¡Vaya! No lo encuentro. Tenía por aquí un licorcito excelente, ¿se lo habrán bebido estos ladrones?

Chíchikov vio que llevaba una garrafa cubierta por un grueso manto de polvo.

—Lo hizo mi difunta mujer —prosiguió Pliushkin—. Mi ama de llaves, que es una bribona, estuvo a punto de tirarlo y ni siquiera tapó la vasija. ¡La muy canalla! Estaba llena de bichos y toda clase porquería, pero yo le saqué todo. Mire, ya está bien limpio. Le serviré una copita.

Chíchikov, arguyendo que ya había bebido y comido, renunció a semejante licorcito.

—¡Que ya ha bebido y comido, dice! —exclamó Pliushkin—. Claro, se distingue enseguida a las personas de buena sociedad: no han comido, pero dicen que están satisfechas. En cambio, a un sinvergüenza nunca le llenas la tripa. Por ejemplo, el capitán, que viene y me dice: «¡Tíito, ofrézcame algo de comer!» ¡Tíito, dice! ¡Si yo soy su tío él es mi abuelo! Seguro que en su casa no hay nada que llevarse a la boca y por eso anda siempre de acá para allá. ¿Dice usted que necesita una lista de todos esos parásitos? Pues mire, como si lo hubiera adivinado. Los tengo anotados para darlos de baja en cuanto se haga la primera revisión.

Pliushkin se puso los anteojos y empezó a rebuscar entre papeles. Al destapar algunos legajos obsequió a su huésped con tal cantidad de polvo que lo hizo estornudar. Finalmente, sacó un papel en el que se apretaban, como moscardones, los nombres de sus campesinos. Los había de toda clase: Paramónov, Pímenov, Panteleimónov... y hasta un tal Grigori *Irás y no llegarás*. En total, pasaban de los ciento veinte. Al ver tan elevado número, Chíchikov sonrió. Después se guardó el papel en el bolsillo e indicó a Pliushkin que tendría que ir a la ciudad para formalizar el acta de compra.

—¡A la ciudad!, imposible. ¡No puedo dejar sola mi casa! Mi gente es ladrona, en un día me la dejarán con las paredes desnudas y sin un clavo donde colgar mi caftán.

—¿No tiene algún conocido?

—¿A quién voy a tener? Todos mis amigos han muerto o les he perdido de vista. ¡Ay, espere padrecito, espere!, ¿cómo no voy a tener un conocido?, ¡cómo no! ¡Sí que lo tengo! —gritó—. Conozco al mismísimo presidente, si hasta solía visitarme, ¡cómo no lo voy a conocer! Éramos de la misma pandilla, trepábamos juntos por las vallas. ¿Cómo no lo voy a conocer? ¡Vaya si lo conozco! ¿A quién le voy a escribir, sino a él? ¿Le escribo?

—Naturalmente.

—¡Que si lo conozco! ¡Fuimos compañeros de pupitre!

De súbito, aquel rostro de madera reflejó un rayo de luz, un pálido fulgor de sentimiento; como cuando resurge inesperadamente el que se ahoga arrancando un grito de alegría entre la muchedumbre que atizbás en la orilla. Jubilosos, sus hermanos le arrojan una cuerda, esperando que emerjan de nuevo sus fatigados brazos. Pero es inútil, aquella fue su última aparición. Todo vuelve a la calma, y la indiferente superficie de las aguas

parece todavía más aterradora. Asimismo, el rostro de Pliushkin, tras aquel pálido reflejo de animación, parecía aún más inhumano.

—Tenía en la mesa un pliego de papel blanco. Dios sabe qué habrá sido de él, ¡ya ve que no me puedo fiar de estos inútiles!

Buscó por debajo y por encima de la mesa y, después de escudriñar por todas partes, vociferó:

—¡Mavra! ¡Mavra!

Acudió a su llamado una mujer con un plato y el famoso mendrugo de bollo. Se entabló el siguiente diálogo:

—¿Dónde escondiste el papel, cuatrerá

—Le juro por Dios que no sé dónde está, ¡palabra! Sólo he visto el papel que usa para cubrir su vaso.

—¡Te lo birlaste! En tus ojos puedo ver que te lo volaste.

—¿Para qué? ¡Si ni sé *ler*!

—¡Mientes! ¡Se lo has de haber llevado a tu sacristán, ése que siempre está garrapateando algo!

—El sacristán puede conseguir el papel que se le antoje. No le hacen falta sus desechos.

—¡Espera que llegue el juicio final! ¡Entonces verás lo que es bueno! ¡Los demonios te van a chamuscar! ¡Ya verás cómo te achicharran por lo que has hecho!

—¿Por qué me van a chamuscar, si no he tocado su trozo de papel? ¡Cuando mucho podrán reprocharme alguna debilidad de mujer!, ¡nada más!

—¡Pues te van a chamuscar, ya verás! Dirán: «¡Achichárrate, bellaca, por haber engañado a tu señor!» ¡Y te chamuscarán con tridentes al rojo vivo!

—Pues yo les diré: «¡No hay motivo! Juro que no hay motivo, no tomé el...», pero si lo tiene sobre la mesa. ¡Siempre me acusa usted sin razón!

Pliushkin vio que, en efecto, el pliego estaba sobre la mesa. Calló por un momento, movió los labios como si masticara algo, y dijo:

—Bueno, ¿y por qué tanto descaro?, ¡vaya deslenguada!, ¡le dices una palabra y te suelta diez! Anda, trae fuego para sellar la carta. Espera, eres capaz de coger la vela de sebo, y el sebo es cosa delicada, pues se derrite enseguida consumiéndose sin provecho. Trae una astilla encendida.

Al marcharse Mavra, Pliushkin se sentó en un sillón, tomó una pluma y estuvo un rato dándole vueltas al pliego de papel, viendo el modo de utilizar sólo una mitad, pero finalmente se convenció de que era imposible. Hundió la pluma en un tintero que contenía no sé qué líquido mohoso, con moscas en el fondo,<sup>81</sup> y comenzó a trazar una letras que parecían notas musicales. A cada instante trataba de contener los movimientos de su mano, que tendía a deslizarse con amplitud por el papel, para obtener así una apretada escritura y no desperdiciar ni una línea. Muy a su pesar quedaron varios espacios en blanco y Pliushkin tuvo que lamentarse por ello.

¡A qué mezquindades, pequeñeces y bajezas puede llegar el hombre! ¿Uno podría llegar a ser tan ruin? Es posible, el ser humano es capaz de cualquier cosa. Si mostrásemos a un impetuoso joven el retrato de lo que será en su vejez retrocedería horrorizado. No dejen por el camino sus más preciados impulsos humanos. No los abandonen cuando pasen de los delicados años juveniles a la ruda virilidad, que todo lo endurece. ¡Llévenlos siempre consigo, o jamás podrán recobrarlos! La vejez aguarda, amenazadora y terrible, ¡y no devuelve nada! La tumba es compasiva, en la tumba se lee: «¡Aquí yace un hombre!», pero nada puede leerse en los rasgos fríos e insensibles de la inhumana senectud.

—¿No tendrá usted un conocido —preguntó Pliushkin doblando la carta— que necesite almas fugitivas?

—¿Se le han escapado almas? —preguntó Chíchikov, volviendo en sí bruscamente.

—Por desgracia sí. Mi yerno se ha informado y dice que huyeron sin dejar rastro, que no hay manera de encontrarlas; ese militar se pinta solo para clavar las espuelas, pero cuando se trata de hacer gestiones para los tribunales...

—¿Cuántas son?

—Unas setenta.

---

<sup>81</sup> Pliushkin moja la pluma en un tintero repleto de moscas. En este contexto, sutilmente hematófilo, la sangre de mosca parece la tinta más apropiada para garrapatear un balance de almas muertas.

—¡No es posible!

—Se lo juro. No hay año que no se escape alguno. Esos holgazanes se la quieren pasar tragando y ya ve, aquí apenas alcanza para mí... Los cedería por lo que me dieran. Ande, aconseje a algún amigo suyo que me los compre, con que encuentre una docena habrá hecho un buen negocio. Un siervo inscrito en el registro no vale menos de quinientos rublos.

«¡No dejaremos que nadie meta las narices en esto!», se dijo Chíchikov, y después explicó:

—A ningún amigo le interesará este negocio, pues los beneficios no compensan los gastos; además, como todo el mundo sabe, es mejor mantenerse lejos de los tribunales, pues te pueden dejar más pelado que un pollo. Pero, ya que se encuentra en una situación tan precaria, estoy dispuesto a darle, por amistad... pero, ¡bah! es una insignificancia, una cantidad tan ridícula que no vale la pena mencionar.

—¿Cuánto? —preguntó Pliushkin temblando como un azogado.

—Veinticinco kopeks por alma.

—¿Al contado?

—Sí, ahora mismo le daría el dinero.

—Tenga piedad de mi indigencia, *bátiushka*, deme por lo menos cuarenta.

—¡Respetable amigo! —dijo Chíchikov—. Si dependiera de mí, no las pagaría a cuarenta sino a quinientos por pieza, y lo consideraría un honor, pues veo que usted es un buen hombre que sufre a causa de su generosidad.

—¡Ay, sí, por Dios que sí! —dijo Pliushkin inclinando la cabeza, muy afligido—. Sufro por mi generosidad.

—¿Ve usted? Enseguida lo he comprendido. Se las pagaría a quinientos rublos ¿por qué no? Pero... carezco de bienes, *bátiushka*. Estoy dispuesto a añadir cinco kopeks por alma, así quedarían a treinta.

—Como usted diga, pero ¿y si añade dos kopeks por cabeza?

—Añado dos kopeks, todo sea por complacerlo. ¿Cuántas me dijo que son? ¿Setenta?

—En total, unas setenta y ocho.

—Setenta y ocho... a treinta y dos kopeks la pieza son... veinticuatro rublos con noventa y seis kopeks —dijo Chíchikov tras un breve cálculo, pues era una fiera en aritmética.

Acto seguido hizo que Pliushkin le firmara un recibo y le entregó el dinero. El viejo lo tomó con ambas manos, con mucho cuidado, como si fuera un líquido y tuviese miedo de que se derramara, y se encaminó hacia el escritorio. Cuando por fin llegó, echó un último vistazo al tesoro recién conseguido y lo colocó, con extraordinaria circunspección, en una de las gavetas, donde, sin duda alguna, permanecerá sepultado hasta que los popes Karp y Polikarp, con la consiguiente alegría de su hija, de su yerno y tal vez incluso del capitán que se dice pariente suyo, den santa sepultura a Pliushkin. Después de guardar el dinero, Pliushkin se sentó en el sillón. Al parecer, ya no sabía de qué hablar con su huésped.

—¿Se marcha? —preguntó, por fin, advirtiendo el gesto esbozado por Chíchikov para sacar su pañuelo.

Esta pregunta le recordó que, en efecto, no había por qué entretenerse más.

—Sí, ya es hora —dijo cogiendo el sombrero.

—¿Y su té?

—Lo dejaremos para otra ocasión.

—¡Y yo que he pedido el samovar! Hablando francamente, no soy muy aficionado al té, es una bebida cara, ¡y el azúcar se ha puesto por las nubes! ¡Eh, Proshka, ya no hace falta el samovar! Llévale el trozo de bollo a Mavra, ¿me oyes? Que lo guarde en su sitio. ¡No, no! Tráelo para acá, yo se lo llevo. Adiós, padrecito, que Dios lo bendiga. Dele mi carta al presidente, somos viejos conocidos, ¡fuimos de la misma pandilla!

Enseguida, aquella extraña visión, aquel viejecillo reseco y encogido, acompañó a su huésped hasta el patio. Luego mandó cerrar el portón e inspeccionó sus almacenes para asegurarse de que los guardianes, que daban fe de vida apaleando un tonel vacío, estuvieran en sus puestos. Después se dio una vuelta por la cocina y, con el pretexto de comprobar si comía bien su gente, se atracó de papilla y sopa de coles. Finalmente, riñó a todos sus siervos, acusándolos de holgazanes y de pillos; luego volvió a sus aposentos y, al quedarse solo, se puso a pensar en cómo agradecer la desmedida generosidad de su huésped.

«Le regalaré el reloj de bolsillo; es un buen reloj de plata y no una de esas baratijas de alpaca. Está un poco estropeado, pero puede mandarlo a arreglar. Todavía es joven y necesita un reloj para agradar a su prometida. No, será mejor que se lo deje de herencia, para que se acuerde de mí», se decía Pliushkin.

Nuestro héroe, a pesar de haberse quedado sin reloj, estaba de excelente humor. Aquella inesperada adquisición era un auténtico regalo del cielo. Y es que no sólo había conseguido almas muertas, sino también fugitivas, ¡en total más de doscientas! Es cierto que, al acercarse a las tierras de Pliushkin, había olfateado un buen negocio, pero no imaginaba semejante ganga. Chíchikov iba contentísimo, primero silbó, después, soplando con el puño, imitó una corneta, y terminó aquel recital entonando una canción tan peregrina que Selifán, tras escucharlo un buen rato, meneó la cabeza y exclamó:

—¡Hay que ver lo bien que canta el señor!

Llegaron a la ciudad justo en el momento en que declina la tarde y se entremezclan por completo las sombras y la luz, haciendo difícil distinguir las cosas, que se confunden entre sí. La barrera, de vistosas franjas rojas y blancas, había adquirido un color indefinido; el guardia parecía tener los bigotes en la frente, muy por encima de los ojos, y no se le veía la nariz. Chíchikov se dio cuenta de que habían entrado en el empedrado porque el carruaje comenzó a dar de tumbos. Los faroles aún no se habían encendido; sólo se veía luz en algunas ventanas; mientras tanto, los callejones servían de escenario a los consabidos sainetes nocturnos que tienen lugar en toda ciudad repleta de soldados, cocheros, jornaleros... y cierto tipo de seres de chales rojos y zapatos sin medias que revolotean como murciélagos por las esquinas. Chíchikov no se fijaba en nadie. Ni siquiera prestó atención a los numerosos y delgaduchos funcionarios que, bastón en mano, volvían a casa tras un paseo por las afueras. De vez en cuando llegaban hasta Chíchikov algunas exclamaciones femeninas: «¡Mientes, borracho!», «¡nunca te he permitido semejante grosería!» o «¡no me pegues, maldito!, ¡en la comisaría veremos si tienes...!», en una palabra, expresiones groseras que caen como un cubo de agua fría sobre el soñador de veinte años cuando, al regresar del teatro, evoca una calle española, la noche meridional y una deliciosa muchacha de cabello rizado tocando la guitarra,<sup>82</sup> ¿qué ensueños no flotan en su cabeza? Presa de un divino hechizo, se eleva al cielo, se tutea con Schiller... pero las

---

<sup>82</sup> Para el imaginario colectivo ruso de la época, España era sinónimo de romanticismo, exotismo y misterio.



vulgares conversaciones lo despiertan de golpe. Vuelve a la tierra... para colmo, a la plaza Sénnaya,<sup>83</sup> a la taberna... y tiene que seguir con su ramplona vida.<sup>84</sup>

Por fin, tras dar un último tumbo, la calesa se hundió, como en un foso, ante la puerta de la posada. Petrushka recibió a Chíchikov dándole una mano para bajar del carruaje, mientras con la otra sujetaba los faldones, pues odiaba que se le abriesen. También acudió presuroso el criado de la posada, con una vela en la mano y el paño al hombro. No sabemos si Petrushka se alegró de la llegada del señor, pero lo cierto es que intercambió guiños con Selifán y su expresión, normalmente severa, pareció suavizarse.

—Ha estado el señor mucho tiempo de viaje —dijo el mozo, alumbrando la escalera.

—Es cierto —dijo Chíchikov, en el rellano—. ¿Qué tal van las cosas por aquí?

—¡Bien, gracias a Dios! —respondió el mozo, inclinándose—. Ayer llegó un militar, un teniente. Ocupa el número dieciséis.

—¿Un teniente?

—No estoy seguro, pero viene de Riazán y trae caballos bayos.

—¡Estupendo, estupendo!, sigue portándote bien —dijo Chíchikov entrando en su aposento. Al cruzar por la antesala frunció la nariz y dijo a Petrushka: ¡por lo menos podrías abrir las ventanas!

—Las abrí —dijo Petrushka, aunque era mentira.

Por lo demás, aún sabiendo que el pillete mentía, Chíchikov no insistió, pues el viaje lo había fatigado y no tenía ganas de discutir. Tomó una cena muy ligera, compuesta tan sólo de un lechoncito, se desnudó inmediatamente, se metió en la cama y enseguida durmió como un tronco, a pierna suelta, como sólo duermen los dichosos mortales que ignoran lo que son las hemorroides, las pulgas, y las grandes facultades del intelecto.

---

<sup>83</sup> La mención de este sitio no es casual. Era el nombre de una ruidosa plaza comercial de San Petersburgo donde se efectuaban los castigos públicos.

<sup>84</sup> La escena es típicamente gogoliana: lo cotidiano se desquicia sutilmente hasta volverse surrealista. Una muestra de la «apacible» anomalía que pende sobre toda la narración.

## Capítulo VII

¡Feliz el viajero que, tras un largo y tedioso camino soportando frío, tormentas, calles enlodadas y campanillas molestas; tras haber lidiado con cocheros, jefes de posta, herreros y demás canallas, ve, por fin, el tejado y las acogedoras luces de su hogar y es recibido con manifestaciones de gozo: la algarabía de los niños, las dulces palabras y los ardientes abrazos de sus seres queridos destierran de su memoria toda pena! ¡Feliz el padre de familia que posee tal rincón!, ¡pero, ay, pobre del soltero!

¡Feliz el escritor que rehúsa los caracteres banales y retrata únicamente almas nobles; feliz el escritor que, del continuo ir y venir de imágenes confusas, recoge sólo lo que destaca por su pureza; que no falsea jamás el tono elevado de su lira, que no se inclina hacia los simples mortales y se cierne en las regiones de lo sublime! Su privilegiado destino es doblemente envidiable: se siente en familia entre estos seres y los ecos de su gloria resuenan en todo el universo. Vela los ojos de los hombres con embriagadores humos, a los que adula prodigiosamente, para no dejarles ver más que dignidad y belleza, ocultando lo que hay de penoso en la vida. Todo el mundo lo aplaude, todos se apresuran tras su coche triunfal. Se le proclama poeta universal, se afirma que, así como el águila rebasa a otras aves de altos vuelos, él supera a todos los grandes espíritus. Los corazones jóvenes se estremecen al oír su nombre y lo vitorean entre lágrimas de gratitud... ¡Nadie lo iguala en poderío, es un dios! Distinta suerte le espera, sin embargo, al escritor que se atreve a remover el limo de bajezas en que se enfanga nuestra vida; que se atreve a bucear en el abismo de las naturalezas insensibles, mezquinas y vulgares que encontramos a cada paso en el curso de nuestra mundana peregrinación (¡a veces tan penosa, a veces tan amarga!) y que, con despiadado buril, muestra a la luz del día lo que nuestros indiferentes ojos se negaban a ver. Éste no conocerá aclamación popular ni lágrimas de gratitud; no despertará pasiones heroicas en los corazones de dieciséis años; no se fascinará con su propia voz; no evitará, en fin, el juicio de sus hipócritas contemporáneos, que tacharán sus creaciones de escritos despreciables y extravagantes, le asignarán un mísero rincón entre los escritores que han ofendido a la humanidad y le atribuirán los vicios de sus héroes, negándole corazón, alma y la chispa divina del talento. El tribunal de los contemporáneos no admite que se use una misma lente para escrutar los movimientos de insectos imperceptibles y observar los cielos; niega que haga falta talento para iluminar un cuadro

de la vida abyecta y hacer de él una perla de creación; niega que una potente carcajada valga tanto como un bello gesto lírico y que exista un abismo entre semejante risa y la mueca del bufón. Negando esto, todo lo convierte en reproche y difamación para el escritor no reconocido: ninguna voz responderá a la suya; cual viajero sin familia, permanecerá aislado en medio del camino. Austera es su carrera, áspera su senda y amarga su soledad.<sup>85</sup>

Por obra y gracia de un poder superior, tendré que caminar aún por largo tiempo al lado de mis extraños héroes para contemplar, a través de la risa aparente y de lágrimas insospechadas, el infinito desenvolvimiento de la vida. Lejano está aún el momento en que la terrible ventisca de la inspiración, brotando de otro hontanar, se alce sobre la testa envuelta en un sagrado horror y un halo de luz, y el hombre perciba, con confuso temblor, el majestuoso retumbar de otras palabras...

¡Adelante! ¡En marcha! ¡Fuera la arruga que ha surcado la frente y la sombría severidad del rostro! Sumerjámonos de repente en la vida, en su sordo chisporroteo, y veamos lo que hace Chíchikov.

Chíchikov se despertó, se estiró y se sintió muy descansado. Permaneció un par de minutos echado boca arriba; pero, recordando de pronto que era dueño de casi cuatrocientas almas, chasqueó los dedos y adquirió un aspecto radiante. Saltó del lecho sin mirarse al espejo, a pesar de que sentía verdadero aprecio por su rostro; al parecer, lo que encontraba más atrayente era la barbilla, pues con frecuencia, sobre todo al afeitarse, la presumía ante sus amigos: «Mira qué barbilla tengo: es completamente redonda», solía decir pasándose la mano por la cara. Pero esta vez, olvidándose del mentón y del rostro, se calzó enseguida un par de botas de tafilete jaspeado (con las que, gracias a la molicie de nuestro carácter, la ciudad de Torzhok ha hecho un gran negocio) y, vestido únicamente con una camiseta corta como si fuese escocés, olvidándose de todo decoro y compostura y de la respetabilidad de sus años, ejecutó un par de cabriolas, entrechocando los talones. Luego, sin más dilación, se puso manos a la obra y, con visible placer, como el incorruptible juez de provincia que toma asiento ante una mesa bien provista de bocadillos y aperitivos tras un esforzado interrogatorio, se frotó las manos y sacó los papeles que guardaba en el cofre. Como deseaba zanjar el asunto cuanto antes, decidió redactar por su

---

<sup>85</sup> Las digresiones del autor son confesiones y advertencias, peticiones de comprensión y quejas desafiantes acerca de probables errores de interpretación. Son, también, testimonios de un nuevo concepto sobre la función del escritor, quien, para Gógol, tenía que preocuparse por el efecto de sus obras en la sociedad.

cuenta las actas, además, de este modo se ahorraba el pago a los escribientes. Conocía muy bien la fórmula oficial, así que escribió sin vacilar, con mayúsculas «Año mil ochocientos y tantos» y a continuación, con minúsculas: «Yo, Fulano de Tal, terrateniente» y cuanto hacía falta. En dos horas quedó todo listo. Después se puso a contemplar lo que había escrito... en aquellos folios figuraban nombres de *muzhiks* que alguna vez fueron de carne y hueso, que trabajaban, labraban, se emborrachaban, guiaban coches y engañaban, quizá, a sus señores. Al contemplarlos, se apoderó de su ánimo un sentimiento extraño, incomprensible para él mismo. Cada una de las listas parecía tener un carácter peculiar que transmitía a los *muzhiks* que la componían. Los que habían pertenecido a Koróbochka tenían, casi todos, motes y apodos. La relación de Pliushkin se distinguía por su laconismo: a menudo figuraban sólo las iniciales de los nombres y el patronímico. La lista de Sobakévich sorprendía por su insólita abundancia de pormenores: no se había omitido ninguna de las cualidades de los *muzhiks*. De uno se decía: «Buen carpintero». A otro se le añadía: «Entiende del oficio y no bebe». Se indicaba asimismo, circunstanciadamente, quiénes eran el padre y la madre y cómo se comportaban uno y otra. De un tal Fédotov se decía: «Padre desconocido, su madre es la sierva Kapitolina; pero tiene buen carácter y no roba».

Todos estos detalles producían una singular impresión de realidad; podría pensarse que los *muzhiks* estaban vivos el día anterior. Chíchikov se enterneció y dijo suspirando: «¡Santo Dios, cuántos están embutidos aquí! ¿Qué hacían en vida, corazoncitos míos? ¿Cómo sobrevivían?» Sus ojos se detuvieron involuntariamente en un nombre, el de nuestro conocido Piotr Savéliev *Desprecia-tinas*, antiguo siervo de Koróbochka. Chíchikov no pudo contenerse y volvió a decir: «¡Qué nombre tan largo, ocupas toda la línea! ¿Tenías un oficio o fuiste un simple labriego? ¿Cómo moriste? ¿Estiraste la pata en la taberna o te destripó un pesado coche mientras dormías a medio camino? *Tapón* Stepán, carpintero, no bebía jamás. ¡Aquí está Stepán *Tapón*, el *bogatir* que pudo haber sido un buen guarda! Seguramente recorrías toda la provincia con el hacha a la cintura y las botas colgadas al hombro, alimentándote con un kopek de pan y dos de pescado seco, para llevar, al regreso de tus campañas, un centenar de rublos en la bolsa y, quizá, un billete cosido en el pantalón o escondido en las botas. ¿Dónde acabaste tus días? ¿Te subiste a la cúpula de una iglesia y trepaste hasta la cruz para después resbalar y estrellarte contra el suelo?, ¿algún tío Míjei, que pasaba por allí, dijo rascándose el cogote “Ay, Vania, qué mala pata has tenido”, para enseguida atarse una cuerda a la cintura y ocupar tu sitio?

“Maxim Teliátnikov, zapatero” ¡Ja, zapatero! “borracho como un zapatero”, dice el refrán. Te conozco, te conozco bien, palomita. Voy a contar tu historia: aprendiste el oficio con un alemán que les daba de comer a todos juntos, los zumbaba con un tirapié por su negligencia y no los dejaba salir a la calle a hacer trastadas. Tú trabajabas a las mil maravillas y el alemán no se cansaba de alabarte ante su mujer o algún camarada. Al terminar tu aprendizaje te dijiste: “Ahora me estableceré por mi cuenta, pero no haré como el alemán, que va reuniendo los kopeks de uno en uno, sino que me enriqueceré de golpe”. Pagado el tributo a tu señor, abriste un tallercito, recogiste un buen número de encargos y te pusiste a trabajar. Adquiriste no sé dónde un cuero podrido muy barato y ganaste, en cada par de botas, dos veces más que el alemán, pero a las dos semanas se hicieron trizas; y te pusieron como un trapo. Abandonaste el tallercito, ahogaste tus penas en la bebida y te dedicaste a deambular por las calles, farfullando: “¡El mundo está mal hecho! ¡Los rusos no pueden ganarse la vida, únicamente hay sitio para los alemanes!”. Pero, ¿quién es este Gorrión Yelizaveta?, ¡una vieja!, ¡Cómo ha llegado hasta aquí? ¡El miserable de Sobakévich me ha colado una vieja!».

Chíchikov tenía razón, efectivamente, se trataba de una vieja. ¿Cómo fue a parar allí? Imposible saberlo, pero estaba inscrita con tanta astucia que de lejos se la podría tomar por varón, pues Sobakévich escribió el nombre de tal manera que podía leerse Yelizavet en vez de Yelizaveta.<sup>86</sup> Sin embargo, Chíchikov no lo tomó en consideración y lo tachó enseguida. «¡Grigori Irás y no llegarás!» ¿Quién fuiste? Sin duda un carretero que tras haberse comprado tres caballos y un viejo armatoste dijo adiós a su gente y al agujero en que nació para irse a trasladar mercaderes de feria en feria. ¿Entregaste tu alma a Dios en el camino?, ¿diste la vida por alguna comadre gordinflona y rubicunda?, ¿tus manoplas de cuero y tus caballos (rechonchos y de poca alzada, pero fuertes al fin y al cabo) despertaron la codicia de algún vagabundo que rondaba por el bosque?, ¿o será que, tumbado en el pescante, te pusiste a pensar, a pensar... y tanto pensaste que te encaminaste a la taberna y fuiste a parar directamente a un agujero abierto en el hielo, ¿o simplemente te echaste al río y sanseacabó? ¡Ay, hombre ruso! ¡No te gusta morir de muerte natural! ¿Y ustedes, palomitas?, prosiguió, clavando su mirada en la lista de Pliushkin, donde figuraban los siervos fugitivos. Están vivos, es cierto, ¡pero qué se puede esperar de

---

<sup>86</sup> Sobakévich escribe Елизавета de modo que la última letra (a) pueda confundirse con el signo duro ъ, una letra no vocalizada que indica que la consonante precedente no está palatalizada. Con esto logra engañar a Chíchikov pues, leído de prisa, Елизаветъ puede tomarse por nombre de varón.

ustedes! Es como si estuvieran muertos. ¿A dónde los llevan sus rápidos pies?, ¿tan mal vivían con Pliushkin?, ¿o es que, simplemente, les gusta vagar por su cuenta y asaltar viajeros? ¿Han dado con sus huesos en la cárcel o se han acomodado con otros señores y labran la tierra? Ereméi *El Testarudo*, Nikita Fúgarov, su hijo Antón Fúgarov; estos dos, a juzgar por los apellidos, sabían mover las piernas. «Popov: criado»; éste, sin duda, sabe escribir, seguro que no echas mano del cuchillo sino que te dedicas a robar con buenas artes. Pero te has dejado pillar sin pasaporte y te detiene el capitán de la policía. En el careo te comportas con desparpajo. «¿De quién eres?», te pregunta el capitán dedicándote en esta ocasión propicia una palabrita fuerte. «Del terrateniente Fulano de Tal», respondes sin vacilar. «¿Por qué estás aquí?», pregunta el capitán. «Se me permite trabajar fuera de la hacienda y pago tributo al señor por ello», respondes sin pestañear. «¿Dónde está tu pasaporte?». «Lo tiene mi amo, el artesano Pímenov». «¡Llamen a Pímenov!»». «¿Eres Pímenov?». «Soy Pímenov». «¿Te ha entregado éste su pasaporte?». «No, a mí no me ha dado ningún pasaporte». «¿Por qué mientes?», pregunta el capitán añadiendo otra palabrita fuerte. «Confieso que no se lo entregué porque llegó tarde a casa, pero se lo dejé al campanero Antip Prójorov». Respondes sin amilanarte. «¡Que venga el campanero!». «¿Te dio el pasaporte?». «No, yo no lo tengo». «¿Por qué has mentido otra vez?», dice el capitán reforzando la pregunta con otra palabrita fuerte. «¿Dónde está tu pasaporte?». «Lo tenía, pero creo que lo perdí por el camino». «¿Y este capote de soldado?», pregunta el capitán obsequiándote otra vez con alguna palabrita lisonjera, «¿por qué lo robaste? ¿Y por qué le robaste al cura un baúl con monedas de cobre?». «Yo no he sido», dices sin titubear «no he cometido ningún robo». «¡Ah, no! Seguramente el capote te ha ido a buscar a casa, ¿verdad?». «No lo sé, alguien lo habrá traído». «¡Bestia!», grita el capitán moviendo la cabeza y con los brazos en jarras. «Pónganle un grillete y llévenlo a la cárcel». «¡Como usted mande! Por mí, voy con mucho gusto», respondes y, sacando del bolsillo la tabaquera, ofreces rapé a los dos soldados inválidos<sup>87</sup> que te remachan los hierros y les preguntas amistosamente si hace mucho que están de licencia y en qué guerra lucharon. Ya estás bajo llave, el proceso sigue su curso, el tribunal examina tu causa. De Tsarevo-Kokshaisk te envían a otra ciudad; de allá, a Vesiegonsk o a cualquier lado; y así te lo pasas, de cárcel en cárcel. Al examinar tu nueva morada te dices: «Definitivamente,

---

<sup>87</sup> Algunas veces, los soldados veteranos fuera de servicio participaban en detenciones de civiles.

se estaba más a gusto en Vesiegonk, había más espacio, se podía jugar a la taba y, además, la vida social era más variada».

«¡Avvakum Fírov! ¿Qué eres tú, hermano?, ¿por dónde andas? ¿Has ido a parar al Volga?, ¿te has dejado seducir por la vida libre y te metiste de sirgador?...». Chíchikov interrumpió su perorata y se quedó un tanto pensativo. ¿Pensaba en el destino de Avvakum Fírov o en el suyo propio, como piensa todo ruso, de cualquier edad, rango y condición, cuando piensa sobre la vida sin freno ni ataduras? En efecto, ¿dónde se encuentra ahora Fírov? Sin duda alquiló sus servicios a mercaderes y se pasea ruidosa y alegremente en algún embarcadero de trigo. Sus camaradas, con cintas y flores en el sombrero, se despiden de sus mujeres o de sus queridas, hermosas, altas y esbeltas mozas adornadas con cintas y collares de monedas. La plaza bulle, cantos y danzas se entremezclan mientras los cargadores se echan a la espalda, con ayuda de sus ganchos, hasta nueve puds de guisantes o de trigo que luego verterán ruidosamente en las profundas barcazas. Fardos de avena y otros cereales tapizan el suelo; se amontonan pirámides de sacos, como hongos, formando un enorme arsenal destinado a desaparecer en los flancos profundos de las panzudas embarcaciones que, en interminable flota, se pondrán en marcha cuando llegue el deshielo primaveral. ¡Entonces les habrá llegado la hora de trabajar, sirgadores! Y todos a una, como antes se divertían y hacían tonterías, pondrán manos a la obra y sudarán, arrastrando la sirga al compás de una canción infinita, como Rusia misma.<sup>88</sup>

«¡Ay! ¡Las doce!», exclamó Chíchikov, mirando el reloj. «¿Qué hago aquí papando moscas? Si por lo menos hubiera hecho algo de provecho, pero me he puesto a hablar a lo tonto y luego me he quedado pensativo ¡Qué imbécil!». Dicho esto, cambió su atavío escocés por un traje a la europea, se apretó el cinturón sobre la voluminosa tripa, se echó unas gotas de colonia, tomó una gorra de invierno y, con los papeles bajo el brazo, se encaminó hacia la Cámara Civil para registrar las actas. Se dio prisa, no porque temiera llegar tarde, pues el presidente era amigo suyo y podía alargar o reducir a su antojo las horas de oficina, al igual que el antiguo Zeus de Homero alargaba o acortaba los días para permitir a sus héroes favoritos ganar un combate o para cortar en seco sus querellas. No temía llegar tarde, pero deseaba ultimar el asunto lo antes posible. De no hacerlo estaría inquieto, pues le asaltaba la idea de que las almas no eran del todo auténticas. «En tales

---

<sup>88</sup> Las almas muertas «reviven» por segunda vez gracias a la capacidad inventiva de Chíchikov, quien, al igual que su creador, es un forjador de palabras capaz de orquestar ficciones a partir de unos cuantos detalles.

casos lo mejor es deshacerse cuanto antes del fardo que se lleva a cuestras», se dijo. Salió reflexionando sobre ello, pero, eso sí, sin olvidar echarse sobre los hombros una piel de oso forrada con paño de color canela.

Apenas había tenido tiempo de asomar la nariz, cuando, al doblar la esquina, tropezó con un señor que también llevaba una piel de oso forrada y una gorra de invierno con orejeras. El señor lanzó un grito y se arrojó a sus brazos. Era Manílov. Nuestro héroe correspondió al apretón y así, abrazados en plena calle, permanecieron cerca de cinco minutos. Se prodigaron tantos besos, ¡y tan efusivos!, que durante todo el día les dolieron las encías. El emocionado rostro de Manílov era una mueca, pues a causa de tanto gesto se le habían desdibujado los ojos y su cara era toda nariz y labios. Manílov retuvo la mano de Chíchikov un cuarto de hora, dejándola casi al rojo vivo. Fiel a su estilo, esto es, usando términos rebuscados que hacía pasar por exquisitos, Manílov refirió que, precisamente, estaba buscándolo para lanzarse a sus brazos. Terminó su discurso con un cumplido muy galante, como si fuera un pretendiente seduciendo a su doncella. Chíchikov, sin saber en qué tono responder al galanteo, abrió la boca para agradecer las palabras de Manílov, pero éste, de repente, se sacó del abrigo un paquete atado con una cintita rosa y —haciendo un gracioso movimiento con los dedos— se lo entregó.

—¿Qué es esto?

—Los *muzhiks*.

—¡Ah!

Chíchikov desenrolló enseguida el envoltorio y, tras echarle un vistazo, alabó la perfección del escrito.

—Precioso trabajo; pero no hacía falta copiarlo. ¡Y con orla y todo! ¿Quién lo ha dibujado con tanto arte?

—¡Bah!, no tiene importancia —respondió Manílov.

—¿Usted?

—Mi esposa.

—¡Oh, Dios mío! Me appena haberle causado tantas molestias.

—Cuando de Pável Ivánovich se trata, no existen las molestias.



Chíchikov se inclinó en señal de agradecimiento. Al saber que su Pável Ivánovich se dirigía al tribunal para formalizar la compra, Manílov se ofreció a acompañarlo. Los dos amigos se encaminaron hacia allá dándose el brazo. Cada vez que encontraban una pequeña elevación, una cuestecita o un peldaño, Manílov sostenía a Chíchikov y prácticamente lo levantaba en vilo, declarando, con agradable sonrisa, que no permitiría, ¡de ningún modo!, que Pável Ivánovich lastimara sus delicados piececitos. Chíchikov no sabía cómo agradecersele, le remordía la conciencia, pues se daba cuenta que pesaba lo suyo. Así, prestándose tales servicios, llegaron por fin a la plaza donde se alzaba el tribunal, un enorme edificio de piedra, de tres pisos, cuya blancura de yeso simbolizaba, sin duda, la pureza de las almas que allí cobijaba. Este edificio contrastaba por sus dimensiones con otros ornamentos de la plaza: una garita con su centinela fusil en mano, dos o tres paradas de coches y, finalmente, largas empalizadas adornadas con los típicos dibujos trazados a carbón y tiza. Tal era el desolado emplazamiento que se suele llamar «una hermosa plaza».

Por las ventanas de los pisos segundo y tercero se asomaban las insobornables cabezas de los sacerdotes de Temis, quienes, en ocasiones, desaparecían repentinamente; con toda seguridad, en aquel momento el jefe entraba en la oficina. Los dos amigos subieron o, mejor dicho, volaron sobre la escalera, pues Chíchikov apresuraba el paso para librarse de las atenciones de Manílov, quien, por su parte, se precipitaba tras él, tratando de aligerar la fatiga de Pável Ivánovich; de suerte que ambos jadeaban de lo lindo cuando penetraron en el oscuro pasillo. Ni los pasillos ni las habitaciones se distinguían por su limpieza; en aquel entonces, nadie se preocupaba por estas cosas: lo que estaba sucio, sucio se quedaba, sin que nadie le echara una mano. Temis se mostraba tal cual era, sin afeites. Para hacerlos sentir en confianza, la diosa recibía a sus invitados en bata y pantuflas.

Convendría describir aquí las oficinas que cruzaron nuestros héroes; pero el autor experimenta una insuperable timidez ante los recintos públicos. Cuando ha tenido que pasar por alguno de ellos, incluso en los más presentables —madera encerada, escritorios barnizados— ha procurado pasar lo más rápidamente posible, con la mirada baja, razón por la cual desconoce en absoluto su magnificencia. Nuestros héroes vieron papeles en blanco y garrapateados, cabezas inclinadas, anchas nuca, fraques, levitas y redingotes a la moda de provincia... vieron, incluso, una modesta chaquetilla gris claro que se destacaba entre

lo demás. El hombre que la llevaba tenía la cabeza inclinada hacia un lado y casi pegada al papel; escribía con diestra pluma, seguramente, algún un proceso sobre usurpación de tierras o el embargo de una finca contra algún pacífico terrateniente, el cual, a pesar de ello, seguirá viviendo en su propiedad, donde le nacerán hijos y nietos, y esperará tranquilamente la muerte, sin que le afecte en absoluto aquel embargo. Se oían también, de vez en cuando, una voz ronca que desgranaba lacónicas expresiones: «¡Fedoséi Fedoséivich, pásame el expediente n° 368!». «¡Siempre se le pierde el tapón del tintero!». A veces resonaba imperativa una voz majestuosa, sin duda de algún jefe: «Toma, copia esto! ¡Si no, mandaré que te quiten las botas y te haré pasar seis días en ayunas!». <sup>89</sup> El roce de las plumas sobre el papel era tan estruendoso como el paso de los carros, cargados de heno, por un bosque cubierto de hojas secas.

Chíchikov y Manílov se acercaron a la primera mesa, que estaba ocupada por dos funcionarios todavía jóvenes, y preguntaron:

—¿Disculpen, podrían decirnos dónde se registra la compra de siervos?

—¿Qué se le ofrece? —preguntaron los dos funcionarios a la vez.

—Deseo presentar una solicitud.

—¿Qué compró usted?

—Primero quisiera saber dónde está la sección de títulos de compra, ¿es aquí o en otro lugar?

—Pues díganos qué compró y cuánto le costó, y entonces le indicaremos a dónde dirigirse. De otro modo, no podemos ayudarle.

Chíchikov enseguida se dio cuenta de que, como todos los funcionarios jóvenes, aquellos dos mozalbetes eran curiosos y querían darse importancia.

—Escuchen, amigos, sé muy bien que todos los asuntos de compra, del importe que sea, se tramitan en un mismo sitio. Les ruego que nos indiquen la mesa correspondiente; si no saben cómo funciona su oficina díganlo y ya está, podemos preguntar a otro empleado.

---

<sup>89</sup> Se refiere a un castigo común en la época: si un escribiente incumplía con su trabajo, el jefe ordenaba que le quitaran las botas y lo tuviesen encerrado en la oficina hasta que lo terminara.

Los funcionarios no replicaron. Uno de ellos se limitó a señalar una esquina de la estancia, donde un viejo, sentado ante su mesa, marcaba unos documentos. Chíchikov y Manílov se acercaron pasando entre los escritorios. El viejo parecía absorto en su tarea.

—¿Disculpe, podría decirnos si aquí es el registro de siervos? —preguntó Chíchikov, inclinándose.

El viejo levantó la mirada y dijo lentamente:

—Aquí no se registra la compra de siervos.

—¿Y entonces dónde?

—En la sección de siervos.

—¿Y dónde está la sección de siervos?

—Es la de Iván Antónovich.

—¿Y dónde está Iván Antónovich?

El viejo señaló otro ángulo de la pieza. Chíchikov y Manílov se dirigieron hacia Iván Antónovich. Éste ya los había mirado de reojo, pero en aquel justo momento se sumió, con extrema atención, en su labor.

—¿Disculpe, podría decirnos si aquí es el registro de siervos? —preguntó Chíchikov, inclinándose.

Aparentemente, Iván Antónovich no escuchaba, pues seguía con la cabeza metida en sus legajos, sin decir ni pío. Saltaba a la vista que era un hombre de edad madura y no un jovencuelo charlatán y aturdido. A juzgar por su aspecto, Iván Antónovich había rebasado desde hacía mucho los cuarenta. Tenía el cabello negro y espeso; la parte central de la cara se le destacaba, prominente, dando realce a la nariz. Su rostro era, en una palabra, de los que suelen llamarse “jeta de jarro”.

—Disculpe, ¿podría decirnos si aquí es el registro de siervos? —insistió Chíchikov.

—Aquí es —dijo Iván Antónovich, levantando su jeta de jarro, que volvió a hundir de inmediato en sus legajos.

—Pues verá usted, el asunto es el siguiente: he comprado, con fines de colonización, campesinos a varios terratenientes de la provincia. Las actas ya están redactadas, sólo hay que legalizarlas.

—¿Están presentes los vendedores?

—Algunos sí, los otros me han dado poderes.

—¿Trae usted la instancia?

—También traigo la instancia. Y desearía... es decir, tengo prisa... ¿No sería posible ultimar el asunto hoy mismo, por ejemplo?

—¿Hoy? ¡Imposible! —repuso Iván Antónovich, hay que pedir informes, comprobar que no exista ningún impedimento...

—Por lo demás, si hiciera falta acelerar el asunto... debo decirle que Iván Grigorévich, el presidente, es mi amigo.

—Iván Grigorévich no es el único que manda aquí; hay... otros —dijo solapadamente Iván Antónovich.

Chíchikov sopesó la indirecta lanzada por Iván Antónovich, y contestó:

—No podrán quejarse, he sido funcionario... y conozco las costumbres del gremio.

—Vaya con Iván Grigorévich —dijo Iván Antónovich en un tono menos áspero—. Que dé la orden a quien corresponda; por nosotros no quedará.

Chíchikov se sacó del bolsillo un billete y lo dejó ante Iván Antónovich, quien, al parecer sin darse cuenta, lo cubrió de inmediato con un libro. Chíchikov quiso mostrarle dónde había quedado el billete, pero Iván Antónovich, con un movimiento de cabeza, le dio a entender que no era necesario.

—¡Éste los acompañará al despacho! —dijo Iván Antónovich señalando con otro movimiento de cabeza a uno de los oficiantes de aquel templo. El mozo que los condujo había ofrecido tantas víctimas a Temis, y con tanto celo, que los codos de su levita estaban completamente agujereados y dejaban asomar el forro, lo que le había valido el ascenso a registrador colegiado. Como Virgilio a Dante, el mozo hizo de guía a nuestros amigos y los acompañó al despacho del superior, donde, tras el *zertsalo*<sup>90</sup> y una mesa que soportaba dos gruesos libros, se extendía una larga fila de anchos sillones. El presidente reinaba en sus fueros, como un sol. Ante el aspecto del santuario, el nuevo Virgilio, presa de un reverente

---

<sup>90</sup> Pirámide triangular de cristal con un decreto de Pedro I escrito en cada una de sus caras. Se colocaba en todas las oficinas públicas de Rusia como símbolo de la justicia.

temor, dio media vuelta y se marchó, dejando ver, al retirarse, la espalda de una chaquetilla tan raída como una arpillera y adornada con plumas de gallina que sabe Dios dónde se le habían pegado. Al entrar en el despacho, nuestros amigos se percataron de que el presidente no estaba solo, pues a su lado se hallaba Sobakévich, a quien el *zertsalo* ocultaba por completo. La llegada de los visitantes fue acogida con exclamaciones de júbilo. El sillón gubernamental reculó ruidosamente. Sobakévich también se levantó de su asiento y se hizo visible de pies a cabeza, con sus largas mangas. El presidente acogió a Chíchikov con un abrazo; en el despacho resonaron varios besos; se preguntaron por su salud, y resultó que los dos padecían de lumbago, lo cual atribuyeron enseguida a la vida sedentaria. Al parecer, Sobakévich había abierto la boca, pues el presidente estaba ya enterado de la compra y felicitó a Chíchikov, lo que de momento desconcertó a nuestro héroe, sobre todo cuando vio que Sobakévich y Manílov, con quienes había realizado la operación en secreto, se hallaban juntos. Sin embargo, dio las gracias al presidente y volviéndose enseguida hacia Sobakévich, preguntó:

—¿Y usted, qué tal se encuentra?

—Gracias a Dios, no puedo quejarme —respondió Sobakévich.

En efecto, no había motivo alguno de queja: antes podría resfriarse y toser el hierro que aquel terrateniente de asombrosa constitución.

—Siempre ha sido famoso por su salud —dijo el presidente, su difunto padre era también un hombre muy fuerte.

—Era capaz de enfrentarse a un oso —añadió Sobakévich.

—¡Me parece que, de quererlo, también usted tumbaría a un oso! —dijo el presidente.

—No lo tumbaría —repuso Sobakévich—. Mi difunto padre era más fuerte que yo. La gente de ahora no es como antes. Vean, por ejemplo, la triste vida que llevo. ¿Qué clase de vida es ésta? Parece que...

—¡Triste, dice! ¿Pero qué tiene de triste su vida? —preguntó el presidente.

—Algo anda mal, algo anda mal —respondió Sobakévich moviendo la cabeza—. Juzgue usted mismo, Iván Grigorévich, paso de los cuarenta y nunca he estado enfermo.

Si al menos me hubiese dolido la garganta o salido un absceso o un forúnculo... ¡esto es un mal agüero! ¡Algún día lo pagaré caro! —dijo, abatido de repente.

«¡Vaya!, ¡y todavía se queja!», pensaron al mismo tiempo Chíchikov y el presidente.

—Tengo una cartita para usted —dijo Chíchikov sacando del bolsillo la misiva de Pliushkin.

—¿De quién? —preguntó el presidente, y al abrirla exclamó—: ¡Ah, de Pliushkin! ¿Sigue vivo? ¡Lo que es el destino!, ¡con lo inteligente y rico que era! En cambio ahora...

—Es un perro —dijo Sobakévich—, un canalla que mata de hambre a su gente.

—Claro, claro —dijo el presidente tras haber leído la carta—. No tengo inconveniente en actuar como apoderado suyo. ¿Cuándo desea registrar sus actas?

—Ahora mismo. Incluso le rogaría que, de ser posible, se ultimara hoy el asunto, pues quisiera marcharme mañana de la ciudad. He traído los documentos de compra y la solicitud.

—Bien, pero no crea que lo dejaremos marchar tan pronto. El asunto se ultimaré hoy mismo, pero tiene que pasar algunos días más con nosotros. Voy a dar la orden inmediatamente —dijo, y abrió la puerta que daba a la oficina, atestada de empleados que revoloteaban de aquí para allá, como laboriosas abejas en las celdillas de sus panales, si es que cabe comparar los panales con las oficinas—. ¿Está Iván Antónovich?

—Aquí está —respondió una voz desde dentro.

—¡Dígale que venga!

Iván Antónovich, el jeta de jarro que conoce ya el lector, se presentó en el despacho, inclinándose respetuosamente.

—Tome usted, Iván Antónovich, registre estas actas de compra.

—No olvide usted, Iván Grigorévich —dijo Sobakévich— que harán falta dos testigos por cada parte. Mande buscar al fiscal, es un hombre desocupado y seguramente estará en casa, pues todo lo hace el pasante Escrófula, que es un rata. El inspector de sanidad también es un hombre ocioso y debe de estar en casa, a menos que haya salido a jugar a las cartas; hay muchos otros por el estilo y que viven más cerca, como Don Carcoma y Don Cobardica. ¡Puro ocioso que está de más en el mundo!

—Exacto, exacto —dijo el presidente, y enseguida ordenó que los buscaran.

—Tengo que pedirle otra cosa —dijo Chíchikov—. Mande llamar al apoderado de una señora con quien hice negocios. Se trata de uno de sus empleados, el hijo del padre Kiril, el arcipreste.

—¡Cómo no! También lo mandaremos llamar —dijo el presidente—. Se hará todo lo necesario, pero no suelte ni un kopek a mis subordinados, se lo ruego. Mis amigos no pagan.

Dicho esto, dio a Iván Antónovich una orden que, por lo visto, no fue del agrado de este último. Al parecer, las actas causaron buena impresión al presidente, sobre todo cuando vio que el importe de las adquisiciones se aproximaba a los cien mil rublos. Contempló a Chíchikov durante algunos instantes, con muestras de gran satisfacción, y profirió al fin:

—¡Bueno, bueno! ¡Así que hemos hecho una buena adquisición, Pável Ivánovich!

—Así es —respondió Chíchikov.

—¡Buena cosa, la verdad, muy buena cosa!

—Así es, yo mismo me doy cuenta de que no pude haber hecho nada mejor. Se diga lo que se diga, el hombre halla verdaderamente su camino cuando abandona las vanas quimeras de la juventud y se asienta con pie firme sobre una base sólida.

Y aprovechando la ocasión, muy oportuna para despotricar contra el liberalismo de los jóvenes —que bien merecido lo tienen—, soltó un discurso. No obstante, en su diatriba se advertía cierta vacilación: «¡Hay que ver cómo mientes, hermano! parecía decirse.» No se atrevía a mirar a Manílov ni a Sobakévich, por temor a lo que pudiera leer en sus ojos. Aprensión inútil: el rostro de Sobakévich permanecía impasible y Manílov, fascinado por las palabras de Chíchikov, sólo meneaba la cabeza, asintiendo con la satisfacción beatífica de un melómano ante una cantante que, sobrepujando al violín, lanza una nota aguda capaz de humillar la garganta de un pájaro.

—¿Por qué no cuenta nada acerca de sus compras? —interrumpió Sobakévich—. ¿Y usted, Iván Grigórievich, por qué no le pregunta qué adquisiciones ha hecho? ¡Ah, qué gente me compró!, ¡oro puro! Figúrese que le he vendido a mi carroceros Mijéiev.

—¿Cómo! ¿Ha vendido a Mijéiev? —dijo el presidente—. Lo conozco, es un excelente operario, me arregló la carretela. Pero, un momento... ¿cómo es posible?... ¿No me dijo usted que había muerto?...

—¿Quién, Mijéiev?, ¡qué va! Quien murió fue su hermano. Mijéiev sigue vivo y coleando e incluso se encuentra mejor que nunca. Hace unos días terminó una calesa como no la harían ni en Moscú. Hablando francamente, debería trabajar para el zar —repuso Sobakévich sin inmutarse en lo más mínimo.

—Sí, Mijéiev es un maestro en su arte, por eso me admira que se desprenda usted de él.

—¡Ojalá fuese el único! He vendido también al carpintero *Tapón* Stepán, al ladrillero Milushkin y al zapatero Teliátinov Maxim... ¡Los he vendido a todos!

Cuando el presidente preguntó por qué se había desprendido de tales tesoros, hombres de oficio y necesarios para la hacienda, Sobakévich respondió con vago gesto.

—¿Qué quiere usted? Es un capricho que he tenido: los voy a vender, me dije, y así lo hice, sin reflexionar —dijo y, bajando la cabeza, como si lo lamentase, añadió—. Ya ve, peino canas y aún no aprendo a ser juicioso.

—Permítame usted, Pável Ivánovich, ¿por qué compra campesinos sin tierras?, ¿piensa llevárselos?

—Así es, me los llevo.

—¡Ah, muy bien! Eso ya es otra cosa. ¿Y a dónde?

—¿A dónde?... A la provincia de Jersón.

—¡Oh, es una magnífica tierra! —manifestó el presidente, alabando el pasto que en aquellos lugares crece—. ¿Y tiene mucha tierra?

—La necesaria para los campesinos que he comprado.

—¿Tiene río o estanque?

—Río... Bueno, a decir verdad, también hay un estanque.

Dichas estas palabras, Chíchikov miró a Sobakévich y, aunque éste seguía inmóvil, creyó leer en su rostro: «¡Hay que ver cómo mientes! ¡No hay río, estanque ni tierra que te valga!».



Mientras proseguía la conversación, empezaron a presentarse poco a poco los testigos: el parpadeante fiscal, conocido ya de nuestros lectores; el inspector de sanidad, Trujachevski, Begushkin y otros que, en palabras de Sobakévich, estaban de más en el mundo. A muchos de ellos Chíchikov no los conocía. Los que faltaban –e incluso algunos más– fueron requeridos entre los propios funcionarios de la Cámara. Condujeron allí, asimismo, no sólo al hijo del arcipreste Kiril, sino incluso al arcipreste en persona. Cada uno de los testigos inscribía, con escritura inclinada, torcida o simplemente del tirón con las letras patas arriba, con formas que ni siquiera existen en el alfabeto ruso, su nombre, grado y distinciones recibidas. Nuestro Iván Ivánovich lo ultimó todo con suma diligencia: las actas fueron enseguida registradas, anotadas y catalogadas; se cobró el medio por ciento para la publicación de las correspondientes resoluciones en la Gaceta oficial y, en total, Chíchikov tuvo que pagar una suma insignificante. El presidente ordenó incluso que se cobrara sólo la mitad del pago de derechos; la otra mitad se cargó, no se sabe en virtud de qué artilugio, en la cuenta de otro solicitante.

Cuando todo estuvo terminado, dijo Iván Grigorévich:

—Bueno, ahora sólo falta remojar la compra.

—Cuando quieran —dijo Chíchikov—. Digan ustedes la hora. Sería una descortesía no corresponder el favor descorchando unas botellitas de espumoso.

—¡No, no! No me ha entendido bien: el espumoso lo ponemos nosotros. Es nuestra obligación como anfitriones. ¿Saben, señores? De momento haremos lo siguiente: vamos a casa del jefe de policía. ¡Ya verán el banquete que nos organiza en un tris tras! Hace milagros, le basta con hacer un gesto al pasar por la pescadería o la bodega. Aprovechando la ocasión, nos echamos una partidita de *whist*, ¿qué les parece? —preguntó el presidente.

Nadie podía rechazar semejante propuesta. La mera referencia a los puestos de pescado despertó el apetito de los testigos. Enseguida recogieron sus gorros y cerraron el despacho. Cuando cruzaban la oficina, Iván Antónovich jeta de jarro se inclinó respetuosamente y dijo en voz baja a Chíchikov:

—Ha comprado campesinos por valor de cien mil rublos, y por mi trabajo no me ha dado ni veinte.

—Sí, pero vea qué tipo de gente es: puro inútil que no vale ni la mitad de lo que he pagado —respondió Chíchikov también en voz baja.

Iván Antónovich comprendió que el visitante era un hombre duro de pelar, y que no soltaría un kopek más.

—¿Cuánto pagó por las almas de Pliushkin? —le susurró al oído Sobakévich.

—¿Por qué incluyó a la Gorrión en la lista? —preguntó a su vez Chíchikov, a modo de respuesta.

—¡La Gorrión! ¿De qué Gorrión habla? —replicó Sobakévich.

—Una vieja, Yelizaveta Gorrión; puso la letra final de modo que se podía leer Yelizavet.

—¡Qué dice! Yo no incluí a ninguna Gorrión —dijo Sobakévich, uniéndose apresuradamente al grupo.

Por fin llegaron en tropel a casa del jefe de la policía, quien realmente hacía milagros. En cuanto supo de qué se trataba, llamó a un guardia, un mozo vivaracho que llevaba altas botas charoladas, y le susurró, al parecer, dos palabras al oído, añadiendo en voz alta: «¿Entiendes?». Mientras los huéspedes jugaban al *whist*, en la habitación fueron apareciendo arenques, salmón, caviar en grano y prensado, lomo de esturión, lengua ahumada y varios tipos de queso; todo procedente de los puestos del mercado y sus alrededores. Por su parte, la cocina de la casa ofreció empanadas de pescado aderezadas con los cartílagos de un esturión que pesaba por los menos nueve puds; también ofrecieron empanadas de setas, pasta frita, fruta en almíbar y miel. El jefe de la policía era, en cierto modo, el protector de la ciudad. Entre sus habitantes se sentía en familia, y entraba en tiendas y almacenes como en su propia despensa. Como suele decirse, estaba bien plantado en su puesto; cumplía admirablemente con las funciones de su cargo, de modo que resultaba difícil distinguir si él estaba hecho para el empleo o el empleo para él. Este habilidoso hombre, a pesar de que robaba el doble que sus antecesores, había sabido conquistar el afecto de toda la ciudad. Los mercaderes lo querían por su sencillez, pues no tenía inconveniente en apadrinar a sus hijos y convivir con ellos; es cierto que algunas veces los despellejaba a conciencia, pero sabía hacerlo con mucho tacto: les daba unas palmaditas en la espalda, se reía, invitaba al té, prometía ir a jugar una partidita de damas, se interesaba por la marcha de sus pequeños negocios... si alguna criatura estaba enferma aconsejaba el remedio que debían aplicarle. ¡En fin, que era un tipo formidable! Cuando inspeccionaba la ciudad tenía para cada quien una palabra amable. «¡Hola, Mijéich! ¡A ver

cuándo terminamos la partida!». «Sí, Alexéi Ivánovich —respondía el aludido, quitándose el gorro— ¡a ver cuándo la terminamos!». «Ilián Parámonich, date una vuelta por la casa, para que le echés un vistazo a mi trotón. ¡Ya veremos cuál corre más, el tuyo o el mío!». El comerciante, que se pirraba por los caballos, se ponía, como suele decirse, como una campanita y, acariciándose la barba decía: «¡Ya veremos, Alexéi Ivánovich, ya veremos!». Incluso los dependientes, que no tenían cabida en la conversación, entrecruzaban miradas de complacencia, quitándose los gorros en señal de respeto, como si dijeran; «¡Qué buena persona es Alexéi Ivánovich!» En una palabra, Alexéi Ivánovich se había hecho muy popular y los comerciantes estimaban a este hombre que, se decía, «roba como todo el mundo, pero no te apuñala por la espalda».

Cuando la mesa estuvo puesta, el jefe de la policía propuso continuar la partida después del almuerzo y pasaron todos al comedor. Un agradable olorcillo les cosquilleó las narices. Sobakévich, que echaba miradas furtivas por la puerta entreabierta, ya le había echado el ojo a un gigantesco esturión que estaba servido, apartado del resto, en una gran fuente. Los invitados estimularon su apetito con un vaso de vodka verde aceituna, color que únicamente se observa en las cristalinas piedras siberianas con las que, en nuestra Rusia, fabricamos sellos. Enseguida, tenedor en mano, se lanzaron a la mesa, donde cada cual demostró su temperamento atacando el caviar, el salmón o el queso. Sobakévich, desdeñando estas menudencias, se instaló frente al esturión y, mientras los demás bebían, conversaban y comían, se zampó el gigantesco pescado en un abrir y cerrar de ojos. Cuando el jefe de policía se acordó del esturión, condujo a sus invitados hacia el monstruo y, sin soltar el tenedor, les dijo: «¡Señores, a ver qué les parece este portento de la naturaleza!», pero de aquel portento no quedaba más que la cola. Sobakévich se hizo el desentendido y, como si el asunto no tuviera que ver con él, se fue a otro extremo de la mesa, separado de los demás, y pinchó con su tenedor un pececillo ahumado. Después de haberse embuchado el esturión, Sobakévich se tumbó en una butaca y ya no comió ni bebió pues, presa del sopor, no hacía más que entornar los ojos y parpadear. Al jefe de policía, según parece, no le gustaba escatimar el vino. Los brindis no tenían fin. Primero se bebió, como los lectores tal vez adivinan, a la salud del nuevo terrateniente de Jersón; luego se brindó por el bienestar de los campesinos y por su feliz instalación en las nuevas tierras; después por la salud de su futura y bella esposa, lo que arrancó una sonrisa a nuestro héroe. Todos lo rodearon y le suplicaron que se quedase en la ciudad por lo menos un par de semanas.

—¡Ah no, Pável Ivánovich! ¡No hay que portarse así! Abre la puerta sólo para dejar entrar el frío. ¡Apenas entra y ya nos vuelve la espalda! ¡No, no, no lo dejaremos marchar! Vamos a casarlo. ¿Verdad, Iván Grigoriévich?

—¡Lo casaremos, seguro! ¡Aunque no quiera! ¡Por mucho que manoteé y pataleé no le servirá de nada, pues de cualquier modo lo casaremos! Padrecito, ha llegado aquí y no podrá negarse. Nosotros hacemos las cosas en serio.

—¿Por qué he de manotear y patalear? No es tan malo casarse; pero haría falta una novia —dijo Chíchikov, sonriendo.

—Habrá novia, ¡cómo no!, ¡le encontraremos las que usted quiera!

—En ese caso...

—¡Bravo, se queda! ¡Viva!, ¡hurra, Pável Ivánovich! ¡Hurra! —gritaron y, copa en mano, se acercaron para brindar con Chíchikov.

—¡Otro brindis, otro brindis! —decían los más impetuosos.

Chocaron las copas por tercera vez. En poco tiempo se pusieron todos muy alegres. El presidente, que se ponía sentimental cuando se emborrachaba, abrazó varias veces a Chíchikov: «¡Alma mía! ¡Mamita mía!», le decía; luego, chasqueando los dedos, se puso a bailotear en torno a él, tarareando la conocida canción: «Hay que ver, hay que ver, cómo es el *muzhik* de Kamarin». <sup>91</sup> Después del champán descorcharon un vino húngaro que achispó todavía más a la concurrencia. Se olvidaron por completo del *whist*. Se discutió, se gritó, se habló de política e incluso de arte militar. Algunos hasta se atrevieron a exponer juicios temerarios por los que, sin duda, habrían azotado a sus hijos. Allí mismo resolvieron un buen número de cuestiones bastante complejas. Chíchikov nunca se había sentido tan alegre. Se veía ya como un auténtico terrateniente jersonés y hablaba de las mejoras que introduciría en su hacienda, de la rotación de cultivos, de la dicha y bienaventuranza de dos corazones unidos por el amor; incluso le recitó a Sobakévich la carta en verso de Werther a Carlota, a lo que Sobakévich, sentado en la butaca, se limitó a contestar con un pesado parpadeo, pues el esturión le había caído de peso. Chíchikov se dio cuenta de que empezaba a desmandarse, así que pidió un coche y aceptó el que ofreció el fiscal. El cochero, como se pudo comprobar en el trayecto, era un mozo muy experimentado, pues

---

<sup>91</sup> Fragmento de una popular canciónailable del folclor ruso.

conducía con una mano y con la otra sostenía al señor. De este modo llegó Chíchikov a la posada, donde se puso a soltar sandeces: habló de una linda novia, rubia, de carita sonrosada y hoyuelos en las mejillas; del campo jersonés y del capital que poseía. Incluso ordenó a Selifán que reuniera a los campesinos para el traslado y que pasara lista de todos ellos. Selifán lo escuchó en silencio. Luego salió de la habitación y le dijo a Petrushka.

—¡Desviste al señor!

Petrushka, al descalzar a Chíchikov, estuvo a punto de dar con botas y amo al suelo. Finalmente, logró quitárselas y pudo desnudarlo como Dios manda. Chíchikov, tras haberse vuelto y revuelto en la cama, haciéndola crujir despiadadamente, se quedó dormido creyéndose un verdadero terrateniente de Jersón. Petrushka sacó al pasillo los pantalones y el frac rojo moteado, los colgó en una percha de madera y empezó a cepillarlos y apalearlos, levantando una nube de polvo que se extendió por todo el pasillo. Se disponía a descolgar la vestimenta del señor cuando miró hacia abajo y divisó a Selifán, que regresaba de la caballeriza. Bastó una mirada entrecruzada para que se comprendieran instintivamente: «el señor duerme a pierna suelta, es el momento de echarse una canita al aire», parecían decirse. Al instante, puestos en su sitio frac y pantalones, Petrushka bajó al patio y los dos servidores se fueron juntos, charlando y bromeando, pero sin mencionar el objetivo de su periplo. Su paseo no fue largo, simplemente cruzaron la calle, se plantaron ante una casa situada frente a la posada, abrieron una baja y ennegrecida puerta vidriera... y penetraron en una especie de bodega donde había gente de toda catadura: hombres barbudos o de barba afeitada, vestidos con pellizas de oveja o en simples mangas de camisa (había, incluso, un tipo que llevaba capote de friso). Dios sabe qué hicieron allí Petrushka y Selifán, pero lo cierto es que salieron una hora más tarde cogidos del brazo, brindándose todo tipo de atenciones y velando en silencio por su mutuo equilibrio. Mano con mano, sin soltarse, penaron durante un cuarto de hora para subir las escaleras. Al fin, lograron treparlas y entraron en el aposento. Petrushka permaneció algunos momentos plantado ante su baja yacija, reflexionando, sin duda, sobre el modo más decoroso de acostarse; a fin de cuentas, acabó por tumbarse atravesado y con los pies en el suelo. Olvidándose de que su sitio estaba en el cuarto de los criados o en la caballeriza, Selifán se dejó caer sobre el mismo lecho, recostado en el vientre de Petrushka. Ambos se durmieron enseguida, roncando estruendosamente. A estos sordos ronquidos respondía el señor, desde la otra habitación, con un agudo silbido nasal. Pronto se quedó todo en silencio y la posada

se sumió en un profundo sueño. Sólo una estancia permanecía iluminada: la del teniente de Riazán, quien era, por lo visto, un auténtico aficionado a las botas, pues ya se había probado cuatro pares y se probaba el quinto. Varias veces se acercó a su cama con intención de quitárselas y acostarse, pero no se decidía a hacerlo; las botas estaban tan bien hechas que el teniente permaneció mucho tiempo con la pierna en alto, contemplando su elegante tacón, maravillosamente moldeado.<sup>92</sup>

---

<sup>92</sup> «Así termina el capítulo; y ese teniente sigue probándose su bota inmortal, y el cuero reluce, y la vela arde derecha y viva en la única ventana iluminada de una ciudad muerta en las profundidades de una noche salpicada de estrellas. Yo no conozco descripción más lírica de la calma nocturna que esta rapsodia de las botas». Nabokov, V. *Curso de literatura rusa* (1997). *op. cit.* p. 72.

## Capítulo VIII<sup>93</sup>

No paraban los comentarios sobre las compras de Chíchikov. En la ciudad corrieron rumores, conjeturas y razonamientos acerca de si resultaba ventajoso o no comprar campesinos para trasladarlos a otras tierras. Por los debates podía deducirse que muchos poseían un conocimiento perfecto de la materia. «Desde luego —decían unos—, el hecho es cierto y nadie lo discute: las tierras de las provincias meridionales son buenas y fértiles; ¿pero qué harán sin agua los campesinos de Chíchikov? No corre ningún río por allí». «Eso no tiene la menor importancia, Stepán Dmítrivich, es sólo falta de agua, pero el asentamiento en nuevas tierras es poco seguro. Ya se sabe qué pasa con el *muzhik* que trabaja en tierra extraña, lejos de su izbá y de su corral: acaba por esfumarse con tanta maña que no se le vuelve a ver ni el pelo. Y eso es tan cierto como que dos más dos son cuatro». «No, no Alexéi Ivánovich, un momento, un momento; no estoy de acuerdo con lo que dice, ¿por qué han de huir los *muzhiks* de Chíchikov? El ruso es capaz de todo y se adapta a cualquier clima. Mándalo hasta Kamchatka si quieres, pero proporciónale, eso sí, unas manoplas de invierno, y ya verás que, sin rechistar, da un par de palmadas, empuña el hacha y se construye una izbá» «Perdona, Iván Grigoriévich, has perdido de vista un hecho importante: ¿qué campesinos ha comprado Chíchikov? No son gran cosa, te lo aseguro. Me juego la cabeza a que todos son ladrones, borrachos, holgazanes y pendencieros. Te olvidas de que un buen terrateniente no vende a sus mejores hombres». «Cierto, cierto, has dado en el clavo, es verdad, nadie vende a sus mejores hombres, seguramente los *muzhiks* de Chíchikov son unos borrachos, pero es necesario tener en cuenta que existe la moral, y este factor desempeña su papel: ahora son unos canallas, mas trasladados a otras tierras pueden convertirse en excelentes siervos. Se han visto casos así; incluso se citan en la Historia». «Imposible —decía el director de las fábricas estatales— créame usted: es imposible. Los campesinos de Chíchikov tendrán en su contra dos poderosos enemigos. El primero es la proximidad de las provincias ucranianas, donde, como se sabe, la venta de alcohol es libre. Le aseguro que en dos semanas andarán siempre empinando el codo. El otro enemigo es la costumbre de la vida errante, que todo campesino adquiere a consecuencia de estos trasiegos. Créame usted, la empresa no tendrá

---

<sup>93</sup> A partir del capítulo ocho, hay un cambio de nivel en la novela: la escena regresa a la ciudad y los retratos se vuelven cada vez más satíricos.

éxito, a menos que Chíchikov esté constantemente sobre esos bribones, los ate en corto, los castigue por la menor granujada y, cuando haga falta, les suelte un puñetazo en las quijadas o un buen sopapo; pero deberá hacerlo él mismo, sin confiar a nadie esta tarea». «¿Por qué ha de ocuparse personalmente de repartir sopapos? ¡Para eso está el administrador!». «¡Sí hombre, cómo no, a ver dónde encuentra usted un buen administrador, todos son unos granujas!». «Son unos granujas porque los señores no se ocupan de su hacienda». «Es verdad —asentían muchos—. Un terrateniente que conozca a su gente y tenga la menor noción de cómo llevar una hacienda, no tendrá problemas para encontrar un buen administrador». Pero el director manifestó la opinión de que tamaño pajarraco no se encuentra fácilmente y que, de encontrarlo, costaría por lo menos cinco mil rublos. Sin embargo, el presidente aseguró que podrían encontrarse incluso por tres mil. A lo que el director replicó: «¿Dónde lo encontrará?, ¿en sus narices?». Pero el presidente respondió «No, no en las narices sino en nuestro propio distrito. Ahí está Piotr Petróvich Samólilov, ¡es el hombre que Chíchikov necesita!» Muchos se ponían en la situación de Chíchikov, y las dificultades que entrañaba el traslado de tal cantidad de *muzhiks* les espantaba sobremanera. Empezaron a temer muy en serio que se produjera una revuelta entre los campesinos de Chíchikov, pues era gente inquieta. El jefe de policía calificó tales temores de quimeras, pues —sostuvo— la policía rural se encargaría de conjurar el peligro; de haber algún problema, el capitán de la policía, sin necesidad de desplazarse personalmente, mandaría su gorro al lugar de la revuelta, y el simple gorro bastaría para arrear a los revoltosos hacia su nueva residencia. Muchos exponían sus opiniones acerca de cómo extirpar de raíz el espíritu de rebelión que dominaba a los campesinos de Chíchikov. Se propusieron entonces diferentes medidas; unas, bastante anodinas y blandengues; otras, de un rigor cruel y estrictamente militar. El jefe de Correos indicó que Chíchikov tenía el deber sagrado de convertirse en una especie de padre para sus campesinos, a quienes podía incluso iniciar en los beneficios de la instrucción. Al manifestarse así, ensalzó el método de enseñanza mutua, preconizado por Lancaster.<sup>94</sup>

---

<sup>94</sup> Joseph Lancaster (1778-1838), pedagogo inglés promotor de una variante de la enseñanza mutua fundada por Andrew Bell. En este método educativo, el profesor enseña a los mejores alumnos; éstos, a su vez, transmiten los conocimientos a los restantes. El sistema lancastariano fue duramente criticado por su severa disciplina (rechazaba los castigos corporales pero se maltrataba a los niños atándolos o incluso encerrándolos en jaulas). El método se desarrolló en Rusia en los años 20 del siglo XIX. Fue muy utilizado por los decembristas para alfabetizar a sus soldados.



Así se razonaba y se hablaba en la ciudad; muchos fueron los que, movidos por un impulso de simpatía, llegaron a comunicar personalmente algunos de sus consejos a Chíchikov. Llegaron a ofrecerle, incluso, una escolta armada para custodiar la caravana. Chíchikov agradecía los consejos diciendo que, en caso de necesidad, no vacilaría en aprovecharse de ellos. Pero renunció categóricamente a la escolta, manifestando que no la necesitaba en absoluto, pues los campesinos que había comprado eran sumamente pacíficos y, además, se trasladaban de muy buena gana. De modo que no había peligro.

Todo este cúmulo de comentarios y habladurías tuvo, pese a todo, favorables consecuencias para Chíchikov, pues se extendió el rumor de que era ni más ni menos que millonario. Esta circunstancia aumentó el afecto que le tenían los habitantes de la ciudad. Es cierto que, como vimos en el primer capítulo, ya le habían tomado sincero afecto, pero después de tales rumores lo quisieron aún más. Por lo demás, todos eran muy buenas personas: se entendían entre sí y se trataban como auténticos amigos. Una cordial intimidad matizaba sus conversaciones: «¡Querido amigo Iliá Ílch !». «¡Dime, Antipátor Zajárievich!» «¡Madre mía, qué patraña has soltado, Iván Grigórievich!» Cuando se dirigían a Iván Andréievich, el jefe de Correos, añadían siempre: «*Sprechen Sie deutsch, Iván Andréich?*».<sup>95</sup> En una palabra, todo resultaba como en familia. Algunos de ellos tenían sus lecturas. El presidente de la Cámara se sabía de memoria *Liudmila*, de Zhukovski,<sup>96</sup> por entonces una novedad, y declamaba maravillosamente muchos fragmentos del poema, sobre todo:

Dormita el bosque,  
el valle duerme

al que añadía un «¡Shhhht!», de modo que producía, en efecto, la impresión de que el valle estaba dormido. Para mayor verosimilitud, en ese momento entornaba los ojos. El jefe de Correos se inclinaba más hacia la filosofía, le apasionaban los *Pensamientos nocturnos* de Young<sup>97</sup> y *Las fuerzas mágicas de la naturaleza* de Eckartshausen.<sup>98</sup> Solía

---

<sup>95</sup> ¿Habla usted alemán, Iván Andréich? (en alemán). *Deutsch* es pronunciado por los rusos “deich”, de modo que rima con Andréich.

<sup>96</sup> El poeta Vasili Andréievich Zhukovski (1783-1852) es uno de los fundadores del romanticismo ruso. Su balada *Liudmila*, apareció en 1808.

<sup>97</sup> Edward Young (1681-1765), poeta prerromántico inglés considerado el padre de la poesía fúnebre. Su obra *Las noches*, publicada de 1742 a 1745, fue muy popular en el siglo XVIII. Fue traducida al ruso en 1780 por Kutúzov.

leer estas obras por las noches y tomaba extensos apuntes que no mostraba a nadie. Era, por lo demás, un delicado espíritu de florido lenguaje. «Me gusta engalanar mis discursos», confesaba. Y los engalanaba, en efecto, profusamente, con numerosas partículas y exclamaciones por el estilo de: «Señor mío, de hecho, algo así, ¿sabe?, ¿me comprende?, puede usted figurarse, respecto a, por así decirlo, pues en cierto modo». También adornaba la frase, con bastante acierto, guiñando y entornando un ojo, lo que confería una expresión sumamente mordaz a muchas de sus alusiones satíricas. Los otros funcionarios eran más o menos cultos: alguno había leído a Karamzín,<sup>99</sup> otro «La gaceta de Moscú»,<sup>100</sup> algunos no habían leído nada. Éste era un guiñapo al que había que levantar de un puntapié para que hiciera algo. Aquél un gandul insensible incluso a los puntapiés, que se pasaba la vida entera tumbado y al que sería inútil intentar poner en pie, pues no había modo de levantarlo. En cuanto a su presencia, ya sabemos que se trataba de gente bien plantada y que entre ellos no había ningún tísico. En la intimidad, sus mujeres los llamaban mi panzoncito, gordito, barrigón, calabacita, tripón o abejorro mío; en general, la gente era bondadosa y francamente hospitalaria; quien compartiera con ellos el pan y la sal o pasara una tarde jugando al *whist*, era considerado una persona allegada. Con mayor razón se consideraba así a Chíchikov, hombre de encantadores modales y trato exquisito; un auténtico maestro en el arte de hacerse agradable. Lo querían tanto que no sabía cómo librarse de ellos. Por todas partes oía decir: «¡Quédese otra semanita entre nosotros, Pável Ivánovich!» En una palabra, como suele decirse, lo llevaban en palmitas. Resultó, sin embargo, más admirable la impresión (¡digna de asombro!) que causó Chíchikov entre las damas. Para explicarlo, habría que hablar primero de las damas y pintar con vivos colores, como se dice, sus particularidades morales. Pero el autor retrocede ante tarea tan ardua, pues el asunto le parece muy espinoso. Por una parte, le cohíbe el respeto que merecen las esposas de los funcionarios; por otra... por otra... ¡Dios!... me resulta imposible. Las damas de la ciudad de NN. eran... no, no puedo con esto, es superior a mis fuerzas, siento una aplastante timidez. Las damas de la ciudad de NN... lo más notable era... ¡Qué

---

<sup>98</sup> Karl Von Eckartshausen (1752-1803), místico y alquimista alemán, uno de los paladines del ocultismo. Su obra principal *De las fuerzas mágicas de la naturaleza*, se tradujo al ruso en 1804. A inicios del siglo XIX fue muy popular entre los círculos masones de Rusia.

<sup>99</sup> Nikolái Mijáilovich Karamzín (1766-1826), célebre escritor e historiador que publicó en su juventud algunas narraciones. Su obra principal, *La pobre Liza*, es considerada como modelo de la novela sentimental en lengua rusa. También es autor de la faraónica obra *Historia del Estado Ruso* compuesta por 12 voluminosos tomos.

<sup>100</sup> «La gaceta de Moscú», publicada desde 1756 por la Universidad de Moscú, era dirigida en esa época por el príncipe Chalikov, autor sentimental del *Viaje a la pequeña Rusia* (1803-1804).

extraño!, no soy capaz ni de levantar la pluma, me pesa como un trozo de hierro. ¡En fin! Dejemos que otra paleta de colores más vivos y variados describa su carácter. Bosquejemos solamente su aspecto exterior.

Las damas de NN. eran lo que se dice «presentables»; en este sentido cabía ponerlas como ejemplo de corrección, pues sabían mantener y observar minuciosamente el buen tono, la etiqueta, las convenciones sociales. Seguían la moda en sus más insignificantes detalles, adelantando en esto incluso a las damas de San Petersburgo y de Moscú. Vestían con mucha distinción y, como dicta la moda, recorrían la ciudad en coche seguido por lacayos con librea y galones dorados. La tarjeta de visita, aunque escrita a mano sobre un dos de trébol o un as de picas, era para ellas algo sagrado. Dos damas, que eran amigas íntimas y según se dice, incluso parientas, riñeron definitivamente por una visita no devuelta. A pesar de su empeño, sus padres y maridos fueron incapaces de reconciliarlas, y es que, en este mundo todo es posible, menos reconciliar a dos señoras reñidas por cuestiones de etiqueta. Éstas permanecieron siempre en *malas relaciones*, según una expresión corriente en el mundo provinciano. Las cuestiones de precedencia provocaban escenas violentas que obligaban la caballeresca intervención de los maridos. Naturalmente, no llegaban a batirse en duelo, pues todos eran funcionarios civiles, pero se desquitaban lanzándose carretadas de injurias a la menor provocación, lo que es todavía más penoso. Como eran de rígidas costumbres, las damas de NN. no se permitían ninguna debilidad, vicio o tentación. Ahora bien, si entre ellas se producía lo que suele llamarse una «aventurilla», se guardaba en secreto, de manera que nada dejaba adivinar lo sucedido. Todo pasaba tan discretamente, con un cuidado tal en guardar las formas, que si el mismo marido, puesto al corriente, oía hablar del asunto, recurría sensatamente al dicho: «ojos que no ven, corazón que no siente» Es preciso añadir que, a semejanza de las damas de San Petersburgo, las damas de NN. se distinguían por el extraordinario decoro de sus expresiones. Jamás decían: «me he sonado», «he sudado» o «he escupido», sino «me he consolado la nariz» o «he tenido que recurrir al pañuelo». De ningún modo podía decirse: «este plato huele mal», así que, para evitar una alusión demasiado directa, recurrían a eufemismos: «este plato no se comporta del todo bien» o algo por el estilo. Para ennoblecer todavía más el idioma ruso, proscribían la mitad de su léxico y lo reemplazaban por locuciones francesas. Eso sí, cuando hablaban en francés, se permitían el uso de palabras mucho más fuertes que las censuradas.

Eso es todo lo que puede decirse de las damas de NN. Si mirásemos con mayor profundidad descubriríamos, claro está, muchas otras cosas, pero resulta peligroso profundizar en los corazones femeninos. Así pues, proseguiremos limitándonos a lo superficial. Hasta entonces las damas habían hablado poco de Chíchikov, sin que ello impidiera que le hicieran plena justicia a su agradable trato social. Pero cuando empezaron a difundirse rumores acerca de sus millones, le encontraron también otras cualidades. No es que las damas fueran interesadas. La culpa era de la palabra «millonario», pues el mero sonido de este vocablo encierra algo, aparte del saco de oro, que hechiza tanto a personas distinguidas como a bribones. El millonario tiene el privilegio de contemplar la ruindad pura, no sustentada en cálculo alguno, pues muchos saben que nada pueden esperar de él y, sin embargo, vuelan a su encuentro, ríen, le hacen carantoñas, se quitan el sombrero, no descansan hasta conseguir ser invitados a comer en su compañía. ¿Las damas de N. gozaban humillándose? No me atrevería a afirmarlo. Pero lo cierto es que empezaron a prestarle mayor atención a nuestro héroe. Decían, por ejemplo: «No es que sea muy guapo, naturalmente, pero es tal como debe ser un hombre. Si fuera un poco más grueso o regordete ya no se vería bien». Se habló incluso de un modo ofensivo de los delgados, diciendo que no parecían hombres sino palillos. Las damas pusieron el mayor cuidado en su atuendo. En busca de nuevos detallitos para sus mejores galas, se apretujaban en las tiendas, luchando a brazo partido con sus contrincantes. Nunca se habían visto tantos carruajes circulando por el pueblo. Con gran sorpresa, los comerciantes vieron volar algunas telas que no se habían vendido por considerarse demasiado caras. Una dama acudió a misa con una cola de barbas de ballena, tan larga, que ocupaba media iglesia. El comisario, allí presente, se encargó de hacer recular a la concurrencia para que no arrugara el atavío de Su Excelencia. Chíchikov advirtió la insólita atención de que era objeto. Un día, al regresar a su posada, encontró una carta sobre la mesa. No pudo averiguar de dónde procedía y quién la había traído. El mozo explicó que le habían exigido secreto. La carta empezaba con un tono muy decidido: «¡No puedo más, tengo que escribirle!» A continuación se mencionaba la íntima afinidad de sus almas. Esta verdad iba subrayada por varios puntos que ocupaban casi la mitad de una línea. Seguían algunos aforismos tan profundos que creemos necesario reproducir: «¿Qué es la vida? Un valle de lágrimas. ¿El mundo? Una muchedumbre de gente insensible.» La autora de la carta recordaba a continuación que, en recuerdo de su tierna madre, muerta hacía veinticinco años, empapaba la carta con sus lágrimas. Lo invitaba a seguirla al desierto, a huir para siempre

de la ciudad, sofocante recinto en el que uno se asfixia por la falta de aire y de espacio. El final de la carta traslucía una profunda desesperación que remataba con el siguiente cuarteto:

Dos tórtolas te mostrarán

    Mi cadáver helado,

    Y sus arrullos te dirán:

    Que he muerto llorando

El último verso iba mal medido, es cierto, pero la epístola respondía al espíritu de la época. No llevaba dirección, firma ni fecha. Un *postscriptum* añadía que el propio corazón de Chíchikov debería adivinar quién era la autora y que al día siguiente asistiría al baile del gobernador.

Esto le interesó mucho. Había en el anónimo tantos detalles seductores y curiosos que Chíchikov lo releyó por segunda y tercera vez, hasta que al fin exclamó: «¡Cómo me gustaría saber quién lo ha escrito!». Al parecer, se tomaba la cosa muy en serio. Tras haber reflexionado en ello más de una hora, Chíchikov alargó el brazo, inclinó la cabeza y exclamó: «¡He aquí una carta bien escrita, muy bien escrita!» Huelga decir que la misiva, cuidadosamente doblada, fue a reunirse en el cofrecito con un programa de teatro y una participación de matrimonio que durante años no habían cambiado de sitio. Un poco después Chíchikov recibió, en efecto, una invitación para el baile del gobernador, cosa harto frecuente en las capitales de provincia; donde hay gobernador, hay baile, pues de otro modo el mandatario no sería respetado por la nobleza.

Una vez resueltos todos sus asuntos, Chíchikov se entregó por completo a los preparativos del baile. Es posible que, desde que el mundo es mundo, nadie haya dedicado tanto tiempo a engalanarse. Consagró una hora entera a mirarse en el espejo, procurando dar a su rostro un sinfín de expresiones: «importante y grave», «respetuosa con sonrisa», «simplemente respetuosa, sin sonrisa». Hizo varias muecas ante el espejo, acompañadas de vagos sonidos parecidos al francés, pues, a decir verdad, Chíchikov no sabía ni jota de dicho idioma. Ensayó también gestos que le hacían parecer agradablemente sorprendido, enarcó las cejas, contrajo los labios... hizo, incluso, no sé qué cosa con la lengua. En fin, hizo lo que hace cualquiera cuando se queda solo, se sabe de buen ver y está seguro de que nadie espía por la rendija. Finalmente, se dio una palmadita en la barbilla, diciéndose:

«¡Bonita barbilla!» y empezó a vestirse. Estaba de buen humor; al ponerse los tirantes y anudarse la corbata dio unos sonoros taconazos, se inclinó con insólita agilidad y, aunque jamás bailaba, realizó un *entrechat* que tuvo una inocente consecuencia: retembló la cómoda y cayó al suelo un cepillo que había sobre la mesa.

Su llegada causó conmoción. Todos se precipitaron hacia él; uno con las cartas todavía en las manos, dejando la partida a medias; otro interrumpiendo su conversación en el punto culminante «y el juzgado respondió...», dejó allí mismo el juzgado para dirigirse hacia nuestro héroe: «Pável Ivánovich!» «¡Ah, Dios mío Pável Ivánovich!» «¡Mi queridísimo Pável Ivánovich!» «¡Honorabilísimo Pável Ivánovich!» «¡Pável Ivánovich, alma mía!» «¡Mira dónde está Pável Ivánovich!» «¡Usted por aquí, Pável Ivánovich! ¡Venga a mis brazos, Pável Ivánovich!» «¡Traíganmelo aquí, que le doy un beso a mi querido Pável Ivánovich!». Chíchikov tuvo que soportar el besuqueo. Apenas se había liberado de los brazos del presidente, cuando se encontró en los del jefe de policía; éste lo pasó al inspector de sanidad, el inspector al arrendatario de servicios públicos, el arrendatario al arquitecto... El gobernador, que se encontraba en aquel momento chacoteando con las damas, sosteniendo, en una mano, un perrito de lanas y, en la otra, un envoltorio de caramelo,<sup>101</sup> dejó caer ambos al verlo. El perrito lanzó un chillido al dar de culo contra el suelo. En una palabra, la aparición de Chíchikov fue un manantial de alegría. Se leía en todos los rostros una expresión de franco regocijo o, por lo menos, el reflejo de la satisfacción general. Lo mismo suele observarse en las caras de los funcionarios durante una visita de inspección, cuando, pasado el primer susto, ven que al jefe le ha gustado la oficina e incluso se digna a gastar una broma, es decir, a pronunciar con burlona sonrisa unas cuantas palabras; en respuesta, todos se desternillan, primero los de más rango, que ríen a mandíbula batiente, después ríen con toda el alma los demás burócratas, aunque están un tanto alejados y no han oído bien; ríe, finalmente, el policía que monta guardia, un hombre que no había reído jamás en la vida, que hasta entonces se había dedicado a intimidar con el puño a quien se acercara, pero que ahora, en virtud de las inmutables leyes del reflejo, deja vagar por su rostro una especie de sonrisa, aunque esta sonrisa, debo decirlo, se asemeja a la mueca de quien estornuda tras haber tomado una pulgarada de rapé.

---

<sup>101</sup> Envoltorios impresos con versos, aforismos y pensamientos.

Nuestro héroe, inspirado, respondía saludando a diestra y siniestra con la cabeza inclinada, según su costumbre, pero con gran soltura. Todos estaban fascinados. Las damas lo envolvieron en una chispeante guirnalda de deliciosos efluvios: una olía a rosas, otra a primavera y a violetas, la tercera parecía impregnada de reseda. Con los orificios de la nariz dilatados, Chíchikov aspiraba todos aquellos olores. Los vestidos de las damas denotaban un gusto exquisito: las muselinas, los rasos y los encajes eran de colores pálidos, entonces de moda... eran tan pálidos que no había manera de encontrarles nombre (a tal extremo se había llegado en la sutileza del buen gusto). Cintas y ramilletes de flores revoloteaban aquí y acullá sobre los vestidos en un pintoresco, aunque sabiamente combinado, desorden. Ligeros adornos, colocados como por milagro sobre los peinados, parecían decir: «¡Eh, que salgo volando! ¡Lástima que no me lleve conmigo a la beldad!» Las cinturas, bien ceñidas, parecían firmes y torneadas (digamos, de paso, que las damas de NN. eran más bien regordetas, pero se ceñían con mucho arte; además, su trato era muy amable, de modo que su gordura pasaba inadvertida). Ellas lo habían previsto y calculado todo con extraordinaria circunspección; su escote no se pasaba de la raya, dejaban ver solamente los encantos necesarios para causar la perdición de un hombre. Y nada más. El resto se hallaba oculto con peculiar buen gusto, ya sea por una corbatita de cinta o por un chal (más ligero que los pastelitos llamados «besos»), que les rodeaba etéreamente el cuello, o por unas lengüetas dentadas, de fina batista, llamadas «discreciones», que colgaban de los hombros y por debajo del vestido. Aunque ocultaban los encantos juzgados incapaces de causar la perdición de un hombre, estas «discreciones» dejaban suponer que la perdición residía precisamente allí. Sin alcanzar por completo las mangas, los guantes satinados alcanzaban el codo, dejando al descubierto la parte más excitante del brazo, que en algunas era de una apetitosa redondez; una que otra dama había desgarrado sus guantes al pretender estirarlos más allá de lo humanamente posible. En una palabra, todo parecía decir: ¡No estamos en una provincia, ¡esto es la capital! ¡Es París! No obstante, por aquí y por allá, una cofia de mala traza o una pluma de pavo real engalanando el sombrero, denunciaban un gusto personal que desentonaba con todas las modas. Y esto, claro está, no hay forma de evitarlo: la nota falsa es la regla en provincias. Chíchikov, de pie ante ellas, se preguntaba: «¿Quién habrá escrito la carta?»; incluso alargó la cabeza para examinarlas mejor, pero el roce de un torbellino de codos, bocamangas, mangas,

cintas, blusas perfumadas y fragantes vestidos le obligó a recular. Las notas de un frenético *galop*<sup>102</sup> retumbaron en la sala: la mujer del jefe de Correos, el capitán de la policía, una dama de pluma azul, una dama de pluma blanca, Chipjailidzev (príncipe georgiano), un funcionario de San Petersburgo, un funcionario de Moscú, el francés Coucou, Perjunovski, Berebendovski y en fin, todos los presentes, se sintieron impulsados a galopar...

«¡Anda! ¡Ya se ha armado el revuelo!», se dijo Chíchikov retrocediendo unos pasos. Pero, en cuanto las damas regresaron a su sitio, volvió a examinarlas con la esperanza de adivinar, por la expresión de su rostro o alguna chispa en la mirada, quién había escrito la carta. Pero no había modo, por doquier se topaba con rostros indescifrables que expresaban un no sé qué apenas desvelado, imperceptiblemente sutil, ¡oh, tan sutil! ... «No hay modo, definitivamente no hay modo de saberlo; ¡y es que las mujeres son una cosa...! —se dijo con gesto de despecho—. ¡Qué seres tan complicados! ¡Trate usted de analizar los mil matices de su rostro, todas sus suntuosidades y alusiones! ¡No entenderá nada! Sus ojos son un reino infinito en el que puede perderse un hombre. De allí no lo sacas ni con gancho. ¿Qué palabras emplear para describir su brillo? Mirada cálida, húmeda, aterciopelada, tierna, edulcorada, ¡y sabrá Dios cuántas cosas más!, dura y suave, mimosa y lánguida, provocativa o, como dicen algunos, llena de voluptuosidad; o sin voluptuosidad, pero llena de algo todavía más temible, de modo que se prende al corazón y se mete en todos los rincones del alma como con ganzúa.<sup>103</sup> No encuentro palabras: son, sencillamente, “el bello sexo” y no puede decirse más».

¡Perdón! Parece que nuestro héroe ha soltado un lugar común, una frase del populacho. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Un escritor ruso no puede evitarlo! Por otra parte, la culpa no es tanto suya como de los lectores, sobre todo los de la alta sociedad. En efecto, la gente de bien jamás emplea como es debido expresiones rusas; aunque, eso sí, nos abrumba con vocablos franceses, alemanes e ingleses, que sueltan a la menor provocación, incluso imitando las pronunciaciones: en francés gangosean y carraspean; en inglés, gorjean, dando a su rostro una expresión de pájaro (y, para colmo, se burlan de los que no saben poner cara de pájaro). No hacen nada a lo ruso, a no ser, tal vez, que por patriotismo se

---

<sup>102</sup> Danza animada de extraordinaria celeridad. Era particularmente popular como la danza final de la tarde.

<sup>103</sup> En la obra de Gógol, la mirada aniquiladora, asociada con la mujer y el erotismo, amenaza continuamente al varón. Los ojos de la joven polaca causan la perdición de Andréi en *Tarás Bulba*; una sola mirada de la joven prostituta trastoca por completo el mundo de Piskariov en *La avenida Nevski*. Del mismo modo, otras jóvenes beldades sugieren, con su mirar, lo inefable de un juicio que aniquila moralmente al hombre. En este pasaje, Gógol evoca las mismas imágenes, irónicamente rebajadas.



manden construir, adosada a su mansión, una izbás al estilo del país. ¡Y estos son los lectores de la clase superior! Sin embargo, ¡qué pretensiones las tuyas! Exigen de un escritor el lenguaje más severo, depurado y noble. En una palabra, quieren que la lengua rusa les caiga del cielo peladita y en la boca, acomodada a las reglas del buen tono, y que ellos sólo tengan que mover la lengua. Es preciso reconocer que, si el «bello sexo» es sabio, los respetables lectores lo son todavía más.

Chíchikov, algo desesperado ya, seguía intentando descubrir a la autora anónima. Haciendo un esfuerzo, logró hacer más penetrante su mirada y descubrió que los rostros femeninos eran capaces de provocar a la vez esperanza, angustia y dulces tormentos en el corazón de un pobre mortal. «Ni hablar, es imposible adivinarlo», concluyó al fin, sin que esto aguara en lo más mínimo su jubiloso estado de ánimo. Intercambió —con mucha gracia— frases amables con varias de las damas, yendo de una a otra con pasitos de gorrión, como suele hacer el vejete rabo verde (reseco y encogido pero con botas de tacón alto) que corteja a las damas picoteando a su alrededor. Tras dar algunas vueltas a derecha e izquierda, las saludó haciendo reverencias, describiendo ligeramente con el pie una especie de rabo corto o una coma. Chíchikov agradó mucho a las damas, que descubrieron en él toda clase de cualidades; incluso cierto aire marcial y castrense que, como es bien sabido, enloquece a las mujeres. Faltó poco para que riñeran por él: las damas, habiendo observado que Chíchikov se quedaba con frecuencia cerca de la puerta, se esforzaban por ocupar la silla más próxima a la entrada; en cuanto una de ellas se adelantó a las demás, estuvo a punto de producirse un altercado de lo más desagradable, pues sus contrincantes consideraron que esta insolente maniobra no era propia de una dama. Chíchikov se entretuvo tanto hablando con las damas (o mejor dicho, escuchándolas, pues éstas no paraban de hablar y de soltar, en su parloteo, enrevesadas y sutiles alegorías que requerían la interpretación de Chíchikov, quien, mareado, tenía la frente perlada de sudor), que olvidó las reglas de etiqueta, pues es de todos sabido que, en primer lugar, debía presentar sus respetos a la señora de la casa. Se acordó de ello cuando oyó la voz de la anfitriona, que llevaba ya varios minutos de pie frente a él:

—¡Ah, Pável Ivánovich, cómo es usted!... —dijo con voz acariciadora y maliciosa.

No me siento capaz de reproducir con exactitud las palabras de esta noble mujer, pero dijo algo con suma gentileza, al estilo de los personajes de nuestros escritores frívolos, aficionados a describir salones y jactarse de conocer de primera mano el tono de etiqueta.

Dijo algo así: «¿Es posible que se hayan adueñado tan plenamente de su corazón que no quede lugar alguno, ni el más pequeño rinconcito, para las tan cruelmente abandonadas por usted, para las víctimas de su olvido?» Nuestro héroe se volvió enseguida hacia la gobernadora, dispuesto a responder con un cumplido digno de los Gremidin, Zvosnki, Linski, Lidin y demás ingeniosos militares, héroes de las novelas de moda,<sup>104</sup> pero cuando alzó casualmente la mirada se quedó sin habla, boquiabierto, como fulminado por un rayo.

La mujer del gobernador no estaba sola: daba el brazo a una lozana mujercita de dieciséis años, de facciones delicadas y correctas, barbilla en punta y óvalo deliciosamente redondeado; la chiquilla poseía un rostro que cualquier pintor tomaría de modelo para una madona; un rostro difícil de encontrar en nuestra Rusia, donde todo, montañas, bosques, estepas, rostros, labios y pies, tiende al exceso y la gran escala. Era la misma rubita que Chíchikov, al huir de Nozdriov, había encontrado en el camino cuando por estupidez de los cocheros (o de los caballos) se enredaron los tiros de sus carruajes, proporcionando al tío Mitiái y al tío Miniái ocasión de ejercer su talento. Chíchikov se turbó de tal modo que no pudo articular ni un cumplido y sólo atinó a balbucear una frase inteligible, algo que, sin duda, no habrían dicho Gremidin, Zvosnki ni Lidin.

—¿Conoce ya a mi hija? —preguntó la mujer del gobernador—. Acaba de terminar sus estudios en el internado.

Chíchikov respondió que, casualmente, ya había tenido el placer de conocerla. Y volvió a quedarse sin habla. La anfitriona expresó dos o tres frases más y se llevó a su hija al otro extremo del salón. Chíchikov se quedó clavado en su sitio, como el paseante que, al salir de casa para asistir a un buen espectáculo, de repente se da cuenta de que ha olvidado algo. Enseguida pierde su aire despreocupado y pone cara de estúpido. Trata en vano de recordar qué pudo haberse dejado ¿El pañuelo? No, lo tiene en el bolsillo. ¿El dinero? También está en el bolsillo. Parece que lo lleva todo, pero una voz misteriosa le dice que falta algo. Mira distraída y vagamente a la muchedumbre que pasa ante él: pasa un rótulo, pasan raudos coches, pasan cascos y fusiles de un regimiento que por allí desfila... y él lo ve todo como a través de la niebla. Del mismo modo, Chíchikov se sintió súbitamente ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. Mientras tanto, los perfumados labios de las damas lo abrumaban con delicadas preguntas y sutiles alusiones. «¿Se nos permite a

---

<sup>104</sup> Gremidin: protagonista de *La prueba*, novela sentimental de Alexándér Bestúzhev Marlinski. Los otros nombres «aristocráticos», creados por analogía con el apellido Gremidin, son una invención de Gógol.

nosotras, simples mortales, ser lo suficientemente osadas para preguntarle en qué está pensando?». «¿A qué venturosos lugares ha volado su pensamiento?». «¿Puede saberse el nombre de quien lo ha sumido en tan dulce ensueño?». Pero Chíchikov no prestaba la menor atención a tales delicadezas. Llegó a ser tan descortés que las dejó plantadas para ir en busca de la anfitriona y su hija. Sin embargo, las damas no estaban dispuestas a dejarlo escapar sin dar batalla, de modo que decidieron emplear todas las armas de que dispone el bello sexo para herir nuestros corazones. Es necesario señalar que algunas damas —no diré que todas— tienen una pequeña debilidad: si se dan cuenta de que poseen algo singularmente hermoso, la frente, la boca o las manos, por ejemplo, se figuran que es lo primero que salta a la vista y que todos dirán a la vez: «¡Qué hermosa nariz griega!» o «¡Qué frente más delicada y encantadora!» La que tiene bonitos hombros está segura de que todos los jóvenes quedarán fascinados por ello y le abrirán paso entre aplausos y alabanzas: «¡Oh, qué hombros tan divinos!», sin prestar atención al rostro, el cabello, la nariz o la frente. Aunque no lo crean, así razonan ciertas mujeres. Nuestras damas se habían jurado desplegar todo su encanto durante el baile y hacer valer sus particulares atractivos. Al bailar el vals, la mujer del jefe de correos inclinaba la cabeza tan lánguidamente que pudiera pensarse que se trataba de un ángel. Una dama muy agradable, a quien un juanete —una *incommodité*, decía ella— había obligado a calzarse botas, por lo que no estaba en condiciones de bailar, no pudo contenerse y realizó un giro de ballet. No lo hizo por lucirse, claro está, sino para evitar que a la de Correos se le subieran los humos.

Pero, ¡ay, todo fue inútil! Chíchikov no prestó atención a las mil y un monerías de las damas. Empinado sobre la punta de los pies, trataba de ver, por encima de las cabezas, dónde se había metido la hermosa rubita. De vez en cuando se agachaba con la intención de distinguirla entre aquella multitud de hombros y espaldas. La descubrió, por fin, sentada al lado de su madre, sobre quien se balanceaba majestuosamente la pluma de un turbante oriental. Prácticamente, Chíchikov las tomó por asalto. ¿Obedecía al llamado de la naturaleza, como se dice: al embrujo primaveral?, ¿alguien lo había empujado por detrás? No lo sé. Pero lo cierto es que avanzó decididamente hacia ellas sin parar en los obstáculos. En su camino, tropezó con el arrendador de servicios públicos, quien, felizmente, restableció el equilibrio con una sola pierna, pues su caída habría arrastrado a toda una fila de espectadores. Al verlo tan decidido, el director de Correos le cedió el paso, lanzándole una mirada entre sorprendida e irónica que Chíchikov no advirtió, pues

veía solamente a la deliciosa rubita, que se ponía un largo guante y sin duda alguna ardía en deseos de lanzarse a volar por el parque. A su lado, cuatro parejas habían trenzado ya una mazurca. Los tacones repiqueteaban contra el suelo. Un subcapitán de Infantería, dedicado a su tarea en cuerpo y alma, por fin había logrado coordinar sus movimientos y bailaba como si no hubiese mañana, como únicamente lo había hecho en sueños. Costeando a lo largo de los bailarines, Chíchikov llegó al fin ante la mujer del gobernador y su hija, donde perdió su habitual aplomo, pues se sintió de repente muy tímido y dejó de caminar con su paso elegante, firme y decidido. Estaba turbado, en todos sus movimientos dejaba entrever cierta torpeza.

No se podría afirmar que nuestro héroe se hubiese enamorado. Es dudoso, incluso, que los señores como él, es decir, los que no son gordos ni flacos, sean capaces de amar. No obstante, experimentaba una extraña sensación, algo que ni él mismo lograba explicarse. Más tarde confesó haber creído durante algunos minutos que el baile (con sus innumerables conversaciones y todo su barullo) se perdía en lontananza. El acorde de trompetas y violines le sonaba lejano, como si se tocase detrás de una colina. Le pareció de pronto que una bruma envolvía todas las cosas. Sobre este campo impreciso, que recordaba el vago fondo de un cuadro torpemente pintado, se destacaban en relieve, nítidos y perfectamente acabados, los delicados rasgos de la seductora chiquilla: su carita ovalada, su fina cintura de colegiala recién salida de clase, su sencillo trajecito blanco, las formas firmes y redondas de su armoniosa pureza. Era una figurita de marfil magistralmente tallada. Un ser transparente y luminoso entre aquella multitud opaca y turbia.

Por lo visto, así marcha el mundo. Por lo visto, también los Chíchikov se convierten en poetas en algún momento de su vida; aunque «poeta» es mucho decir. Nuestro héroe se sintió, en todo caso, un alma joven, casi un húsar. Vio junto a ellas una silla vacía y la ocupó sin vacilar. Al principio la conversación resultó algo forzada, pero luego se hizo más natural y poco a poco se le soltó la lengua, se fue atreviendo, fue ganando aplomo, la *force*. Sin embargo... debo decir, muy a mi pesar, que las personas graves y con cargos importantes no saben conversar con las damas. Para estos asuntos, tenientes y capitanes se pintan solos. Dios sabe cómo se las ingenian. No parecen decir nada sensato, pero el caso es que las muchachas se parten de risa. En cambio, lo que cuenta un consejero de Estado es cosa sabida: o trata de que Rusia es un país muy vasto, o dedica un cumplido al que, desde luego, no le falta chispa, pero suena demasiado a cosa leída en los libros. Hace cumplidos

ampulosos, teatrales; lo peor es que, si de casualidad dice algo gracioso, se ríe él solo o, en todo caso, ríe mucho más alto que la dama que lo escucha. Por eso la rubia se puso a bostezar mientras nuestro héroe hablaba. Nuestro héroe, por otra parte, no se daba cuenta de ello y seguía desgranando un rosario de historias divertidas que ya había tenido ocasión de relatar, en casos análogos, en distintos lugares: en la provincia de Simbirsk, en casa de Sofrón Ivánovich Bespechni, donde se encontraba entonces la hija del propietario, Adelaida Sofrónova y sus tres cuñadas, María Gavrílovna, Alexandra Gavrílovna y Adelaida Gavrílovna; en casa de Fiódor Fiódorovich Perekróiev, en la provincia de Riazán; en casa de Frol Vasílievich Pobedonosni, en la provincia de Penzá y en la de su hermano Piotr Vasílievich, donde estaban su cuñada Katerina Mijáilovna y las sobrinas nietas de ésta: Rosa Fiódorovna y Emilia Fiódorovna; en la provincia de Viatka, en casa de Piotr Varsonófiévich, donde se encontraba la hermana de la cuñada de este último, Pelagueia Yegórovna, con su sobrina Sofía Alexándrovna y las hermanastras Sofía Alexándrovna y Maklatura Alexándrovna.

A todas las damas les desagradó profundamente la conducta de Chíchikov. Con afán de fastidiar, una de ellas les pasó muy cerca y se recogió las enaguas en pleno rostro de la rubita, rozándole la nariz con la enorme cola de su vestido. Después, dio un giro y azotó de nuevo el rostro de la jovencita, esta vez con la punta del chal que envolvía sus hombros. De los perfumados labios de otra dama surgió, junto con el olor a violetas, una observación muy mordaz. Pero Chíchikov no la oyó. O quizá se hizo el sordo, no lo sé, pero como quiera que fuese, obró mal, pues siempre se ha de tener en cuenta la opinión de las damas. Luego se arrepintió de ello, pero el mal ya estaba hecho. Era demasiado tarde.

Un descontento, a todas luces justificado, se pintó en numerosos semblantes. Es cierto que Chíchikov gozaba de gran prestigio: se le tenía por millonario, su aspecto era imponente, marcial, arrojado. Pero hay cosas que las damas no perdonan a nadie, sea quien sea. Y en tales casos, ya puede darse uno por perdido. Hay ocasiones en que la mujer, a pesar de su carácter débil y enfermizo, se vuelve más fuerte que el hombre, más fuerte que todo cuanto existe. El vago desdén de Chíchikov restableció la buena armonía comprometida por el asalto de la silla. Encontraron pérfidas alusiones en algunas inocuas frases que se le habían escapado a Chíchikov. Para colmo, un joven improvisó unos versos que satirizaban a los bailarines (algo habitual en las fiestas de provincia) y el pasquín fue atribuido a Chíchikov. La indignación iba creciendo. Por todos los rincones se levantaron

tribunales donde nuestro héroe fue desgarrado por bellos dientecitos, y la rubita condenada sin apelación.

Entretanto, a nuestro héroe le esperaba una sorpresa sumamente desagradable: mientras la rubia bostezaba oyéndolo desgranar historia tras historia, a cual más de aburrida (Chíchikov llegó incluso a citar al filósofo Diógenes), apareció Nozdriov. ¿Llegaba del ambigú o de un saloncito verde donde se apostaba fuerte al *whist*? ¿Salía por su propia voluntad o lo habían echado? Quién sabe, pero la cosa es que se presentó alegre, radiante, cogiendo del brazo al fiscal, a quien probablemente arrastraba desde hacía un buen rato, pues el desgraciado fruncía sus espesas cejas y buscaba visiblemente la manera de zafarse de aquel amistoso pero insoportable estrujón. Nozdriov, que había agarrado *courage* con dos tazas de té —con su aditamento de ron, naturalmente—, soltaba un despropósito tras otro. Chíchikov lo descubrió desde muy lejos. Augurando un mal encuentro, se decidió al sacrificio, es decir, a una pronta retirada. Pero quiso su mala estrella que en aquel instante se volviera el gobernador, quien se declaró maravillado por encontrarse con Pável Ivánovich. El gobernador lo retuvo pidiéndole que hiciese de juez en una discusión que sostenía con dos damas acerca de la constancia del amor femenino. Entretanto, Nozdriov se acercaba.

—¡El terrateniente jersonés! —gritó Nozdriov, soltando una formidable carcajada, tan sonora, que le temblaron las mejillas, frescas y coloradas como rosas de primavera—. ¿Qué, has conseguido muchos muertos? ¿No lo sabe usted, Excelencia? —prosiguió a grandes voces, dirigiéndose al gobernador—. ¡Trafica con almas muertas! ¡Se lo juro! ¡Escucha, Chíchikov! Te hablo como amigo, ya sabes que somos tus amigos, aquí está Su Excelencia. Amigo, yo te ahorcaría, ¡Por Dios que te ahorcaba!

Chíchikov hubiera querido que se lo tragara la tierra.

—Créame excelencia —continuó Nozdriov— cuando me dijo: «Véndame almas muertas», por poco reviento de risa. Llego aquí, ¿y qué me cuentan?, ¡que el señor ha comprado campesinos por valor de tres millones! ¡Que el señor de Jersón se los lleva a otras tierras! ¡Buenos colonos se lleva! ¡Si quería comprarme muertos! Escucha, Chíchikov, eres un bruto. Por Dios que eres un bruto. Te lo digo delante de Su Excelencia, ¿no es verdad señor fiscal?

Pero el fiscal, Chíchikov y el propio gobernador se hallaban tan desconcertados que se quedaron sin habla. Por su parte, Nozdriov, imperturbable, prosiguió con su discurso de ebrio:

—Tú, hermano, tú... no te dejaré hasta no saber por qué has comprado almas muertas. Chíchikov, debería darte vergüenza. Sabes que soy tu mejor amigo. Mira, Su Excelencia está aquí, ¿no es verdad señor fiscal? No se imagina usted, Excelencia, lo mucho que nos queremos; o sea, mire, si usted me dijera: «eh, aquí estoy» y preguntara: «¡A ver, Nozdriov!, ¿a quién quieres más, a tu padre o a Chíchikov?», yo respondería sin vacilar «¡A Chíchikov, a Chíchikov!» Se lo juro por Dios... Espera, corazón mío, no te vayas sin tu *baiser*. Permítame, Excelencia, que le dé un beso. Sí, Chíchikov, no te pongas, ¡déjame que te plante un besito en esas mejillas tan blanquitas que tienes!

Nozdriov recibió, en respuesta a su besito, un violento empujón que estuvo a punto de hacerle rodar en tierra cuan largo era. Todos se apartaron de él y no volvieron a hacerle ningún caso. Sin embargo, había proclamado tan a viva voz lo de las almas muertas, se había carcajeado tanto, que atrajo la atención de todos, incluso de los invitados que se encontraban en los rincones más apartados del salón. El asunto era, sin lugar a dudas, muy extraño. Todo el mundo se quedó con cara de tonto, un espectador ajeno habría notado en todos los rostros una expresión forzada, estúpidamente inquisitiva. Muchas damas cambiaron entre sí miradas burlonas, rencorosas, cáusticas, que Chíchikov advirtió angustiado. Se mortificó todavía más al ver aparecer en algunos rostros una expresión ambigua, desconcertante porque no le decía nada. Todos sabían perfectamente que Nozdriov era un embustero, que soltaba una barbaridad tras otra, que no había que creerle ni el bendito. Pero el hombre es así. Es como es y no hay manera de entenderlo. Si uno escucha cualquier estupidez, la que sea, la comunicará enseguida a otro mortal, aunque sea para decirle: «¡fíjese lo que dicen por ahí!» y el otro prestará gustoso oído, sólo para decir: «¡pues vaya estupidez! No vale la pena hacer el menor caso». Pero enseguida corre en busca de un tercer mortal para contárselo y después exclamar con él, en un impulso de noble indignación: «¡Qué abominable mentira!», y así, inevitablemente, la habladuría dará vuelta a la ciudad entera. Todos los hombres, sin excepción, lo comentarán hasta hartarse y luego confesarán que no merece ninguna atención y que es indigno que se hable de ello.

Este suceso, al parecer absurdo, afectó a nuestro héroe. Por estúpidas que sean las palabras del necio, a veces bastan para confundir al hombre inteligente. Chíchikov empezó

a sentirse molesto, a disgusto, como si le hubieran manchado de barro, en un charco sucio y apestoso, sus lustrosas botas. En una palabra, ¡se sentía fastidiado, muy fastidiado! Procuró no pensar en ello. Para distraerse, se sentó a jugar al *whist*, pero todo marchaba como rueda torcida: cometió pifia tras pifia, jugó dos veces al color del adversario y, olvidándose de que el tres no se mata, alzó la mano y, dejándola caer con inusitada fuerza, cubrió como un tonto su propia carta. El presidente no podía entender que Pável Ivánovich, jugador experimentado y sagaz, tuviera semejantes fallos. ¡Chíchikov acababa de sacrificar a su rey de picas, en el cual, según decía, confiaba más que en Dios! Desde luego, el jefe de Correos, el presidente e incluso el mismo jefe de policía gastaron las bromitas de rigor a nuestro héroe, ¡Pável Ivánovich está enamorado!, ¡ya sabemos por quién cojea su corazoncito!, ¡le han disparado un flechazo, y ya sabemos quién! Pero nada lo consolaba, por mucho que se esforzase en reír y seguir la broma. Durante la cena tampoco dio pie con bola, aunque la compañía, en realidad, era muy agradable y hacía mucho que habían puesto a Nozdriov de patitas en la calle, pues las damas advirtieron que su conducta era intolerable: en pleno cotillón, se había sentado en el suelo para tirar de los faldones a los bailarines, cosa que «de ningún modo se puede permitir», según expresión de las damas. La cena fue muy alegre. Si algún curioso mirase los candelabros de tres brazos, los jarros con flores, las fuentes con golosinas o las botellas de champán, vería reflejados rostros rebosantes de satisfacción. Damas, oficiales y civiles de frac se mostraban amables hasta el empalago, ¡qué digo!, eran la amabilidad en persona. Los varones se levantaban bruscamente de sus asientos para arrebatarse a los criados platos que luego ofrecían con insólita destreza a las damas. Un coronel llegó a ofrecer una escudilla con salsa en la punta de su espada. Mientras se embuchaban un trozo de pescado o de ternera atrocemente untados de mostaza, los hombres de edad, entre los que se hallaba Chíchikov, discutían en voz alta sobre cuestiones que normalmente interesaban a nuestro héroe, pero esta vez no hacía ni caso, parecía un hombre fatigado o molido por un largo viaje a quien nada le entra en la mollera y es incapaz de comprender nada. Mucho antes de la hora habitual, sin esperar siquiera a que terminase la cena, se retiró a su posada.

Ahí, en la estancia ya conocida por el lector, en aquella habitación que tenía la puerta atrancada con una cómoda y los rincones repletos de cucarachas, el estado de ánimo de Chíchikov se reveló tan inestable como el sillón sobre el cual se dejó caer. Un peso desagradable y confuso le oprimía el corazón, experimentaba un vago malestar, una penosa sensación de vacío.



«¡Que se lleve el diablo a los inventores de estos bailes! —dijo en un arrebatado de rabia—. ¡Imbéciles!, ¿de qué se alegran? En la provincia ha habido mala cosecha, la vida es cara, ¡y lo único que se le ocurre es organizar bailes! ¿Y todo para qué?, para menearse y lucir sus trapos. Una de esas urracas llevaba encima más de mil rublos, ¿de dónde sale tanto dinero? Del bolsillo de su esposo, claro, que se ve obligado a cargarle la mano a sus siervos, a ahogarlos con el tributo; o peor aún, a venderse, aceptando dádivas y sobornos, ¿y todo para qué?, para comprarle chales, faldamentas y otras garambainas a su mujercita. ¡Anda, gástate mil rublos en trapos! ¡No vaya a ser que Sidorovna, una chismosa cualquiera, diga que la jefa de Correos iba mejor vestida! Gritan: “¡Queremos baile, baile, venga la alegría!”. Y el baile es una estupidez, no cuadra con el espíritu ruso, no va con nuestra manera de ser. ¡Que el diablo lo entienda!: ¿no se avergüenzan de hacer el imbécil?, ¡habrase visto algo más ridículo! ¡Un adulto vestido de frac, desgreñado, tieso como un diablo y haciendo gansadas! ¡Hala, a zapatear se ha dicho! Incluso hay quien pega saltos de cabra mientras habla de alguna cuestión importante. ¡Y todo por simiesca imitación! Sí, ¡parecemos monos! Vemos que el francés a los cuarenta años es tan niño como a los quince, y queremos hacer lo mismo. A decir verdad... asistir a un baile es un pecado que me apresuro a olvidar. Salgo de allí con la cabeza vacía, como cuando conversas con un hombre de mundo que habla de todo, aduce citas de lecturas, te deslumbra con su ingenio y facilidad de palabra... pero no te deja la menor huella. Entonces te das cuenta de que aquello fue pura cháchara, y te dices que la conversación de un simple comerciante, que conoce únicamente su negocio, pero lo conoce a fondo, es preferible a tanta frase hueca. Francamente, ¿qué puede sacarse de un baile? Supongamos que un escritor tiene la ocurrencia de describir la escena tal cual es. En el libro resultaría tan insensata como en la propia realidad. “¿Es moral?, ¿es inmoral?” Te preguntas. “¡El diablo lo sabe!” Te respondes y, disgustado, arrojas el libro lo más lejos que puedes». Con esta diatriba, Chíchikov daba salida a su despecho. En realidad, no tenía nada en contra de los bailes. Estaba disgustado consigo mismo, enfadado por la situación en que se había metido. Se había mostrado ante todos como un personaje estafalario, había desempeñado un papel que no le correspondía. Es cierto que, vistas las cosas con calma, todo aquello era una bobada. No podían perjudicarlo unas palabras necias, sobre todo ahora que el negocio estaba concluido. Pero el hombre es un animal extraño: le causaba honda amargura la antipatía de gente que no estimaba; de personas que había censurado con dureza por sus ínfulas de elegancia y su ridícula vanidad. Además, tenía que confesar que, en parte, él

mismo se había metido en camisa de once varas: era culpable, y esto exacerbaba aún más su bilis. Sin embargo, fue indulgente. No tengo nada que reprocharle, todos tenemos la pequeña debilidad de achacar nuestros males al prójimo, en quien descargamos nuestra irritación. Cualquiera cosa es buena para desquitarse: mujer, subordinado o siervo; incluso la silla que arrojamos contra la puerta (¡para que escarmiente!, ¡para que sepa lo que es un hombre furioso!) hasta dejarla sin brazo y sin respaldo. También Chíchikov halló muy pronto sobre quién descargar su rabia: Nozdriov, a quien puso como un trapo. Le dio duro soltándole, como el viejo capitán que increpa a un soldado ladrón o su cochero, una bocanada de injurias de toda clase. A veces, tal cantinela surge también de boca de algún general, que añade a las clásicas palabrotas algunas pintorescas expresiones de su propia cosecha. Pues bien, toda la parentela de Nozdriov se llevó lo suyo.

Mientras Chíchikov (sentado en su áspero sillón, ante una vela cuya mecha se había cubierto ya de un negro casquete requemado y amenazaba a cada momento con apagarse), presa de sus negros pensamientos y del insomnio, despotricaba contra Nozdriov y toda su familia; mientras la ciega noche, azuleando ya ante la proximidad del alba, lo miraba por la ventana, y el canto de los gallos surgía a lo lejos, mientras en la adormecida ciudad deambulaba sin duda algún capote sin frisa, un Juan Penurias de dudosa condición y rango, conector tan sólo (¡ay!) del trillado camino que conoce todo ruso; mientras todo esto sucedía, en el extremo contrario de la ciudad tenía lugar un acontecimiento destinado a agravar la desagradable situación de nuestro héroe. Por las lejanas callejuelas corría chirriando un vehículo cuyo nombre sería difícil de precisar. No parecía trineo, calesa o carretela, sino más bien una sandía montada sobre dos ruedas. Las mejillas de esta sandía, es decir, las portezuelas (que conservaban rastros de pintura amarilla) no cerraban bien a causa del pésimo estado de pomos y pestillos, torpemente sujetos con cuerdas. La sandía estaba repleta de almohadones de percal, almohadas, traveseros de algodón, talegas de pan, rosquillas y bollos de todo tipo. Dos empanadas, una de pollo y otra de pescado, coronaban el promontorio. Un sujeto lacayuno, con chaquetilla de cutí hecha en casa y barba blanquecina y descuidada, iba encaramado en la trasera del coche. Era, como suele decirse «un don Nadie». El chirrido de goznes y de ejes oxidados despertó al vigilante nocturno, quien alzó su alabarda y gritó a todo pulmón: «¿Quién vive?» Mas, viendo que nadie se acercaba y que únicamente se oía un estrépito lejano, cazó no sé qué fierecilla en el cuello de su capote y la aplastó con la uña a la luz de un farol. Realizada esta hazaña, depositó su arma y, como dicta la regla de su orden, volvió a dormirse enseguida. Los jamelgos

enganchados al carricoche resbalaban a cada instante. Sus patas delanteras iban sin herrar y, por lo visto, no estaban acostumbrados al «suave» pavimento de la ciudad. Tras haber rodado por varias calles, penetraron en una callejuela oscura que seguía a lo largo de la iglesia de San Nicolás y se detuvieron ante la casa del arcipreste. Una muchacha de chal y justillo saltó del coche y aporreó el portón con puñetazos dignos de un hombre. Por su parte, el mozo de chaquetilla hecha en casa dormía como un tronco, de modo que fue preciso sacarlo de su sitio tirándolo de las piernas. Algunos ladridos surgieron del interior; el portón, por fin abierto, se tragó con muchas dificultades aquella torpe representación del arte de la carrocería. El vehículo entró en un reducido patio atestado de leña, gallineros y toda clase de jaulas. Una señora se apeó del coche, era una vieja conocida nuestra: Koróbochka, terrateniente y viuda de un secretario colegiado. Poco después de la partida de nuestro héroe, la mujer temió haber sido engañada. Pese a no tener herrados los caballos, al cabo de tres noches de insomnio decidió ir a la ciudad para saber a cuánto se cotizaban las almas muertas. Quizá (¡Dios no lo quiera!) las había vendido por una tercera parte de su valor. ¿Quién sabe? Por si las dudas, había que ir a la ciudad y ponerse al corriente en los precios.

La llegada de Koróbochka tuvo consecuencias que el lector conocerá por una conversación que sostuvieron dos damas. Esta conversación... no, no diré más, será mejor que la dejemos para el capítulo siguiente.

## Capítulo IX

Por la mañana, mucho antes de la hora admitida en N. para las visitas, la puerta de una casa de madera color naranja, con *mezzanine* y columnas azules, dio paso a una dama que llevaba un elegante abrigo a cuadros e iba acompañada por un lacayo de librea con varias esclavinas y galón de oro en un reluciente sombrero redondo. La dama saltó con extraordinaria precipitación al estribo del coche que la esperaba en el portal. El lacayo cerró enseguida la portezuela, plegó el estribo, trepo a la trasera y, cogiendo la correa, gritó al cochero: «¡En marcha!». La dama ardía en deseos de propalar una noticia cuya primicia acababa de obtener. A cada instante miraba por la ventanilla y veía, con gran disgusto, que aún quedaba por recorrer la mitad del camino. Todas las casas le parecían más largas que de ordinario; el asilo, un edificio de cantera blanca con ventanas muy estrechas, se prolongó durante un rato intolerablemente largo, hasta el punto de que la dama no pudo contenerse y exclamó, impaciente: «¡Maldito edificio, no se acaba nunca!» Dos veces recibió el cochero la misma orden: «¡Más rápido, Andriushka! ¡No te duermas!, ¡hoy vas a paso de tortuga!».

El coche se detuvo ante una casa de madera gris de una planta, con adornos de marquetería sobre las ventanas y un alta empalizada que apenas dejaba espacio para que algunos raquíuticos arbolillos, cubiertos siempre de polvo, se aferraran a un estrecho jardín. Por las ventanas se entreveían jarros con flores, un loro que se balanceaba, colgado del pico, en el aro de su jaula, y dos perritos que dormían al sol. En esta casa vivía una gran amiga de la visitante. El autor debe confesar que se ha metido en un grave aprieto, pues debe dar a las damas apelativos que no provoquen revuelo, como ya le ha pasado. Llamarlas con un apellido inventado resulta peligroso, pues cualquier nombre que a uno se le ocurra encontrará, en algún rincón de nuestro imperio, no en vano tan extenso, alguien que lo ostente; y este alguien se pondrá hecho una furia, despotricará contra el autor diciendo que lo ha espiado para saber quién es, qué ropa viste, qué manjares prefiere y a qué comadre frecuenta. Recurrir a los títulos es todavía más peligroso, ¡Dios nos libre! En los tiempos que corren todo señor ve alusiones personales en toda frase impresa. Tal es, por lo visto, el aire de los tiempos. Basta decir que en tal ciudad hay un hombre estúpido para que todos se sientan aludidos. De pronto aparece un señor de honorable aspecto y

empieza a gritar: «Yo vivo en esa ciudad, me está llamando estúpido». En fin, que a todos les queda el saco.

Para evitar estos inconvenientes, llamaremos a la anfitriona: *la dama encantadora en todos los sentidos*. Casi toda la ciudad la llamaba así pues, a decir verdad, se había ganado a pulso este apodo. Es cierto que su aparente amabilidad ocultaba una malicia muy femenina. Es cierto que en cada una de sus amables palabras asomaba la filosa punta (¡y qué punta!) de un alfiler que amenazaba con sacarte los ojos, ¡pobre de aquella amiga que se atreviera a disputarle el primer lugar en cualquier cosa! Pero, no obstante, era una persona muy «correcta», poseedora de los más finos modales que puedan verse en una ciudad de provincias. Ponía gracia en todos sus gestos, le gustaban los versos y hasta sabía adoptar aires soñadores y melancólicos. Todos estaban de acuerdo en que era, definitivamente, una dama agradable en todos los sentidos. En cambio, la otra dama, es decir, la que llegaba de visita, no poseía cualidades tan variadas. La llamaremos, pues, *la dama encantadora a secas*. Su llegada despertó a los dos perritos que tomaban el sol, la peluda *Adèle*, enredada siempre en sus propias lanas, y el faldero *Popurrí*, el de patitas delgadas. Ambos se precipitaron ladrando al vestíbulo con los rabos enroscados; la visitante, despojada ya de su vestido a cuadros, apareció con una prenda de hechura y color a la moda y un largo rabo de piel enroscado al cuello. Un olor a jazmín se esparció por la habitación.

En cuanto *la dama encantadora en todos los sentidos* se enteró de la llegada de *la dama encantadora a secas* se lanzó hacia el vestíbulo. Las damas se dieron las manos y profirieron gritos y exclamaciones de alegría, como dos colegialas recién salidas del internado a quienes sus mamitas no han tenido tiempo de explicar que el padre de una es más pobre que el de la otra y ocupa un cargo inferior. Tras un sonoro beso, que provocó nuevos ladridos y valió a los perros un azote con el pañuelo, ambas damas pasaron al salón azul que, desde luego, estaba amueblado con su canapé, su mesa ovalada y sus pequeños biombos tapizados de hiedra. Detrás de ellas acudieron, al trote y gruñendo, la peluda *Adèle* y *Popurrí*, el de patitas delgadas.

—¡Aquí, aquí en este rinconcito! —dijo la anfitriona designando a su visita un rincón del canapé—. ¡Eso es! Tome este cojín.

Tras decir esto, le metió tras la espalda un cojín de tapicería que representaba, como es regla en este tipo de labores, un caballero con la nariz en forma de escalera y la boca cuadrada.

—¡Cuánto me alegro de que sea usted!... Al oír que alguien llegaba me pregunté: ¡quién será a estas horas? Parasha me dice: «La vicegobernadora», y yo le digo: «¡Otra vez esta boba! ¡Qué fastidio!», estuve a punto de mandar decir que no me encontraba en casa...

La visitante se disponía a entrar en materia. Ya había abierto la boca para soltar de sopetón la noticia, pero una exclamación de la dama encantadora en todos los sentidos dio otro curso a la charla.

—¡Qué tela más linda! —exclamó la *dama encantadora en todos los sentidos*, examinando el vestido de la dama encantadora a secas.

—Es muy guapa ¿verdad? Sin embargo, Praskovia Fiódorvna piensa que estaría mejor si los cuadritos fuesen más pequeños y los lunares azules y no marrones. A su hermana le mandaron una telita que es un encanto, ¡una maravilla!, no hay palabras para describirla. Imagínese: rayitas sobre un fondo azul celeste, rayas finitas, finitas, tan finas como pueda imaginar; alternando entre las rayitas... ¡ay!, ojitos y patitas, ojitos y patitas... ¡Ah, en una palabra, incomparable! ¡No se ha visto nunca algo tan hermoso!

—Ay, querida, será una tela muy chillona.

—¡Ah no!, ¡no, no, no!, ¡no es en absoluto chillona!

—¡Cómo que no! Seguramente es muy chillona.

Cabe destacar que *la dama encantadora en todos los sentidos* era, por decirlo así, materialista, es decir, poseía cierto espíritu de negación y lo ponía todo en duda.

*La dama encantadora a secas* explicó que la tela no era de ningún modo chillona,<sup>105</sup> y exclamó:

—¡Ah, por cierto, la felicito, ya no se llevan los volantes!

—¡Cómo que no se llevan!

---

<sup>105</sup> Es difícil imaginar a la una sin la otra, pues las dos damas se complementan formando un todo. Es frecuente encontrar estas parejas en la obra gogoliana: en *El inspector*, por ejemplo, Bobchinski y Dobchinski; en *Almas muertas*, Tío Mitiái y tío Miniái, Kifa Mókevich y Moki Kífovich.

—Ahora están de moda los festoncitos.

—¡Ay, no! ¡Con lo feos que son!

—Pues es lo que se lleva, festoncitos, puros festoncitos; pelerinas de festoncitos, festoncitos en las mangas, hombrillos de festoncitos, festoncitos en los bajos, festoncitos por todas partes.

—¡Festoncitos por todas partes! ¡Qué horror Sofía Ivánovna!

—Todo lo contrario, Anna Grigórevna,<sup>106</sup>son una monada: se cosen con dos dobladillos, con sisas anchas y por arriba... Pero lo que más le sorprenderá... espere usted, ya verá, ya verá cómo se asombra y entonces sí dirá... Bueno, asómbrese: los corpiños se llevan ahora más largos, el escote en pico ha quedado completamente fuera de moda, las faldas llevan mucho frunce, como antiguamente los tontillos y, por detrás, para ser una verdadera *belle femme*, hay que llevar almohadillas de algodón.

—¡Bueno, esto ya es demasiado, lo confieso! —dijo *la dama encantadora en todos los sentidos*, moviendo la cabeza con dignidad.

—¡Confieso que tiene toda la razón! —respondió *la dama encantadora a secas*.

—Digan lo que digan, no pienso seguir esa moda.

—¡Yo tampoco!... ¡a lo que puede llegar la moda!... Le he pedido a mi hermana que me envíe un patrón, ¡pero sólo para reírme, eh, no vaya a pensar que yo...! Mi doncella Melania ya ha puesto manos a la obra.

—¿Tiene usted un patrón? —exclamó *la dama encantadora en todos los sentidos*, con visible sobresalto.

—Claro, lo ha enviado mi hermana.

—Alma mía, ¡préstemelo!, ¡se lo suplico!

—¡Ay, se lo tengo prometido a Praskovia Fiódorovna... Si lo quiere usted después...

—¿Después de Praskovia Fiódorovna? ¡No queridita, muchísimas gracias! ¿Acaso quiere que lleve sus sobras? ¡Cómo puede preferir a los extraños!

---

<sup>106</sup> Contra lo prometido, Gógol suelta, como sin querer, los nombres de las damas. Se trata de un juego irónico: los personajes, escapando de los designios de su creador, parecen cobrar vida por sí mismos.

—¡Pero si es mi tía!

—¡Bah, tía, tía!, ¡qué tía ni que tía!, es una parienta lejana, por parte del marido... No, Sofía Ivánovna, no quiero ni escucharla. Esto es una injuria... Por lo visto mi amistad le incomoda... y quiere romperla.

Presa entre la espada y la pared, la pobre Sofía Ivánovna no sabía por quién decidirse. ¡Bien merecido se lo tenía, por andar de farol, por vanidosa, por charlatana! De buena gana se habría cosido a alfilerazos aquella estúpida lengua.

—Bueno, ¡y qué me cuenta de nuestro angelito? —dijo entretanto *la dama encantadora en todos los sentidos*.

—¡Ay Dios! ¡Qué cabeza la mía! ¡Ya verá que noticia le traigo, Anna Grigórevna!

La visitante estuvo a punto de perder el resuello. Las palabras se le alborotaron en la garganta, luchando por salir. Cual gavilanes de presa, estaban dispuestas a lanzarse unas tras otras. Sólo una persona tan cruel como su sincera amiga podía atreverse a interrumpir.

—Por mucho que usted lo ponga en las nubes, no me convencerá —dijo con más vivacidad que de ordinario—. Se lo digo francamente: ¡es un pobre diablo! Sí, y se lo diré en su cara: ¡Es un pobre diablo! ¡Un pobre diablo!

—Déjeme que le cuente...

—Lo han querido hacer pasar por buen mozo, ¡ay! ¡Con lo feo que es el pobre! Su nariz... es de lo más desagradable.

—Permítame usted... permítame querida Anna Grigórievna... ¡déjeme hablar! Es toda una historia, ¿comprende? Toda una historia, *ce qu'on apelle histoire*— exclamó desesperada y con voz suplicante.

No estará de más indicar que en la conversación de las damas afloraban numerosas palabras extranjeras y una que otra larga frase en francés. Mas, por muy persuadido que esté el autor de los beneficios de este idioma en Rusia, y a pesar del respeto que le merece la patriótica costumbre de nuestra alta sociedad, que se expresa en francés a la menor provocación, no hay modo de que se atreva a introducir en este poema ruso ni una sola frase extranjera. Continuemos, pues, en nuestro idioma.

—¿De qué historia me habla?



—¡Ay, Anna Grigórevna!, ¡vida mía! ¡Si pudiera imaginarse la situación en que me he encontrado! Figúrese usted que acabo de recibir una visita, ha ido a verme la mujer del arcipreste, la esposa del padre Kiril, ¿y sabe lo que me ha dicho de ese forastero, que se veía tan modosito?

—¡No me diga que le ha querido hacer *la cour* a la mujer del arcipreste!

—¡Ay, Anna Grigórevna! ¡Eso no es nada! Escuche lo que me ha contado: ha ido a buscarla una terrateniente de los alrededores, la señora Koróbochka, iba muy asustada, pálida como la muerte... ¡Dios qué cosas contó! Escuche, es una verdadera novela. Era media noche, una noche oscura como boca de lobo. La casa entera dormía. De pronto, llaman al portón con golpes espantosos: «¡Abran! ¡Abran o derribamos la puerta!», gritaba enfurecido. ¿Qué le parece? ¿Qué me dice ahora de nuestro encantador caballero?

—Bueno, y esa tal Koróbochka, ¿es joven?, ¿es guapa?

—¡Qué va, es una vieja!

—¡Ay, qué primor! ¡Así que le gustan las viejas! ¡Sí que tienen buen gusto nuestras damas!

—No eso, Anna Grigórevna, no es eso. No es lo que usted supone. Figúrese que se presenta armado de pies a cabeza, como un Rinaldo Rinaldini<sup>107</sup> cualquiera, y exige: “¡Véndame todas las almas muertas que tenga! La Koróbochka, sensatamente, responde: «No se las puedo vender, porque están muertas». «Señora, eso es cosa mía», contesta Chíchikov. No se las puedo vender porque están muertas, insiste Koróbochka. «¡No están muertas, no están muertas!», vocifera Chíchikov a grito pelado. En fin, arma un escándalo de padre y señor mío. El pueblo se despierta, acuden los aldeanos, chillan los niños, todos gritan, nadie comprende qué pasa. La gente de la aldea sale huyendo como alma que lleva el diablo. ¡*Une horreur, une horreur, une horreur!*... No puede imaginarse, Anna Grigórevna, cómo me espanté al oír tan atroz relato. «Mi buena señora, mírese usted al espejo, está pálida», me dice Mashka. «Déjate ahora de espejos, debo contárselo todo a Anna Grigórevna». Le digo. Sin perder un momento mando enganchar el coche. Andriushka, mi cochero, me pregunta a dónde vamos, ¡y yo me le quedo viendo como

---

<sup>107</sup> Protagonista de la novela del mismo nombre Rinaldo Rinaldini (1797), del escritor alemán Christian August Vulpius (1762-1827), autor de largos novelones de aventuras que generalmente tenían por héroes a románticos bandidos italianos. Fue muy popular en la Rusia de Gógol.

boba, sin decir palabra! Seguro pensó que me había vuelto loca. ¡Ay, Anna Grigórevna, si supiera de qué modo me ha trastornado todo esto!

—No me lo creo —manifestó *la dama encantadora en todos los sentidos*—. ¿Qué es eso de «almas muertas»? Confieso que no entiendo absolutamente nada. Es la segunda vez que oigo hablar de ello. Mi marido dice que Nozdriov miente, pero hay algo detrás de todo esto. Sin duda.

—¡Ay, Anna Grigórevna! Imagíneme a mí escuchando esos horrores: «No sé qué hacer —dice Koróbochka—. El muy canalla me obligó a firmar un documento, seguramente falso, y me tiró quince rublos en billetes. Yo soy una pobre viuda sin experiencia ni apoyo, no comprendo nada de estas cosas...» ¡Figúrese usted lo que me ha sobresaltado tal historia!

—Usted puede pensar lo que quiera, pero yo le digo que esto no es cuestión de almas muertas, aquí hay gato encerrado.

—Tiene razón —manifestó no sin asombro *la dama encantadora a secas*, ardiendo en deseos de conocer la clave del misterio. Incluso se atrevió a preguntar, acentuando la inflexión de su voz: ¿Qué hay detrás de este asunto?

—¿Usted qué piensa?

—¿Qué pienso yo? Pues... confieso que estoy completamente desconcertada.

—De cualquier modo, me gustaría saber qué le sugiere lo sucedido.

Pero *la dama encantadora a secas* no sabía qué decir. Lo suyo era sobresaltarse, no formular conjeturas. Por tal motivo tenía, más que nadie, necesidad de amigas y consejos.

—Vale, le explicaré de qué va el asunto —dijo *la dama encantadora en todos los sentidos*.

Al oír aquellas palabras, la visitante se volvió toda oídos: las orejitas se le aguzaron, se incorporó del canapé o mejor dicho, casi se incorporó, pues, sin dejar de permanecer sentada, se quedó como en suspenso sobre el mueble. A pesar de que era llenita (por no decir rechoncha) en aquel momento parecía una ligera pluma a punto de salir volando al primer soplo.

Así, en la linde de un bosque, donde sus ojeadores acaban de levantar una liebre, el gentil señor ruso, aficionado a los perros y la caza, se queda inmóvil y con la fusta en alto,

convertido de pronto en un montón de pólvora presto a inflamarse. Penetra en la niebla con mirada decidida, sabe que acabará abatiendo su presa, aunque la nevada estepa, que cubre de plateadas estrellas sus labios, su bigote, sus ojos, sus cejas y su gorro de castor, arroje contra él toda su ira.

—Las almas muertas... —dijo la dama encantadora en todos los sentidos.

—¿Qué, qué? —acució la visitante, emocionadísima.

—¡Las almas muertas!...

—¡Pero hable ya, por Dios!

—¡Las almas muertas son una cortina de humo para ocultar su verdadero propósito: Chíchikov quiere raptar a la hija del gobernador!

La conclusión era, en efecto, completamente inesperada y singular en todos los sentidos. Al oír esto, *la dama encantadora a secas* primero palideció, luego se puso todavía más lívida, y, por último, quedó petrificada.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío! —gritó excitada—. Nunca me lo hubiera imaginado.

—Confieso que yo lo adiviné enseguida —respondió *la dama encantadora en todos los sentidos*.

—¿Qué clase de educación se da en los colegios, Anna Grigórevna! ¡Cómo es posible que ocurran estas cosas! ¿A esto le llaman inocencia?

—¡Bonita inocencia! Le he oído decir cosas que me avergonzaría repetir. Sería incapaz, se lo confieso.

—¿Sabe usted, Anna Grigórevna? Esta juventud me parte el corazón, ¿dónde vamos ir a parar?

—Y los hombres locos por ella ¡No sé que le ven! ¡Es tan rebuscada!

—¡Ay, vida mía, qué cosas dice!, ¡si la pobre chica parece una estatua! ¡Es completamente inexpresiva!

—¡Dios mío, qué rebuscada es, qué rebuscada! ¿Quién le habrá enseñado a hacer tantas muecas?, nunca había visto una mujer con tantas ínfulas.

—¡Alma mía! Es una estatua, y está pálida como la Muerte.

—¡No diga eso, Sofía Ivánovna! ¡Si anda pintarrajeada como un payaso!

—¡Qué dice, Anna Grigórevna!, ¡qué dice! ¡La pobre parece una tiza!

—¡Querida mía! La he visto de cerca, puedo asegurarle que llevaba más de un palmo de colorete en las mejillas; la pintura se le caía a trozos. No me extraña, la madre es una coqueta, y la chiquilla ha salido todavía peor.

—¡Pues que me quede ahora mismo sin hijos, sin marido y sin hacienda si la chica llevaba por lo menos una partícula de colorete!

—¡Cómo puede afirmar semejante cosa, Sofía Ivánovna! —exclamó *la dama encantadora en todos los sentidos*, alzando los brazos al cielo.

—¡Cómo será usted, Anna Grigórevna! ¡La miro y no la reconozco! —dijo la dama encantadora a secas, alzando también los brazos al cielo.

No se extrañe el lector al ver a nuestras damas disentir acerca de algo que han visto de cerca y casi al mismo tiempo. Ciertas cosas de este mundo tienen la propiedad de parecer completamente blancas a una dama y negras a la otra.

—Le daré una prueba de su palidez —prosiguió *la dama encantadora a secas*—. Recuerdo, como si fuera ayer, que estaba sentada junto a Manílov y le dije: «¡Fíjese usted en lo paliducha que está!» Hace falta ser tan estúpido como nuestros hombres para entusiasmarse con ella. En cuanto a nuestro encantador caballero... debo decirle que me parece repugnante, ¡asquerosamente repugnante!

—Pues algunas damas no lo miraban con indiferencia.

—¿Lo dice por mí, Anna Grigórevna? Nunca podrá afirmar una cosa así. ¡Nunca!

—No lo digo por usted. ¡Como si no hubiera nadie más en el mundo!

—¡Nunca, Anna Grigórevna! ¡Nunca! Me conozco muy bien. Se podrá decir eso de otras, que se las dan de mosquita muerta pero son unas lagartonas.

—¡Perdone!, ¿lo dice por mí? ¡Sofía Ivánovna, jamás he dado motivo! Usted disculpe, pero nunca se me ha visto metida en esos lances. ¡En cambio otras...!

—¿Por qué se ofende? No lo digo por usted, ¡como si hubiera sido la única invitada al baile! ¿No vio usted a cierta dama apoderarse de la silla más próxima a la puerta?

Estas últimas palabras bien podían levantar una tempestad, pero, contra todo pronóstico, las dos damas se apaciguaron y el asunto no pasó a mayores. *La dama encantadora en todos los sentidos* no poseía aún el patrón del vestido de moda; *la dama encantadora a secas*, por su parte, ignoraba los pormenores del secreto revelado por su sincera amiga. Estas saludables consideraciones restablecieron enseguida la paz. Por lo demás, en el fondo, nuestras damas no eran malas, pero no se negaban el pequeño placer de tirarse pullas cuando en la conversación surgía el deseo de lanzarse una que otra estocada y escupir alguna palabrita mordaz sin perjudicar a nadie: «¡Anda, trágate ésta!», parecían decirse. El corazón humano, ya sea femenino o masculino, conoce toda clase de necesidades.

—No llego a comprender —dijo *la dama encantadora a secas*— que Chíchikov, siendo un hombre que está de paso, haya podido atreverse a tanto. Debe de tener cómplices.

—¿Lo duda usted?

—Pero, ¿quién?

—Está muy claro, Nozdriov.

—¿Nozdriov? ¡Será posible!

—¿Por qué no? Es capaz de cualquier cosa. Todo el mundo sabe que trató de vender a su propio padre... bueno, en realidad se lo quiso jugar a las cartas.

—¡Dios mío, de qué cosas me entero gracias a usted! ¡Jamás habría sospechado que Nozdriov estuviera metido en esta historia!

—Yo siempre lo supe.

—¡Qué cosas! Cuando se pone uno a pensar... ¡Quién iba a suponer que la llegada de Chíchikov alborotaría de tal modo la ciudad! ¡Ay, Anna Grigórevna, si supiera usted cómo me ha alterado todo esto! De no ser por su benevolencia y su amistad... estaría perdida, se lo juro... ¡Pues cómo no! Cuando mi Mashka me vio tan pálida me dijo: «Mi buena señora, se ha quedado usted como muerta», yo le dije: «Mashka, ahora no estoy para esas cosas». ¡Ay, qué cosas pasan, qué cosas pasan! ¡Y Nozdriov metido en este lío! ¡Quién lo iba a pensar!

La dama encantadora a secas intentó, en vano, obtener los pormenores del rapto. Pero la dama encantadora en todos los sentidos confesó su ignorancia. No sabía mentir. Era capaz, eso sí, de hacer suposiciones y defenderlas como gato boca arriba, pero sólo cuando estaban fundadas en una íntima convicción. Si algún astuto abogado, con fama de polemista, intentara competir con ella en este terreno, vería lo que significa para una mujer el convencimiento interno.

En el ánimo de nuestras damas, la hipótesis se convirtió pronto en certidumbre. ¿Qué hay de raro en ello? Nosotros, que nos hacemos llamar el sexo fuerte y presumimos de ser tipos inteligentes, procedemos prácticamente del mismo modo. Vean si no las sabias disertaciones de los científicos. Al principio son modestos, circunspectos. El hombre de ciencia tiene miedo de comenzar. Tímidamente se pregunta: «¿Estarán aquí los orígenes? ¿Será este rincón el que ha dado nombre al país?» O bien: «¿No pertenecerá este documento a una época más reciente?» O: «¿Será que se hace referencia a tal pueblo cuando se habla de éste?» No tarda en citar a los clásicos y, en cuanto descubre o cree descubrir la menor alusión a su teoría, cobra valor, los trata de tú a tú, les hace preguntas, contesta por ellos; pronto pierde el juicio y, olvidando que empezó con una tímida conjetura, todo le parece claro, evidente, irrefutable: «He aquí, pues, la verdad: tal es el pueblo al que se hace referencia, así es cómo hay que enfocar la cuestión». Desde lo alto de su tribuna proclama la nueva verdad, que pronto da la vuelta al mundo, reclutando entusiastas partidarios.

Mientras nuestras damas resolvían, con acierto, tan embrollada cuestión, aparecieron el sañudo rostro, las fruncidas cejas y el gesticulante ojo del fiscal.<sup>108</sup> Las damas se apresuraron a ponerlo al corriente acerca de las almas muertas y del rapto. El fiscal se quedó pasmado; incapaz de sacar algo en claro de aquel inusitado parloteo, no hacía más que guiñar el ojo izquierdo y sacudirse, con un pañuelo, el rapé esparcido sobre la barba. Las dos amigas lo dejaron en medio de la sala y, cada una por su parte, se fueron a sublevar la ciudad, cosa que les salió de maravilla, pues en poco más de media hora ya estaba completamente amotinada. Todos se alborotaron, aunque, a decir verdad, nadie entendía ni jota. La intrincada y nebulosa historia dejó a todo mundo aturdido, principalmente a los funcionarios, que se quedaron perplejos, como el colegial a quien sus

---

<sup>108</sup> Aunque Gógol evita desvelar la identidad de la dama encantadora en todos los sentidos, aquí da una pista para dar a entender que se trata de la mujer del fiscal.

compañeros, por gastarle una broma, le meten un «húsar» —un canutillo de tabaco en la nariz— mientras duerme. El chiquillo, con la energía del durmiente, aspira la dosis... se despierta sobresaltado, pega un brinco, pone cara de tonto y mira en todas direcciones, con los ojos como platos, sin entender dónde está y qué le ha sucedido. Poco a poco empieza a distinguir cosas: las paredes iluminadas por un rayo oblicuo, la risa de sus compañeros que se ocultan en un rincón; luego adivina, entrevista por la ventana, la naciente alborada, el bosque ya despierto, con su trinar de pájaros, el riachuelo, iluminado por el sol, que se pierde aquí y acullá, entre relucientes sinuosidades y finos juncos, invadido por chiquillos desnudos que se llaman a gritos... se da cuenta, por fin, que le han gastado una broma. Tal fue, exactamente, el estupor de los funcionarios y otros habitantes de NN. Todos se quedaron boquiabiertos y con los ojos saltones, como de carnero. Las almas muertas, Chíchikov, y la hija del gobernador, formaban en sus cabezas un extraño amasijo. Pasado el primer asombro, según parece, empezaron a distinguir las cosas por separado, a diferenciarlas, a pedir explicaciones y enojarse al ver que el asunto no se aclaraba. Realmente, ¿qué cuento era el de las almas muertas? ¿Comprar almas muertas?, ¡para qué!, ¿quién puede ser tan imbécil? ¿Quién tira así el dinero? ¿Para qué sirven? ¿Y qué pinta en todo esto la hija del gobernador? Si quería raptarla, ¿por qué comprar almas muertas? Si quería almas muertas, ¿por qué el rapto? ¿Pensaba regalárselas? ¡Qué chismes se oían por la ciudad? ¿Por qué diantres no podía uno asomar las narices sin que le atosigaran con embustes y bufonadas? No tenía ningún sentido todo aquello... Sin embargo, alguna razón habría. Cuando el río suena... Pero, ¿qué razón puede haber en unas almas muertas? ¡Ninguna! Puras ganas de hablar por hablar, tonterías, chismes, agua de borrajas, ¡el diablo sabe lo que había en todo ello!... Así pues, la ciudad entera se puso a hablar de las almas muertas y la hija del gobernador, de Chíchikov y las almas muertas, de la hija del gobernador y de Chíchikov... y todo se puso en movimiento. Sobre la amodorrada ciudad pasó un huracán. Salieron de sus madrigueras lirones y marmotas que llevaban años en bata, sin levantarse del sofá, culpando de ello al zapatero, por haberles hecho botas demasiado apretadas, o al sastre y al cochero, por borrachos. Se pusieron en movimiento aquellos que únicamente se relacionaban con don Dormilón y Roncafuerte, expresiones que se emplean entre nosotros para referirse a los amantes del sueño profundo —de costado, espalda o cualquier posición— acompañado de ronquidos, silbidos nasales y otros complementos. Todos aquellos que ninguna invitación hubiese podido sacar de su casa, aunque se tratara de saborear una soberbia sopa de esturión y empanadas que se derriten en

la boca; en fin, resultó que la ciudad era mucho más grande de lo que se pensaba. Aparecieron un tal Sisói Pafnútiévich y un Macdonald Kárlovich,<sup>109</sup> de los que nunca se había oído hablar, y un hombre largo como una vara, tan largo como nunca se había visto, y con señales de haber recibido un balazo en el hombro. Las calles se llenaron de ligeros coches cubiertos, calesas desconocidas, y calesines y carretelas que se arrastraban crujiendo y rechinando. Las lenguas no paraban. Es cierto que en otro tiempo y en otras circunstancias semejantes rumores no habrían llamado la atención, pero la ciudad de NN. llevaba tiempo privada de noticias. ¡Desde hacía tres meses no había nada de comadreo o, como dicen en las capitales de provincia: *le commérage*; que, como es sabido, resulta tan necesario para una ciudad como el regular abastecimiento de víveres. En el baturrillo se perfilaron dos bandos contrarios: el de los hombres y el de las mujeres. El masculino, menos despierto, se ocupó de las almas muertas. El femenino consagró su atención al rapto de la chiquilla. Este último, dicho sea en honor de las damas, mostró más ingenio y mayor perspectiva. Por lo visto, su propio destino las llama a ser buenas amas de casa y a saber llevar la batuta con acierto. Pronto desenmarañaron el asunto para explicarlo, precisarlo y transformarlo en un cuadro de contornos precisos. Resultó que Chíchikov estaba enamorado, desde hacía mucho tiempo, de la hermosa chiquilla, con quien se veía a la luz de la luna. Era rico como un judío, así que habría sido un yerno muy presentable, pero existía un obstáculo: estaba casado (¿cómo se enteraron las damas de este detalle? No me lo pregunten, es un misterio). Su mujer, con el alma lacerada por un amor sin esperanza, había escrito una conmovedora carta al gobernador. Chíchikov, al comprender que los padres jamás darían su consentimiento, había decidido raptarla. También circulaba otra versión: Chíchikov no estaba casado pero, como era un tipo astuto, quiso obrar sobre seguro y empezó a galantear a la madre, con quien tuvo secretas relaciones; después manifestó su intención respecto a la hija; la madre, presa de remordimientos y escrúpulos religiosos, se opuso rotundamente a las pretensiones de Chíchikov, ante lo cual éste decidió arrebatarse a la hija. Al penetrar en los más recónditos y profundos callejones sin salida, este melodrama había sufrido muchas variantes. Como es sabido, las capas inferiores rusas son muy aficionadas a chismorrear sobre la clase alta, de modo que se discutió, comentó y adornó la aventura en casuchas donde la existencia de Chíchikov era

---

<sup>109</sup> Nombres híbridos y absurdos para la lengua rusa. Gógol los utiliza para subrayar su absoluta lejanía de la realidad de la ciudad.



hasta entonces ignorada. El relato iba tomando forma, cada día se le agregaba algún detalle que lo hacía más interesante. Al fin, atados todos los cabos, fue llevado a oídos de la gobernadora, la cual, incapaz de sospechar tamaña infamia, herida en su dignidad de madre y de primera dama, dio rienda suelta a una indignación absolutamente justificada. La pobre rubia tuvo que aguantar el más desagradable *tête-à-tête* a que se haya visto sometida una muchacha de dieciséis primaveras. Aplastada bajo un alud de preguntas, reproches, amonestaciones y amenazas, la infortunada se deshizo en lágrimas sin llegar a comprender ni una sola palabra de cuanto le decían. El portero recibió orden de no permitir el paso, a ninguna hora y bajo ningún pretexto, a Chíchikov.

Cumplida su misión respecto a la gobernadora, las damas se volcaron sobre el bando masculino para intentar unirlo a su causa. Las almas muertas—insistían— eran una chapuza puesta en circulación para evitar toda sospecha de raptó. Muchos hombres llegaron a descarriarse y se adhirieron al bando de las damas, ¡mal trago pasaron por su traición!, sus compañeros los calificaron de mandilones y calzonazos, calificativos que, como es sabido, resultan muy injuriosos para el sexo fuerte.

Por lo demás, los hombres no presentaban un frente tan cerrado como el femenino. No había en su bando, ni por asomo, un orden comparable al de las mujeres. En ellos todo era tosco, desarticulado e inútil, pues en sus cabezas reinaba el desconcierto. En una palabra, ponían de manifiesto la grosera naturaleza del hombre, ruda, holgazana e inclinada a la duda; incapaz de comprender los secretos del hogar y los dictados del corazón. Los hombres tacharon de absurda la bella historia imaginada por las damas, decían que todo aquello era una soberana tontería, que Chíchikov, un civil, no era capaz de aventuras dignas de un húsar; decían que las viejas siempre mienten, que el cerebro de una mujer es como un saco donde se puede vaciar cualquier cosa. Afirmaban que lo único digno de consideración era la compra de almas muertas, pero, ¿qué demonios había detrás de todo esto? Imposible saberlo a ciencia cierta, pero seguramente algo a todas luces maligno y execrable. Esta desconfianza no era inmotivada, como enseguida veremos. Resulta que en la provincia acababan de nombrar un nuevo gobernador general, acontecimiento que, naturalmente, puso a nuestros funcionarios en estado de alarma, pues sabían que no tardarían en llegar reajustes, reprimendas y reconvenciones de todo tipo. Además, claro está, del consabido reparto de prebendas con que el superior obsequia a sus allegados. «Con que se entere —pensaban— de que en la ciudad circulan ciertos rumores estúpidos,

bastará para que se nos caiga el pelo». El inspector de Sanidad palideció de súbito: «¿las almas muertas harán referencia a las víctimas de aquella epidemia contra la que no se actuó oportunamente? ¿Será Chíchikov un agente secreto encargado de investigar el caso?» El inspector comunicó sus temores al presidente, quien repuso que aquello era una tontería. Pero luego él mismo palideció de súbito: «¿Y si Chíchikov realmente compró almas muertas?». Él había permitido la compra y había actuado como apoderado de Pliushkin. Si esto llegaba a oídos del gobernador general, ¡Dios mío, no quería ni pensarlo! Cruzaron miradas, esta vez sin decir palabra, y palidieron a la vez. Más contagioso que la peste, el miedo se transmite en un abrir y cerrar de ojos. De pronto todos se reconocieron pecados que ni siquiera habían cometido. La expresión «almas muertas» adquirió toda clase de sentidos. Incluso se llegó a pensar que hacía alusión a ciertos cadáveres enterrados a toda prisa a consecuencia de dos sucesos recientes. El primero había acontecido a unos comerciantes de Solvichegodsk que habían acudido a la feria de la ciudad y habían organizado, terminadas sus operaciones, una comilona con sus compañeros, los comerciantes de Ust-Sisolsk, comilona celebrada al estilo ruso aunque con pasatiempos alemanes: ponches, licores, bálsamos, etc. El festín, como de costumbre, terminó en riña. Los de Solvichegodsk mandaron al otro barrio a los de Ust-Sisolsk, aunque por su parte recibieron graves contusiones en los costados, bajo las costillas y en la tripa, señales evidentes de los enormes puños que poseían los difuntos. Uno de los vencedores (según expresión de los combatientes) «se dejó las narices» en el pleito, es decir, que le quedaron tan aplastadas que no le sobresalían del rostro ni medio dedo. Los comerciantes reconocieron haber ido un poco lejos, y explicaron que lo habían hecho sólo por jugar. Se mostraron arrepentidos; incluso, se dijo, acompañaron con cuatro billetes de cien rublos su honrado arrepentimiento. Eso se dice, pero la verdad es que la cuestión nunca quedó del todo clara, aunque las averiguaciones demostraron que los mozos de Ust-Sisolsk habían muerto debido a las emanaciones del carbón, y fueron enterrados como personas muertas por asfixia. Por otra parte, los campesinos liberados<sup>110</sup> de Piojoso-orgullo, pueblo dependiente de la Corona, unidos a los de Ratalandia y Buscapleitos, borraron de la faz de la tierra a un tal Drobiazhkin, policía del distrito que, al parecer, visitaba con demasiada frecuencia sus aldeas. Según se decía, sus visitas causaban más estragos que la peste, sobre

---

<sup>110</sup> Campesinos siervos del Estado. Estaban libres de sujeción a un terrateniente, pero, como vivían en tierras pertenecientes a la Corona, prestaban servicios personales al Estado. Eran dirigidos por los funcionarios del gobierno.

todo entre las mujeres de la aldea. Sin embargo, nada se sabe a ciencia cierta, pese a que los campesinos declararon sin rodeos que el policía del distrito era lujurioso como un gato, que en repetidas ocasiones lo habían pillado con las manos en la masa y que una vez lo echaron totalmente desnudo de una izbá en la que se había metido a averiguar no se sabe qué cosa. Desde luego, las debilidades amorosas del policía merecían castigo, en eso estamos de acuerdo, pero también en que los *muzhiks* de Piojoso-orgullo y Villa de Ratat no tenían derecho a hacer justicia por su propia mano.

El asunto, sin embargo, no estaba del todo claro. Se había hallado el cadáver en la carretera, con la ropa hecha jirones y la cara irreconocible. Se vio la causa en diversas instancias hasta que finalmente llegó a la Audiencia, donde se examinó a puerta cerrada y se razonó de la siguiente manera: como quiera que Drobiazhkin está muerto y de poco le serviría ganar el caso, y dado que los *muzhiks* están vivos y resulta de suma importancia que el juicio se resuelva a su favor, se falla afirmando que Drobiazhkin es culpable de abuso de autoridad contra los *muzhiks* de Piojoso-orgullo y Villa de Ratat, y que ha muerto de un ataque de apoplejía, sufrido al regresar en su trineo. Estas sentencias, a pesar de su sabiduría, perturbaban la tranquilidad de los funcionarios. ¿Serán estos cadáveres las almas muertas? La llegada de dos documentos a nombre del gobernador llevaron las cosas a colmo. Uno de éstos advertía sobre la presencia de un falsificador de billetes en la ciudad, y ordenaba que, sin dilación alguna, se tomaran rigurosísimas medidas para su búsqueda y captura, pues el bandido era escurridizo y se ocultaba bajo diferentes nombres. El otro era un oficio del gobernador de la provincia vecina, en el que se anunciaba la fuga de un bandolero y solicitaba detener a todo individuo sospechoso y sin documentación. Se quedaron perplejos. Estas noticias reducían a nada las conjeturas anteriores. Claro está que no podía existir relación alguna entre aquellos malhechores y Chíchikov; no obstante, todos se pusieron a reflexionar; en realidad, nadie sabía a ciencia cierta quién era Chíchikov.<sup>111</sup> Él mismo se había expresado en términos muy vagos, hablando solamente de desgracias ocasionadas por su amor a la justicia, y de enemigos encarnizados que lo perseguían para atentar contra su vida. Si tales peligros lo habían amenazado, sin duda tenía la conciencia sucia. Pero entonces, ¿quién era realmente? A juzgar por su exterior, no

---

<sup>111</sup> El tema de la identidad confundida es central en la obra gogoliana. Sus primeras obras están plagadas de impostores y suplantadores (ver *Anocheceres en Dikanka*, *Vi*, y *El retrato*). Muchas de sus obras posteriores giran en torno a un error de identidad (*La avenida Nevski*, por ejemplo). En *El inspector* y *Almas muertas* el problema de la falsa identidad imbuje toda la trama: ¿qué caracteriza a Jlestakov y Chíchikov frente a los demás? En ambos casos, el lector sabe mejor lo que no son que lo que sí son

era un bandido ni un falsificador de billetes, ¿quién podía ser? Nuestros funcionarios se hicieron, por fin, la pregunta que desde un principio, es decir, desde el primer capítulo de nuestro poema, debieron hacerse: ¿Quién era Chíchikov? Se decidió, además, interrogar a quienes le habían vendido almas.

De este modo se sabría por lo menos de qué compras se trataba y qué debían entender por «almas muertas»; se sabría si había revelado, quizá sin darse cuenta, quizá como de pasada, sus verdaderas intenciones; tal vez, incluso, había aclarado quién era él. En primer lugar se dirigieron con Koróbochka, de quién no sacaron nada en claro. «Me compró almas muertas por valor de quince rublos, además, prometió comprarme plumón y tocino por cuenta del Estado. Seguramente es un bribón, pues ya hubo otro como él, que nos compraba plumón y tocino para establecimientos públicos, y nos engañó a todos, ¡le sacó más de cien rublos a la mujer del arcipreste!». Estas palabras sólo revelaron a los informadores que Koróbochka era una vieja chocha. Por su parte, Manílov manifestó que estaba dispuesto a meter las manos al fuego por Pável Ivánovich, y que de buena gana cambiaría toda su fortuna por la centésima parte de las cualidades de Chíchikov. Con los ojos entornados, acompañó este adulator juicio con algunos aforismos sobre la amistad. Tales pensamientos, aunque ponían de manifiesto la bondad de Manílov, no ayudaron a esclarecer el asunto. Sobakévich respondió que, a su entender, Chíchikov era un hombre de bien, que le había vendido los campesinos a elección y que se trataba de gente perfectamente viva, desde luego, el no respondía por lo que pudiera pasarles, ¿cómo garantizar el futuro? Los *muzhiks* podían perecer por la fatigas del viaje, todos estamos en manos del señor, ¿no es así? Estamos expuestos a fiebres y enfermedades mortales que a veces se llevan aldeas enteras. Los señores funcionarios recurrieron también a un procedimiento que, por muy innoble que sea, no deja de emplearse. Por medio de sus siervas, trataron de sonsacar a los criados de Chíchikov, pidiéndoles detalles de la vida del amo. No sacaron gran cosa. Petrushka reveló solamente su tufo a habitación cerrada. Selifán gruñó que su amo había servido al Estado y prestado sus servicios en Aduanas. Nada más. La gente de esta clase es muy chusca. Si preguntas algo directamente la memoria les falla, se expresan con dificultad, dicen que no saben nada. Pero empieza a hablarles de otra cosa y verás cómo enlazan su respuesta con la pregunta anterior y sueltan la sopa con más detalles de los que quisieras saber. De las infructuosas pesquisas sacaron una conclusión: no sabían quién era Chíchikov; pero, no obstante, forzosamente debía ser alguien. Desesperados, expusieron que, por lo menos, había que decidir qué medidas a

tomar. ¿Era un hombre al que debían detener y encarcelar por sospechoso? O, por el contrario, ¿podía él detenerlos y encarcelarlos a ellos? Con este fin acordaron reunirse en casa del jefe de policía, protector de la ciudad, como el lector no ignora.

## Capítulo X

En casa del jefe de la policía, padre y bienhechor de la ciudad, como bien sabe el lector, los funcionarios pudieron comprobar, mirándose unos a otros, que estaban muy desmejorados. En efecto, el nombramiento de un nuevo gobernador general, los documentos recibidos, de tan grave contenido, los peregrinos rumores que corrían... en una palabra, todo aquel asunto de las almas muertas, les había dejado huella, y a muchos les venían anchas sus ropas. Todo mundo había adelgazado: el presidente, el inspector de sanidad, el fiscal, e incluso un tal Simón Ivánovich, cuyo apellido no sabía nadie y a quien le gustaba mostrar a las damas la sortija que adornaba su índice. Naturalmente, como suele ocurrir en todas partes, hubo algunos valientes que no perdieron la presencia de ánimo; pero eran muy pocos. Sólo el jefe de correos conservaba el buen humor. Imperturbable, no se cansaba de repetir: «¡Vaya con los gobernadores generales! En treinta años que llevo de servicio he visto pasar a más de cuatro». A lo que objetaban algunos: «No compares, *sprechen Sie deutsch?* Iván Andréich; ¡tu misión consiste únicamente en despachar el correo! No puedes cometer más que algún pecadillo venial, aceptar un paquete irregular si te dan un regalito, cerrar la ventanilla antes de tiempo para cobrar comisión, dar curso a un paquete que no se tendría que expedir. En estas condiciones, por supuesto, cualquiera es un santo. Pero si el diablo te tentara asiduamente verías que no se pueden resistir sus embates. Tú, claro, no tienes muchos quebraderos de cabeza, pues sólo cuidas de un hijo, pero mi Praskovia Fiódorovna, amigo, es tan prolífica que pare cada año una Prakushka o un Petrushka. Si te pasara lo mismo, otro gallo te cantaría». Esto, al menos, es lo que afirmaban los funcionarios. En cuanto a si es posible resistir al diablo, el autor no es quien para juzgarlo. A la asamblea le faltaba una cualidad fundamental: sentido común. Creo que no hemos sido creados para este tipo de reuniones. Y es que, sin una autoridad que asuma la dirección con mano dura, todas nuestras asambleas, desde los comicios populares hasta los comités científicos, son como una reunión de perros y gatos. Por razones desconocidas — cuestión de temperamento, sin duda— a nuestro pueblo únicamente le salen bien las reuniones que celebra para comer o divertirse, como las que hacemos en los clubes y en toda clase de casinos al estilo alemán. No obstante, siempre estamos dispuestos a emprender lo que sea, a fundar cualquier sociedad según sople el viento... fundamos sociedades de beneficencia, de fomento o de lo que venga. El objetivo será loable mas no se logrará nada. Esto proviene, sin duda, de que, tomada la iniciativa, creemos ya cumplida

nuestra tarea. Si, por ejemplo, hacemos una colecta para socorrer a los pobres, ofrecemos enseguida, orgullosos de nuestro gesto, un banquete a las autoridades; en el banquete se invierte, claro está, la mitad de lo recaudado. Con el resto se alquila sin demora un local espléndido para el comité, con calefacción y guardas; tras estos gastos, quedan para los pobres sólo unos cinco rublos. Finalmente, cuando se trata de distribuir dicha cantidad, surgen discrepancias, pues cada uno procura favorecer a sus protegidos. La reunión que nos ocupa ofrecía, a decir verdad, otro carácter, pues estaba inspirada por la necesidad. No se trataba de ayudar a unos pobres que ni siquiera conocían, sino de protegerse de una calamidad que amenazaba a todos por igual. En este caso, pues, tenían que luchar por una causa común y mantenerse unidos. Sin embargo, sucedió todo lo contrario. Amén de las divergencias propias de todo consejo, en las opiniones de los reunidos se manifestaba una indecisión incomprensible, uno decía que Chíchikov era el falsificador de billetes, pero añadía enseguida: «O puede que no lo sea». Otro afirmaba que Chíchikov era un emisario del Gobernador general, pero poco después decía: «Aunque ni el diablo lo sabe, no lo lleva escrito en la frente». No obstante, acordaron que no podía ser un bandido disfrazado, pues ni su aspecto exterior ni su conversación lo caracterizaban como un hombre de rapiña. De súbito, el director de correos, que parecía amodorrado, exclamó, movido quizá por una repentina inspiración:

—¿Saben ustedes quién es, señores?

Pronunció estas palabras con un tono tan apremiante que todos preguntaron a la vez:

—¿Quién?

—¡Señores míos: el capitán Kopeikin!

Todos preguntaron a coro:

—¿Y quién es el capitán Kopeikin?

El jefe de correos preguntó, extrañado:

—¿Cómo? ¿No conocen al capitán Kopeikin?

Todos contestaron que no tenían idea de quién era.

—El capitán Kopeikin —repitió el jefe de Correos abriendo su tabaquera, o más bien entreabriéndola, pues temía que algún curioso metiese un dedo de incierta pulcritud; tenía la costumbre de decir: «¿te has lavado las manos, amigo? Sabe Dios dónde has metido los

dedos; debo decirte que el rapé exige limpieza»—. El capitán Kopeikin —prosiguió sorbiendo rapé— es una historia muy sugestiva para cualquier escritor. ¿La cuento? Tiene su puntito, ¿saben?, la trama es de lo más apasionante ¡Es un verdadero poema!

Todos los contertulios quisieron conocer la historia que, en palabras del jefe de correos, resultaría atrayente para cualquier escritor. El jefe de correos comenzó a relatarla:

### HISTORIA DEL CAPITÁN KOPEIKIN

«Después de la campaña de 1812, señor mío —así comenzó el jefe de Correos, a pesar de que lo escuchaban seis señores y no uno—, después de la campaña de 1812, el capitán Kopeikin se encontraba entre los heridos repatriados que volvían a casa. Figúrese usted que había perdido un brazo y una pierna, en Krasny<sup>112</sup> o en Leipzig,<sup>113</sup> no recuerdo exactamente, pero el hecho es que los había perdido. En aquel tiempo, ¿sabe usted?, no se había promulgado ninguna disposición sobre los heridos; es cierto que se reunió cierto capital para los inválidos, pero eso fue muchos años después, así que ya puede usted figurarse. El capitán Kopeikin tenía que trabajar, pero sólo le quedaba el brazo izquierdo, ¿comprenden?, se dirigió a casa, habló con su padre, y éste le dijo: “No puedo darte de comer”, ¡figúrese usted, eso le dijo!, “apenas tengo para mí”. Entonces, señor mío, el capitán Kopeikin decidió trasladarse a San Petersburgo para implorar ayuda imperial, pues, a fin de cuentas, de cierto modo había derramado su sangre por la patria, ¿no es así?... Bueno, ya saben cómo son estas cosas: halló el modo de viajar en carros y furgones del ejército y, como pudo, a trancas y barrancas, llegó a San Petersburgo. ¡Figúrese usted!, ¡un pelagatos como el capitán Kopeikin desembarcando en la capital del mundo! Bien podemos llamarla así, pues no hay ciudad que se le compare, ¿no cree usted? La vida, ¿comprende usted?, se presentaba ante él bajo un nuevo aspecto. Se creyó transportado a un cuento de Sherezada. Figúrese usted su asombro ante la avenida Nevski y la calle Gorójovaia, o ¡diablos!, ante la Liténaia.<sup>114</sup> Por aquí la aguja del Tribunal que se pierde en el cielo, por allá un puente colgante sin punto de apoyo, ¡qué diablos!, ¿puede usted figurarse?, ¡sin punto de apoyo! En una palabra, señor mío, ¡una verdadera Semíramis!

---

<sup>112</sup> Batalla de Krasny (en castellano es conocida como batalla de Smolensk). En noviembre de 1812, el ejército ruso, bajo la dirección de los generales Miloradovich y Golizin, derrotó a las tropas francesas, que estaban retirándose.

<sup>113</sup> Batalla de Leipzig (16 al 19 de octubre de 1813), también llamada la «Batalla de las Naciones». Fue el mayor enfrentamiento armado de las guerras napoleónicas. En ella, los ejércitos aliados, ruso, austriaco, prusiano y sueco, derrotaron al ejército francés.

<sup>114</sup> Gorójovaia y Liténaia son dos importantes calles de San Petersburgo.



Nuestro capitán Kopeikin intentó alquilar una vivienda pero en San Petersburgo las cortinas, las telas y los tapices de Persia cuestan un ojo de la cara, ¡qué diablos! Queman en las manos, ¿comprende?, en la capital se varea el oro. Allí va uno caminando por la calle tranquilamente, y le llega olor a rublo; pero la fortuna de mi capitán Kopeikin no pasaba, ¿comprende?, de diez billetitos de a cinco. Mi Kopeikin encontró alojamiento en la posada de Revel, pagando un rublo al día, con derecho a sopa de coles y un trozo de carne. Comprendió que el dinero no le iba a durar mucho. Preguntó a dónde tenía que dirigirse. Le dijeron que existía una especie de Comisión superior o junta, ¿comprende?, presidida por un *general en chef* Fulano de Tal. Y han de saber ustedes que en aquel entonces el soberano todavía no se hallaba en la capital. Las tropas, figúrese usted, aún no habían regresado de París, todo se encontraba en el extranjero.<sup>115</sup> Mi Kopeikin se levantó muy temprano, se raspó la barba con la mano izquierda para ahorrarse gastos de barbero, se puso su deslucido uniforme y, renqueando con su pata de palo, ya puede imaginárselo, se fue a ver al alto dignatario. Preguntó dónde vivía. “Allí”, le dijeron señalando una casa de la Ribera del Palacio. Una “chocita”, ¿comprende?: los cristales de las ventanas, figúrese, medían braza y media, de modo que los jarrones, y todo cuanto había en el interior, parecía estar afuera; en cierto modo, se habrían podido tocar desde la calle; había preciosos mármoles en las paredes, adornos metálicos, tiradores en las puertas... viendo todo aquello tan reluciente, ¿sabe?, daban ganas de pasar por diez céntimos de jabón y lavarse las manos antes de atreverse a entrar. El portero parecía un *generallísimus*: bastón de puño de oro, aspecto principesco, de dogo bien cebado, y cuello de batista, el muy canalla... Mi Kopeikin llegó a duras penas a la antesala, arrastrando su pata de palo, y se encogió en un rincón para no tropezar con alguna porcelana dorada traída de América o la India, vaya usted a saber. Permaneció allí mucho tiempo, pueden figurárselo, porque a esa hora el general apenas se levantaba de la cama y el ayuda de cámara le llevaba, quizá, una jofaina de plata para que se lavara, ¿comprenden? Mi Kopeikin esperó unas cuatro horas. Finalmente, un funcionario de guardia anunció la llegada del ministro. En ese momento, ¿comprende usted? la gente se amontonaba como habas en un plato. Y no crea que eran unos pobres diablos, ¡no señor! Eran nada menos que funcionarios de cuarto o quinto rango, había coroneles e incluso algún general (a juzgar por las charreteras que lucía, que, como se sabe, son señal de generalato). De pronto, ¿comprenden?, se produjo una

---

<sup>115</sup> Alejandro I regresó a San Petersburgo en 1815, tras firmar el Tratado de París.

agitación en la estancia. Se oyeron los: “chist, chist” y, finalmente, reinó un silencio de muerte. Entró el ministro o alto dignatario. Bueno... pueden ustedes figurárselo, ¡un hombre de Estado! Se le veía en la cara, es decir... las facciones estaban en armonía con el cargo, ya comprende... con su elevada categoría... ya comprende. Naturalmente, todos rectificaron su postura, poniéndose más derechos que un soldadito de plomo. Cada cual esperaba, temblando, en cierto modo, que se decidiera su suerte. El ministro se acercaba ya a uno, ya a otro:

—¿Qué desea usted? ¿Qué asunto lo trae por aquí? ¿Qué se le ofrece?

Al fin, señor mío, llega hasta Kopeikin.

—Verá usted, Excelencia —dice mi Kopeikin, armándose de valor—. He derramado mi sangre, he perdido, de algún modo, un brazo y una pierna, no puedo trabajar y me atrevo a suplicar una merced de su majestad.

Ve el ministro que aquel hombre lleva una pata de palo y la manga derecha vacía sujeta al uniforme.

—Está bien, venga dentro de unos días —le dice.

Salió mi Kopeikin muy entusiasmado: no es cualquier cosa ser recibido por un ministro, por otra parte, por fin se iba a resolver, por decirlo así, lo de su pensión. Con tal estado de ánimo, ¿comprende?, caminaba por la acera dando saltitos. Entró en la Taberna de Palkin<sup>116</sup> a tomar una copita de vodka, después comió, señor mío, nada menos que en el London,<sup>117</sup> donde pidió una chuleta con alcaparras y pollo con varios tipos de guarnición; más tarde se bebió una buena botella de vino y fue al teatro. En una palabra, se echó una cana al aire, ¿comprende? Por la acera vio a una bella inglesa, esbelta como un cisne, ¿sabe usted? Ya pueden figurárselo. Mi Kopeikin sintió que le hervía la sangre y se dispuso a correr tras ella con la pata de palo: triuj-triuj... “Pero no —pensó—, será mejor dejarlo para después, cuando reciba la pensión, ya he gastado mucho”.

Señor mío, pasados tres o cuatro días, mi Kopeikin volvió con el ministro.

—He venido a informarme —dijo—, dada mi desventura y las heridas recibidas, habiendo, por decirlo así, derramado mi sangre, quisiera saber...

---

<sup>116</sup> Un restaurante muy caro de San Petersburgo.

<sup>117</sup> Nombre de un popular restaurante perteneciente a un hotel, del mismo nombre, que estaba situado en la Avenida Nevski o del Nevá.

El alto dignatario, ya puede figurárselo, lo reconoció enseguida y dijo:

—Aún no puedo decirle nada. Espere usted el regreso del soberano. No dejarán de adoptarse disposiciones respecto a los heridos, pero sin contar con la voluntad del monarca yo no puedo hacer nada.

Se despidió con una inclinación de cabeza, ¿comprende? y pasó a atender a otro. Kopeikin, ya puede usted figurárselo, salió muy confundido. Pensaba que al día siguiente le darían dinero, diciéndole, “toma, querido, bebe y diviértete” En vez de esto, lo habían mandado a esperar, sin decirle siquiera cuánto tiempo. Salió del portal, ¿comprenden?, como perrillo faldero, con la cola entre las piernas y las orejas gachas, como si le hubieran echado un cubo de agua caliente encima. “No, esto no puede ser —pensó— me presentaré otra vez, explicaré que me estoy comiendo lo último que me queda y que si no me ayudan tendré que morir, por decirlo así, de hambre”. En una palabra, acudió otra vez, señor mío, al palacio. Le dijeron: “hoy no recibe, vuelva mañana”. Al día siguiente, lo mismo. El portero no le hizo ni caso. Y el hecho era, ¿comprende?, que le quedaban cinco rublos. ¡Adiós a la sopa y el trozo de carne! Se mantenía exclusivamente de arenques, pepinillo salado y un kopek de pan. En una palabra, el pobre tenía que apretarse el cinturón, ¡y tenía hambre de lobo! Figúrese usted a mi Kopeikin pasando ante uno de esos restaurantes extranjeros: un risueño cocinero francés (delantal blanco como nieve, mantelerías de Holanda) prepara alguna salsa picante, chuletas con trufas o tortilla a las finas hierbas, platos exquisitos a los que el valiente tiene que renunciar. Imagínelo usted ante el mercado de Miliutkin,<sup>118</sup> donde se exhiben salmones, cerezas de a cinco rublos la pieza y una sandía monumental, grande como una diligencia, que espera al imbécil que pague cien rublos por ella. En una palabra, a cada paso una tentación, a cada paso se le hacía agua la boca. ¡Póngase en su lugar! Por un lado, sandía y salmón, por otro, el manjar lleno de amargura que tiene por nombre “mañana”. En fin, el pobre diablo no resiste más. Cueste lo que cueste, decide llegar hasta el ministro. Espera, pegado a la puerta, a que entre algún solicitante, y logra colarse, ¿comprende usted?, en compañía de un general, o algo así, hasta la sala de audiencias. El alto dignatario hace su entrada, como de costumbre, preguntando:

---

<sup>118</sup> Mercado gastronómico situado en la Avenida Nevski, centro comercial y financiero de la ciudad.

—¿Qué desea usted? ¿Y usted? ¡Ah! —exclamó al ver a Kopeikin—. ¿Otra vez por aquí? Ya le dije que debe esperar.

—Perdón, Excelencia, pero no tengo, por decirlo así, nada que echarme a la boca...

—¿Qué quiere que le diga? No puedo hacer nada por usted, procure de momento ayudarse a sí mismo, búsquese la vida por su cuenta.

—Pero Excelencia, usted mismo puede ver que me faltan un brazo y una pierna, ¿cómo puedo ganarme la vida?

—Estará de acuerdo —replicó el alto dignatario— en que no puedo mantener a todos los heridos que recurren a mí... Ármese de paciencia. Le doy mi palabra de honor: el soberano lo favorecerá.

—Pero, Excelencia, yo no puedo esperar —dijo Kopeikin, en un tono algo brusco.

El ministro, ¿comprende?, empezaba a enfadarse. Tenía otros problemas que resolver, asuntos de Estado que exigían solución inmediata... ¡y ahí estaba ese pobre diablo, fastidiándolo con sus tonterías!

—Perdone —dijo— no tengo tiempo... me esperan asuntos más importantes.

Le recordaba, con bastante tacto, que debía retirarse. Pero el hambre, ¿comprende? espoleó a mi Kopeikin:

—Como guste, Excelencia, pero me quedaré aquí hasta que se resuelva mi asunto.

Ya puede usted figurarse, ¡responder de ese modo a un alto dignatario!... ¡imagínese! Entre nosotros, que somos funcionarios del mismo rango, no nos permitimos tales confianzas... entre aquellos dos, ¡figúrese!, menudo abismo el que había: ¡un general en jefe y un capitán Kopeikin cualquiera! Cien rublos y un cero a la izquierda. El general, ¿comprende?, le dirigió una mirada que habría hecho temblar al más pintado. Pero mi capitán Kopeikin ni se inmutó.

—¿Qué espera usted?, ¡retírese! —ordenó el general con malos modos; aunque, a decir verdad, lo trató con bastante consideración, pues, sin hacer grandes aspavientos, se limitó a manifestar: si le resulta caro vivir aquí y no puede esperar tranquilamente a que se

resuelva su caso en la capital, voy a proporcionarle una residencia. ¡Que venga un correo<sup>119</sup> por este gracioso!

Y el correo, ¿comprende usted?, se encontraba ya detrás de la puerta, era un mocetón de dos metros y manazas de cochero, ¡ya se lo puede figurar! de un manotazo te sacaba tres muelas... Pues bien, señor mío, agarró a nuestro siervo de Dios, y lo echó al coche.

“Bueno, se dijo Kopeikin, por lo menos no tendré que pagar el viaje de regreso”.

Y ahí lo tenemos, señor mío, en compañía del correo. Y, mientras rodaba, por así decirlo, rezongaba de la siguiente manera: “¿el general quiere que me gane la vida?, bien, ¡pues ya encontraré el modo de ganármela!, ¡ya verá!”

Nadie sabe exactamente a dónde fue llevado Kopeikin. De modo que, ¿comprende?, cayó totalmente en el río del olvido, en ese tal Leteo, tan mentado por los poetas. Pero, señor mío, aquí es precisamente donde, por decirlo así, comienza el nudo de mi historia. Tenemos, pues, que se había perdido todo rastro de Kopeikin, pero, ¡figúrese!, no habían transcurrido ni dos meses cuando, en los bosques de Riazán apareció una pandilla de bandidos cuyo atamán era, mi buen señor, nada menos que...».

—Un momento, un momento, Iván Andréievich —interrumpió de súbito el jefe de policía— el capitán Kopeikin, como tú mismo has dicho, había perdido un brazo y una pierna, mientras que Chíchikov...

El jefe de correos pegó un grito y se propinó un recio sopapo; llamándose borrico y mil veces borrico. ¿Por qué no había pensado en ese detalle al comenzar su relato? Reconoció la justicia del proverbio: «El ruso no tiene ingenio más que después del golpe». Pero pronto recobró el aplomo y trató de reparar su pifia alegando que los ingleses habían llevado la mecánica a un grado de perfección extraordinario. Dijo que, según los periódicos, habían inventado unas patas de palo verdaderamente admirables: con sólo pulsar un resorte imperceptible puedes andar con ellas a dónde quieras, y nadie descubrirá que son falsas. Eso sí, por nada de mundo debes pegar un brinco, pues corres el riesgo de salir volando hasta Dios sabe qué alturas. ¡Tan adelantados están, figúrese usted! Sin embargo, todos pusieron en duda que Chíchikov fuese el capitán Kopeikin y consideraron que el jefe de correos se había extralimitado. No obstante, azuzados por aquella genial

---

<sup>119</sup> Militar o funcionario encargado de la correspondencia confidencial del Estado.

conjetura, no quisieron quedarse atrás y emitieron suposiciones igual de extravagantes. Por raro que parezca, llegó a decirse que Chíchikov podía ser Napoleón. Decían: «Hace mucho que los ingleses envidian la grandeza e inmensidad de Rusia. Han llegado a publicar, incluso, caricaturas en que aparecía un ruso charlando con un inglés. Éste lleva un perro encadenado que representa a Napoleón, «¡Cuidado —dice— si no te portas bien, te lo suelto!». Podían, pues, haberlo dejado escapar de Santa Elena, y ahora Napoleón recorría Rusia disfrazado de Chíchikov.<sup>120</sup> Eso decían.

Naturalmente, no todos los funcionarios se tragaron esa patraña. Aunque, ya puestos a reflexionar, llegaron a la conclusión de que, visto de perfil, Chíchikov se parecía a Napoleón. El jefe de policía, que durante la campaña de 1812 había visto al Emperador en persona, reconoció que Napoleón tenía la misma estatura que Chíchikov y que, además, no era ni gordo ni flaco.<sup>121</sup> Algunos lectores, tal vez, dirán que todo esto es inverosímil; el autor estaría dispuesto a complacerlos, afirmando lo mismo; pero, por desgracia, todo sucedió tal y como lo cuento; lo cual resulta, a decir verdad, asombroso, sobre todo porque la ciudad, muy lejos de ser un rincón perdido y alejado de la mano de Dios, se hallaba cerca de ambas capitales.<sup>122</sup> De cualquier modo, no olvidemos que todo esto sucedía poco después de la gloriosa expulsión de los franceses. En aquel entonces, todos nuestros terratenientes, funcionarios, comerciantes, dependientes y otros individuos letrados o iletrados, fueron presa, durante ocho largos años, de una admirable pasión política. «La gaceta de Moscú» y «El hijo de la patria» pasaban de mano en mano hasta quedar hechos jirones. En vez de las habituales preguntas: «¿A cuánto ha vendido la avena?» «¿Cómo le ha ido con las primeras heladas?», preguntaban: «¿Qué dicen los diarios?» «¿No se ha escapado Napoleón de su isla, verdad?» Nuestros comerciantes temían este acontecimiento, pues creían a pie juntillas en un profeta que llevaba tres años en la cárcel.

---

<sup>120</sup> En «*Terratenientes de antaño*» hay un episodio análogo. El huésped de Afanasi Ivánovich: «con aspecto importante y expresión misteriosa, hacía suposiciones y contaba que ingleses y franceses habían acordado en secreto mandar a Bonaparte a Rusia...». Гоголь, Н. (2008). *Миргород*, Москва, БК, p. 49. Semejantes conversaciones eran provocadas por rumores de la huída de Napoleón de Santa Elena.

<sup>121</sup> La suposición de los funcionarios, absurda a primera vista, tenía una base real. El contexto ruso de la época era pródigo en situaciones semejantes: «El nombre de Bonaparte (en aquellos tiempos casi nadie le llamaba Napoleón) fue muy popular en toda Rusia. Uno de mis conocidos, miembro de la policía, contaba que, en la estación de correos de una lejana provincia vio, en el cuarto del guarda, el retrato de Napoleón. — ¿Por qué tienes aquí a este bastardo? —preguntó. —Porque, Su Excelencia —contestó el guarda. Si de repente llega Bonaparte oculto bajo un nombre falso, lo reconoceré enseguida, lo cogeré, lo amarraré y lo entregaré a las autoridades» Вяземский, П (1833). *Полное собрание*. Санкт-Петербург: СПб, pp-255-256.

<sup>122</sup> San Petersburgo y Moscú.

Este iluminado, venido quién sabe de dónde, llevaba sandalias de corteza y una pelliza de carnero que olía a pescado podrido. Este iluminado, pues, proclamó que Napoleón era el Anticristo, que lo tenían encadenado a una roca, tras siete mares y seis murallas, pero que un día rompería sus cadenas y se apoderaría del mundo. El profeta, claro está, fue a dar con sus huesos al presidio, pero la profecía ya estaba hecha, sembrando gran incertidumbre entre los comerciantes. Durante mucho tiempo no se habló de otra cosa. Contagiados por el misticismo en boga, a muchos funcionarios —e incluso a algunos nobles— les dio por atribuir un significado especial a las letras que forman la palabra «Napoleón». No fueron pocos los que llegaron a descubrir cifras apocalípticas. No es pues, nada sorprendente que nuestros funcionarios se inclinaren por esta hipótesis; pronto observaron, sin embargo, que habían echado a volar su imaginación a tontas y locas, sin ningún fundamento. Tras darle muchas vueltas al asunto, decidieron interrogar nuevamente a Nozdriov. Después de todo, había sido el primero en divulgar aquella historia. ¡Vaya gente! Tenían a Nozdriov por un charlatán, sabían que no se podía creer en aquel embustero y, no obstante, recurrían precisamente a él. ¡Quién entiende a los hombres! Éste niega la existencia de Dios, pero, si le tiembla el ojo izquierdo, cree que ha llegado su hora. Aquel desdeña una magnífica obra poética, de maravillosa claridad, pero admira la obra de un zoquete que todo lo confunde y embrolla. Extasiado, se pone a gritar: «He aquí un verdadero artista, un auténtico conecedor del alma humana». Otro desprecia a los doctores pero recurre a un hechicero que lo cura con exorcismos y escupitajos o, peor aún, él mismo se inventa algún brebaje, mezclando cualquier porquería, y se figura, el diablo sabe por qué, que es el mejor remedio para sus males. Por lo demás, la difícil situación en que se encontraban, podía, en parte, disculpar a nuestros funcionarios. Dicen que quien se ahoga se aferra incluso a una astillita, porque en ese momento no tiene ánimo para ponerse a pensar que, a lo sumo, la astillita es capaz de sostener una mosca... mientras que él pesa setenta kilos, si no es que noventa. Del mismo modo, nuestros compañeros se aferraron a Nozdriov. El jefe de policía escribió enseguida una nota, pidiéndole que se presentara por la tarde, y se la entregó a un guardia cuyas altas botas y coloreadas mejillas predisponían a su favor; éste, sujetando su espada con la mano, para correr más rápido, salió volando hacia la casa de Nozdriov. Nuestro buen amigo llevaba cuatro días sin salir de su habitación ni dejar entrar a nadie. Había pedido, incluso, que le pasaran la comida por una ventanilla para no ser molestado. Nozdriov adelgazaba y palidecía entregado a un extenuante trabajo: formar un juego de cartas marcadas que nadie fuese capaz de descubrir. ¡Ah, en esas cartas sí que podía

confiar! Ese juego de cartas sería su amigo más fiel. Aún le quedaba trabajo para dos semanas, como mínimo. Durante ese tiempo, Porfiri tenía que frotar, con un cepillo especial, el ombligo de un cachorro milanés, y enjabonarlo tres veces al día. Lo primero que hizo Nozdriov, irritado porque habían interrumpido su trabajo, fue mandar al guardia a freír espárragos. Pero, al enterarse de que a la velada acudiría un novato que podría desplumar, se calmó enseguida, se vistió con lo primero que vio, cerró su habitación con doble llave y fue a casa del policía.

Los testimonios de Nozdriov echaron abajo toda conjetura. Los funcionarios apenas se atrevían a esbozar tímidas suposiciones, mientras que Nozdriov —hombre resuelto— hacía afirmaciones tan rotundas que no permitían réplica. Respondió sin la menor vacilación todas las preguntas. Chíchikov había comprado almas muertas por valor de varios miles de rublos. Él mismo le había vendido algunas, pues no veía razón alguna para no hacerlo. A la pregunta de si era un espía, respondió que sí, que en la escuela le decían acusica y, por lo mismo, sus compañeros, entre ellos Nozdriov, le habían dado una buena tunda, tan dura, que hubo necesidad de aplicarle doscientas cuarenta sanguijuelas en las sienes. Nuestro hombre iba a decir cuarenta, pero las doscientas se le escaparon por sí mismas. A la pregunta de si era falsificador de billetes, respondió que sí, y contó una anécdota sobre la extraordinaria habilidad de Pável Ivánovich: Enterado de que nuestro héroe escondía dos millones de rublos falsos, el comisario mandó sellar su casa y apostó dos centinelas en cada puerta. Pero Chíchikov cambió —el diablo sabe cómo— todos los billetes durante la noche; de modo que, cuando los examinaron al día siguiente, todos resultaron ser legítimos.

—Bien, una pregunta más: ¿Chíchikov tenía intención de llevarse a la hija del gobernador?, ¿usted es su cómplice?

Nuestro charlatán advirtió que pisaba terreno falso y que su embuste podía salirle caro, pero se mordió la lengua demasiado tarde. Por lo demás, su imaginación le presentaba el asunto con pormenores tan interesantes que no pudo resistir el deseo de contarlos. Citó la parroquia en que se llevaría a cabo el matrimonio secreto, en la aldea de Trajmachovka. Nombró al pope, el padre Sidor, quien, por setenta y cinco rublos, y bajo la amenaza de revelar que había casado al tendero Mijaíl con su propia parienta, aceptó bendecir aquella unión. Nozdriov añadió que había puesto su coche a disposición de los



nuevos esposos y que había preparado caballos de relevo en todas las estaciones de posta. Puesto a dar detalles, dio también el nombre de los cocheros.

Intentaron, discretamente, sacar a cuento el tema de Napoleón, pero se arrepintieron de haberlo hecho, pues Nozdriov soltó tantas patrañas que los funcionarios se apartaron de él suspirando. Únicamente el jefe de policía se quedó escuchando, con la esperanza de que dijera algo de provecho, pero, agobiado, acabó dejándolo, tras exclamar: «¡Que el diablo lo entienda!» Todos convinieron en que no se le pueden pedir peras al olmo y, convencidos ya de la imposibilidad de averiguar quién era Chíchikov, se separaron más desconcertados que antes. ¡Ya sabemos qué clase de animal es el hombre! Siempre prudente, sensato y perspicaz en los asuntos de otro. ¡Qué juiciosos consejos da! ¡Qué mente más preclara! ¡Qué carácter más inquebrantable!, pero cuando una desgracia lo hiere, cuando se halla en un momento crítico, pierde toda su lucidez, su espíritu se quebranta, se convierte en una insignificante criatura, en un despreciable cobarde, un *fetiuk*, como decía Nozdriov.

Todos esos comentarios, pareceres y rumores tuvieron, no se sabe por qué, una influencia particularmente nefasta sobre el pobre fiscal. Le afectaron hasta tal punto que, al regresar a casa, se puso a meditar... y meditó y meditó, meditó tanto que, sin decir agua va, así, sin más ni más, se murió. ¿Sufrió un ataque de apoplejía?, ¿sucumbió a otra enfermedad? No se sabe. Lo cierto es que estaba sentado en una silla y de buenas a primeras se desplomó y quedó tirado en el suelo sin pulso ni sentido. Hubo gritos, como es de rigor, hubo exclamaciones con los brazos en alto: «¡Oh, Dios mío!». Mandaron en busca del doctor para que lo sangrase, pero pronto se vio que el fiscal ya no era más que un cuerpo sin alma. Hasta entonces supieron que el difunto tenía alma, aunque, por modestia, no la había mostrado nunca. A decir verdad, la aparición de la muerte es tan terrible cuando afecta a un hombre de poca monta como cuando toca a una persona encumbrada: aquel que poco antes aún andaba, se movía, jugaba al *whist*, firmaba diversos documentos y aparecía con sus espesas cejas y su ojo guiñador, yacía ahora sobre una mesa, con el ojo izquierdo inmóvil para siempre y una ceja aún enarcada con singular gesto interrogador. ¿Qué se preguntaba el difunto, el porqué de su muerte o el porqué de su vida? Sólo Dios lo sabe.

Sin duda, algunos lectores dirán: «¡esto es absurdo, inverosímil, incoherente! ¡Es imposible que los funcionarios pierdan la cabeza y se embrollen en asunto tan claro que hasta un niño podría elucidar!» y tacharán al autor de incongruente o, lo que es peor,

tratarán de imbéciles a los pobres funcionarios, pues el hombre es generoso en el empleo de este epíteto y está dispuesto a endilgárselo al prójimo veinte veces al día. Basta con que seas un tanto corto en algún aspecto de entre diez, para ser tildado de imbécil, a despecho de los nueve aspectos buenos. El lector juzga desde su alto y apacible retiro, que le permite abarcar todo el horizonte y ver cuanto sucede abajo, donde sólo se divisan los objetos próximos. En los anales de la humanidad existen siglos que se quisieran borrar. ¡Se cometieron tantos desatinos, tantos errores que no cometerían ni siquiera nuestros niños! ¡Qué estrechos, tortuosos, revueltos e impracticables caminos ha elegido la humanidad en su afán de alcanzar la verdad eterna, teniendo abierto ante sí uno tan ancho y recto como el que conduce a la morada de nuestro zar! Soleado de día, iluminado de noche, este camino supera a todos los demás en esplendor, y no obstante los hombres han caminado entre tinieblas sin notarlo. ¡Cuántas veces, a pesar de estar orientados por el pensamiento que descendía de los cielos, se apartaron de la buena senda y se las ingeniaron para ir a parar de nuevo, en pleno día, a parajes infranqueables, volvieron a echarse unos a otros una niebla cegadora y, arrastrándose en pos de fuegos fatuos, llegaron al borde de un abismo para luego preguntarse unos a otros, horrorizados: ¿dónde está la salida, dónde está el camino? La generación actual lo ve todo claro, se sorprende de los errores cometidos, se ríe de la falta de sentido común de sus antepasados, pero no advierte que la historia está trazada con fuego divino, que son claras cada una de sus letras, que, por doquier, un dedo imperioso la señala (a ella, precisamente a ella, a la actual generación). Pero nuestra generación ríe y, henchida de presunción y orgullo, empieza una serie de nuevos errores, de los que, a su vez, se mofará la posteridad.

Chíchikov no tenía la menor idea de lo sucedido. Como hecho a propósito, se había resfriado levemente y sufría una pequeña inflamación de garganta, regalos en los que se muestra pródigo el clima de nuestras ciudades. Temiendo terminar su existencia sin dejar descendientes —¡no lo quiera Dios!— decidió quedarse unos días en casa para descansar, hacer gárgaras con leche caliente en la que había cocido higos, que después tragaba, y ponerse en la mejilla un cataplasma de manzanilla y alcanfor. Con el ánimo de entretener su forzado ocio, hizo varias listas, nuevas y detalladas, de los campesinos que había

comprado; leyó un tomo de *La duquesa de La Vallière*,<sup>123</sup> que encontró rebuscando en su maleta; puso en orden su escritorio y de paso releyó cuanto encontró en su cofrecito. Con todo, se aburrió soberanamente. No comprendía por qué no lo visitaba ningún funcionario. Antes, hace en realidad muy poco tiempo, siempre había algún coche estacionado en la posada, el del jefe de correos, el del fiscal, el del presidente, ¡y ahora nadie se interesaba por su salud! Desconcertado, se limitaba a encogerse de hombros y recorrer su estancia como león enjaulado. A los cuatro días, Chíchikov se sintió mejor y decidió salir al aire libre. Dios sabe lo alegre que se puso. Se engalanó enseguida. Abrió su cofrecito, vertió agua caliente en un vaso y, sacando brocha y jabón, empezó a afeitarse; cosa que, por lo demás, le hacía mucha falta, pues al pasarse la mano por la cara y mirarse al espejo, exclamó: «¡Vaya matorral!»

No sabemos si en efecto parecía un matorral, pero el hecho es que las mejillas y el mentón se le habían cubierto de un follaje bastante tupido. Una vez afeitado, comenzó a vestirse, pero lo hizo con tanta prisa que estuvo a punto de irse de bruces al ponerse el calzón. Por fin, perfumado con agua de colonia y bien abrigado (por precaución, llevaba un pañuelo sobre el carrillo), salió rápidamente a la calle. Como le ocurre a cualquier convaleciente, lo vio todo con buenos ojos. Todo le parecía alegre y jovial: las calles, las casas... incluso unos *muzhiks* que, a decir verdad, tenían una pinta de los más siniestra; algunos, aunque apenas clareaba el día, ya habían tenido tiempo de plantarle un sopapo al prójimo.

Chíchikov se dirigió a casa del gobernador. Mientras caminaba, una idea, mejor dicho, una imagen, le daba vueltas en la cabeza: el perfil de la deliciosa rubita. Chíchikov, al notar tan desbocada su imaginación, se mofó de sí mismo. Con tal agradable estado de ánimo llegó a la casa del gobernador y entró en el vestíbulo. Ya se estaba quitando el abrigo cuando, para su sorpresa, el portero lo paró en seco:

—¡Tengo orden de no dejarlo pasar!

—¡Eh! ¡Qué dices! ¿No me reconoces? ¡Soy yo, mírame bien! —gritó Chíchikov.

---

<sup>123</sup> Novela sobre la duquesa de La Vallière (favorita del Luis XIV) de la escritora francesa Madame de Genlis (1746-1830). En español, fue publicada en 1818 bajo el título *La heroína*. Se publicó como *La duquesa de La Vallière* en 1919.

—¡Cómo no lo voy a reconocer! Si no es la primera vez que lo veo por aquí —replicó el portero—. Precisamente a usted, y sólo a usted, es a quien no debo permitir la entrada.

—¿Por qué?

—Es una orden. ¡Sus razones tendrán los señores! —dijo el portero, y se le puso enfrente en actitud retadora. No quedaba ni rastro de la servil expresión que adoptaba antes cuando se apresuraba a quitarle el capote. Ahora parecía decirse, al mirarlo: «¡No valdrás gran cosa, zoquete, si los señores te cierran la puerta en las narices!»

«¡No entiendo!», se dijo Chíchikov, y se dirigió enseguida a casa del presidente de la Cámara, pero éste se turbó de tal modo al verle, que no pudo encadenar ni una sola frase coherente. Soltó tantos disparates que ambos se sintieron avergonzados. Al salir, Chíchikov trató en vano de adivinar qué había querido decirle. Luego fue con el jefe de policía, el vicegobernador y el director de correos; en algunas casas no lo recibieron; en otras, fue recibido con frases tan deshilvanadas y estúpidas que Chíchikov llegó a dudar del estado mental de sus conocidos. Llamó a unas cuantas puertas más, pues quería saber, al menos, el motivo de aquella extraña conducta. Pero todo resultó inútil. Como un sonámbulo, vagó sin rumbo por la ciudad, incapaz de discernir si se había vuelto loco, si los funcionarios de la ciudad habían perdido la cabeza, si todo aquello era un sueño o si se había armado un follón de los mil demonios en la ciudad. Tarde ya, casi al anochecer, regresó a la posada, de la que había salido con tan buen ánimo. Agobiado, mandó que le sirvieran el té. Pensando lo absurdo de su situación, se disponía a servirse el té cuando, de repente, se abrió la puerta de su habitación dando paso a Nozdriov.

—Como dice el refrán, «en la cárcel y en la enfermedad se conoce a los amigos» —sentenció, quitándose la gorra—. Pasaba por aquí, he visto luz en la ventana y me he dicho, «voy a hacerle una visita, seguramente todavía no se ha acostado». ¡Estupendo, ya tienes puesta la mesa!, con mucho gusto te aceptaré una tacita de té, en el almuerzo me he hartado de toda clase de porquerías y tengo el estómago revuelto. ¡Ordena que me carguen una pipa! ¿Dónde tienes la tuya?

—No fumo —contestó secamente Chíchikov.

—Déjate de tonterías, ¡sé que fumas como una chimenea! ¡Eh, tú! ¿Cómo diablos se llama tu criado?, ¡ah sí, Vajraméi, escucha!

—Se llama Petrushka.

—¿Por qué lo cambiaste?, tenías uno que se llamaba Vajraméi.

—Nunca he tenido a ningún Vajraméi.

—¿Cómo que no! ¡Ah, es cierto, era Derebin quien tenía a Vajraméi! Fíjate qué suerte la suya: una tía se enfadó con su hijo porque se le casó con una sierva, ¡y le dejó todos sus bienes! Yo me digo, ¿qué suerte tener una tía que te asegure el porvenir! Por cierto, hermano, ¿por qué te has aislado así? No se te ve por ningún lado. Sé que a veces te enfrascas en cuestiones científicas y te quemas las cejas leyendo (¿de dónde sacaba Nozdriov que nuestro protagonista era aficionado a la ciencia? ¡El diablo lo sabe! Si nosotros no podemos explicarlo, nuestro héroe menos). ¡Ay, Chíchikov, hermano, si lo hubieras visto... habría alimentado tu vena satírica!, (no sabemos, tampoco, de dónde sacó Nozdriov lo de la vena satírica). Figúrate, hermano, que estuvimos jugando al monte en casa del mercader Lijachov, ¿cómo nos reímos! Perepéndev, que venía conmigo, comentó: «Si estuviera aquí Chíchikov...» (Chíchikov no tenía ni idea de quién era Perepéndev). A propósito, confesarás, hermano, que te portaste como un canalla cuando jugamos a las damas, ¿te acuerdas?, porque yo iba ganando... Sí, hermano, iba ganando y me estafaste. Pero amigo, ya me conoces, no soy rencoroso, al diablo pongo por testigo. Hace poco, en casa del presidente... ¡ah, por cierto! Se me olvidaba decirte que has puesto a toda la ciudad en tu contra. Creen que falsificas billetes, quisieron tirarme de la lengua, pero yo te defendí a capa y espada, les dije que habíamos estudiado juntos y que conocía a tu padre. Como puedes suponer, les canté las cuarenta muy bien cantadas.

—¿Que yo falsifico billetes? —gritó Chíchikov, rebotando en la silla.

—¿Qué les hiciste? —prosiguió Nozdriov—. ¡Están muertos de miedo! Figúrate que, ¡el diablo sabe por qué!, te han colgado el sambenito de bandido y espía... el fiscal la palmó del susto, lo entierran mañana. Por cierto, ¿irás a los funerales? A decir verdad, temen al nuevo gobernador general, ¡y con el lío que has montado! Pero, a mi entender, si el señor se da mucho tono no conseguirá nada de los nobles, absolutamente nada. Los nobles exigen buen trato, ¿no es cierto? Claro que puede encerrarse en su gabinete y no dar ningún baile, pero, ¿qué ganará con eso?... ¡Nada! A propósito, Chíchikov, te has metido en un asunto muy peliagudo.

—¿Qué asunto? —preguntó Chíchikov, inquieto.

—¿Cuál va a ser? Pues el de raptar a la hija del gobernador. Aunque ya me lo esperaba, ¡te juro que ya me lo esperaba! La primera vez que los vi juntos en el baile, pensé: ese Chíchikov ya le echó el ojo... Por lo demás, no sé por qué te has encaprichado con ella, con lo poquita cosa que es. ¡Si vieses a la sobrina de Bíkusov! ¡Ay, hermano, esa sí que vale la pena!, ¡es un bocadito delicioso!

—¿Qué disparates son éstos?, ¡raptar a la hija del gobernador! ¿Te has vuelto loco? —gritó Chíchikov con los ojos como platos.

—Deja de fingir, hermano, ¡qué reservado eres! Te confieso que he venido para ofrecerte mi ayuda. ¡Palabra!, seré tu padrino de boda, el coche y los caballos de relevo corren por mi cuenta, pero con una condición: que me prestes tres mil rublos. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Mientras Nozdriov desbarraba de este modo, Chíchikov se restregó los ojos, intentando convencerse de que no soñaba. Falsificación de billetes, intento de rapto, muerte del fiscal (de la que resultó ser culpable), llegada del gobernador general... «¿Qué diantres significa todo esto?», se preguntaba con el alma en vilo. «Si las cosas toman semejante cariz —pensó para sí— conviene salir pitando de aquí lo antes posible».

Logró desembarazarse de Nozdriov, llamó enseguida a Selifán y le ordenó que tuviera todo preparado para salir de la ciudad al día siguiente, a las seis de la mañana. El carruaje tenía que estar a punto, engrasado, limpio, etcétera. Chíchikov insistió particularmente en ello.

—Descuide, Pável Ivánovich —contestó Selifán, pero continuó abstraído en el umbral, sin mover un dedo.

A continuación, el señor ordenó a Petrushka que le llevase la maleta: «Está debajo de la cama», gritó Chíchikov. El criado sacó la maleta, cubierta ya por una buena capa de polvo, y entre los dos fueron amontonando, sin muchos miramientos, medias, camisas, ropa interior lavada y sin lavar, hormas para calzado, un calendario... en fin, lo que les venía a mano. Chíchikov, a fin de que nada pudiese retrasarlo, quería que todo estuviera preparado la víspera de su partida. Tras permanecer unos minutos junto a la puerta, Selifán por fin salió del cuarto, muy lentamente. Bajó la escalera despacio... todo lo despacio que uno pueda imaginarse, dejando sobre los carcomidos peldaños huellas de sus botas mojadas. Tras bajar las escaleras se quedó un buen rato rascándose el cogote ¿Qué

significaba esa manera de rascarse?, ¿el fastidio de tener que renunciar a la taberna, donde había hecho buenos amigos, como aquel camarada de raída zamarra y vistoso pañuelo?, ¿o le había surgido un nuevo amorío y le dolía abandonar aquellas manitas blancas que se entrelazaban con la suyas en el portal, mientras, a su alrededor, las tinieblas iban envolviendo la ciudad y un mocetón de roja camisa punteaba la balalaica para deleite de lacayos, artesanos y otros tipos de la misma ralea que, terminada su jornada de trabajo, departían tranquilamente?, ¿le daba pena prescindir del calentito rincón que ocupaba en la cocina, al que ya se había acostumbrado, donde dormía cerca de la estufa, envuelto en su zamarra?, ¿le dolía dejar la sustanciosa sopa de coles y las sabrosas empanadas?, ¿tenía pereza de rodar nuevamente por los caminos, bajo la lluvia y el barro, donde toda incomodidad tiene su asiento? Juro por Dios que es imposible adivinarlo. Cuando un ruso se rasca el cogote, ¡puede significar tantas cosas!

## Capítulo XI

Sin embargo, nada sucedió según las previsiones de Chíchikov. Se despertó más tarde de lo que pensaba —primera contrariedad—; en cuanto se levantó, preguntó si ya estaba enganchado el carruaje... y se enteró de que no se había hecho ningún preparativo —segunda contrariedad—. Chíchikov esperó con impaciencia a que Selifán se presentase y le expusiera las razones del retraso. Tenía un humor de los mil demonios, de modo que estaba dispuesto a plantarle un buen soplamocos. Pronto se presentó Selifán, y su amo tuvo la satisfacción de oír lo que todo viajante oye, en boca de su cochero, cuando tiene prisa por partir.

—Pero, Pável Ivánovich, habrá que herrar los caballos.

—¡Ah, bestia! ¡Zopenco! ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿No has tenido tiempo?

—Bueno, sí que he tenido tiempo para decirlo, pero ya ve, Pável Ivánovich. También hay que arreglar una rueda y ajustar una llanta;<sup>124</sup> ya ve que el camino está lleno de baches y de rodadas profundas... además, con su venia, le diré que la delantera del coche está desencajada, así no aguanta ni dos jornadas.

—¡Canalla, bruto! —gritó Chíchikov, juntando las manos y acercándosele tanto, que Selifán, temeroso de recibir algún obsequio de su amo, retrocedió dos pasos—. ¿Me quieres matar?, ¿eh? ¡Contesta, imbécil!, ¿me quieres matar? ¡Bandido, bestia inmundada, cacho cerdo! Tenías pensado degollarme en pleno camino, ¿eh!, ¿eh, contesta! Llevamos tres semanas aquí y no habías dicho ni pío, ¡miserable! Pero no, el señor tenía que esperar hasta el último momento, ¡qué bonito! Cuando pensaba que no había más que subirse al coche y ¡hala!, ¡en marcha!, ¿eh, zopenco!, ¿eh! ¿No lo sabías antes? Porque tú lo sabías, ¿no es verdad?, ¿eh! Responde, ¿lo sabías o no lo sabías?, ¡bruto!

—Lo sabía —respondió Selifán, inclinando la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste?

---

<sup>124</sup> Justo cuando debe huir, se ve obligado a reparar su carruaje. En el inicio de la novela, los *muzhiks* advirtieron al lector sobre la inestabilidad de la rueda, augurando, de algún modo, un difícil camino para Chíchikov



Selifán no respondió, pero, con la cabeza gacha, parecía decirse: «Suele pasar, por extraño que parezca, suele pasar; ya ve, lo sabía, y no dije nada».

—Pues ya puedes ir volando en busca de un herrero, ¡en dos horas quiero todo preparado! ¿Lo oyes? En dos horas, sin falta, ¡o te hago picadillo! —dijo nuestro héroe, hecho una furia.

Selifán iba a volverse hacia la puerta para cumplir con las órdenes recibidas, pero se detuvo y dijo:

—Otra cosa, si el señor me lo permite: el caballo atigrado es un estorbo; señor, haría bien en venderlo porque es un estorbo y un canalla.

—¿Por qué no lo habías dicho antes, querido? Si no te gusta, ahora mismo lo vendo.

—¡Se lo juro, Pável Ivánovich, ese caballo parece bueno pero no lo es! Nunca había visto un caballo tan malo?, en ningún lado he visto...

—¡Cállate, imbécil! Lo venderé cuando me dé la gana, ¡ya puedes tragarte tus consejos! ¡Anda, lárgate! O me tienes todo preparado en dos horas... ¡o te parto los huesos!

Selifán salió.

Chíchikov, con un humor de los mil demonios, arrojó al suelo el sable que solía llevar en los viajes por si hacía falta infundir temor a algún fulano. Regateó más de un cuarto con los herreros, pues éstos, como de costumbre, eran unos granujas. Comprendiendo que el encargo era urgente, no se tentaron el corazón para pedir seis veces más de lo debido. Hecho una furia, Chíchikov los llamó de todo: canallas, bandidos, cuatrerros, etcétera; incluso llegó a amenazarlos con el Juicio Final, pero a los herreros no les hizo el menor efecto y se mantuvieron en sus trece; para colmo, además de mantener sus exigencias, invirtieron cinco horas y media en un trabajo que requería dos. Durante este tiempo, Chíchikov pudo disfrutar de los agradables momentos que todo viajero experimenta cuando, minutos antes de su partida, todo está empaquetado y no quedan en la estancia más que trapos, cuerda y papeles tirados por el suelo; en esos momentos uno no pertenece ni al camino ni al lugar del que parte. Uno se asoma a la ventana y ve pasar a los transeúntes que, desentendiéndose por un momento de sus insignificantes asuntos, alzan la vista, te examinan con estúpida curiosidad, y siguen su camino, aumentando la desdicha del desventurado viajero que aún no se pone en marcha. Todo cuanto éste alcanza a ver —

la tienda de enfrente, la cabeza de una vieja vecina asomándose desde su ventana de cortos visillos— le repugna, y no obstante continúa allí, ora abstraído y olvidándose de todo; ora prestando una vaga atención a cuanto pulula ante él o se queda inmóvil; ora despachurrando de pronto, por mero despecho, a una mosca que zumba y rebota contra el cristal. Pero todo tiene su fin y llega el momento esperado: todo estaba por fin a punto, ya se había reparado la delantera del carruaje y se habían cambiado las llantas; los caballos ya estaban abrevados; los herreros bandidos, tras contar y recontar su dinero y haber deseado un buen viaje, ya se habían marchado. Una vez enganchado el carruaje, metieron dos hogazas calientes, recién compradas (Selifán se había metido ya, para consumo propio, alguna vitualla en el bolsillo) y, entre los acostumbrados incidentes propios de tales casos, nuestro héroe se instaló en el coche, despedido por el mozo de la posada que, enfundado en su infaltable levita de paño, agitaba su gorro en presencia de los criados del establecimiento y de otros criados y cocheros que habían llegado exclusivamente para presenciar la marcha, pues les fascinaba ver partir a un señor ajeno. De este modo, el carruaje propio de solterones, que estuvo tanto tiempo encerrado en la ciudad y que tal vez tenga ya hartío al lector, franqueó por fin el portón de la fonda. «¡Alabado sea Dios!», pensó Chíchikov, santiguándose. Selifán hizo restallar el látigo; Petrushka, que al principio se había quedado en el estribo, tomó asiento a su lado. Nuestro héroe, repantigado sobre el tapiz georgiano que cubría el equipaje, se colocó en la espalda un almohadón de cuero, aplastando las dos hogazas recién salidas del horno, y el vehículo empezó a dar de tumbos de nuevo, pues, como hemos visto, el empedrado tenía una envidiable fuerza propulsora. Distraídamente, Chíchikov contemplaba cuanto iba dejando atrás —y que acaso, veía por última vez, pues sólo Dios conoce su destino— las casas, las paredes, los vallados que se alejaban poco a poco, como dando tumbos al vaivén del carruaje. Al torcer una esquina, el carruaje se vio obligado a detenerse porque la calle entera estaba ocupada por un interminable cortejo fúnebre. Chíchikov, inclinándose, ordenó a Petrushka que preguntase quién era el muerto. Cuando se enteró de que era el fiscal, nuestro héroe, espantado, se arrinconó enseguida, se envolvió en el cobertor de cuero, y corrió las cortinillas. Mientras tanto, Selifán y Petrushka, con la cabeza piadosamente descubierta, examinaban el desfile, los trajes, los concurrentes, calculando el número de los que seguían el cortejo a pie o en carruaje. El amo, tras prohibirles saludar a los lacayos conocidos, se puso a mirar, tímidamente, a través de las cortinillas de cuero. Todos los funcionarios, sin sombrero, iban en fila detrás del ataúd. Chíchikov empezó a temer que reconocieran el coche, mas

aquellos señores no estaban como para fijarse en nada, pues, absortos en sus propias preocupaciones, no cruzaban palabra; ni siquiera soltaban las frases hechas que se acostumbra en los entierros. Les preocupaba sobremanera la llegada del nuevo gobernador general: «¿cómo iniciaría su gestión?», «¿qué acogida les dispensaría?» Tras los funcionarios, que iban a pie, seguían los coches de las damas vestidas de luto, con cofias y velos negros. A juzgar por los movimientos de sus labios y de sus manos, las damas conversaban animadamente; con toda seguridad su cháchara giraba en torno al nuevo gobernador general, los bailes que daría, y la posibilidad de lucir sus chillones trapos, repletos de festones y bordaditos. Algunos coches vacíos, en fila, cerraban el cortejo. Cuando la calle estuvo nuevamente libre, nuestro héroe pudo reanudar su marcha. Descorrió las cortinillas, suspiró, y profirió sentencioso:

—¡Pobre fiscal, hasta aquí llegó! Ahora los periódicos anunciarán la muerte de un ciudadano honorable, llorado por sus subordinados y por la humanidad entera, modelo de esposo y de padre y bla bla bla... añadirán, quizá, que se marchó acompañado por el llanto de viudas y huérfanos, pero, a decir verdad, su único mérito fue haber tenido unas cejas muy bien pobladas.<sup>125</sup>

Ordenó a Selifán que apresurase el paso, diciendo para sus adentros: «No me disgusta haberme topado con un entierro; dicen que da suerte». La carretela, entretanto, penetró en calles más solitarias. Pronto se vieron únicamente las altas empalizadas que señalaban los límites de la ciudad. Pasado el empedrado, cruzaron la barrera y dejaron atrás la ciudad. Terminaba todo, de nuevo se hallaban en marcha; de nuevo, a un lado y otro del camino, empezaron a desfilar los postes que señalan las verstas, los jefes de posta, los pozos, las caravanas, las grises aldeas con sus samovares y sus mujeres, el avispado y barbudo hostelero que acude con su provisión de avena, el trotamundos que, tras ochocientas verstas de camino, se ha desgastado los zuecos; las aldeas surgidas de la noche a la mañana, con sus tiendecitas de madera, sus puestos de barriles, de harina, chanclos, bollos y otras minucias, las barreras a rayas, los puentes en reparación, las interminables llanuras a ambos lados de la calzada, las carrozas, los propietarios rurales, el soldado a caballo, que

---

<sup>125</sup> La muerte del fiscal no conmueve a nadie: los funcionarios siguen inmersos en sus mezquinas preocupaciones, las damas siguen ocupándose de chismorreos y banalidades, Chíchikov recuerda que tenía unas cejas bien pobladas... En fin, todo sigue igual. Gógol, que pretendió simbolizar la mezquindad humana con la ciudad de N, muestra a lo largo de toda la novela lo alternativamente ridículo y ominoso de la vida. Las palabras de Gógol revelan que los polos de la gama mostrada no son la muerte y la vida, sino la muerte y la muerte en vida

lleva un cajón verde, lleno de metralla, con la inscripción: «Batería número tal», las parcelas verdes, amarillas y negras, recién labradas, que brotan en plena estepa, el eco de una canción entonada o de un volteo de campanas, la copa de un pino embozada en la niebla, las bandadas de cuervos y el horizonte infinito... ¡*Rus, Rus*, te veo desde mi maravillosa y espléndida lejanía!<sup>126</sup>Te veo pobre, dispersa, poco acogedora; en ti, la naturaleza no corona las creaciones artísticas, no hay nada que alegre la mirada. En vano se buscarán altos palacios suspendidos sobre precipicios o casas tapizadas de yedra en las que, entre el estruendo de espesas cascadas, crezcan pintorescos árboles. No se vuelve atrás la cabeza para contemplar peñascos que se acumulan hacia el infinito; no brillan a través de éstos, a lo lejos, eternas líneas de resplandecientes montañas que se elevan hacia serenos cielos plateados. En ti todo es abierto, solitario y llano. En medio de las llanuras sobresalen levemente, como puntos, como signos, tus planas ciudades. Nada hay en ti que cautive la mirada. Sin embargo, ¿qué fuerza misteriosa nos arrastra hacia ti?, ¿por qué resuena sin cesar, en mis oídos, tu melancólica canción, que cruza el país entero, a lo largo y a lo ancho, de mar en mar? ¿Por qué me conmueve tu llamada? ¿Por qué me desgarras, por qué penetra en mi alma y se me enrosca en el corazón? ¡Oh, *Rus*! ¿Qué quieres de mí? ¿Qué vínculo inescrutable se esconde entre nosotros? ¿Por qué me miras de ese modo?, ¿por qué cuanto encierras se vuelve hacia mí con los ojos henchidos de esperanza? Cuando, preso de la perplejidad, permanezco inmóvil, se cierne sobre mi cabeza un amenazador nubarrón, presto a reventar en lluvia, y mi espíritu enmudece ante tu inmensidad. ¿Qué presagia este horizonte inabarcable? ¿Surgirá de ti la idea salvadora? ¿Acaso no estás predestinada a engendrar héroes, tú que ofreces tanto espacio para desenvolverse y vagar? Tu amenazadora enormidad me sobrecoge, me turba con su espantosa fuerza hasta el fondo de mi ser. Una fuerza sobrenatural me abre los ojos: ¡Oh, *Rus*, país de sublimes horizontes que no tienen igual en la tierra! ¡Oh, *Rus*!...

—¡Para, para, estúpido! —gritó Chíchikov a Selifán.

—¡Mira que te parto de un sablazo! —aulló un correo de largo mostacho que galopaba a su encuentro—. ¡Que te lleve el diablo! , ¿no puedes cederle el paso un coche oficial?

Entre polvo y estrépito, pasó el carruaje y se desvaneció como una visión.

---

<sup>126</sup> Gógol escribió el capítulo final de *Almas muertas* en Roma.

¡Qué extraño hechizo, qué fascinación ejerce la palabra camino! ¡Y qué encanto tiene el camino por sí mismo! Un día claro, hojas otoñales, un aire frío... Se envuelve uno en su abrigo, se encasqueta el gorro hasta las orejas y se acurruca en un rincón del coche. El escalofrío, que hace apenas un momento recorría nuestros miembros, se ha convertido en un agradable calorcillo. Galopan los caballos... Una suave somnolencia nos invade, los párpados se cierran, se oye, como entre sueños, el chirriar de las ruedas, el bufido de los caballos y la consabida canción *No son blancas las nieves*;<sup>127</sup> y ya ronca uno, apretujando contra el rincón a su compañero de viaje. Recorridas cinco estaciones de posta, nos despertamos a la luz de la luna en una ciudad desconocida. Divisamos iglesias de viejas cúpulas y agujas ennegrecidas, oscuras casas de troncos y casas blancas de ladrillo. Aquí y allá, el resplandor de la luna ilumina el pueblo, como si hubieran colgado pañuelos blancos por las paredes, por la calzada, por las calles... en algunos sitios hay sombras rectilíneas, que cortan el reflejo lunar; los techos de madera, iluminados oblicuamente, brillan con destellos metálicos. No se ve un alma. Todo duerme. Una solitaria claridad destella en alguna ventana, un zapatero, quizás, atareado con un par de botas, o un panadero pendiente de su horno. ¿Qué más da? ¿Y la noche? ¡Oh, fuerzas celestiales! ¡Qué noche se va coronando en las alturas! ¡Qué aire, qué cielo tan lejano y tan elegante se extiende allí, inabarcable, rumoroso y claro, en su insondable profundidad!... Pero el glacial aliento de la noche nos sopla en el rostro y nos arrulla; amodorrados, no tardamos en roncar, nuestro pobre vecino, acorralado en el rincón, se revuelve furioso al sentir nuestro peso. Al despertar, de nuevo se extienden ante uno los campos y la estepa, no hay nada en ninguna parte, todo es desierto, todo es llanura abierta. Un poste guía se alza ante nuestros ojos; apunta la aurora. Una faja de oro pálido surge en el horizonte blanquecino, el viento se hace más áspero: ¡abriguémonos bien!... ¡Qué frío tan agradable! ¡Entramos de nuevo en el reino de los sueños! Una sacudida vuelve a despertarnos. El sol ha remontado en el cielo. “¡Más despacio, más despacio!», suena un grito. Una carreta desciende la empinada cuesta. Abajo hay un ancho dique y un vasto estanque que brilla al sol como una bandeja de cobre. Las casitas de una aldea se diseminan por el montículo, la cruz de la iglesia centellea como una estrella; charlan los *muzhiks*; se siente un apetito feroz... ¡Dios! ¡Qué hermoso sueles

---

<sup>127</sup> Canción compuesta por el famoso compilador de música popular rusa P. Kiréievski. Desde 1818, la pieza ha sido incluida en todos los cancioneros de Rusia: «Es poco probable encontrar a un ruso que no conozca la famosa “No es blanca la nieve”. Su melodía tiene una marcha victoriosa y solemne, amplia e infinitamente poderosa». Лопатин, Н. и В. Пронин (1956). *Русские народные лирические песни*. Москва: ВВК, p. 216.

ser, lejano camino! ¡Cuántas veces, como el que se ahoga, me he aferrado a ti, cuántas veces me has sostenido generosamente a flote y me has salvado!, ¡qué hermosos pensamientos, qué ensueños poéticos me has inspirado, qué asombrosas impresiones se han gestado en tu seno!.. Por su parte, nuestro amigo Chíchikov también desgranaba sueños no del todo prosaicos. Veamos lo que sentía: Al principio, nada, pues se limitó a mirar hacia atrás para convencerse de que había abandonado la ciudad. Pero en cuanto comprobó que la ciudad había desaparecido de su vista, que no se veían herrerías, molinos ni nada de lo que suele encontrarse en torno a las ciudades, en cuanto se dio cuenta de que hasta las blancas cúpulas de las iglesias se confundían con el suelo, no se ocupó más que del camino, mirando a derecha e izquierda, como si la ciudad de N. no hubiera ocupado nunca su memoria, como si hubiera pasado por aquella ciudad muchos años antes, en su infancia. Finalmente, también el camino dejó de interesarle, entornó los ojos y se recostó sobre el almohadón. El autor confiesa que se alegra de ello, pues así encuentra ocasión para hablar un poco de su héroe, pues, como el lector ha notado, se lo han impedido constantemente Nozdriov, los bailes, las damas, los chismes de la ciudad y, en fin, las mil pequeñeces que sólo parecen tales al consignarse en un libro, pero que son consideradas de suma importancia cuando circulan por el mundo. Ahora, dejando de lado cualquier otro asunto, nos ocuparemos sin rodeos de nuestro personaje.

Es muy dudoso que el héroe elegido agrade al lector. A las damas seguramente no les gustará, pues exigen que éste sea immaculado; si aparece en él alguna manchita, ya sea de orden espiritual o físico, ¡puede darse por perdido! Por mucho que el autor haya profundizado en el alma de su héroe, aunque haya conseguido reflejarla con más nitidez que un espejo, se le negará todo mérito. Chíchikov ya tiene sus años, además, su incipiente obesidad lo deja malparado ante las exigencias femeninas, ¿dónde se ha visto un héroe gordo? No, las damas no le perdonarán jamás haber descuidado su peso, alguna incluso exclamará, apartándose de él: «¡Agh, qué hombre más asqueroso!» ¡Ay! Todo esto lo sabe muy bien el autor y, no obstante, ha decidido descartar como protagonista a un virtuoso varón. Pero... puede que en este mismo relato se pulsen cuerdas hasta aquí desconocidas, puede que aparezca de pronto, encarnado en un caballero de intachable virtud o en una admirable doncella sin par en el mundo, la admirable riqueza del espíritu ruso, emotivo, generoso y vibrante; ante tales personajes, los virtuosos de otras tierras parecerán marionetas, muertos en vida, como muerto parece un libro ante la palabra viva. Se manifestará entonces la grandeza moral de nuestro pueblo... y se verá cuán arraigado está

en el alma esclava lo que no ha hecho más que resbalar en la de otros pueblos... Mas, ¿para qué hablar de lo que está en perspectiva? No le conviene al autor, hombre maduro y sereno que ha forjado su espíritu en los rigores de una rígida y solitaria vida interior, hablar a tontas y locas como un jovenzuelo. ¡Cada cosa a su tiempo y en su lugar! No hemos elegido como protagonista a un hombre virtuoso, es cierto. Pero me tomaré la molestia de exponer mis motivos. Aquí van: ya es tiempo de darle descanso al hombre virtuoso, pues, sin venir a cuento, todo mundo se llena la boca con él, «hombre virtuoso» por aquí, «hombre virtuoso por allá». Se le ha convertido en una montura sobre la que, látigo en mano, cabalga todo escritor; se le ha dejado en los huesos, sin resuello, sin una pizca de virtud; se le invoca hipócritamente, sin tenerle la menor consideración, ¡ya es hora de pillar a un granuja!

El origen de nuestro héroe es oscuro y modesto. Sus padres eran nobles, pero sólo Dios sabe si pertenecían a la nobleza por linaje o por haber prestado algún servicio. Chíchikov, por lo demás, no se parecía a sus padres. Una parienta que asistió su nacimiento (una de esas mujercillas flacas y enanas que solemos llamar gorgojos), tomando en sus brazos al recién nacido, exclamó: ¡Éste es hijo del lechero! En sus primeros años, la vida le mostró su rostro más amargo, un lado tan oscuro que parecía visto a través de un turbio tragaluz. Creció solo —¡sin un amigo, sin un compañero de juegos!—, pasó su infancia en una sofocante habitación de ventanas cegadas, viviendo con un padre enfermizo que se pasaba los días envuelto en una largo abrigo de astracán y calzado con escaarpines de punto, recorriendo la habitación de cabo a rabo, suspirando y escupiendo en una vasija de arena. El pequeño Pável pasó interminables noches hincando el codo, pluma en mano, con dedos y labios entintados, soportando la eterna cantaleta del inmortal axioma: «No mientas, respeta a tus mayores y lleva la virtud en tu corazón», y los gritos que soltaba su padre cuando el pequeño Chíchikov, fastidiado por la monotonía del trabajo, añadía un gancho o un rabo a las letras que trazaba. «¡Otra vez haciendo el imbécil!», le gritaba, acompañando la amonestación con un desagradable tirón de orejas. Tal es el mísero cuadro de su primera infancia, de la que apenas conserva memoria. Pero en la vida todo cambia rápidamente; un buen día, con el primer sol primaveral, Chíchikov fue llevado por su padre en un coche tirado por un jamelgo pinto con manchas amarillas, unos de esos jamelgos que nuestros comerciantes llaman «urracas». Un jorobadito, jefe de la única familia de siervos perteneciente al padre de Chíchikov, y que en la casa hacía de todo, conducía el coche. Arrastrados por el jamelgo, viajaron más de día y medio.

Durmieron por el camino, cruzaron un río, comieron una empanada fría y un trozo de cordero, también frío; dos días después, por la mañana, llegaron a la ciudad. El mocito quedó sorprendido por el esplendor de las calles, que lo dejaron boquiabierto. El rocín se metió, con coche y todo, en un despeñadero que daba comienzo a una estrecha calle empinada y cubierta de barro; allí, con los cascos hundidos en el barrizal y azuzado por los gritos del jorobado y del propio señor, el jamelgo batalló largo rato hasta que al fin los introdujo, jadeando, en un patio con dos manzanos en flor ante una ruinoso casa situada a media ladera; por detrás, un jardincillo, compuesto únicamente de serbas y saúcos, ocultaba una vieja cabaña adornada con un tragaluz de vidrio esmerilado. Allí vivía su parienta, una vieja esquelética que todavía tenía fuerzas para ir todas las mañanas al mercado y poner a secar sus medias en el samovar. La vieja dio un par de cachetitos a Chíchikov y contempló admirada sus rechonchas mejillas. En aquel sitio viviría nuestro héroe para acudir diariamente a la escuela. El padre, tras pasar allí la noche, emprendió el regreso. No vertió ni una lágrima al despedirse de su retoño, pero le dio cincuenta kopeks para gastos y golosinas. Le dio, también, algo mucho más valioso: sabios consejos. «Óyeme bien, Pavlusha,<sup>128</sup> instrúyete, nada de tonterías ni de chiquilladas; complace a tus maestros y superiores. De este modo, aunque Dios no te haya concedido talento, te abrirás paso en la vida. No hagas amistad con tus compañeros, pues no te enseñarán nada bueno. Pero, si a pesar de todo tienes que hacerlo, hazte amigo de los más ricos, a fin de que puedan serte útiles. No invites a nadie a casa, no compartas ni invites a nada; procura siempre que te inviten a ti. Y, sobre todo, economiza hijo, economiza, guarda cada kopek que caiga en tus manos. El dinero es tu mejor aliado. Los compañeros y amigos no son confiables, te abandonarán en la desgracia. El dinero, en cambio, no te dejará tirado. El dinero lo puede todo». Una vez inculcados estos sabios preceptos, el padre volvió a casa arrastrado por su jamelgo.

No volvieron a verse, pero sus palabras quedaron grabadas en el alma del muchacho. Al día siguiente, Pavlusha ya estaba en la escuela. No se revelaron en él facultades sobresalientes para ninguna disciplina, pero se distinguía por su aplicación. El muchacho demostró tener mucho sentido práctico. Pronto aprendió a manipular a sus compañeros para que le invitaran siempre. El pequeño Chíchikov nunca correspondió un regalo, incluso llegó a vender, tras darle una manita de gato, lo que ellos mismos le habían regalado.

---

<sup>128</sup> Diminutivo familiar de Pável.



Desde pequeño aprendió a prescindir de casi todo. En vez de gastarse los cincuenta kopeks en golosinas, los rentabilizó a partir del primer año, dando muestras de un ingenio extraordinario para su edad. Primero modeló con cera un pinzón, lo pintó y lo vendió a muy buen precio. Después se dedicó a otras especulaciones: en clase, se sentaba al lado de los más ricos y, en cuanto advertía que empezaban a bostezar —señal de que tenían hambre—, les mostraba por debajo del pupitre, como sin darse cuenta, una rosquilla o un bollo. Una vez excitada su glotonería, los chiquillos pagaban lo que se les pidiese. Chíchikov les cobraba según el apetito. Una vez se pasó dos meses amaestrando a un ratón que tenía encerrado en una jaulita de madera; no descansó hasta hacerlo tenerse en pie, sobre las patas traseras, y tumbarse y levantarse a la voz de mando. Luego lo vendió. En cuanto reunió cinco rublos, los guardó en una saquito de cuero, lo cosió, y empezó a ahorrar para llenar otro. Con respecto a sus maestros, resultó todavía más listo. Sabía muy bien cómo agradar a sus superiores. Sabía, como nadie, permanecer quieto en su sitio. Es preciso indicar que el maestro apreciaba el silencio y la buena conducta y no soportaba a los niños vivaces, pues los creía siempre dispuestos a reírse de él. Cuando uno de ellos se distinguía por su inteligencia, bastaba con que se moviera un poco de su asiento o enarcara la ceja sin mala intención, para que el maestro lo echara de clase.

—¡Ya verás cómo corrijo tu insolencia! —Decía el maestro—. Conozco a los de tu calaña ¡Te quedarás de rodillas y a pan seco hasta que estés domado!

Y el pobre muchacho, sin deberla ni temerla, se desollaba las rodillas y pasaba días enteros sin comer.

—¿Capacidad y talento? ¡Patrañas! —añadía el maestro—. Yo sólo tengo en cuenta la conducta. Pondré las mejores notas al que se porte bien, aunque no sepa ni jota. Pero al que vea rebelde y dado a las burlas, le pondré un cero, aunque sepa más que Solón.

Así hablaba el maestro, que detestaba a Krilov por haber dicho: «Bebe si quieres, a fe, pero conoce tu negocio».<sup>129</sup> Exaltado, contaba que en sus grupos anteriores no se

---

<sup>129</sup> Cita de *Los músicos* (1808), del escritor ruso Iván Andréievich Krilov (1769-1844), autor de numerosas fábulas inspiradas en la tradición popular rusa. Según Gógol, con esta fábula: «Krilov no pretende elogiar el alcoholismo sino mostrar que el hombre inteligente puede hacer lo que se proponga, y, además, es fácil lograr que se comporte como es debido. Al tonto, por el contrario, por mucho que hables con él, no puedes volverlo listo. En fin, la moraleja es: hay que desconfiar de quien se jacta de no saber hacer nada con pericia, pero presume de comportarse excelentemente». Гоголь, Н. (1952) *Собрание художественных произведений в пяти томах*. Том четвертый: СССР, Издательство Академии Наук, p. 105.

escuchaba ni el vuelo de una mosca, que sus alumnos no tosían ni se sonaban y que mientras no tocara la campanilla no se podía saber si estaban vivos. Chíchikov entendió enseguida cómo debía comportarse con tal maestro: aprendió a quedarse en su sitio sin pestañear siquiera. Por mucho que sus compañeros lo pellizcaran por detrás, Chíchikov no movía ni una ceja durante las clases. Al primer toque de campana corría a hacerle la pelota: le daba el gorro con orejeras, pues el maestro llevaba gorro con orejeras y, una vez entregado este aditamento, salía del aula, como alma que lleva el diablo, para hacerse el encontradizo y hacerle reverencias por los pasillos. Huelga decir que alcanzó un éxito rotundo. Durante sus estudios obtuvo siempre buenas notas y, al salir de ella, recibió un certificado y un libro con la siguiente dedicatoria grabada en letras doradas: *A Pável Chíchikov, por su ejemplar aplicación y buena conducta*. Por aquel entonces era un joven de buena presencia, con un mentón que pedía ya la navaja. En aquella época murió su padre, dejándoles como herencia cuatro chalecos muy usados, dos viejos abrigos de astracán y una suma insignificante. El difunto, como se ve, no había llevado a la práctica sus consejos. Chíchikov vendió enseguida, por mil rublos, la ruinosa casucha con la poca tierra que le pertenecía, y transfirió sus siervos a la ciudad, con el propósito de instalarse allí y colocarse en alguna oficina del Estado. En aquel entonces, ya sea por negligencia o por otra causa, el pobre pedagogo que amaba el silencio y la buena conducta fue cesado. De pena, se gastó en la bebida hasta su último kopek. Enfermo, sin pan y sin apoyo, se consumía en un mísero y frío tugurio. Enterados de tal situación, sus antiguos alumnos, aquellos avispados en quienes sólo veía rebeldía e insolencia, hicieron una colecta para ayudarlo, vendiendo incluso cosas que les eran necesarias. Pavlusha Chíchikov pretextó carecer de medios y sólo dio cinco kopeks de plata, que sus compañeros le arrojaron a la cara, tratándolo de rata roñosa. Cuando se enteró del proceder de sus antiguos alumnos, el pobre maestro se ocultó el rostro entre las manos y, como un indefenso crío, dejó resbalar un par de lágrimas por sus flácidas mejillas.

—Dios ha querido verme llorar en mi lecho de muerte —dijo con un hilo de voz.

La conducta de Chíchikov le arrancó un hondo suspiro.

—¡Ay, mi buen Pavlusha! ¡Cómo cambia la gente! ¡Parecía un muchacho tan bueno, tan dócil! ¡Me dejé engatusar!...

No puede decirse, sin embargo, que Chíchikov fuera de corazón duro, ni que sus sentimientos estuviesen embotados hasta el punto de no sentir compasión y lástima. Es

justo decir que estaba dispuesto a socorrer al prójimo... pero con una suma mínima. En una palabra, el consejo paterno «¡ahorra!», había sido de provecho. No es que sintiera apego al dinero en sí, no lo dominaban la tacañería ni la avaricia. Simplemente, soñaba con una vida de placeres y comodidades. Coches, una casa espléndida, comidas succulentas, eso era lo que constantemente le bailaba en la cabeza. Y, a fin de poder disfrutar de todo aquello, guardaba celosamente cada kopek que pasaba por sus manos. Cuando veía a un rico en un buen carruaje con caballos magníficamente enjaezados, se quedaba fascinado y luego, despertando de su ensueño, se decía: «¡Y pensar que hace unos días era un simple oficinista trasquilado como un *muzhik!*». En fin, todo cuanto respiraba opulencia y bienestar le producía una sensación extraña, que ni él mismo era capaz de definir. No quiso tomarse un descanso al terminar sus estudios, pues anhelaba poner enseguida manos a la obra. A pesar de que iba cargado de pomposos diplomas, a duras penas logró entrar en la Tesorería. Ya se ve que las recomendaciones son necesarias hasta en un oscuro rincón de provincias. El puesto que consiguió era muy modesto, con un sueldo de apenas treinta o cuarenta rublos al año, pero aún así decidió consagrarse con ardor al servicio y vencer todos los obstáculos. Dio pruebas de abnegación, constancia y sobriedad extraordinarias. De sol a sombra, infatigable tanto en lo físico como en lo moral, Chíchikov se pasaba el día hincando el codo sobre los papeles de la oficina, no iba a casa, dormía sobre el escritorio, almorzaba a veces con los guardas... y a pesar de ello sabía mantenerse pulcro y bien vestido. Se mostraba jovial y agradable, podía decirse, incluso, que en sus ademanes había cierta nobleza. Es preciso decir que sus colegas se distinguían por un exterior ingrato. El rostro de algunos de ellos recordaba un pan mal cocido: mejilla hinchada de un lado, mentón torcido, labio superior rajado y levantado como una ampolla; en fin, un horror. Además, hablaban con voz áspera, como si estuvieran a punto de liarse a golpes, y ofrecían frecuentes sacrificios a Baco, demostrando así que en el espíritu eslavo quedan vestigios de paganismo. A veces, incluso, se presentaban en la oficina un tanto «achispados» como suele decirse y aromatizaban el local con su aliento, ofendiendo olfatos delicados. Por su buena presencia, agradable voz y absoluta abstinencia de bebidas espirituosas, Chíchikov destacaba entre aquellos chupatintas. Era imposible no distinguirlo. Sin embargo, su vida estaba sembrada de dificultades. Tenía como jefe a un viejo covachuelista incapaz de cualquier emoción. Jamás iluminaba una sonrisa su rostro impasible, jamás dirigía una palabra amable, un saludo, una pregunta acerca de la salud de alguien. Nadie le conocía otra actitud, ni en la calle ni en casa. ¡Si por lo menos hubiera

manifestado simpatía por algo! ¡Si por lo menos se hubiera emborrachado y reído a carcajadas alguna vez! Pero no, nunca se había entregado a la brutal alegría del bandido. No había en él ni la sombra de algún sentimiento, bueno o malo. Tal apatía resultaba siniestra. Su rostro de mármol, sin irregularidades pronunciadas, no evocaba parecido alguno. Sus rasgos guardaban entre sí una rígida armonía, únicamente los numerosos hoyos de viruela que surcaban sus mejillas permitían catalogarlo, pues tenía uno de esos rostros sobre los cuales, según la expresión popular, «el diablo muele guisantes por las noches». Ganarse el afecto de semejante monstruo parecía tarea imposible. No obstante, Chíchikov lo intentó. Al principio se dedicó a complacerlo en detalles insignificantes: observaba atentamente cómo tajaba el viejo las plumas de escribir, preparaba varias del mismo modo y procuraba ponérselas al alcance de su mano; todos los días, con gran esmero y uno que otro resoplido, sacudía su mesa, dejándola libre de polvo y tabaco; le obsequiaba trapos para el tintero; cuando veía que se disponía a salir, se acercaba presuroso a llevarle el gorro, horrible, por cierto; le cepillaba la espalda por si se había manchado de yeso. Pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Finalmente, decidió fisgonear en su vida doméstica y se enteró de que el vejete tenía una hija solterona, madurita y dueña de un rostro en el que, al parecer, también se molían guisantes por las noches. A este blanco dirigió sus dardos. Averiguó a qué iglesia iba los domingos y se plantó desde entonces frente a la joven, siempre bien vestido y con la pechera de la camisa almidonada. La maniobra resultó exitosa. ¡El severo covachuelista se tambaleó y lo invitó a tomar el té! En lo que canta un gallo, Chíchikov se instaló en la casa del viejo y se hizo imprescindible. Compraba harina y azúcar, trataba a la hija como novia, llamaba papá al viejo y le besaba la mano. Todos supusieron, en la oficina, que se celebraría la boda a finales de febrero, antes de la cuaresma.<sup>130</sup> El severo covachuelista hizo gestiones a favor de Chíchikov, quien, en poco tiempo, fue nombrado jefe de sección en otra oficina. Tal era, al parecer, el principal objeto de sus relaciones con el viejo funcionario, pues enseguida mandó trasladar su baúl, en secreto, y se instaló en un nuevo domicilio. Dejó de llamar papá al viejo y de besarle la mano. Como si nada hubiese pasado, no se habló más de la boda. Sin embargo, cada vez que se encontraba con el viejo funcionario, Chíchikov estrechaba su mano cariñosamente y lo invitaba a tomar el té; cuando esto pasaba, el

---

<sup>130</sup> La iglesia ortodoxa prohíbe los matrimonios durante la cuaresma.

covachuelista, traicionando su natural apatía, movía la cabeza y farfullaba: «¡Me ha engañado este engendro del diablo!».

Franqueado así el paso más difícil, la carrera de nuestro héroe fue cuesta arriba. Empezó a destacarse, pues poseía cuanto en este mundo es necesario: agradable conversación, buen trato y ojo para los negocios. Con tales recursos obtuvo en poco tiempo un buen enchufe, del que supo sacar excelente partido. Es preciso decir que, en aquella época, comenzó a perseguirse rigurosamente toda clase de concusiones. Lejos de arredrarse, Chíchikov sacó provecho de la situación, dando así una prueba de que el ingenio ruso sale a relucir en los momentos más difíciles. Cada vez que un solicitante echaba mano a su bolsillo, para, como se dice, entregar las recomendaciones del príncipe Jovianski,<sup>131</sup> Chíchikov, deteniéndole el brazo y sonriendo, decía:

—¡No, no!, ¡usted se figura que yo....! De ningún modo, ¡debemos cumplir con nuestro deber sin esperar compensaciones! Váyase tranquilo, mañana mismo estará todo hecho. Hágame un favor, anote aquí su dirección y no se preocupe usted de nada más. Se lo llevaremos a su domicilio.

El solicitante se marchaba encantado, casi digamos rebosante de entusiasmo, y se decía: «Por fin un hombre como Dios manda, ojalá hubiera muchos como él, ¡es una joya!»

Pero pasaban un día, dos, tres días, y no llegaba nada a casa. El solicitante volvía a la oficina sólo para darse cuenta de que su asunto ni siquiera se había iniciado. Entonces se presentaba la joya y, visiblemente compungido, decía muy atento, estrechándole ambas manos:

—¡Perdone! ¡Hemos estado muy ocupados! Pero mañana se hará todo, mañana sin falta. ¡Créame que lo siento!

Estas palabras iban acompañadas de encantadores ademanes. Si al hablar se le separaba un faldón de su levita, al instante procuraba ajustarlo. Pero pasaban los días en vana espera. El solicitante ata cabos: «La cosa no marcha, ¿no será necesario dar alguna gratificación?» Pregunta entre sus amigos y le dicen:

---

<sup>131</sup> En la época, Jovianski (1771-1851) era Director de la Tesorería, por lo que su firma estuvo puesta en todos los billetes del banco. Detrás de la figura del príncipe, Gógol esconde la denominación irónica del soborno.

—Hay que dar algo a los escribientes.

—Bien. Estoy dispuesto a dar veinticinco kopeks.

—Eso no es nada; hay que dar veinticinco rublos a cada uno. Por lo menos.

—¿Veinticinco rublos a cada uno de los escribientes? —grita el solicitante.

—¿Por qué se acalora? —le responden—. El asunto está muy claro, los escribientes reciben sus veinticinco kopeks. El resto es para el jefe.

El ingenuo solicitante se daba una palmada en la frente y soltaba pestes contra las nuevas normas, la persecución de las concusiones y el trato cortés de los funcionarios. Antes, por lo menos, uno sabía a qué atenerse: se deslizaba un billete de diez rublos en manos del jefe de la sección, ¡y asunto resuelto! Ahora se necesitan veinte y tardas una semana en adivinarlo. ¡Vayan al diablo el desinterés y la nobleza de los funcionarios! El solicitante tiene razón, desde luego, pero es justo reconocer que ya no hay sobornos y que todos los jefes son modelos de honradez; lo malo es que los escribientes son unos pillos. Pronto se le ofreció a Chíchikov un campo de acción mucho más amplio: se designó una comisión encargada de dirigir las obras de un edificio público<sup>132</sup> de suma importancia, logró formar parte de ella y se convirtió en uno de sus miembros más activos. La comisión puso inmediatamente manos a la obra, es decir, estuvo seis años rondando el edificio, mas, ya fuese porque el clima resultaba contrario, o porque los materiales dejaban qué desear, el edificio no pasó de los cimientos. Mientras tanto, cada uno de los miembros se construyó una hermosa casita en otro punto de la ciudad, donde la tierra era más propicia. Estos señores comenzaron a prosperar y a fundar familia. Entonces, y sólo entonces, Chíchikov se liberó de las severas leyes de la sobriedad y de sus implacables sacrificios. Suavizó, al fin, su larga abstinencia, y se entregó a los diversos placeres que se había negado en los fogosos años de juventud, cuando casi nadie es capaz de dominarse. Se permitió uno que otro exceso, contrató a un buen cocinero y usó finas camisas de Holanda, compró trajes de un finísimo paño hasta entonces desconocido en la provincia —desde aquellos días se aficionó a los trajes rojos con motitas—, adquirió un espléndido tiro de dos caballos y él

---

<sup>132</sup> En un borrador de *Almas muertas*, que nunca fue publicado (se conserva en el museo Nikolái Gógol, en Moscú), se menciona el nombre del edificio: la Catedral de Cristo Salvador en Moscú (el templo ortodoxo más alto del mundo). En 1812 se ordenó su construcción por decreto del Zar Alejandro I; la primera piedra fue puesta en 1817; en 1832, bajo el mandato de Nicolás I, el proyecto fue rediseñado; en 1833, el Zar eligió un nuevo emplazamiento cerca del Kremlin; en 1839 fue puesta la primera piedra; finalmente, el templo fue consagrado en 1883, día de la coronación del zar Alejandro III, 31 años después de la muerte de Gógol.

mismo cogió las riendas, obligando al caballo de refuerzo a hacer corvetas; se acostumbró a usar agua de colonia y a lavarse con un jabón muy caro que le dejaba la piel tersa. Pero... cuando menos lo esperaba, el antiguo jefe, que era un pelele, fue reemplazado por un severo militar, enemigo jurado de abusos y sobornos. Desde el primer día puso en pie a todo mundo, exigió cuentas, comprobó irregularidades. Y cada cual recibió según sus obras. Los empleados culpables fueron destituidos, las hermosas casitas fueron confiscadas en beneficio del Estado y transformadas en establecimientos de caridad y escuelas para hijos de militares. Todos fueron reprendidos severamente, a todos se les leyó la cartilla, sobre todo a Chíchikov —¡Dios sabe por qué!—. A veces estas cosas suceden sin motivo, simplemente, la cara de Chíchikov, aun siendo agradable, desagradó al nuevo jefe, y le cogió ojeriza. Este hombre implacable era un ogro con sus subordinados. Pero era militar y, por consiguiente, desconocía las marrullerías de los civiles. Al cabo de algún tiempo, gracias a su aire de rectitud y a su habilidad para complacerlo en todo, otros funcionarios se ganaron su favor. De este modo, el general se encontró pronto en manos de bribones que daban ciento y raya a los anteriores, sin que él los tuviera por tales. Incluso estaba satisfecho de haber elegido, al fin, a las personas correctas, y se jactaba muy en serio de su sagacidad para conocer caracteres. Pronto lo calaron los funcionarios. Todos los que estaban a sus órdenes se convirtieron en feroces enemigos de la iniquidad y —como un cazador a su presa— la perseguían por doquier, con tanto éxito que, muy pronto, cada uno de ellos se forjó un capital de miles de rublos. Por ese tiempo, muchos de los antiguos funcionarios volvieron al buen camino y fueron readmitidos. Pero Chíchikov no pudo treparse de nuevo al carro de la prosperidad. Lo intentó todo; se ganó, incluso, el favor del primer secretario, quien, gracias a las recomendaciones del príncipe Jovianski, lo defendió a capa y espada e intercedió por él. Pero fue inútil, el primer secretario, a pesar de que sabía manipular perfectamente a su jefe, topó con pared. Aunque el General se dejaba mangonear, sin darse cuenta, claro, cuando se le metía una idea en la cabeza, no se la sacabas ni con ganzúa. Lo único que logró el hábil secretario fue destruir la manchada hoja de servicios; y aun esta insignificancia le costó lo suyo, pues tuvo que despertar la compasión de su jefe, pintándole con vivos colores la conmovedora suerte de la familia de Chíchikov (¡ay, tan desdichada!), familia que, por fortuna, era imaginaria.

«¡Qué se le va a hacer! —se dijo Chíchikov—. Me agarré, trepé, se rompió y sanseacabó. Las lágrimas no remedian nada, hay que ponerse a trabajar». Y resolvió comenzar una nueva carrera, armarse otra vez de paciencia y, a pesar del placer que había

experimentado dándoles libre curso, moderar sus apetitos. Había que cambiar de aires, darse a conocer en otro sitio. Las cosas, sin embargo, no le salían bien. En poco tiempo cambió varias veces de empleo; sólo conseguía cargos de poca monta, abyectos incluso. Es preciso decir que Chíchikov era un hombre de lo más decoroso. A pesar del frecuente trato con gente de baja estofa, había logrado mantenerse limpio, especialmente del alma. Nuestro héroe se sentía cómodo en oficinas de noble aspecto y grandes escritorios barnizados; jamás se permitía una palabra malsonante y se ofendía cuando alguien no respetaba las diferencias de rango. Al lector le agrada saber, creo yo, que se mudaba de ropa interior cada dos días y que en verano, cuando hacía mucho calor, incluso diariamente; todo hedor, por leve que fuese, repugnaba a su nariz. Por esta razón, siempre que Petrushka lo desvestía, Chíchikov aspiraba un clavel. Tenía los nervios a flor de piel, como una señorita, por eso le resultaba penoso hallarse en aquel entorno tan vulgar, departir con aquella tropa grosera que apestaba a alcohol. Aunque procuraba no perder el ánimo, en aquel tiempo se le veía muy desmejorado: adelgazó y su rostro adquirió un tono verdoso que no le sentaba nada bien. Estuvo a punto de perder las formas redondeadas y respetables con que se ha presentado al lector. Normalmente, al mirarse en el espejo, Chíchikov solía pensar en cosas agradables —una mujercita, el cuarto de los niños— y una sonrisa le iluminaba el rostro. Pero en aquel periodo de su vida, cuando de casualidad se veía reflejado en el espejo pegaba un grito: «¡Virgen santísima! ¡Qué feo me he puesto!» y evitaba mirarse durante muchos días. No obstante, mostrando una firmeza y paciencia extraordinarias, nuestro héroe lo soportó todo y acabó por ingresar en aduanas. Es preciso decir que, desde hacía mucho tiempo, soñaba con esta carrera. Veía las elegantes cositas del extranjero que se apropiaban los aduaneros, las porcelanas y batistas que enviaban a comadres, tías y hermanas. Más de una vez se había dicho, suspirando: «¡Quién pudiera entrar ahí, la frontera queda cerca y la gente es educada. ¡Y qué finas camisas de Holanda puede uno adquirir!» Añadamos que soñaba con un jabón francés que dejaba las mejillas tersas y de una extraordinaria blancura. Chíchikov no tenía idea de cómo se llamaba el jaboncito, pero suponía que lo encontraría en la frontera. Así pues, ya le había echado el ojo a las aduanas, pero los diversos ingresos que proporcionaba la comisión constructora lo detenían, ya que pensaba y (con razón), que las aduanas, a pesar de todo, eran los cien pájaros volando, mientras que la comisión era el pájaro en mano. Ahora, en cambio, estaba decidido a entrar costara lo que costara... y lo consiguió. Desplegó en sus funciones un celo tan extraordinario que parecía predestinado a ser



aduanero. Nadie se había mostrado tan ducho en su oficio, nunca se había visto a un profesional como él. En menos de cuatro semanas lo sabía absolutamente todo. Sin pesar ni medir, sabía cuántas varas medía una tela; le bastaba con sopesar un paquete para saber su peso. Para los registros tenía, según expresión de sus colegas «olfato de sabueso»; además, asombraba ver con qué paciencia, sangre fría y exquisitas maneras palpaba botón tras botón; las personas que sufrían su revisión se ponían furiosas. Muchas de ellas, claro está, experimentaban el maligno impulso de estampar una bofetada en los agradables carrillos de nuestro aduanero, pero éste, sin inmutarse, se limitaba a decir con la mayor delicadeza: «¿Tendría la bondad de levantarse, si no es molestia?» O, «¿tendría la bondad, señora, de pasar a aquella habitación? La esposa de uno de nuestros funcionarios se explicará con usted» O bien: «Permítame, tengo que descoserle un poquitín el forro de su capote con la punta de este cortaplumas» y, dicho esto, descosía el capote que, efectivamente, iba «cargado». Después, sin aspavientos, sacaba chales, telas y pañuelos como de su propio baúl. Sus superiores decían que era el mismísimo demonio hecho hombre: descubría contrabando oculto en ruedas, varas, orejas de caballo y, en fin, en lugares donde a ningún autor se le ocurre fisgonear, pues sólo un aduanero puede permitírselo. Una vez franqueada la frontera, el pobre viajante tardaba unos minutos en volver en sí, se secaba el sudor que le brotaba a chorros y se santiguaba murmurando: «¡Joder, la que me han dado!» Su situación se parecía a la del escolar que, en el despacho del director, a la espera del consabido sermón, recibe de buenas a primeras unos buenos azotes. En poco tiempo hizo insostenible la vida de los contrabandistas. Se convirtió en la pesadilla, en la bestia negra de los judíos polacos. La honradez e integridad de Chíchikov eran, por decirlo así, sobrenaturales. Ni siquiera se labró un capital con las bagatelas decomisadas que, para evitar papeleos, no acababan en el fisco. Un trabajo tan celosamente desinteresado no podía pasar inadvertido. Obtuvo un ascenso y presentó enseguida un proyecto para acabar con el contrabando, pidiendo únicamente medios para ejecutarlo él mismo. Pusieron a su disposición los hombres requeridos y le concedieron plenos poderes para realizar toda clase de pesquisas. Esto, precisamente, era lo que deseaba. Por aquel tiempo se había formado una poderosa sociedad de contrabandistas, organizada en toda regla, que planeaba un prometedor negocio. Chíchikov estaba al tanto de todo, pues ya habían mandado emisarios para sobornarlo; pero nuestro héroe les respondió secamente: «Todavía no es el momento». Pero, en cuanto tuvo plenos poderes, mandó el siguiente mensaje: «Ha llegado la hora».

Lo había calculado muy bien. En un año podía recibir lo que no ganaría en veinte de leal servicio. Hasta entonces no había querido entrar en ninguna relación con ellos, pues, al ser un simple peón, recibiría sólo migajas; ahora, sin embargo... la cosa era distinta, ahora podía imponer condiciones. Para facilitarse el trabajo, metió en el ajo a uno de sus colegas, el cual, a pesar de que ya pintaba canas, no pudo resistir la tentación. Se llegó a un acuerdo y la sociedad puso manos a la obra. Las operaciones se lograron brillantemente. El lector, sin duda, recuerda la famosa historia de las ovejas españolas, ¡sí, esas mismas!, las que cruzaron la frontera con doble abrigo, llevando entre piel y piel encajes de Brabante por valor de un millón de rublos. Esto ocurrió precisamente en tiempos de Chíchikov. Si él no hubiera participado en esta empresa, ni un judío la hubiese llevado a cabo. Las ovejas españolas cruzaron varias veces la frontera, dejando un capital de cuatrocientos mil rublos para cada uno de los socios. Se decía, incluso, que la fortuna de Chíchikov, por ser más osado, pasaba de medio millón. Dios sabe a qué cifra habrían llegado si la discordia —esa endiablada fierecilla— no se hubiera cruzado en su camino. El diablo les jugó una mala pasada, les llenó la cabeza de humo, les hizo reñir por una tontería. Y acabó con todo. Durante una acalorada discusión, Chíchikov, acaso un poco bebido, trató a su colega de popóvich y éste, aunque realmente lo era, se sintió herido en carne viva y replicó enseguida, ásperamente:

—¡Mientes! Soy consejero de Estado y no hijo de pope. ¡Tú sí que los eres! —y añadió para remachar: ¡vaya si lo eres!

Aunque había rematado a su adversario con un contundente «¡vaya si lo eres!», no quedó satisfecho y presentó contra Chíchikov una denuncia anónima. Se decía que, por lo demás, ya habían reñido por una mocita «de muy buen ver», según el decir de nuestros aduaneros. Se dijo, también, que el popóvich había pagado para que zurraran a nuestro héroe en un callejón oscuro; se dijo, además, que los dos funcionarios estaban haciendo el ganso, pues un tal sub-capitán Shamsharióv estaba disfrutando de la mocita. Dios sabe lo qué pasó en realidad, el lector puede sacar sus propias conclusiones, si así lo quiere. Lo importante es que la operación contrabando fue descubierta. El consejero de Estado se hundió a sí mismo, arrastrando en su caída a Chíchikov. Nuestros funcionarios fueron llevados a los tribunales, donde les fue confiscado todo su haber. Aquello cayó como un rayo sobre sus cabezas. Como quien se repone de una borrachera, al volver en sí se dieron cuenta de la que habían armado. Se horrorizaron. El consejero de Estado no pudo soportar

el golpe y sucumbió en un rincón, ahogando sus penas en vodka, como todo buen ruso. Pero Chíchikov se mantuvo firme. A pesar de que el sutil olfato de las autoridades estaba tras la pista, nuestro héroe logró ocultar una pequeña parte de su capital. Para ello tuvo que poner en juego toda su astucia, ducha ya en tales lides, y su conocimiento del corazón humano. Recurriendo a la seducción, que nunca falla, al sentimentalismo y al halago, que nunca hace daño, e incluso, cuando se topaba con algún hueso duro de roer, a argumentos contantes y sonantes, logró ser destituido de modo menos deshonoroso que el de su colega, y evitó que lo juzgasen como delincuente común. Tuvo que despedirse, no obstante, de su fortuna y de sus fruslerías importadas (otros hubo que se aficionaron a todo ello). Logró conservar diez mil rublos, que tenía a buen recaudo por si llegaba una hora aciaga, veinticuatro camisas de Holanda, el pequeño carruaje para uso de solterones, y dos siervos: el cochero Selifán y el lacayo Petrushka. Por lo demás, los aduaneros, hombres de corazón blando, le dejaron seis jabones para que conservara la tersura de su cutis. ¡Tal era la situación en que se encontraba nuestro héroe cuando lo conocimos! ¡Éste era el alud de calamidades que se le habían venido encima! Esto es lo que él llamaba «haber sufrido en el desempeño de sus funciones por su amor a la justicia». Podría pensarse que, tras semejantes reveses del destino, Chíchikov se retiraría con su pequeño capital, conseguido con tan noble esfuerzo, a la apacible soledad de un rincón de provincias, donde se iría haciendo viejo metido en una bata de percal, pegado a la ventana de su casita, contemplando domingo tras domingo pleitos de *muzhiks* y escogiendo, para desentumecerse, la gallina destinada al puchero... en fin, que se dedicaría a disfrutar de una vida monótona y no del todo inútil. Pero no fue así. Hay que hacer justicia a la indomable fuerza de su carácter. Aquellas calamidades que habrían bastado, sino para matar, por lo menos para amansar a cualquiera, no habían apagado el incomprensible ardor de Chíchikov. Estaba dolido, eso sí; despotricaba contra el mundo entero, es cierto, maldecía su suerte, pero no podía, a pesar de todo, renunciar a nuevas tentativas. Para decirlo pronto: fue más paciente que un alemán, a pesar de que, como sabemos, la paciencia alemana es consecuencia de la lenta circulación de su sangre, mientras que la sangre de Chíchikov hervía y hacía falta una voluntad de hierro para refrenar los impulsos de su temperamento. Razonaba del siguiente modo, quizá un tanto injusto:

«¿Por qué se ha cebado conmigo la desgracia? No hice nada malo, todo mundo se aprovecha cuando ve el modo, ¿no es verdad?, ¿qué daño he causado? No despojé a la viuda ni fastidié a mi prójimo. Me apropié de lo que a nadie le hacía falta, es cierto, pero

de no haberlo hecho yo lo habría hecho cualquier otro. ¿Por qué, mientras otros prosperan, he de arrastrarme como un gusano? ¿Qué se diría de mí? ¿Que soy un inútil? ¿Cómo podré mirar a la cara a un padre de familia? ¿Qué dirán mis hijos? ¡Qué bruto era nuestro padre, nos ha dejado sin un clavo!»

Sabemos que nuestro héroe se preocupaba seriamente de su descendencia. Quizá, de no haberse preguntado: ¿qué dirán mis hijos? Chíchikov, y cualquier otro en su lugar, habría estafado menos. ¡Hala! Allá va al futuro jefe de familia, dispuesto a coger cuanto esté a su alcance, cual cauteloso gato que pesca lo que le queda al paso, jabón, velas, tocino y un canario que ha caído bajo sus garras, mientras vigila de refilón al amo. Aunque Chíchikov se lamentaba, su espíritu, más activo que nunca, sólo esperaba un plan para poner manos a la obra. Volvió a privarse de todo, otra vez cayó de una posición desahogada a una baja y vil. Otra vez vivió agazapado, a la espera de mejores tiempos. Tuvo que ejercer de comisionado, profesión que aún no había adquirido entre nosotros derecho de ciudadanía, pues en aquel entonces era poco apreciada por la chusma burocrática y por los mismos comitentes; era vista, en fin, como un cargo de poca monta.... Pero la necesidad le obligaba a aceptarlo todo. Se le encargó, entre otros asuntos, empeñar al Consejo de Tutela de algunos centenares de campesinos pertenecientes a un terrateniente arruinado. Como suele pasar, las malas cosechas, las pérdidas de ganado, las epidemias que arrasaban siempre con los mejores hombres y, sobre todo, las maniobras de administradores desaprensivos y la estupidez del propietario, que se construyó en Moscú una casa a la última moda, invirtiendo hasta su último kopek... todo ello, había dejado al terrateniente sin nada que llevarse a la boca. La propiedad estaba hecha una ruina y había que hipotecarla. La fianza al Estado era en aquel entonces algo nuevo, a lo que no se arriesgaba uno sin aprensión. Chíchikov, en su calidad de apoderado, y tras asegurarse la «buena voluntad» de todos (pues, como sabemos, hay que hallar el modo de verter una botella de Madeira en cada gizonte, pues sin esta operación preliminar no hay manera de obtener ni un simple certificado), explicó, a fin de evitar embrollos en lo sucesivo, que se daba una singular circunstancia: la mitad de los campesinos habían fallecido...

—Bueno, pero ¿figuran en la lista? —preguntó el secretario.

—Figuran, naturalmente —contestó Chíchikov.

—¿De qué se asusta, entonces? —dijo el secretario—. Unos van, otros vienen, y a todo uno se atiende.

El secretario, por lo visto, sabía hablar en prosa rimada. La mente de nuestro héroe, entonces, se iluminó con una idea brillantísima.

«¡Qué bruto —se dijo—, busco los guantes y los llevo puestos. ¿Y si compro las almas muertas que todavía figuran en el censo? Supongamos que adquiero mil y que el consejo de tutela me da por cada una doscientos rublos: ¡forman un capital de doscientos mil rublos! Este es el momento propicio. Gracias a Dios, hace poco una epidemia se ha llevado mucha gente.<sup>133</sup> Muchos terratenientes han derrochado su dinero en el juego y en parrandas y se trasladan a San Petersburgo en busca de empleo. Las haciendas están abandonadas a la buena de Dios, cada año aumenta el pago de los impuestos, así que me cederán sus muertitos de muy buena gana, aunque sólo sea por no pagar la capitación; según se tercien las cosas, es posible que me den incluso unos kopeks. Ciertamente, el negocio tienes sus aristas, es delicado, da miedo pensar en lo que me podrían hacer si la historia saliese mal. Pero al hombre se la ha dado inteligencia para servirse de ella. Y lo mejor de todo es que la empresa parecerá a todos tan insólita que nadie la creerá verdadera. Claro, sin tierras no es posible comprar siervos ni hipotecarlos, pero yo los compraré para trasladarlos a otro lugar. Ahora en las provincias de Taúrida y Jersón se obtienen tierras por nada, a condición de poblarlas. ¡Eso es, me los llevo a Jersón! ¡Qué vivan allí! El traslado se puede hacer de manera legal, según lo dispuesto por los tribunales. Si quieren la confirmación oficial del traslado no habrá inconveniente en proporcionársela, no me opondré; no tengo por qué; incluso presentaré una declaración firmada de puño y letra por el capitán de la policía. La aldea podrá llamarse Chichíkovskaia; o mejor, Pávlovskaia, según mi nombre de pila»<sup>134</sup>. De este modo germinó la idea que le valió, si no el reconocimiento de los lectores, pues no estoy muy seguro de ello, sí la profunda gratitud del autor, pues, se diga lo que se diga, de no haber sido por la ocurrencia de Chichikov, este poema no habría visto la luz.

Se persignó, según costumbre rusa, y puso manos a la obra. Bajo varios pretextos, como, por ejemplo, escoger una residencia, se dio a explorar diversas regiones de nuestro vasto imperio, sobre todo aquellas que más habían sufrido debido a desgracias naturales, malas cosechas, enfermedades, etcétera; en una palabra, donde pudiese comprar más fácilmente y a mejor precio los siervos que necesitaba. No se dirigía al buen tuntún a

---

<sup>133</sup> Probablemente, se refiere a la epidemia de cólera que azotó Rusia en 1830 y 1831.

<sup>134</sup> En ruso, el sufijo *-skaia* indica propiedad.

cualquier terrateniente, sino que escogía a gente que le agradaba, es decir, a personas con quienes pudiese concertar tratos semejantes sin grandes dificultades. Primero procuraba ganarse su simpatía, con el fin de adquirir los *muzhiks*, de ser posible, más por amistad que por negocio. Así pues, los lectores no han de indignarse con el autor si los personajes aparecidos hasta aquí le desagradan. La culpa es de Chíchikov, él es quien dispone y manda; nosotros no tenemos más remedio que seguirle a donde se le ocurra. Por nuestra parte, si se nos reprocha que los personajes y caracteres resulten pálidos y desdibujados, diremos tan sólo que jamás se ve al principio toda la amplitud de una corriente ni todo el volumen de una obra.<sup>135</sup> La entrada a una ciudad, aunque se trate de la capital, resulta siempre algo deslucida. Al principio todo parece gris y monótono: talleres y fábricas humeantes se extienden hasta perderse de vista; sólo después vemos altos edificios, almacenes, rótulos, grandes avenidas y campanarios, columnas, estatuas y torres en todo su esplendor... es decir, el ruido y el estruendo de lo que, para maravilla de todos, han creado la mano y la inteligencia del hombre. El lector ha visto ya cómo se realizaron las primeras compras. Lo que suceda después, los éxitos y fracasos de nuestro personaje, los obstáculos que tendrá que superar, las figuras colosales que habrán de surgir, el mecanismo secreto de la trama, el ensanchamiento de su horizonte, el majestuoso lirismo que alcanzará... todo esto llegará a su tiempo. Todavía ha de recorrer un largo camino ese equipo ambulante constituido por un señor de mediana edad, un carruaje para solterones, el lacayo Petrushka, el cochero Selifán y los tres caballos a los que ya conocemos por su nombre, desde el Asesor hasta el canalla del atigrado. He aquí, pues, a nuestro héroe tal como es. Pero quizá se nos pida una definición final de sus rasgos: ¿cuáles son sus cualidades morales? Bien se ve que no es un dechado de virtudes. ¿Qué es, entonces? ¿Un canalla? ¿Por qué hemos de ser tan severos con el prójimo? En nuestros días no hay canallas; hay, eso sí, personas bienintencionadas y simpáticas; a duras penas se encontrarían dos o tres que, para vergüenza suya, merezcan ser abofeteadas en público, y aún éstas hablan ahora de virtudes. La denominación más justa es la de «hombre emprendedor con afán adquisitivo». Y es que el espíritu *adquisidor* tiene la culpa de todo, pues impulsa negocios que la opinión pública califica de «no muy limpios». Ciertamente, en el carácter de Chíchikov hay algo repugnante; el mismo lector, que en la vida real se relaciona con individuos semejantes y disfruta de su compañía, siente repulsión al verlo como protagonista de una obra. Pero sabio es aquel

---

que, lejos de desdeñar un carácter, lo examina con penetrante mirada y llega a descubrir los profundos móviles que lo guían. En el hombre todo se transforma rápidamente. En lo que te das cuenta, sin deberla ni temerla y sin esperarlo siquiera, un asqueroso gusano se instala en tus adentros, se desarrolla en tu ser, absorbiendo tus jugos vitales, y te deja seco. A veces, una pasión vigorosa y mezquina cobra fuerza en un individuo nacido para mejor suerte y lo convierte en una marioneta; el desdichado, olvidando sus sagradas obligaciones, persigue bajas quimeras. Las pasiones humanas son infinitas, como la arena del mar; ninguna se parece a otra; todas ellas, tanto las bajas como las elevadas, se muestran en un principio sumisas a la voluntad del hombre, mas luego se convierten en una terrible fuerza que lo domina. Bendito el que de entre todas las pasiones elige la más noble. De hora en hora y de minuto en minuto crece y se multiplica su infinita dicha, y penetra cada vez más y más hondamente en el paraíso sin límites de su alma. Pasiones hay, sin embargo, que el hombre no elige, que han venido al mundo con él, sin que se le hayan dado fuerzas para apartarse de ellas. Son regidas por supremos designios, nos atraen, nos tientan sin descanso a lo largo de toda nuestra vida. Tales pasiones están destinadas a cumplir una misión en la tierra. Puede presentarse como algo oscuro, desolador y sombrío, o como un prodigio alegre y luminoso que deleita al mundo. En ambos casos, su fin es inescrutable para el hombre. Tal vez la pasión que arrastra a Chíchikov no proceda de él; quizá su melancólica existencia encierre algo que acabe por conmover a los hombres, obligándolos a reconocer la divina sabiduría. La aparición de esta figura en nuestro poema es, en sí misma, un misterio.

Pero lo penoso no es que los lectores estén descontentos del protagonista, sino que pudo haberles gustado. Si el autor no hubiera ahondado en el alma de su personaje, si no hubiese removido lo que se oculta a la luz, revelado sus pensamientos más íntimos, aquellos que no se confían a nadie; si lo hubiese mostrado, en fin, tal como se mostró a la ciudad entera, como apareció ante Manílov y otros terratenientes y funcionarios, los lectores lo habrían considerado un hombre interesante. ¿Que habría sido un maniquí desprovisto de vida? De acuerdo, pero, al terminar la lectura, el lector podría volver con toda tranquilidad a la mesa de juego, consuelo de nuestra Rusia. Mis queridos lectores, acéptenlo, no les gusta contemplar al desnudo la miseria humana. «¿Para qué?» se preguntan, «¿acaso no sabemos que existen cosas despreciables y estúpidas?» «No faltan ocasiones de presenciar vergonzosas escenas. ¡Hay que olvidarse de ellas! Es mejor que nos presentes algo hermoso». «¿Por qué me cuentas que los negocios van mal?» dice el

terratiente a su administrador. «Eso ya lo sé. ¿No tienes otra cosa que decirme? Deja que me olvide de todo, deja que lo ignore y sea feliz.» Y el dinero, que acaso habría mejorado la situación, se emplea en todo tipo de distracciones. Se adormece la mente que tal vez habría descubierto una inesperada fuente de recursos. Y de la noche a la mañana, la propiedad se vende en subasta pública, el terrateniente se ve reducido a la miseria y, apremiado por la necesidad, se presta a bajezas de las que antes se habría horrorizado.

Sobre el autor cae también la acusación de los autonombrados patriotas que, aunque permanecen impasibles en su rincón, ocupándose de asuntos ajenos a sus funciones, amasando capitales y labrando su bienestar a expensas del prójimo, en cuanto saben de algo que, a su entender, es ofensivo para la patria, en cuanto aparece un libro en el que se dicen amargas verdades, acuden presurosos, como una araña tras la presa enredada en su tela, a vociferar: «¿Para qué hacerlo público? ¿Acaso está bien proclamarlo a los cuatro vientos? ¿Les parece bien?, ¿eh?, ¿les parece bien?, ¿qué dirán los extranjeros? ¿Acaso les gusta apedrear su propio tejado?, ¿somos patriotas o no?» Las observaciones son irrefutables, lo confieso, sobre todo la relacionada con la opinión de los extranjeros. ¿Qué puedo objetar a consideraciones tan atinadas? Quizá sólo esto: en un apartado rincón de Rusia vivían dos hombres, Kifa Mókevich y Moki Kígovich. El primero era de tan buena pasta que pasaba de todo, incluida su familia, pues estaba completamente dedicado a la vida especulativa. Paseando por la habitación con las manos a la espalda, se planteaba el siguiente problema, que él denominaba filosófico: «Tomemos como ejemplo a las fieras... ellas nacen desnudas, pero, ¿por qué precisamente desnudas? ¿Por qué no salen de un huevo, como las aves? Es un misterio, ¡mientras más estudias la naturaleza menos la comprendes!» Así pensaba Kifa Mókevich. Pero esto no es lo que yo quería decir. El otro era su hijo, Moki Kígovich. Era un gigantón, lo que en nuestra Rus llamamos un *Bogatir*; mientras su padre se dedicaba a meditar sobre las fieras, él, con sus robustos veinte años, daba rienda suelta a sus vigorosos impulsos. Todo lo hacía bruscamente, a uno le torcía el brazo, a otro le amorataba la nariz... Todos los vecinos, desde las mozas de servicio hasta los perros del patio, huían al verlo. Era tan bruto que hasta había destrozado su propia cama. Así era Moki Kífovich, por lo demás, hombre de buen corazón. Pero tampoco es esto lo que quería decir.

He aquí lo esencial de mi historia:



—Escuche, padre y señor Kifa Mókevich —le decían sus criados—. ¿Se da cuenta de cómo es su Moki Kífovich? ¡No deja en paz a nadie, no hace más que fastidiar a todo el mundo!

—Es verdad, el chico es travieso —solía responder el padre—. ¿Pero qué puedo hacer? Es demasiado tarde para castigarlo, si le pego, todos dirían que soy cruel. Es un muchacho de buen corazón, si lo reprendo ante terceros, se amansará con toda seguridad, pero le perderían el respeto. ¡Cualquiera se sentiría con derecho a tratarlo como un perro! ¿Piensan que no es duro para mí? ¿Acaso no soy su padre? No por dedicarme a la filosofía dejo de ser su padre, ¡qué diantre!, ¡sí señores, soy su padre! ¡A Moki Kífovich lo llevo aquí, en el corazón! —Kifa Mókevich, enardecido, se golpeaba el pecho—. Si mi hijo es un perro, que no se sepa por mí, que no sea yo quien lo descubra.

Una vez manifestados sus paternos sentimientos, dejaba que Moki Kífovich continuara con sus proezas y, volviendo a su tema favorito, se preguntaba: «¿Y si el elefante naciera de un huevo? La cáscara tendría que ser gruesísima, no se rompería ni con un cañonazo bien dado; eso es, sería preciso inventar una nueva arma de fuego».

Así vivían estos dos habitantes de un rincón apacible, aparecidos repentinamente al final de nuestro poema, como asomándose por una ventanita. Y se han asomado para contestar modestamente a la acusación de algunos ardientes patriotas, dedicados hasta ahora a filosofar o a enriquecerse a expensas de su querida patria. Para éstos, lo importante no es evitar el mal, sino ocultar que lo hacen. Pero, no nos engañemos, sus acusaciones no están motivadas por el patriotismo ni la filosofía. Algo ocultan, ¿por qué no decirlo? ¿Quién, sino el autor, ha de proclamar la santa verdad? Teméis escudriñar las cosas con mirada penetrante, pues preferís mirar la superficie, correcta y agradable, aunque hueca. Os reís sinceramente de Chíchikov, quizá hasta alabaréis al autor, diciendo: «¡Qué talento, ha visto la cosa con mucha sagacidad, debe de ser una persona muy divertida!» Tras lo cual, con redoblado orgullo, os volveréis hacia vosotros mismos con una sonrisa de suficiencia, y añadiréis: «¡Qué gente más chusca se ve en algunas provincias! ¡Hay que ver lo canallas que son!» Pero, ¿quién de vosotros se enfrentará consigo mismo, planteándose un problema de conciencia, y, henchido de humildad cristiana, se preguntará: ¿tendré algo de Chíchikov? Nadie, sin duda, ¡cómo puede ser de otro modo! Pero si pasara en ese momento un conocido de mediana posición, de rango ni demasiado alto ni demasiado bajo, darías un codazo al vecino y dirías, desternillándote: «¡Mira, un Chíchikov!».

Seguramente, olvidando las debidas consideraciones al rango y la edad, correrías tras él como un chiquillo, repitiendo hasta hacerlo rabiarse: «¡un Chíchikov, un Chíchikov, un Chíchikov!»

Pero nos hemos puesto a hablar demasiado alto, sin pensar en que nuestro héroe, que estaba dormido durante el relato de su historia, se ha despertado ya, y puede enfadarse al oír su nombre repetido con tanta frecuencia. Nuestro héroe es quisquilloso y no permite que le falten al respeto. Al lector, seguramente, le tiene sin cuidado el fastidio de Chíchikov, pero el autor no puede darse el lujo de reñir con su héroe, pues aún tienen mucho camino que recorrer cogidos del brazo: tenemos por delante dos extensas partes, y esto no es un juego.

—¡Eh, eh!, ¿qué te pasa? —preguntó Chíchikov a Selifán—. ¿Ocurre algo?

—¿Qué? —preguntó Selifán, adormilado.

—¿Cómo que qué? ¡Imbécil! ¿Qué marcha llevas? ¡Venga, hombre, arrea!

Lo cierto era que, desde hacía largo rato, Selifán iba medio dormido, sacudiendo de vez en cuando las riendas sobre los flancos de los caballos, que también iban adormilados. A Petrushka se le había caído la gorra sin que se diera cuenta y, echado hacia atrás, apoyaba la cabeza en las rodillas de Chíchikov, quien se vio obligado a darle un coscorrón. Selifán se despabiló, le soltó unos latigazos al atigrado, con lo cual éste se puso a trote, e hizo chasquear la fusta por encima de los otros, mientras decía con cantarina voz: «¡Hala, no tengáis miedo!». Los caballos se avivaron y arrastraron el ligero coche como una pluma. Selifán agitaba el látigo y repetía, con suave grito: «¡Eh, eh, eh!», rebotando sobre su asiento según el coche bajase o subiese las cuestas que sembraban el camino real, que en general iba todo él cuesta abajo. Chíchikov sonreía, saltando ligeramente sobre su almohadón de cuero, pues le gustaba la velocidad. ¿A qué ruso no le gusta? No podría ser de otro modo, pues su alma aspira a aturdirse, a revolotear, a decirse de vez en cuando «¡al diablo con todo!» ¿A qué ruso no le gusta? ¿Cómo no va a gustarle esta carrera, si en ella experimenta un maravilloso entusiasmo? Diríase que una fuerza desconocida te ha subido a sus alas y tú mismo vuelas y vuela todo, vuelan los postes que señalan las verstas, vuelan en sentido contrario los mercaderes sentados en los pescantes de sus tartanas, vuela a ambos lados el bosque, con sus oscuros abetales y pinares, donde resuena el hacha y graznan los cuervos, vuela el camino todo, no se sabe a dónde, hacia la lejanía, y algo

espantoso se encierra en este rápido desfile, donde uno no tiene tiempo de captar con nitidez los objetos que van desapareciendo. El cielo, las ligeras nubecillas y la luna que pasa a través de ellas, son los únicos que parecen inmóviles. ¡Oh, troika! Coche-pájaro troika, ¿quién te inventó? Evidentemente, sólo podías nacer en el seno de un pueblo osado, en esta tierra que no está para bromas, que no ha hecho jamás las cosas a medias y se extiende como una mancha de aceite sobre la mitad del mundo; ya puedes ponerte a contar verstas hasta que los ojos te hagan chiribitas, nunca acabarás. Es un vehículo al parecer simple, sin tornillo de hierro que lo sujete, hecho y armado en un dos por tres, sin más instrumentos que el hacha y el escoplo, por el hábil *muzhik* de Yaroslav. El cochero no calza botas alemanas, lleva barba y manoplas y va sentado el diablo sabe en qué. Pero se incorpora, hace restallar el látigo, entona su larga canción y los caballos se lanzan como un torbellino, los rayos de las ruedas se confunden en un círculo liso, el camino retiembla; un caminante se detiene asustado, lanza un grito. ¡Y allá va la troika volando, volando, volando!... Sólo se ve, a lo lejos, algo que levanta nubes de polvo y hiende el aire.

¿No vuelas tú también, *Rus*, al galope, cual ligera e inalcanzable troika? Pasas con estrépito entre una nube de polvo, retiemblan los puentes, todo queda atrás. El espectador se detiene, pasmado ante el milagro. ¿Será un rayo caído del cielo? ¿Qué significa este movimiento que siembra terror? ¿Qué ignota fuerza encubren esos corceles que el mundo no había visto jamás? ¡Eh, corceles! ¿Qué torbellinos agitan vuestras crines? ¿Lleváis un sensible oído en cada una de vuestras fibras? Han oído una conocida canción que les llega de las alturas, han puesto en acción al unísono sus pechos de bronce y, prácticamente sin rozar la tierra con sus cascos, se han convertido en líneas alargadas que vuelan por el aire. La troika avanza impulsada por el hálito divino... ¿A dónde vas, *Rus*, a toda prisa? ¡Responde! ¿A dónde vas? No contesta. La campanilla tintinea melodiosamente; el aire, revuelto, se agita convertido en viento; vuela la troika por delante de todo, superando cuanto hay en la tierra... y las demás naciones, mirándola de reojo, se apartan para cederle el paso.

# APÉNDICES

## 1-HISTORIA DEL CAPITÁN KOPEIKIN

Existen tres versiones de la Historia del Capitán Kopeikin. La primera se trata de un borrador que Gógol descartó para su publicación; la segunda es la versión que consideró definitiva, la que va de acuerdo con su intención artística (es la que se tomó como original en esta traducción); la tercera tuvo que ser retocada por el autor para que fuera aprobada por la censura (fue la que apareció en las primeras ediciones de *Almas muertas* en ruso).

Algunos traductores de *Almas muertas* al castellano utilizaron la primera versión, descartada por Gógol. Cabe decir que, aunque nunca se publicó en ruso, fue tomada como base para las primeras traducciones al francés (quizá este sea el original no confesado por los traductores). En el final de esta primera versión, el capitán Kopeikin aparecía como un idealizado “buen ladrón”, un héroe al estilo de Robin Hood. En la segunda versión, Gógol cambió el final de la historia, dejándolo abierto. El narrador es interrumpido y no termina de contar la historia. Con ello, Gógol evita presentar a Kopeikin y al zar como personajes bondadosos.

En algunas ediciones de *Almas muertas* en castellano, los traductores tomaron como base la tercera redacción. En ella, como ya se ha dicho, Gógol introdujo algunas variantes para hacer hincapié en el hecho de que el capitán Kopeikin, traicionado por su propio carácter, es el causante del trato que le otorgan las autoridades. Además, omitió la mención directa a los altos mandos (el General, su Excelencia), y los sustituyó con un término genérico y neutral: “el jefe”. Agregó, también, frases en las que retrata a Kopeikin como un facineroso, e introdujo fragmentos que dejan bien claros los problemas de conducta del capitán. Estas modificaciones pueden apreciarse en las variantes que se presentan a continuación.

## **1.1-FINAL DE LA PRIMERA VERSIÓN DEL CAPITÁN KOPEIKIN (DESCARTADO POR GÓGOL)**

[...] apareció una partida de bandidos cuyo jefe, ¡figúrese usted, mi buen señor!, no era otro que... nuestro capitán Kopeikin. Había agrupado a su alrededor una porción de desertores [...] En fin de fines, mi Kopeikin, comprendiendo, sin duda, que su negocio olía a chamusquina y hallándose entonces dueño de un bonito capital, halló medios de cruzar la frontera y de llegar a los Estados Unidos, desde donde, mi buen señor, envió a Su Majestad una carta, que puede pasar, ¡figúrese usted!, por un modelo de elocuencia. ¿Qué son, al lado de Kopeikin los Platón, los Demóstenes y otros grandes nombres de la antigüedad? ¡Menos que nada, mi buen señor! –“No vayáis a creer, Sire –decía en su epístola– que yo sea esto, y lo otro y lo de más allá (todo ello, desde luego, en períodos rotundos). Yo he obrado bajo el imperio de la necesidad. Después de haber derramando mi sangre, por decirlo así, llegué a verme sin un pedazo de pan, No castigéis a mis camaradas; esos inocentes han sido arrastrados por mí. Antes dignaos a velar por que los heridos, hablando con perdón, no sean abandonados a su triste suerte... [...] Y ¡figúrese usted! Esta elocuencia sublime, conmovió al emperador. Evidentemente, nuestro hombre era un criminal digno, desde cierto punto de vista, de la pena de muerte. Pero, por otra parte, la grave laguna respecto a la asistencia de los heridos... Laguna, por otra parte, muy comprensible en tiempos tan turbulentos. Nadie, salvo el buen Dios, podría pensar en todo. En resumen, señor: Su Majestad se dignó a dar pruebas de una magnanimidad inaudita, indultando a los perseguidos constituyendo un comité encargado exclusivamente de mejorar la suerte de los inválidos, institución que asegura la existencia de estos desgraciados, y que, puede decirse, no tiene igual ni en Inglaterra ni en otros países civilizados. [...] Ahora ya sabe usted, mi querido señor, quién es el capitán Kopeikin. Por mi parte, esto es lo que yo supongo. Probablemente habrá derrochado su dinero en los Estados Unidos, y helo aquí de regreso entre nosotros, a fin de intentar, por decirlo así, la suerte de una nueva empresa

## 1.2-HISTORIA DEL CAPITÁN KOPEIKIN (VERSIÓN APROBADA POR LA CENSURA)

«Después de la campaña de 1812, señor mío —así comenzó el jefe de Correos, a pesar de que lo escuchaban seis señores y no uno—, después de la campaña de 1812, se encontraba entre los heridos repatriados que volvían a casa el capitán Kopeikin. Esta cabeza loca, antojadiza como el diablo, había pasado mucho tiempo en cárceles militares y bajo arresto, y había probado de todo. Figúrese usted que había perdido un brazo y una pierna, en Krasny o en Leipzig, no recuerdo exactamente, pero el hecho es que los había perdido. En aquel tiempo, ¿sabe usted?, no se había promulgado ninguna disposición sobre los heridos; es cierto que se reunió cierto capital para los inválidos, pero eso fue muchos años después, así que ya puede usted figurarse. El capitán Kopeikin tenía que trabajar, pero sólo le quedaba el brazo izquierdo, ¿comprenden?, se dirigió a casa, habló con su padre, y éste le dijo: “No puedo darte de comer”, ¡figúrese usted, eso le dijo!, “apenas tengo para mí”. Entonces, señor mío, el capitán Kopeikin decidió trasladarse a San Petersburgo para intentar obtener ayuda de las autoridades, pues, a fin de cuentas, de cierto modo había derramado su sangre por la patria, ¿no es así?... Bueno, ya saben cómo son estas cosas: halló el modo de viajar en carros y furgones del ejército y, como pudo, a duras penas, llegó a San Petersburgo. ¡Figúrese usted!, ¡un pelagatos como el capitán Kopeikin desembarcando en la capital del mundo! Bien podemos llamarla así, pues no hay ciudad que se le compare, ¿no cree usted? La vida, ¿comprende usted?, se presentaba ante él bajo un nuevo aspecto. Se creyó transportado a un cuento de Scherezade. Figúrese usted su asombro ante la avenida Nevski y la calle Gorójojaia, o ¡diablos!, ante la Líteinaia. Por aquí la aguja del Tribunal que se pierde en el cielo, por allá un puente colgante sin punto de apoyo, ¡qué diablos!, ¿puede usted figurarse?, ¡sin punto de apoyo! En una palabra, señor mío, ¡una verdadera Semíramis! Nuestro capitán Kopeikn intentó alquilar una vivienda pero en San Petersburgo las cortinas, las telas y los tapices de Persia cuestan un ojo de la cara, ¡qué diablos! Queman en las manos, ¿comprende?, en la capital se varea el oro. Allí va uno caminando por la calle tranquilamente, y le llega olor a rublo; pero la fortuna de mi capitán Kopeikin no pasaba, ¿comprende?, de diez billetitos de a cinco. Pero con esto no compras aldeas; es decir, puede que las compres si pones cuarenta mil más pero para tener estos cuarenta mil tienes que pedírselos prestados al rey de Francia. Mi Kopeikin encontró alojamiento en la posada de Revel, pagando un rublo al día, con

derecho a sopa de coles y un trozo de carne. Comprendió que el dinero no le iba a durar mucho. Preguntó a dónde tenía que dirigirse. Le dijeron que existía una especie de Comisión Superior o Junta, ¿comprende?, presidida por el jefe Fulano de Tal, quien, ya comprenderán, estaba en París, pues las tropas, figúrese usted, aún no habían regresado, todo se encontraba en el extranjero, y había, decían, una comisión temporal. Mi Kopeikin se levantó muy temprano, se raspó la barba con la mano izquierda para ahorrarse gastos de barbero, se puso su deslucido uniforme y, renqueando con su pata de palo, ya puede imaginárselo, se dirigió a la comisión. Preguntó dónde vivía el jefe. “Allí”, le dijeron señalando una casa de la Ribera del Palacio. Una “chocita”, ¿comprende?: los cristales de las ventanas, figúrese, medían braza y media, de modo que los jarrones, y todo cuanto había en el interior, parecía estar afuera; en cierto modo, se habrían podido tocar desde la calle; había preciosos mármoles en las paredes, adornos metálicos, tiradores en las puertas... viendo todo aquello tan reluciente, ¿sabe?, daban ganas de pasar por diez céntimos de jabón y lavarse las manos antes de atreverse a entrar. El portero parecía un generalísimo: bastón de puño de oro, aspecto principesco, de dogo bien cebado, y cuello de batista, el muy canalla... Mi Kopeikin llegó a duras penas a la antesala, arrastrando su pata de palo, y se encogió en un rincón para no tropezar con alguna porcelana dorada traída de América o la India, vaya usted a saber. Permaneció allí mucho tiempo, pueden figurárselo, porque a esa hora el jefe apenas se levantaba de la cama y el ayuda de Cámara le llevaba, quizá, una jofaina de plata para que se lavara, ¿comprenden? Mi Kopeikin esperó unas cuatro horas. Finalmente, un funcionario de guardia anunció la llegada del jefe. En ese momento, ¿comprende usted?, en la sala ya estaban la charretera y la banda de honor. La gente se amontonaba como habas en un plato. De pronto, ¿comprenden?, se produjo una agitación en la estancia. Se oyeron los: “chist, chist” y, finalmente, reinó un silencio de muerte. Entró el jefe. Bueno... pueden ustedes figurárselo, ¡un jefe! Se le veía en la cara, es decir... las facciones estaban en armonía con el cargo, ya comprende... con su elevada categoría... ya comprende. Naturalmente, todos rectificaron su postura, poniéndose más derechos que un soldadito de plomo. Cada cual esperaba, temblando, en cierto modo, que se decidiera su suerte. El ministro se acercaba ya a uno, ya a otro:

—¿Qué desea usted? ¿Qué asunto lo trae por aquí? ¿Qué se le ofrece?

Al fin, señor mío, llega hasta Kopeikin.

—Verá usted —dice mi Kopeikin, armándose de valor—. He derramado mi sangre, he perdido, de algún modo, un brazo y una pierna, no puedo trabajar y me atrevo a suplicar

un subsidio, alguna de esas órdenes, por decirlo de algún modo, de retribución, de pensión, o algo así, ya comprende usted.

Ve el jefe que aquel hombre lleva una pata de palo y la manga derecha vacía sujeta al uniforme.

—Está bien, venga dentro de unos días —le dice.

Salió mi Kopeikin muy entusiasmado: pues pensaba que su asunto ya estaba, por decirlo así, hecho. Con tal estado de ánimo, ¿comprende?, caminaba por la acera dando saltitos. Entró en la Taberna de Palkin a tomar una copita de vodka, después comió, señor mío, nada menos que en el London, donde pidió una chuleta con alcaparras y pollo con varios tipos de guarnición; más tarde se bebió una buena botella de vino y fue al teatro. En una palabra, se echó una cana al aire, ¿comprende? Por la acera vio a una bella inglesa, esbelta como un cisne, ¿sabe usted? Ya pueden figurárselo. Mi Kopeikin sintió que le hervía la sangre y se dispuso a correr tras ella con la pata de palo: triuj-triuj... “Pero no —pensó—, será mejor dejarlo para después, cuando reciba la pensión, ya he gastado mucho”. Pero entretanto, me permito observar, ¡había despilfarrado la mitad de su dinero! Señor mío, pasados tres o cuatro días, mi Kopeikin volvió con el jefe.

—He venido a informarme —dijo—, dada mi desventura y las heridas recibidas, habiendo, por decirlo así, derramado mi sangre, quisiera saber...

El jefe, ya puede figurárselo, lo reconoció enseguida y dijo:

—En primer lugar —le dijo— debo comunicarle que no podemos hacer nada por usted sin la aprobación de la autoridad suprema. Usted mismo puede darse cuenta de los tiempos en que vivimos. Las hostilidades no han terminado totalmente. Tenga usted paciencia, espere el regreso del señor Ministro. Puede estar seguro de que no se le dejará de lado. Si mientras tanto no tiene dinero para vivir, tome esto, es cuanto yo puedo... Le dio, ciertamente, algo, pero tendría que estirarlo con mesura para aguantar hasta las ulteriores decisiones. Ahora bien, mi Kopeikin no quería eso. Él había pensado que ya al día siguiente le iban a dar un dineral de varios miles de rublos: “toma, querido, bebe y diviértete” En vez de esto, lo habían mandado a esperar, sin decirle siquiera cuánto tiempo. No obstante, en su cabeza, ya comprenderán, estaban la inglesa, los suflés y las chuletas de todo tipo. Salió del portal, ¿comprenden?, como perrillo faldero, con la cola entre las piernas y las orejas gachas, como si le hubieran echado un cubo de agua caliente encima. Aquella vida petersburguesa ya lo había empezado a destruir y sólo había probado algunas cosas. El diablo sabrá cómo vas a vivir aquí sin paladear todas esas delicias, ya



comprenderán. Pero el hombre estaba fresco, vivo; tenía un apetito de lobo. Figúrese usted a mi Kopeikin pasando ante uno de esos restaurantes extranjeros: un risueño cocinero francés (delantal blanco como nieve, mantelerías de Holanda) prepara alguna salsa picante, chuletas con trufas o tortilla a las finas hierbas, platos exquisitos a los que el valiente tiene que renunciar. Imagínelo usted ante el mercado de Miliutkin, donde se exhiben salmones, cerezas de a cinco rublos la pieza y una sandía monumental, grande como una diligencia, que espera al imbécil que pague cien rublos por ella. En una palabra, a cada paso una tentación, a cada paso se le hacía agua la boca. ¡Póngase en su lugar! Por un lado, sandía y salmón, por otro, el manjar lleno de amargura que tiene por nombre “mañana”. “Bueno, pensó, que ocurra lo que tenga que ocurrir; me voy directamente al comité y no me morderé la lengua para hablar con estos señores”. Y en efecto, este hombre tan pesado e insolente, lo que se dice sentido común no tenía, pero presteza tenía mucha. En una palabra, acudió otra vez, señor mío, a la comisión. Le dijeron: “¿por qué viene usted otra vez? Ya le han dicho lo que tenían que decirle.” “Pues porque, dijo, no quiero malvivir. Necesito comer, dijo, chuletas, beber vino francés, entretenerme un poco, ir al teatro, ya comprenderán”.

El jefe dijo: —Permítame, hay tiempo para todo. Le hemos dado, de momento, lo necesario para subsistir hasta que se tome una decisión respecto a usted. Sin duda se le recompensará según sus méritos, pues no hay ningún antecedente en Rusia de que se haya dejado desamparado a un buen servidor de la patria. Pero si desde ahora necesita usted chuletas y entradas para el teatro, aquí usted tiene que perdonarme. En tal caso, busque por sí solo por sus propios medios; esfuércese en ayudarse a sí mismo.

Nuestro Kopeikin, ya se lo puede figurar, montó en cólera. Gritó e insultó a todo el mundo, hasta el último de los secretarios. “Son ustedes esto y lo otro; no cumplen con sus obligaciones; violan la ley, etc.” A todos les dio de sopapos. Ni siquiera respetó a un empleado de otro ministerio que se hallaba allí por casualidad. ¿Cómo apaciguar a este endemoniado? El jefe comprendió que, hasta cierto punto, tenía que emplear medidas drásticas. Entonces dijo: —Muy bien. Puesto que no quiere contentarse con lo que se le da y esperar tranquilamente en la capital hasta que se tome una decisión, le voy a proporcionar una residencia. ¡Eh! ¡Que venga un correo por este impertinente.

Y el correo, ¿comprende usted?, se encontraba ya detrás de la puerta, era un mocetón de dos metros y manazas de cochero, ¡ya se lo puede figurar! de un manotazo te sacaba tres muelas... Pues bien, señor mío, agarró a nuestro siervo de Dios, y lo echó al

carro.

“Bueno, se dijo Kopeikin, por lo menos no tendré que pagar el viaje de regreso”.

Y ahí lo tenemos, señor mío, en compañía del correo. Y, mientras rodaba, por así decirlo, rezongaba de la siguiente manera: “¿el general quiere que me gane la vida?, bien, ¡pues ya encontraré el modo de ganármela!, ¡ya verá!”

Nadie sabe exactamente a dónde fue llevado Kopeikin. De modo que, ¿comprende?, cayó totalmente en el río del olvido, en ese tal Leteo, tan mentado por los poetas. Pero, señor mío, aquí es precisamente donde, por decirlo así, comienza el nudo de mi historia. Tenemos, pues, que se había perdido todo rastro de Kopeikin, pero, ¡figúrese!, no habían transcurrido ni dos meses cuando, en los bosques de Riazán apareció una pandilla de bandidos cuyo atamán era, mi buen señor, nada menos que...».

## **2-VARIANTES DEL CAPÍTULO IX**

En los siguientes borradores pueden apreciarse las modificaciones que realizó Gógol, ya sea por evitar problemas con la censura o por la búsqueda de una mayor expresividad y carga irónica, en el pasaje acerca de la “dama agradable en todos los sentidos” del capítulo IX. El autor introdujo varios cambios: Primero la llamó directamente “la fiscal”. Luego se refirió a su personaje como “una funcionaria” o “una respetable funcionaria”. En otro borrador la llama “dama respetable en todos los sentidos”. Es probable que el adjetivo “respetable” le pareciera poco expresivo; por lo que finalmente se decidió por “dama encantadora en todos los sentidos”.

### **2.1-PRIMER BORRADOR**

Finalmente el carruaje se detuvo en casa de la fiscal.

### **2.2-SEGUNDO BORRADOR**

El coche se detuvo ante una casa de madera gris de una planta, con adornos de marquetería sobre las ventanas y un alta empalizada que apenas dejaba espacio para que algunos raquíuticos arbolillos, cubiertos siempre de polvo, se aferraran a un estrecho jardín. Por las ventanas se entreveían jarros con flores, un loro que se balanceaba, colgado del

pico, en el aro de su jaula, y dos perritos que dormían al sol. En esta casa vivía una respetable funcionaria.

### **2.3-TERCER BORRADOR**

El autor debe confesar que se ha metido en un grave aprieto, pues debe dar a las damas apelativos que no provoquen revuelo, como ya le ha pasado. ¡Dios nos guarde de referirnos a ella por su cargo! Basta con decir la fiscal, para que todas las fiscales, de cualquier provincia, se den por aludidas y se sientan ofendidas. Llamarlas con un apellido inventado resulta peligroso, pues cualquier nombre que a uno se le ocurra encontrará, en algún rincón de nuestro imperio, no en vano tan extenso, alguien que lo ostente [...] Para evitar estos inconvenientes, llamaremos a la anfitriona: *dama respetable en todos los sentidos*. Casi toda la ciudad la llamaba así pues, a decir verdad, se había ganado a pulso este apodo.

## **3-TEXTOS REFERENTES A ALMAS MUERTAS**

*El cuaderno de notas* nos permite conocer la intención artística de Gógol en el momento de la redacción de su novela. El prefacio de la segunda edición de *Almas muertas*, y las cuatro cartas sobre esta obra publicadas en *Pasajes selectos de la correspondencia con mis amigos*, arrojan luz al lector en castellano sobre la última fase creativa de Gógol.

### **3.1-CUADERNOS DE NOTAS**

#### **3.1.1-Notas referentes a la primera parte de *Almas Muertas***

Idea de una ciudad: Frivolidad que llega al colmo. Habladurías, chismorreos sin medida. Todo se debe al ocio, que ha alcanzado una forma extremadamente ridícula. ¿Cómo gente que no es tonta llega a cometer verdaderas tonterías?

*Particularidades* en las conversaciones de las señoras: En el chismorreo general se mezclan chismorreos particulares en los que nadie perdona a nadie.

¿Cómo nacen comentarios que llegan al colmo de la ridiculez? ¿Cómo todo el mundo

termina ocupándose de esos chismorreos y se convierten los hombres en mujercillas?  
¿Cómo una vida banal y vacía se va transformando en una muerte lenta y sin sentido? ¿De qué modo tan estúpido se cumple este terrible hecho? Insensibilidad. La muerte del fiscal se produce en un mundo insensible. Tanto más chocante debe parecer al lector la insensibilidad cadavérica de la vida.

Pasan las tinieblas espantosas de la vida, ocultando un gran secreto. ¿No es un fenómeno terrible? La vida agitada, frívola, ¿no es también un fenómeno grandioso?... La vida... los bailes, los trajes de etiqueta, los chismes y las tarjetas de visita impiden pensar en la muerte...

*Particularidades:* Las damas riñen porque quieren, una, que Chíchikov sea esto; la otra, que sea aquello. Cada una sólo da crédito a las opiniones que confirman su idea.

Entrada en escena de otras damas.

La dama encantadora en todos los sentidos tiene inclinaciones sensuales; le gusta contar cómo las ha dominado, a veces, no con la fuerza del espíritu, sino sabiendo parar a fondo las efusiones demasiado íntimas. En realidad las cosas han sucedido de la manera más inocente del mundo. Nadie ha llegado con ella a efusiones íntimas, por la buena y sencilla razón de que, a pesar de todos sus encantos y cualidades, desde jovencita se parecía (si bien vagamente) a un guardia de tráfico. “No, querida, me gusta, sabe usted, admitir la familiaridad de un hombre para apartarlo y luego volverlo a atraer”. Así es como se comporta en el baile con Chíchikov. Las otras también han trazado su línea de conducta. Una es ceremoniosa. Dos señoras, cogidas del brazo, han decidido reírse durante toda la velada. Luego opinan que Chíchikov carece por completo de buenos modales.

A la dama encantadora en todos los sentidos le gustaba leer las descripciones de los bailes. La descripción del Congreso de Viena la divertía enormemente. A la dama le gustaba el atavío, es decir, alabar o criticar el atuendo de las otras.

Las damas que ya están instaladas examinan a las que entran.

“N... no sabe vestirse en lo absoluto, ¡oh!, pero en absoluto. ¡Qué mal le sienta esa mantilla!

-¡Qué bien vestida va la hija del gobernador!

-No, ¡qué va, querida, va horrorosamente ridícula!”

Así están las cosas.

Toda la ciudad y su torbellino de comadreo representan el ocio general de la humanidad considerada en su conjunto.

Aspecto fundamental y frívolo de la sociedad.

Presentar el aspecto opuesto en la segunda parte, consagrada a las diferentes formas de ocio. ¿Cómo hacer para que el ocio general, en todas sus formas, se parezca al ocio de la pequeña ciudad?, ¿y cómo simbolizar en éste el ocio general?

Para ello señalar todas las semejanzas y efectuar una graduación.

### **3.1.2-Reflexiones del autor sobre algunos protagonistas de la primera parte de *Almas Muertas***

Ni siquiera se preguntó por qué se había encontrado con esas personas. En general, nunca nos preguntamos: ¿por qué nos hemos visto mezclados en tales o cuales acontecimientos y no en otros? ¿Por qué hemos conocido a tales y cuales personas y no a otras? Sin embargo, el más pequeño suceso de nuestra vida tiene su razón de ser, y todo a nuestro alrededor puede aclararnos la causa. “El mundo es un libro vivo”. Es verdad, pero solemos repetir estas palabras de una manera tan necia que si otro las pronunciara lo tacharíamos de imbécil...

No se preguntó siquiera por qué Manílov, buen hombre en el fondo y hasta dotado de cierta nobleza, había vegetado durante toda su vida en el campo sin hacer el bien a nadie, hundiéndose en la vulgaridad y llegando a ser repugnante a fuerza de sosa amenidad, mientras que el bribón de Sobakévich, lejos de arruinar a sus campesinos, les había impedido entregarse a la pereza y a la bebida. ¿Por qué, sin haber leído más libro que el de las Horas y aún con dificultad, y sin haber aprendido jamás otro arte que el de echar las cartas, esa viejecita llamada Koróbochka había sabido llenar de buenos billetes sus cofrecillos y sus cajitas, mientras vigilaba sus propiedades? No tenía empeñada ninguna alma y en la modesta iglesia los oficios se celebraban decentemente. Y sin embargo, algunas personas instruidas, finas y cultas, que viven en las capitales, incluso algunas con rango de generales, con fama de filántropos y que fundan instituciones benéficas, apremian constantemente a sus administradores con incesantes peticiones de dinero, sin querer admitir ninguna excusa, así sea de fuerza mayor, como el hambre o la penuria. Tienen hipotecados a todos sus campesinos. Deben a todos los tenderos y a todos los usureros de la ciudad.

Chíchikov no piensa en estas cosas. No meditó más, en todo esto, que muchos habitantes de nuestras esclarecidas ciudades que en tales casos gustan repetir el famoso

aforismo que dice: “Hay que ver que gente más original se oculta en nuestras provincias”. Los señoritos –por ejemplo Nozdrión- salieron de la cabeza de Chíchikov. Olvidó que había llegado a esa edad fatal en que todo se adormece en el hombre, en que tiene que estimularse constantemente para no dormirse del todo. No se dio cuenta (cosa más terrible para un hombre maduro que para uno joven, pues en éste el fogoso ardor de la juventud impide que sus sentimientos se debiliten), no se dio cuenta, digo, que casi imperceptiblemente se deja uno coger por el engranaje de las banales costumbres mundanas, de los absurdos prejuicios de una sociedad entregada al ocio, hasta hacerle a uno perder la propia personalidad y convertirlo en un conjunto de hábitos y convenciones mundanas. De modo que cuando intentamos penetrar hasta el fondo del alma ya no la encontramos: se ha petrificado y el hombre entero se ha convertido en un espantoso Plushkin, cuyos remedos de sentimientos, manifestados a veces, recuerdan a los supremos esfuerzos de un hombre que se ahoga.

### **3.2-PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN DE *ALMAS MUERTAS* (1846)**

Quienquiera que sea, lector, cualquiera que sea el lugar en que se encuentre, ya sea que ocupe un cargo elevado o sea, por el contrario, de humilde condición, si ha permitido Dios que sepa leer y si mi libro ha caído entre sus manos, le ruego que venga en mi ayuda. El libro que tiene ante los ojos, y del que quizá ha leído la primera edición, pone en escena un personaje sacado de nuestro país. Recorre nuestra tierra rusa, conoce tipos diversos, desde los más nobles hasta los más humildes. Está destinado a mostrar más los defectos y los vicios del ruso que sus cualidades y virtudes. Todas las personas que lo rodean tienen también la misión de poner al descubierto nuestras debilidades y nuestras faltas. En las partes siguientes aparecerán caracteres más nobles y más elevados. He descrito en este libro, de modo inexacto, muchas de las cosas que suceden en nuestro país. Mi negligencia, mi precipitación y mi falta de experiencia me han hecho cometer tantos errores y tantas equivocaciones que en cada página habría que hacer alguna corrección. Le ruego, lector, que me corrija. No desdeñe esta labor. Por muy culto que sea, y por muy alta que sea su condición, por muy insignificante que encuentre mi libro y por muy fútil que le parezca el anotarlo y corregirlo, le suplico, sin embargo, que lo haga. En cuanto a usted, lector poco

instruido y de modesta condición, no crea que es demasiado ignorante para enseñarme. Todo hombre que ha vivido, ha visto el mundo y ha tratado con gente, ha comprobado ciertas cosas que se le han escapado a otros, aprendido algunas que otros nunca serán capaces de comprender. Por ello le suplico me comunique sus observaciones. Es imposible que no encuentre nada que decir sobre algún pasaje de mi libro con tal de que lo lea atentamente.

Qué gran favor me haría, aunque solo fuera una de estas personas ricas en experiencia y al tanto de los círculos que describo, si anotase todo mi libro sin pasar ni una página; si lo leyera con la pluma en la mano y una hoja de papel delante, si, después de haber leído algunas páginas, evocase toda su vida y la de las personas que conoció, todos los acontecimientos de que fue testigo, todo lo que ha visto y oído decir parecido o no a los hechos narrados por mí; si quisiera anotar todo eso, de acuerdo con su memoria, y enviarme, a medida que las vaya redactando, cada hoja hasta terminar de leer toda la obra. Poco importan aquí la elegancia del estilo y la selección de las expresiones; no se trata de estilo, sino de veracidad. Que esa persona no tema criticarme, reprenderme, señalarme todo el mal que he causado –en vez del bien que me propuse– por tal o cual descripción desconsiderada e inexacta. Por anticipado le expreso mi reconocimiento.

Sería también muy provechoso que alguna persona de la clase alta, ajena por su nacimiento al ambiente que describo, pero que conozca aquel en que vive, se decidiera a releer mi libro, recordara a todas las personas de su ambiente que haya conocido en el curso de su existencia, y examinara atentamente si no existe cierto paralelismo entre las condiciones sociales, si lo que sucede en la clase baja no se repite, a veces, en la alta. Sería estupendo que todo lo que se le ocurriera sobre este asunto, es decir, todo acontecimiento del gran mundo que corrobore o no esta hipótesis, lo describiera tal como se desarrolló ante sus ojos, sin olvidar ni las personas con sus costumbres, inclinaciones y hábitos, ni los objetos que lo rodean, desde los trajes hasta los muebles y los muros de sus casas. Necesito conocer esa clase, la crema y nata de la nación. No puedo publicar los últimos volúmenes de mi obra antes de conocer, por poco que sea, la vida rusa en todos sus aspectos, por lo menos en la medida necesaria a mi libro.

No vendría mal, tampoco, que alguien favorecido con el don de la fantasía o de figurarse gente en distintas situaciones, de seguirla en sus diversas carreras, capaz, en una palabra, de profundizar o de desarrollar el pensamiento de todo autor que haya leído, que este alguien estudiara con atención todos los personajes de mi libro. Me gustaría que me

indicara cómo actuarían en tal o cual circunstancia: lo que, según estas premisas, debería sucederle luego; en qué situación podría llegar a encontrarse; qué convendría añadir a mi narración. Quisiera contar con estas indicaciones para la nueva edición, revisada y mejorada, de mi libro.

Dirijo mi ruego insistente a las personas que deseen comunicarme sus reflexiones. Les suplico que no piensen estar escribiendo a un hombre que les iguala en cultura, gustos e ideas, y que sería capaz de comprender muchas cosas sin necesidad de explicaciones, sino que, por el contrario, crean encontrarse ante un individuo menos culto que ellas o casi totalmente desprovisto de instrucción. Mejor valdría imaginarse que, en mi lugar, hay un paleta cuya vida entera ha transcurrido en medio del campo y a quien sería preciso explicar los menores detalles, hablarle de manera muy sencilla, temiendo a cada instante emplear una expresión fuera de su alcance. Si mi corresponsal no olvida esto, sus observaciones serán más interesantes, más valiosas para mí de cuanto pueda creer.

Sí tuviera la fortuna de que mis lectores tomaran en consideración mi ruego, y alguna alma caritativa quisiera atenerse a mis instrucciones, he aquí cómo pueden hacerme llegar sus observaciones. Después de haberlas metido en un sobre con mi nombre, harán el favor de introducirlo en un segundo sobre y enviarlo a su excelencia Piotr Alexándrovich Pletniiov, rector de la Universidad de San Petersburgo; o bien a don Stepán Petrovich Cheviriiov, profesor de la Universidad de Moscú, eligiendo de entre estas dos ciudades la que se encuentre más cerca de su lugar de residencia.

Agradezco sinceramente a los periodistas y literatos por sus reseñas, las cuales, a pesar de una exageración y de un entusiasmo muy humanos, me han sido de gran provecho moral e intelectual. Les ruego que sigan favoreciéndome con sus observaciones. Les aseguro que sabré aceptar con agradecimiento sus consejos y sus amonestaciones.

### ***3.3-PASAJES SELECTOS DE LA CORRESPONDENCIA CON MIS AMIGOS***

I

Se indigna usted sin motivo por el tono excesivamente agresivo contra *Almas muertas*. Todo tiene su lado bueno. A veces es conveniente tener detractores. El que se



deja seducir por las cosas bellas no ve los defectos y lo perdona todo. El detractor, por el contrario, intenta descubrir lo que hay de malo en nosotros y lo pone tan de relieve que forzosamente hemos de verlo. Tenemos tan pocas ocasiones de escuchar la verdad, que podemos perdonar el tono injurioso de la voz que la profiere. Las críticas de Bulgarin, Senkovski y Polevoi encierran mucho de cierto, empezando por el consejo de que aprenda el ruso antes de ponerme a escribir. Efectivamente, si hubiera guardado mi manuscrito un año más, en vez de publicarlo tan de prisa, yo mismo me habría dado cuenta de que era imposible publicarlo en esa forma tan defectuosa. Aunque al principio me molestaron mucho, los epigramas y las burlas me fueron provechosos. ¡Oh! ¡Qué bien nos sientan los continuos reproches, el tono insultante y las ironías hirientes! En el fondo de nuestra alma hay tanto mezquino amor propio, tanta ambición malvada, que a cada instante necesitamos que nos pinchen, que nos peguen, nos apaleen con todas las armas disponibles, y dar gracias a la mano que nos hiera.

Desearía ser aún más criticado, pero no por los literatos, sino por personas que tengan experiencia de la vida. Desgraciadamente, aparte de los literatos, ningún espíritu práctico ha hecho oír su voz. Sin embargo, *Almas muertas* ha dado mucho de qué hablar, ha levantado rumores y herido en lo vivo a mucha gente, tal vez por la burla, la verdad y la caricatura que hay en ella. Aunque el libro está lleno de equivocaciones, anacronismos y errores patentes, condena un orden de cosas que todos contemplan a diario. He puesto, incluso, ciertos pasajes provocativos, con la esperanza de que alguno me insultara y, en su cólera, me revelara la verdad que busco. ¿Por qué no ha tomado nadie la palabra? Todos podían hacerlo y con pleno conocimiento de causa. El funcionario hubiera podido demostrarme públicamente la inverosimilitud de mi relato, citando dos o tres casos reales y desmentirme así, de forma más perentoria que con palabras. También hubiera podido, de la misma manera, corroborar lo que digo. Los hechos prueban más que las palabras huecas y las disertaciones literarias. También hubieran podido proceder así los comerciantes, y los propietarios y, en pocas palabras, toda persona capaz de coger la pluma, ya sea un hombre sedentario o alguien que haya recorrido Rusia en todas las direcciones. Además de una opinión personal, cualquier individuo, cualquiera que sea el grado de la escala social que haya alcanzado por su cargo, su estado o su cultura, ha tenido ocasión de ver las cosas desde un punto de vista particular. Por lo que se refiere a *Almas muertas*, la multitud de lectores hubiera podido escribir otro libro infinitamente más interesante que el mío, este libro habría enseñado muchas cosas no solamente a mí, sino a los mismos lectores, pues,

de nada sirve disimularlo, todos conocemos muy mal Rusia. ¡Ah, por qué nadie ha alzado la voz! Parece que todo está muerto, que, en Rusia, las almas vivas han dejado paso a las almas muertas. ¡Y me acusan de conocer mal Rusia! ¡Como si, por obra y gracia del Espíritu Santo yo tuviera que conocer absolutamente todo lo que ocurre en todos los rincones. ¡Saberlo todo, aprenderlo todo, sin una iniciación! ¿Cómo podría documentarme yo, un escritor, condenado por mi profesión a una vida sedentaria, de ermitaño, y, para colmo, enfermo y obligado a vivir lejos de Rusia? Sí, ¿de qué manera podría documentarme? No son los escritores y los periodistas los que pueden enseñarme, ellos también son hombres de gabinete que viven reclusos. El escritor sólo tiene un maestro: el lector. Y estos lectores no han querido instruirme. Sé que tendré que rendir cuentas a Dios por no haber llevado a cabo mi tarea como debía. Pero sé igualmente que los demás se presentarán con la misma deuda. ¡No juro el nombre de Dios en vano!

1843

## II

Presentía que todas las digresiones líricas de mi poema serían erróneamente interpretadas. Son tan poco claras, se insertan tan mal en la trama y el tono del relato que han inducido a error tanto a mis adversarios como a mis partidarios. Han creído tener que aplicarme todos los pasajes referentes al escritor en general. Me he sonrojado al ver que los interpretaban en mi favor. ¡Me lo tenía bien merecido! En ningún caso hubiera debido yo publicar una obra que, aunque bien cortada, solo estaba cosida con hilvanes; como el traje que el sastre hilvana a grandes puntadas para una primera prueba. Me extraña que hayan puesto tan pocos reparos a mi arte y oficio. La culpa se debe tanto a la ira de mis críticos como a su incapacidad para juzgar la arquitectura de una obra. Hubiera sido preciso indicar qué partes parecen enormemente largas comparadas con otras, y en qué momento el autor se ha traicionado a sí mismo al apartarse del tono que había adoptado. Nadie se ha dado cuenta de que la segunda parte está mucho menos conseguida que la primera, que contiene muchas lagunas, que los episodios secundarios están desarrollados en detrimento de los principales, que el exceso de detalles da a la obra un carácter fragmentario e impide que destaque el sentido espiritual. En pocas palabras, hubieran podido atacarme de manera más razonable, criticarme mucho más de lo que lo han hecho, y con muchísima razón. Pero no

quiero hablar de ello, sino de la digresión lírica más rebatida por los periodistas; han descubierto en ella un orgullo, una suficiencia y una vanidad tan grandes, que ningún autor se había atrevido a mostrar hasta entonces. Tengo ante mí el pasaje del último capítulo, en el que, después de haber descrito la partida de Chíchikov, el autor, dejando a su héroe en plena carretera, toma su puesto y, herido por la aburrida monotonía de las cosas, por su inmensidad desértica y por la canción lastimera de uno a otro mar, en un impulso lírico interroga a la misma Rusia, rogando que le explique el sentimiento incomprensible que lo embarga, es decir: ¿Por qué le parece que todos los seres y las cosas que Rusia contiene lo miran y esperan algo de él? Se ha querido ver en estas palabras una prueba de orgullo, una fanfarronada inaudita, y no son ni lo uno ni lo otro, sino, sencillamente, la torpe expresión de un sentimiento sincero. Experimento la misma impresión en estos momentos. No puedo soportar el tono lastimero, desgarrador, de nuestra canción cuando resuena en el infinito de nuestras llanuras. Obsesiona mi corazón. Incluso me extraña que cada uno de nosotros no experimente la misma sensación. Quien no siente apretársele el corazón al contemplar esos espacios desiertos, inhospitalarios, quien no discierne, en los tonos lúgubres de nuestra canción, dolorosos reproches dirigidos a él –digo bien, a él mismo- , ese, o ha cumplido ya con su obligación, o no posee un alma rusa. Veamos las cosas tal como son. Han transcurrido ya ciento cincuenta años desde que el emperador Pedro I nos abrió los ojos, iniciándonos en la cultura europea, y puso en nuestras manos los medios para actuar. Sin embargo, nuestros campos siguen tan tristes y desiertos como antes. Todo a nuestro alrededor parece hostil, inhospitalario. Es como si todavía no tuviéramos casa, como si acampáramos en plena carretera, como si en vez de un cobijo cálido y familiar, Rusia fuera para nosotros un relevo glacial completamente nevado, donde un indiferente guardia de posta nos espeta: “¡No hay caballos!”. ¿Por qué es así? ¿Quién tiene la culpa de esta situación? ¿El gobierno o nosotros? Pero el gobierno no ha cesado de actuar, según atestiguan gruesos volúmenes de reglamentos, decretos y ordenanzas; la cantidad de edificios construidos, de libros editados, de fundaciones de todo tipo, escolares, de caridad, filantrópicas, sin contar aquellas que no tienen par entre las instituciones extranjeras. Se hicieron preguntas desde arriba a las que se contestó desde abajo. De arriba salieron, a veces, preguntas que daban testimonio de la grandeza de alma de ciertos soberanos que obraron incluso contra sus intereses. ¿Qué se ha contestado desde abajo? Todo consiste en la forma, en el arte de aplicar una idea, de modo que tome cuerpo y se implante definitivamente. Por muy bien concebido que esté un edicto sólo será letra muerta si no

existe en los de abajo el deseo de llevarlo a la práctica correctamente, y esto sólo puede hacerlo aquel que concibe la justicia como algo divino y no humano. De lo contrario, todo se convierte en mal. Prueba de ello son todos esos bribones y malversadores nuestros que saben dar la vuelta a todos los reglamentos, que hacen de toda nueva ley una fuente de ingresos, un nuevo medio para complicar la tramitación de los expedientes y de poner piedrecitas en el camino. En suma, a donde quiera que mire veo que los mismos que deben aplicar la ley son los más culpables. Este quiere subir, de prisa, y se dedica a hacer méritos para que le den una condecoración. Aquel, queriendo dar pruebas de celo y abnegación (defecto muy ruso), se lanza sobre un problema sin tomarse la molestia de estudiarlo y cree poder resolverlo como un experto. Pero en cuanto tropieza con la primera dificultad, al punto se desinteresa por la cuestión (defecto no menos ruso también). El otro, herido en un mezquino amor propio, ha cedido al más insigne de los bribones el puesto en que había empezado a luchar correctamente. Total, muy pocos de entre nosotros amamos lo bastante el bien como para sacrificarle nuestras ambiciones, nuestro amor propio, todas las pequeñeces de nuestro egoísmo irascible. No tenemos energía para imponer la ley inmutable del servicio al país y no la nuestra, recordando a cada instante que estamos donde estamos no para trabajar para nuestra felicidad, sino en pro de la felicidad ajena. Por el contrario, desde hace algún tiempo nuestros rusos parecen hacer gala, a propósito, de su egoísmo y susceptibilidad.

No sé si habrá entre nosotros alguno que, habiendo cumplido totalmente con su deber, pueda declarar, a la vista de todos, que Rusia no tiene nada que reprocharle, que en sus inmensas soledades ningún objeto parece reprocharles, que todas las cosas están satisfechas y no esperan nada más de ellos. Yo sólo sé que sí he oído ese reproche mudo. Lo oigo todavía. Por muy modesta que fuera, en mi carrera de escritor hubiera podido hacer alguna cosa útil. ¡Poco importa que el deseo del bien haya anidado siempre en mi corazón, y que sólo él me haya impulsado a coger la pluma! ¿De qué modo he realizado mi tarea? ¿Ha causado mi obra *Almas muertas* el efecto que hubiera causado si la hubiese escrito como era debido? Al haber expresado mal mis propios pensamientos (muy simples, sin embargo), tengo la culpa de que hayan sido interpretados erróneamente, y en sentido más bien nocivo. ¿De quién es la culpa? ¿Puedo objetar, válidamente, que he obedecido los ruegos de los amigos, a los deseos impacientes de los aficionados a vanas sonoridades? ¿Debo, para disculparme, aducir que ha fin de subvenir a mis necesidades he tenido que adelantar la publicación de mi libro por falta de dinero? No. Quien se decide de una vez

para siempre, a realizar honradamente su labor, no debe plegarse a las circunstancias. Se dedicará a mendigar más bien, si es preciso, antes que sacrificar su trabajo a los reproches pasajeros y a las falsas convenciones mundanas. No ama a su país el que, para obedecer esas conveniencias, estropea una obra útil a su nación. Precisamente porque he sentido mi vergonzosa debilidad de carácter, mi despreciable cobardía y la impotencia de mi amor, he percibido ese doloroso reproche que me ha dirigido todo cuanto Rusia encierra. Pero una fuerza superior me ha levantado. No existen faltas irreparables y, después de haberme sentido hondamente culpable, la visión de esos espacios desiertos me ha llenado de entusiasmo, su inmensidad me ha parecido un magnífico campo de acción. Y, de todo corazón, he elevado a Rusia mi súplica. ¿No estás destinada a engendrar héroes, tú, que les ofreces tanto espacio para desarrollarse? No era, por tanto, ni una frase teatral ni una fanfarronada. No. Esta llamada la sentía y la siento. En la Rusia de hoy, cada uno de nosotros puede convertirse en héroe. Cada condición, cada función, exige heroísmo. Cada uno de nosotros ha profanado tanto la santidad de su condición y de su función (todas las funciones son sagradas), que es preciso hacer esfuerzos heroicos para elevarla a la altura debida. He intuido esta noble carrera, abierta en la actualidad sólo al pueblo ruso, porque él conoce el heroísmo y ve extenderse ante su vista tales inmensidades. Esta es la causa de que se me escapara esa exclamación, que se ha tomado como una manifestación de orgullo y una petulancia.

1843

### III

Me extraña que, siendo tan buen conocedor del corazón humano, puedas, igual que otros, plantearme preguntas vanas. La mayoría de ellas se refiere a lo que seguirá después. ¿A qué viene esta curiosidad? Sola una pregunta es verdaderamente acertada y digna de ti y, aunque dudo que mi respuesta sea sensata, desearía que me hubiera sido planteada por otros. A saber: ¿Por qué, aún no siendo retratos, los héroes de mis últimas obras y en particular los de *Almas muertas*, poco atractivos en sí, nos parecen sin embargo familiares y próximos a nosotros, como si en ellos encontrásemos rasgos personales? El año pasado aún me habría resultado difícil contestar, incluso a ti. Ahora lo confesaré todo: si mis héroes están cerca del corazón es porque de él han salido. Mis última obra es la historia de

mi alma. Para que lo comprendas mejor, voy a explicarte la clase de escritor que soy. Se han dicho muchas cosas de mí: han visto muchas facetas de mi talento, sin comprender, a pesar de ello, su verdadera esencia. Pushkin ha sido el único que la ha comprendido. Siempre me ha dicho que ningún escritor había poseído, hasta ahora, el don de resaltar la monotonía y banalidad de la vida, de dar a la vulgaridad un relieve tan poderoso que hasta los más ínfimos detalles saltan enseguida a la vista. Esa es mi facultad maestra, que no posee ningún otro escritor. Esta cualidad, innata en mí, se ha ido desarrollando a consecuencia de una crisis moral. Esto era lo que no podía yo confesar entonces, ni siquiera a Pushkin.

Este don se ha manifestado en *Almas muertas* con más intensidad aún. Si *Almas muertas* ha asustado tanto a Rusia y hecho tanto ruido no es porque descubría tantas llagas y enfermedades internas; no porque mostraba el impresionante espectáculo del vicio triunfante y de la inocencia oprimida. No, mis héroes no son unos malvados. Me hubiera bastado añadir un rasgo simpático a alguno de ellos para que el lector estuviera conforme con todos. Pero la vulgaridad del conjunto lo ha escandalizado. Mis héroes van apareciendo el uno cada vez más vulgar que el otro. Y el lector, irritado y aburrido, trata de buscar, en vano, un episodio reconfortante, un lugar en el que pueda tomar aliento. Al cerrar el libro le parece que sale de una cueva sofocante, que vuelve a la luz del día. Me hubieran perdonado que presentara a pintorescos bandidos, pero no perdonan que presente a vulgares, comunes y corrientes. La nulidad del ruso ha resultado más terrible que sus vicios y defectos. ¡Temor digno de alabanza! Para sentir tal repugnancia ante la bajeza es preciso, sin duda, poseer las cualidades contrarias. Esa es, pues, mi facultad principal. Y esta facultad, lo repito, no se hubiera desarrollado en tal grado si mi estado de ánimo y mi evolución moral no hubieran contribuido a ello. Ninguno de mis lectores sabía que al reírse de mis héroes se reía también de mí.

Ninguno de mis vicios, ninguna de mis virtudes era lo bastante fuerte para dominar a los otros. En cambio, se reunían en mí numerosas torpezas. Nunca las he encontrado, reunidas en tan gran número, en ninguna otra persona. Dios me ha dado una naturaleza compleja. Ha puesto en mí algunas cualidades. La más hermosa, y por la cual no sé cómo agradecerle, es *el deseo de llegar a ser mejor*. Nunca he amado mis vicios, y si el amor divino no hubiese querido que los fuera descubriendo poco a poco, y no de repente y todos a la vez, cuando aún no concebía su infinita misericordia, seguramente me habría ahorcado. Conforme los iba descubriendo, una milagrosa inspiración desde lo alto

aumentaba en mí el deseo de deshacerme de ellos; una profunda crisis moral me impulsó a transmitirlo a mis personajes. Cómo fue exactamente esta crisis, es algo que no te incumbe; la habría contado desde hace si hubiera creído que podía beneficiar a alguien. Desde entonces empecé a atribuir mis propias faltas a mis personajes. He aquí mi manera de proceder: tomaba uno de mis defectos y lo aplicaba a alguna persona de condición y carrera muy diferentes a la mía. Intentaba representármelo como un enemigo mortal que me hubiera ultrajado gravemente. Lo hacía blanco de mi animosidad, de mis burlas, de mis sarcasmos. Si alguien viera los monstruos que al principio brotaron de mi pluma, se hubiera estremecido. Bastará con decirte que, cuando le leí a Pushkin, en su forma primitiva, los primeros capítulos de mis *Almas muertas*, en vez de reírse y alegrarse como siempre hacía, se puso serio. Su cara se fue crispando poco a poco. Cuando acabé, me dijo con voz apagada: “¡Dios mío, qué triste es nuestra Rusia!”. Aquella exclamación me sorprendió. ¡Pushkin, que tan bien conocía Rusia, no se había dado cuenta de que todo aquello sólo era caricatura e invención! Comprendí, entonces, lo que significa una obra que sale de lo más hondo del alma y en qué forma aterradora puede uno presentar a los hombres las tinieblas y la angustiosa *falta de luz*. Desde entonces pensé en la manera de atenuar la penosa impresión que podía dejar *Almas muertas*. Reconocí que muchos de estos defectos no eran para tanto, no merecían que uno se irritara. Más valía hacer patente su vacío. Quería ver también qué dirían los rusos puestos frente a su propia bajeza. Según el plan inicial de *Almas muertas*, trazado desde hace mucho tiempo, en la primera parte debían figurar, precisamente, sólo seres inútiles. Sin embargo, en vez de retratarlos de manera fiel, era necesario reunir en ellos rasgos tomados de aquellos que se juzgan mejores que los demás. Además de mis propios rasgos, se encuentran otros que pertenecen a amigos. Algunos son tuyos, te los señalaré cuando te sirvan para mejorar. Hasta entonces es un secreto. He tenido que tomar, de la gente honrada que conocía, lo que accidentalmente había en ellos de bajo y malo, para atribuirlo a mis personajes. No me preguntes por qué la primera parte debía tratar solo de *cosas bajas* y de gente vulgar. Los volúmenes que siguen te darán la respuesta. A pesar de todos sus defectos, la primera parte ha cumplido con su objetivo. Ha inspirado a todos aversión hacia mis héroes y su vanidad. Nos ha dejado descontentos de nosotros mismos y con cierta tristeza que yo creía necesaria. De momento me basta. Es cierto que todo esto hubiese revestido mayor importancia si en vez de apresurarme a publicar el libro lo hubiera pulido un poco más. Mis personajes aún no tienen una vida completamente independiente, pues aún no se han

desprendido completamente de mí. Todavía no les he hecho pisar firme la tierra que les atribuyo. No los he rodeado de una atmósfera suficientemente rusa. El libro ha nacido antes de tiempo. Pero ya se desprende su espíritu, imperceptiblemente, y su publicación apresurada puede serme útil, porque incitará a mis lectores a señalar los errores que he podido cometer en la descripción de la vida rusa, tanto pública como privada. Si en lugar de plantearme preguntas inútiles (con las que has llenado la mitad de tu carta, y que solo tratan de satisfacer tu vana curiosidad), hubieras reunido todas las observaciones sensatas que se han hecho sobre mi libro, tanto las tuyas como las de otras personas inteligentes, entregadas como tú a una vida activa y práctica, si hubieras añadido cierto número de hechos que podían invalidar o confirmar tal o cual afirmación mía, -y por cada página de mi libro, en tu provincia, se pueden recoger por docenas estos hechos y anécdotas-, habrías realizado una buena obra y merecido mi sincero agradecimiento. ¡Cómo hubiera esto ensanchado mi horizonte, refrescado mis ideas y facilitado mi labor! Pero nadie quiere escucharme. Despreciando mis preguntas, cada uno atribuye más importancia a las suyas. Algunos, incluso, sin saber lo que quieren, exigen de mí no sé qué franqueza y sinceridad. ¿A qué viene ese vano deseo vano de saber por adelantado las cosas, esa prisa inútil que empieza a contagiarte? ¡Mira cómo todo se cumple sabiamente en la naturaleza, todos los fenómenos se enlazan con serenidad y armonía! Dios sabe por qué, somos los únicos que nos agitamos como atacados de fiebre. Tú mismo me dices en tu carta: es preciso que el segundo volumen se publique cuanto antes. ¿Has pensado bien tus palabras? Cometí una tontería publicando demasiado pronto el primer volumen. Cometería otra igual apresurando la publicación del segundo, únicamente porque el primero ha producido un descontento general. ¿He perdido, acaso, la razón? Este descontento me es necesario. Los descontentos quizá me revelen algo interesante. ¿Y por qué deduces que el segundo volumen debe aparecer enseguida? ¿Acaso te has metido en mi cabeza? ¿Has adivinado la esencia del segundo volumen? Según tú, debe salir inmediatamente. En mi opinión, dentro de dos o tres años, y, eso sí, de aquí a entonces, las circunstancias me son propicias. ¿Quién de los dos tiene razón? ¿El que lleva en su cabeza el segundo volumen, o el que ignora su contenido? ¡Qué costumbre más extraña se ha extendido por toda Rusia! El que se pasa el día echado de espaldas, el verdadero ocioso, se propone apresurar a su amigo a la acción, suponiendo que a este le estimula verlo todo el día mano sobre mano. Nunca se ha visto que alguien se dedique a una obra seria sólo porque quienes lo rodean se dedican a animarlo. Y si la obra fracasa, le reprochan haberse apresurado. Pero, basta ya de



reproches. He contestado a la pregunta sensata e incluso te he revelado lo que hasta ahora no había dicho a nadie. No creas, sin embargo, después de esta confesión, que yo sea un monstruo parecido a mis personajes. No, no me parezco a ellos. Amo el bien, lo busco, me entusiasma. Lejos de complacerme, como mis héroes, en mis defectos, los detesto, aborrezco las bajezas que me apartan del bien. Lucho contra ellas y, con la ayuda de Dios, las venceré. Pues es una tontería creer, como pretenden nuestros grandes espíritus, que el hombre se corrige solo en la escuela y no puede luego cambiar el menor de sus rasgos. Una afirmación tan absurda solo ha podido nacer en la mente estúpida de un mundano. Yo me he liberado bastante de muchas de mis bajezas transmitiéndolas a mis personajes, entregándolos así a mis propias bromas y a los sarcasmos de los demás. Arrancando a la vileza sus harapos pintorescos y la máscara caballescá con que suele disfrazarse, he empezado a liberarme. Cuando me confieso a Aquel que me trajo al mundo y que ha querido que me corrija de mis defectos, veo todavía muchos vicios en mí. Pero no son ya los del año pasado. De esos, una fuerza santa me ha ayudado a librarme. Te aconsejo que no hagas oídos sordos a estas palabras. Una vez leída mi carta, medita unos instantes, repasa con el pensamiento toda tu vida, y entonces comprenderás el sentido exacto de lo que digo. Si reflexionas atentamente en mi respuesta, verás que puede también aplicarse a otras preguntas que haces. Comprenderás también por qué no he ofrecido, hasta ahora, escenas reconfortantes a mis lectores, por qué no he elegido a personas virtuosas para mis libros. Gente así no podría inventarse. Mientras no se le parezca en algo al que escribe, por muy poco que sea, mientras no hayamos adquirido algunas buenas virtudes a fuerza de energía y constancia, todo lo que salga de la pluma será algo muerto y permanecerá tan alejado de la verdad como el cielo de la tierra. Tampoco he inventado pesadillas. Esas pesadillas me oprimían y solo ha podido salir de mi alma lo que había dentro de ella.

1843

#### IV

He quemado el segundo tomo de *Almas muertas* porque tenía que hacerlo. “Es preciso morir para resucitar”, dice el apóstol. Ha sido duro quemar una obra que me había costado cinco años de continuos esfuerzos y de la que cada línea había causado una conmoción. Una obra en la que había puesto lo mejor de mí mismo. Pero lo he quemado

todo y precisamente en el momento en que, viendo la muerte cara a cara, deseaba dejar tras de mí un recuerdo más digno de mi memoria. Agradezco a Dios que me haya dado la fuerza de obrar así. En cuanto las llamas consumieron las últimas cuartillas de mi libro, su contenido, cual nuevo Fénix, resucitó de repente, de una forma más pura y luminosa. Y me di cuenta de que no era más que caos lo que yo había tomado por armonía. La publicación del segundo tomo, en la forma en que lo había escrito, hubiera causado más daño que beneficio. Poco importa el placer que habría procurado a algunos literatos, no es a ellos a quienes tengo que tomar en consideración, sino a la masa de lectores, para éstos escribo *Almas muertas*. Mostrar algunos caracteres hermosos, ejemplos de las virtudes de nuestra raza, solo serviría para aumentar nuestra vanidad y nuestra infatuación. Muchos de los nuestros, sobre todo los jóvenes, exaltan desmedidamente las virtudes rusas; en vez de desarrollar esas virtudes, solo piensan en exponerlas a la luz y gritarle a Europa: ¡“Mirad, alemanes, somos mejores que vosotros!” . La jactancia es terriblemente pernicioso. Daña al que la tiene e irrita a los demás. La fanfarronería envilece la acción más hermosa del mundo. ¡Y, sin embargo, nos jactamos de nuestras futuras proezas, aunque todavía no hayamos hecho nada! Yo, por mi parte, prefiero un descorazonamiento pasajero a la suficiencia. En el primer caso, en efecto, el hombre se ve impulsado a contemplar su bajeza, su nulidad, y a pesar suyo, se acuerda de Dios, que saca todas las cosas de la nada. En el segundo, en cambio, el hombre huye de sí mismo para entregarse al diablo, padre del orgullo, que deslumbra a la gente con el falso brillo de sus virtudes. Hay épocas en que no se puede dirigir la sociedad o toda una generación hacia el bien si no se le revela su abyección. Hay otras en que no se puede hablar de la belleza y del bien mejor que indicando, enseguida, con la mayor claridad, un camino que permita a cada uno alcanzarlo; y esto, que hubiera debido quizá constituir lo esencial de mi segundo tomo, no se veía en nada. Por eso lo quemé. No me juzgue usted. No saque conclusiones. Se equivocaría, como esos amigos míos que, habiendo querido ver en mí al escritor ideal, tal como ellos lo entienden, exigían que yo respondiera a ese ideal. Al crearme, Dios no me ocultó mi misión. No he venido al mundo para marcar época en la literatura, sino para cumplir una tarea más simple y cercana, que nos compete a todos. Mi asunto es el alma y el estudio serio de la vida. Por ello tengo que actuar lentamente y hacer algo duradero. ¡Que se apresuren los demás! A mí no me preocupa. Ardo cuando es preciso y, sin duda alguna, tengo razón, pues no emprendo nada sin haber rezado antes. Se equivoca al temer que mi delicada salud no me permitirá escribir el segundo tomo. Es cierto que mi salud es débil. A

veces, incluso, mi malestar es tan penoso que sin la ayuda de Dios no lo soportaría. Además de mi agotamiento me he hecho tan friolero que no consigo calentarme. Tendría que hacer un poco de ejercicio y ya no tengo fuerzas. Apenas si puedo dedicar una hora a mi trabajo, que no siempre es fructífero. Pero no pierdo la esperanza. Aquel que con las dolencias, la pena, las enfermedades y los obstáculos de toda clase, ha apresurado en mí la eclosión de mis fuerzas y de mis pensamientos, sin las que no hubiera podido concebir esta obra, Aquel que me ha permitido realizar más de la mitad, me dará la fuerza necesaria para acabarla. Aunque físicamente esté decrepito, mi espíritu se fortalece día a día cada y, cuando el espíritu es fuerte, el cuerpo puede recuperar sus fuerzas. Creo que, si llega la hora, acabaré en unas cuantas semanas la obra a la que ya he consagrado cinco dolorosos años.

*1846*

#### 4-TABLA DE RANGOS

En 1722, en tiempos de Pedro I, fue publicada la tabla de rangos, documento que determinaba tanto el sistema de rangos como el orden de la promoción en las carreras civil y militar.

<b>Rangos militares de tropas terrestres</b>	<b>Rangos civiles</b>
I Generalísimo. Capitán General	Canciller
II General de artillería, infantería y caballería	Consejero secreto de número
III Teniente general	Consejero secreto
IV General mayor	Consejero civil de número
V Brigadier	Consejero civil (de Estado)
VI Coronel	Consejero colegiado
VII Teniente coronel	Consejero de Provincia
VIII Mayor (Comandante)	Asesor colegiado
IX Capitán	Consejero titular
X Capitán ayudante	Secretario colegiado
XI Teniente mayor	Secretario del senado
XII Teniente	Secretario de la provincia
XIII Teniente	Registrador del senado
XIV Alférez	Registrador colegiado

# ÍNDICE

Prefacio.....	1
<i>Almas Muertas</i> .....	3
Apéndices.....	232